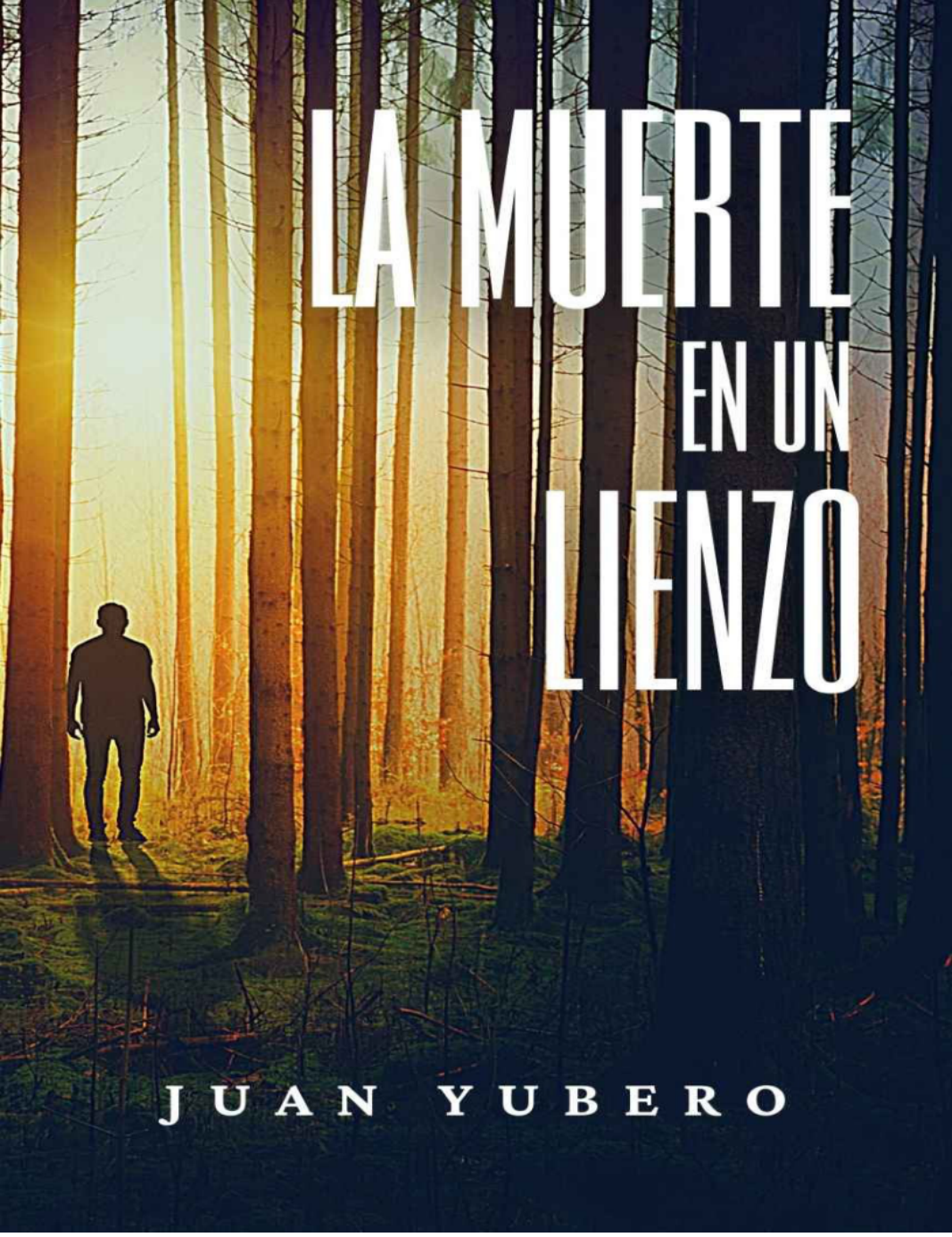
LA MUERTE
EN UN
LIENZO
JUAN YUBERO

Contents

Antetítulo
Título
Copyright
Dedicatoria
Cita
Introducción
1 Bicho raro
2 Cuando te lo hayas ganado
3 Las tonterías para después
4 Sí quiero una compañera
Viviendo una pesadilla
5 Sigues hablando en pasado
¿Alguien me escucha?
6 Por el carril contrario
Nueve metros cuadrados
7 Entre las ocho y las diez
¿Quién ha gritado?
8 Deberías correr más
A la casilla de salida
9 Luis y Silvia
La mente ve lo que quiere ver
10 Yo llamé a la Policía
¿Le viste la cara?
11 Una pistola en la boca
Emular el trazo
12 ¿Está muerta?
13 Diferente, vaya palabra
14 No vuelvas a tocar nada
No quiero sentir dolor
15 La trampilla del salón
La celda de Silvia
16 Los dos pendientes

17 Bloqueando recuerdos
18 Un método
19 ¿Cómo nadie lo ha visto?
20 Un regalo
21 Una nota
22 Un cuadro
Gritar a la muerte
23 Panda de ineptos
24 Pentimento
25 ¿Qué crees que pasó con Fito?
26 Cosas de las que me arrepiento
27 ¿Nos está dejando entrar?
A la lona
28 ¿Por qué me quieres joder?
29 Es tu instinto
30 Había tardado demasiado
31 Tenemos tus huellas
32 ¿Por qué no dijiste nada?
33 Si hay algo que quieras decirme...
34 No estaba en mi casa
35 Me equivoqué contigo
Repleta de rituales
36 ¿Qué se nos está escapando?
37 Un mirón
No podía rendirse
38 ¿Qué tiene que ver con todo esto?
39 La dehesa de Quintanapalla
Temblando
40 Tenemos noticias
41 Un mirón y un cigarrillo
42 Valdearnedo
43 Una mala decisión
44 La duda se apoderó de él
45 ¿Puedes abrir los plásticos?
46 Segundo error

47 No va a dar tiempo
48 Nos va a matar
Epílogo
Agradecimientos

LA MUERTE EN UN LIENZO

LA MUERTE EN UN LIENZO

JUAN YUBERO

Copyright © 2021 JUAN YUBERO
Todos los derechos reservados.

Para mis hijos.
Espero impaciente a que
podáis leer mis historias.

El pasado no es más que la brisa que no volverá a rozar tu pelo.
Desaparece en un suspiro,
mientras intentas atraparlo con los dedos.
Buceas en el fondo cada vez que sientes su llamada,
pero descubres que no existe oxígeno bajo sus aguas.
El pasado siempre vuelve para recordarte los fracasos,
obligándote a rendirte o a aprender a derrotarlo.
Ya no existe, aunque siempre permanece vivo.
Está muerto en el pasado y presente en el futuro.
La vida se compone de recuerdos, los que pesan y los que persisten,
los que cambian tu destino y los que te recuerdan lo que hiciste.

Las gotas de sudor caían sobre la tierra seca mientras ejercía presión con la pala. A pesar de no haber llovido en tres días, una vez sobrepasaba los primeros centímetros, notaba que la humedad le facilitaba el trabajo.

Descansó unos segundos para recuperar las fuerzas. Sentía que la mano se le agarrotaba, y la agitaba enérgicamente para hacer fluir la circulación.

Había caído la noche por completo y colocó la linterna sobre un palo de madera que había clavado en la tierra, volvió a beber agua, haciendo crujir la espalda. A continuación, el cuello, y se dispuso a seguir.

El cansancio se mostraba a cada minuto más presente. Ese tiempo de descanso lo utilizaba para coger la linterna con su mano izquierda y comprobar la profundidad del agujero. Todavía no era suficiente. Sabía que debía seguir cavando para no correr el riesgo de que un animal lo acabara desenterrando. Se consideraba un hombre muy concienzudo y no estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios.

Iba cubierto por un mono de plástico, una capucha que parecía un gorro de ducha, y guantes para no dejar señales de su paso por allí. La tentación de quitárselos se introducía en su cabeza. No aguantaba el calor, a pesar de encontrarse a menos de cinco grados, pero el esfuerzo y la nula transpiración de su traje le estaban jugando una mala pasada. No cedió y cogió de nuevo la pala para acabar cuanto antes.

Rescató una sonrisa entre el silencio, cuando con un golpe de cabeza se dijo a sí mismo que había terminado y acabó la botella de un trago antes de dirigirse a la furgoneta. Abrió el maletero y sacó un bulto de considerable tamaño envuelto en plástico. Lo dejó caer al suelo y lo arrastró unos metros, viendo cómo se deslizaba hasta al fondo del agujero.

Como si se tratara de un ritual, permaneció un instante observándolo y recordó sus últimos momentos. Era muy persuasivo y de un aparente encuentro casual, había conseguido entablar una nueva conversación con aquel hombre. Se sentía profundamente atraído por lo que hacía; por su presencia; por su forma de hablar. Ya no era un absoluto desconocido, y eso le permitía pasar al siguiente nivel. Debía aprovechar la oportunidad antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que las circunstancias le impidieran apoderarse de su alma.

En las siguientes dos horas había desgranado su vida. Sólo quería conocerlo mejor, y en los primeros treinta minutos tuvo una idea clara

de él. Se sentía orgulloso de ser capaz de penetrar en su círculo de confianza con tan pocos encuentros, pero siempre había sido capaz de llevar a la gente a su límite de vulnerabilidad.

Conocía todo lo importante. En realidad, todo no. Necesitaba captar su esencia. Ansiaba empatizar por completo e introducirse en su mente para volar en su imaginación y calzarse sus zapatos. Sin ninguna duda, lo había conseguido.

Tras una charla muy productiva en la que había sacado a pasear el personaje que él mismo se había creado, se despidió de su víctima con un fuerte apretón de manos y esperó en la puerta del bar a que lo abandonara, acomodado en la furgoneta.

No tuvo que esperar demasiado tiempo para ver que salía caminando. Lo siguió a una distancia prudencial y cuando vio el momento en el que no había nadie que pudiera observarle, lo arrolló sin que se diera cuenta y lo introdujo en la furgoneta. Cerró la puerta del maletero y rodeó su cuello con un alambre, ejerciendo la suficiente fuerza para que su corazón dejara de latir y el oxígeno cesara de abastecer al cerebro. Sus ojos se apagaban, inyectados en sangre, y la mirada perdida en su nuevo mundo. Soltó el alambre y tumbó el cadáver con sumo cuidado, mirándolo fijamente y atusándole el pelo como si lo preparara para el velatorio. Accedió al asiento del conductor desde el interior del vehículo e inició el trayecto hasta el lugar donde le daría descanso.

De pronto, salió del trance y apartó los recientes recuerdos del asesinato para proceder a sellar su tumba. Cogió la pala de nuevo y devolvió la tierra a su origen hasta que lo cubrió por completo.

Caminó sin apartar la vista, dirigiéndose a una cruz que sobresalía del suelo a tan sólo unos veinte metros del agujero. Se arrodilló ante ella y se santiguó, derramando una lágrima.

Permaneció unos minutos sin moverse, volvió a realizar la señal de la cruz y pronunció la única palabra de la noche. “Madre”.

Sin perder más tiempo, se introdujo en la parte trasera de la furgoneta y se arrancó el mono de golpe, entre gestos de satisfacción y alivio.

Unos minutos después, conducía con una paz interior que se reflejaba en su rostro. Había puesto la primera piedra para construir su gran obra, y sabía que no debía precipitarse. Su falta de empatía ante las personas que no vivían en su mundo era una fortaleza que el resto no poseía.

Continuó conduciendo y se marchó sin dejar rastro.

1
Bicho raro

Seis años más tarde

La Ducati Panigale V4 Speciale rugía por la M-627. Los veintitrés kilómetros que separaban la vivienda de Gonzalo Ulloa, en las afueras de Quintanapalla, muy cerca de la Dehesa, hasta la Comisaría del Cuerpo Nacional de Policía en Burgos, podía realizarse en aproximadamente veinte minutos. Le llevó algo menos de doce.

Sorteaba los coches con la temeridad acostumbrada. La velocidad se había convertido en su válvula de escape. Su forma de ser, irreverente ante las normas, le había provocado algunos problemas en el pasado.

Estacionó en su plaza de garaje y accedió a la comisaría con el casco en la mano.

—Buenos días. ¿Quién me hace un café?

Sus compañeros le miraban como de costumbre. Las bromas ya no les hacían gracia y, aunque estaban acostumbrados, sonreían de forma forzada. Gonzalo lo sabía, pero no parecía importarle demasiado.

Antes de acomodarse en la silla, escuchó la voz del inspector jefe.

—Gonzalo, por favor, ven un momento a mi despacho.

Dejó el casco y la chaqueta sin darse demasiada prisa.

—Cuéntame, Bruno.

—Vamos por el tercer compañero en tres años. Todavía no sé la razón por la que sigues aquí.

—Supongo que la razón es que soy un buen policía. De lo contrario me habrías mandado a tomar por culo hace mucho tiempo.

Su posición corporal y su gesto desentendido despertaron un suspiro de resignación en Bruno.

—Lo han trasladado. A partir de hoy vas a tener una compañera a la que, como de costumbre, puedas espantar. Haz el favor de no joderlo otra vez y trátala bien.

—Me ofende que me digas eso. Soy yo al que hacen daño con todo esto.

—No me toques los cojones, Gonzalo. Estoy harto de salvarte el culo cada vez que la cagas. Soy tu superior. Al menos que parezca que

me respetas.

Cada día lo intentaba con más fuerza. Lejos de esas paredes era su amigo, pero no podía permitirse olvidar cuál era el lugar de cada uno.

—Y es así —notaba cierto tono jocoso—, aunque no te guste demasiado cómo trabajo, pero puedes estar tranquilo.

—Eso espero. No te muevas.

Salió de su despacho y a los pocos minutos volvió acompañado de una mujer.

—Te presento a Carla Torre. Su anterior destino ha sido una comisaría de Salamanca. Ya tenéis algo en común, aunque tu etapa allí no fuera muy larga.

—Encantado. Mi nombre es Gonzalo Ulloa. Soy el inspector de homicidios más valorado de Burgos, aunque les cueste reconocerlo. Te lo vas a pasar genial. Es el paraíso de las comisarías.

Bruno lo miró frunciendo el ceño. Era incorregible.

—Gracias, Gonzalo. Estoy impaciente por empezar.

A juzgar por la reacción de Carla, Bruno intuyó que no había sido capaz de captar el fondo de sus palabras.

Gonzalo continuó hablando.

—Ahora estás en la Comisaría Central, y teniendo en cuenta que vivimos en una ciudad relativamente tranquila, todo lo que pasa viene a nosotros. Por cierto, no charles mucho con los de ahí afuera. Son un poco muermos y te van a contaminar la cabeza.

Carla se quedó pensativa, sin saber muy bien a qué se refería. Lo descubriría pronto.

—Gracias, Carla —intervino Bruno—. Por favor, ve a tu mesa y te vas instalando.

Esperó a que saliera y cerró la puerta.

—Quiere verte el comisario. Vamos un momento a su despacho.

Gonzalo sacó a relucir su mejor sonrisa y extendió la mano para que primero saliera su jefe.

—Comisario, ¿podemos entrar?

Les dio permiso con un gesto. Se sentaron, esperando a que terminara con lo que estaba haciendo y los atendiera.

—Te estás haciendo aún más famoso, Gonzalo. No creo que te sorprenda que tu compañero pidiera el traslado. No te voy a engañar, estoy bastante harto de ti, pero tienes un bastión en Bruno. No entiendo muy bien qué ve en ti, pero lo cierto es que la gente va saliendo y tú siempre sigues aquí. Puede que un día pierda la paciencia y deje de escucharlo.

Gonzalo lo miraba como si no fuese con él, sin abrir la boca.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Bruno, impotente.

—Estoy a vuestra disposición para lo que necesitéis. Mi lugar

está aquí y, en mi humilde opinión —el comisario Ituarte arrugó las cejas, sorprendido—, sigo aquí porque soy un buen policía. Un espécimen extraño, pero lo que importa es tener buenos resultados, lo que no quiere decir que, si creéis que no os convence mi presencia, podáis disponer de mi puesto cuando queráis.

—¡Basta ya! —gritó Ituarte—. Creo que ya nos has insultado bastante. No voy a admitir esos aires de prepotencia. Quiero que te quede claro que es tu última oportunidad, y que tu puesto siempre está a mi disposición.

Señaló la puerta y salieron del despacho.

—¿Qué coño te pasa?

Era difícil que le sorprendiera algo más de Gonzalo, pero lo cierto es que superaba una vez más las expectativas de Bruno.

—¿Quieres que diga que voy a ser un buen chico?

—Quiero que, cuando hables con Ituarte, rebajes el orgullo que te corroe. Es el comisario. Parece que se te olvida con frecuencia y, aunque creas que estás a salvo, es mi superior.

—Eso puedo hacerlo.

Bruno negó con la cabeza. No sabía que más podía hacer.

—Ve a trabajar. Tú verás lo que haces con tu vida.

Al mismo tiempo que Gonzalo se reunía con sus superiores, Carla se instalaba.

—Buenos días, soy Carla Torre. Es mi primer día en la comisaría.

Uno a uno, se fueron acercando para darle la bienvenida.

—Encantado. Soy Molina. ¿Vienes a trabajar con Gonzalo? —preguntó con una sonrisa.

—Así es.

—Pues mucha suerte.

—¿A qué te refieres?

La cara de asombro despertó caras de incredulidad.

—No has oído hablar de él, por lo que veo —dijo Irene.

—¿Qué hay que saber?

Irene respondió con la misma sonrisa que Molina.

—No mucho. Es un auténtico elemento. Sus compañeros suelen salir corriendo. No es amigo de las normas, pero he de decir que el cabrón resuelve todos los casos. No de forma muy ortodoxa, pero los resuelve.

Carla demandaba más información con la mirada.

Molina volvió a intervenir.

—Es un camicace y un egocéntrico, pero es la mano derecha de Bruno. Si no ha ascendido es por su forma de ser y sus métodos. No aguantaría dos minutos en otra comisaría, pero aquí Bruno le salva el

culo constantemente. Se conocen desde hace muchos años; cenan juntos y esas cosas. No se sabe muy bien la razón, pero es así. ¿Has visto su moto?

—No.

—Cuesta una pasta. Es su hobby y es un peligro. Tiene muchas multas que le quitan y se borran de su expediente.

—¿Cuánto cobra?

La pregunta no buscaba una respuesta, pero estaba sorprendida.

—Trabaja por gusto y satisfacción personal, supongo. Tiene mucho dinero. Su padre tenía un montón de gasolineras y a saber qué más. Dicen que intentó que siguiera sus pasos, pero nunca quiso trabajar para él. Al parecer, su sueño era ser policía. Cuando murió el padre, Gonzalo heredó la mitad de su dinero y vendió las empresas.

—¿La mitad?

Carla sentía que estaba viviendo una tertulia de taberna, pero prefería conocer el mayor número de detalles para no meter mucho la pata.

—Tiene una hermana —le informó Irene—. Tendrá un buen pico cada uno.

—¿Y su madre?

—Eso es mejor que te lo cuente él. Somos cotillas —Irene guiñó un ojo—, pero no queremos pasarnos de la raya. Lo dicho. Cualquier cosa que necesites, aquí somos como una familia, y tu compañero es el bicho raro. Mucha suerte.

Las palabras que acababa de escuchar le dejaron un poso de intranquilidad. No era el primer día que esperaba, pero había escuchado que era un buen policía. El resto lo descubriría poco a poco.

Fue a servirse un café. Se encontraba fuera de lugar y con los nervios normales del primer día. Nunca había salido de su ciudad y era la primera vez que vivía una experiencia lejos de su familia. Estaba convencida de que iba a ser enriquecedora, aunque esperaba que no le hiciera volver a casa con el rabo entre las piernas. Suspiró y recuperó el positivismo que llevaba por bandera.

Bebió el café de un trago y volvió a su sitio.

Gonzalo apareció al minuto para darle la bienvenida.

—Carla, ¿estás lista? Quiero enseñarte algo para que te sientas como en casa.

—Lista.

—¿Montas en moto?

2
Cuando te lo hayas ganado

Todavía no sabía por qué había accedido a subirse a la moto. Cuando la vio, su primera impresión fue la de estar delante de una obra de arte. Parecía una moto de carreras. Una preciosidad gris y negra con detalles verdes que le daban un toque de agresividad. Lo que le produjo sorpresa fue el gran tubo de escape. Sintió un escalofrío por el cuerpo, pero subió sin pensarlo dos veces.

El primer acelerón, muy brusco, encendió su alarma interior y se agarró a Gonzalo, cerrando los ojos. Duró pocos segundos. Nunca había sentido semejante subidón de adrenalina y bajó la visera del casco para que el viento no estropeara el espectáculo.

Curva tras curva, iba perdiendo esa sensación y comenzaba a ver los coches demasiado cerca. Por fin, llegaron a su destino y respiró aliviada.

—¿Te ha gustado? Ya puedes bajar.

—Recuérdame que no vuelva a montar contigo. Se me ha salido hasta el higadillo —respiró profundamente—. ¿Dónde estamos?

—Ven conmigo. Antes de comenzar a trabajar hay que desayunar. ¿Conoces el restaurante Ojeda?

—No he estado nunca en Burgos. No conozco nada.

—Aquí se come estupendo, pero también es un buen sitio para desayunar. Luego te daré una vuelta rápida para que veas otras cosas. Es una ciudad alucinante.

Entraron a la planta baja y se sentaron en una mesa, nada más acceder a la izquierda.

—Tiene buena pinta.

—El restaurante está arriba. Aquí suelo tomar unas tapas y desayunar. Lo que más me gusta es ver cómo preparan los corderos —señaló a un rincón pegado a la entrada, donde se ubicaban los hornos, y vieron que se acercaba un camarero—. Un cortado, una ración de morcilla y pan con tomate y jamón. ¿Tú qué quieres?

Carla sonrió, sorprendida por el desayuno que se iba a meter entre pecho y espalda.

—Yo me conformo con un café con leche y una tostada con aceite.

—Tú te lo pierdes.

El camarero asintió y se marchó.

—No te privas de nada.

—Hay que empezar el día con el estómago lleno.

Carla era una persona muy directa y abrió fuego.

—No tienes muy buena fama por aquí.

Gonzalo soltó una carcajada.

—La fama no lo es todo. Veo que ya te han puesto al día. ¿Y tú qué opinas?

—Todavía no lo sé.

—No te conozco muy bien, pero creo que vas a encajar conmigo con mucha facilidad. Veo algo diferente en ti.

—¡Yo voy a encajar contigo! —sus ojos se abrieron por completo —. Parece que con lo del ego sí me han informado bien.

—¡Ves! Vas a encajar a la perfección. Los pringaos con los que he trabajado no tenían ni una pizca de sinceridad y, por ende, no les gustaba que yo fuera sincero. No soy tan malo como me pintan. Sólo hay que conocerme, y acepto muy bien las críticas. Otra cosa es que no haga ni puto caso de ellas.

—Me lo pones cada vez mejor. Si es por sinceridad, vas a encajar muy bien conmigo. Tú tranquilo.

Él no pudo reprimir una nueva carcajada al escucharla. Le había jugado con sus cartas.

Gonzalo tenía cuarenta y cinco años y sabía que no iba a ascender. Tampoco lo deseaba. Era inspector y gracias a Bruno hacía lo que le daba la gana.

Frente a él, veía a una chica joven y sin pelos en la lengua, y sentía que por fin tendría la oportunidad de que alguien le siguiera el ritmo. Al menos, eso era lo que esperaba.

—¿Cuántos años tienes? Parece que acabas de salir de casa de tus padres, aunque cuando hablas me da la impresión de que no es así.

—Tengo treinta y dos años y llevo viviendo sola desde hace algún tiempo. Por mí no te preocupes. ¿Estás casado?

—Eres un poco descarada. Los temas personales tendrás que ganártelos. No te voy a contar mi vida a la primera de cambio.

—Me parece bien.

—¿Y tú? ¿Estás casada? —soltó, con intención.

—Aquí llega tu morcilla. Come y vuelve a preguntar cuando te lo hayas ganado.

Volvieron a comisaría y Gonzalo cogió una silla de un compañero para que la ocupara Carla.

—Siéntate.

—¿No le va a molestar que le hayas quitado la silla? Creo que ha ido al baño.

—Siéntate. Se la devolveremos cuando hayamos acabado. No la necesita.

Guiñó un ojo.

Carla cogió la silla y la devolvió a su sitio. Tenía la sensación de que la estaba probando, pero no podía estar más equivocada. Simplemente, no le importaba en absoluto.

—¿Con qué estás trabajando?

—¿Te quedas de pie? Tú misma. Para ponerte en situación, aquí hay agentes y agentes. No me interesa lo que entra por la puerta y no quiero que te interese a ti. Nos centramos en casos de verdad, y esos son los que requieren salir a la calle.

—Muy bien.

—Llevo tiempo siguiendo a un tío. Está metido en un tinglado de juego y creo que eso sólo es la punta del iceberg. Por ahora no he conseguido nada, pero me divierte.

—¿Lo único que haces es seguirlo?

—No. He ido alguna vez a jugar. Son partidas de póker ilegales.

—¿Y por qué no lo detienes?

—Porque se acabaría el juego, nunca mejor dicho —esperó a la reacción, pero no llegó. Le gustaba realizar juegos de palabras y percibió que su nueva compañera ponía la misma cara que el resto—. Veo que no te hace gracia. Creía que tendrías sentido del humor —arrugó el entrecejo—. En fin, que si lo detengo sólo conseguiré pillar a alguien que organiza partidas ilegales, y eso sería haber perdido el tiempo.

—Pero dices que no tienes nada.

—Nada ha sido demasiado exagerado. Si vieras a la gente que va a jugar, comprobarías que hay algunos demasiado importantes como para ir a echar unas cartas. Más aún, sabiendo que lo que se juegan es calderilla. No para ti, pero te aseguro que lo es para ellos.

En ese momento, Carla se quedó pensando si debía ofenderse por el comentario, pero lo dejó pasar y continuó preguntando como si no lo hubiera escuchado.

—¿La Policía paga tus partidas?

—La Policía no paga una mierda. Eso deberías saberlo muy bien. Bruno me deja investigar siempre que yo me haga cargo de las partidas. Tengo que robar para hacerlo, pero merece la pena.

Carla dejó caer una media sonrisa, sabiendo perfectamente que le sobraba el dinero. Lo que no imaginaba es que lo utilizara para el trabajo.

No era capaz de vislumbrar lo que le esperaba. Llevaba poco tiempo allí y hasta ese momento nunca había vivido ninguna situación difícil en el trabajo. Su falta de experiencia podría ser un hándicap o convertirse en una oportunidad de trabajar con alguien diferente que

le abriera la mente y pudiera aprender. Tenía pocos datos para hacer un perfil de su compañero, pero con un par de horas le había bastado para saber que no era un policía muy típico. Parecía un hobby más para él.

Había escuchado a sus compañeros, pero sentía curiosidad por aquel hombre. Puede que la curiosidad se transformara en rechazo, pero por el momento, no veía lo que el resto. No le desagradaba en absoluto.

3
Las tonterías para después

Los dos primeros meses que había pasado Carla junto a Gonzalo, probablemente, habían sido los más estresantes de su vida. No estaba acostumbrada a no seguir las normas, y sentía que con él no tenía otra opción. En ocasiones, no era del todo necesario romperlas, puesto que su compañero no le decía lo que estaba haciendo o, en el peor de los casos, se pasaba las horas esperando a que apareciera. Comenzaba a entender a las personas que habían pasado por su lugar con anterioridad.

—Buenos días, compi —saludó Gonzalo.

—¿Podemos hablar?

—Tendrá que ser en otro momento. Me ha llamado Bruno. Nos está esperando.

Carla dejó caer un suspiro antes de seguirlo al despacho de su jefe.

—Aquí estamos. Perdona por el retraso, pero ya sabes cómo es Carla.

Guiñó un ojo.

—Las tonterías para después. Han denunciado la desaparición de una chica de veinte años.

—Manda a Molina e Irene. ¿Nos podemos ir? Tenemos un poco de lío.

—Siéntate, por favor. Los dos sabemos que este tipo de casos prefiero que los lleves tú. Vais a ir vosotros, ¿queda claro?

Gonzalo alzó la vista sabiendo que esta era una de esas veces en las que Bruno no estaba por la labor de discutir. Siempre que intuía un caso relevante sabía a quién debía derivarlo.

—¿Cuánto lleva desaparecida?

—Dos días.

—¿Y por qué lo denuncian ahora?

—Lo hicieron esa misma noche, pero no ha habido resultados. Lo llevas desde ahora.

—Dame su dirección.

—No es necesario. Están esperando en la sala. No se querían mover.

—Pues dame la declaración y lo vemos.

—Olvídate de la declaración y comienza desde el principio.

Habla con ellos.

—Deja de quejarte ya y vamos a verlos.

A Bruno se le escapó una sonrisa al escuchar que Carla había perdido la vergüenza con su compañero.

Gonzalo agitó la mano y unió los labios como si estuviera sorprendido con la reacción.

—Si me lo pides así, no me puedo negar. Vamos.

Salieron del despacho y entraron en la sala. El matrimonio se levantó de golpe para saludar y Gonzalo se sentó sin darles la opción de estrechar su mano.

—Díganme lo que ha ocurrido.

Carla se llevó la mano a la cara. Aquellos padres estarían pasando por un mal momento y Gonzalo no mostraba ninguna empatía.

El hombre fue el primero en tomar la palabra.

—Mi hija desapareció hace dos días y no sabemos nada de ella.

—Eso me han dicho. ¿Saben dónde se encontraba? ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué hora aproximada?

—Acudió a todas las clases. Eso lo hemos comprobado, pero no sabemos lo que hizo después.

—¿Seguro que acudió a las clases? Puede que se haya largado con alguno y vuelva en unos días. Esas cosas pasan.

La mujer se sintió ofendida y saltó como una exhalación.

—Mi hija es una buena chica. Estudia y está muy unida a su familia. No le consiento que hable así de ella.

Gonzalo elevó las cejas y no entró a valorar el comentario ni pidió disculpas por haberlos ofendido.

—¿Han hablado con sus compañeros de clase?

La mujer se sentó y continuó su marido.

—Hemos hablado con su mejor amiga. Nos dijo que salió de clase sobre las ocho y dijo que se iba a casa.

—¿Qué estudia?

—Derecho, pero por las tardes aprende a pintar en unos talleres. Es su pasión. No sabemos nada más de ella desde que salió de su clase de pintura.

—Su amiga también estudia pintura, por lo que veo.

—Así es. Mi hija lleva un tiempo tomando clases y la conoció allí.

—Por favor, escriba la dirección de la escuela en este papel y el nombre y teléfono de su amiga —extendió la mano para acercar el papel y un bolígrafo.

—¿Creen que podrán encontrarla?

El hombre parecía extender una petición desesperada, más que hacer una pregunta.

—Quién sabe. Lo investigaremos. Mientras no aparezca su cuerpo, siempre hay esperanzas.

La respuesta no era la que necesitaban en ese momento y Carla se cansó de mantener la boca cerrada. Pudo ver cómo les afectó a los padres escuchar algo así.

—Vamos a hacer todo lo posible. En muchos casos, vuelven en los primeros días. No pierdan la esperanza. En cuanto tengamos algo les llamaré yo misma. Hagan el favor de seguirme a la salida.

A los pocos segundos, Carla volvió a entrar en la sala, cerró la puerta y permaneció en silencio con la cara desencajada. Si hubiera podido darle un puñetazo, lo habría hecho encantada.

—¿Qué mierda tienes en la cabeza? ¿Tú crees que puedes decir eso a unos padres que están buscando a su hija?

—No soy su psicólogo. Soy policía.

—No te gusta la gente. Podrías haberte dedicado a ser sepulturero. Aquí tienes que tratar con personas y lo que acabas de hacer es de ser un hijo de puta. No es una reacción lógica de un policía, ni de ninguna otra profesión.

—Ya te avisaron desde el primer día. Deberías haber salido corriendo como los demás.

—Así que consiste en eso. Te sientes tan acomplejado que tienes que alejar a la gente. Te aseguro que no soy como los demás. Me temo que el siguiente que se va a marchar de aquí vas a ser tú. Elige si quieres una compañera o seguir estando tan solo.

Pegó un portazo sin dejar espacio a la réplica y se marchó a su silla. Sentía calor por todo su cuerpo del tremendo enfado que llevaba, e intentó calmarse y no dejarse llevar a su terreno.

Gonzalo no tardó mucho en levantarse y salir en busca de su compañera. Se acercó con paso lento y un gesto que dejaba a las claras que se había equivocado. Las cosas habrían sido distintas en cualquier otra situación y con otro compañero, pero era consciente de que Carla no tragaría como lo había hecho el resto.

—¿Nos vamos a la escuela de pintura?

Durante un instante permaneció callada, con la intención de no cruzar la mirada con él, pero no se contuvo.

—¿Es tu forma de disculparte? Es lo más amable que te he escuchado decir, aunque sigue sin acercarse a la típica frase de arrepentimiento.

—Digamos que es una disculpa.

Sus compañeros dejaron de trabajar por un instante, anonadados por lo que estaban escuchando. Las caras de sorpresa eran generalizadas y Gonzalo salió meneando la cabeza para no darles más carnaza.

4
Sí quiero una compañera

Durante algunos minutos, no abrió la boca ninguno de los dos. Gonzalo presionó los mandos del volante para bajar el sonido de la radio.

—Nunca he querido ser sepulturero.

Carla lo miró, extrañada, y se le escapó una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Antes has dicho que trato con gente y que podría haberme dedicado a ser sepulturero, pero sé perfectamente lo que quiero ser. Hay un motivo por el que soy policía, pero no quiero dar esperanzas a nadie sin tener poder sobre lo que va a pasar.

—Hay diferencias muy claras entre dar esperanzas y ser cruel. Sólo hay que ponerse en la situación del otro y verás que es más sencillo.

—Puede, pero me sale solo. Lo siento.

—¿Cuál es el motivo?

—¿Cómo?

—Para ser policía.

—Desde pequeñito, jugaba con un carnet de policía que me regalaron. Tenía un vecino que era comisario y nos trajo un carnet a cada uno de los amigos de su hijo. Todos estábamos emocionados, parando a cualquiera que pasara por la calle y presentándonos como niños policía. Más tarde, comencé a hacer lo mismo sin el papelito y me dediqué a defender a los que les costaba hacerlo por sí mismos. Supongo que, sin darme cuenta, fui interiorizando mi futuro. No había nada que me llamara la atención y decidí que ayudar a la gente de esa manera sería un buen empleo.

—¿Y entonces, por qué tratas así a las personas?

—Son formas de verlo. Puede que sea yo el que trata así a la gente o que sean ellos los que me obligan a adoptar esa forma de ser. Depende del cristal con el que se mire. No te voy a convencer de nada, pero me importa lo que se dice, no cómo se dice. Lo que hemos vivido nos transforma en lo que somos. Normalmente, no eliges la persona que vas a ser. Te atrapa sin que te des cuenta. Lo más importante no es que caiga bien a la gente. Supongo que, si las cosas acaban como quieren, lo demás no importa.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Puedes preguntar y ya veré si te respondo.

No estaba en situación de empeorar las cosas y acompañó la frase con una sonrisa.

—El primer día me dijeron que tu padre murió, pero no me quisieron hablar de tu madre.

—¿Para qué quieres que te hablen de mi madre?

Agachó la cabeza, dejando al descubierto que había ocurrido algo.

—No tienes por qué responder. Lo siento.

Se inició el silencio más largo que habían tenido.

—No he hablado de esto con nadie en mi vida —pudo ver la reacción de sorpresa en Carla. Ni siquiera sabía por qué se lo iba a contar. Apenas se conocían—. Hace ocho años perdí a mi madre. Mi padre era una persona muy fría y nunca habló conmigo de ello. Nunca habló de nada, en realidad. No había pruebas claras ni sospechosos confirmados, y recuerdo que un compañero vino a mi casa a charlar con mi padre, y antes de marcharse me dijo que descubrirían lo que había pasado, que no me preocupara. Me dejó una sensación de impotencia que no podría explicarte. No me dejaron encargarme del caso por motivos personales, pero no descubrieron nada.

—¿A charlar con tu padre? ¿Qué quieres decir?

—Había que charlar o interrogar a todo el mundo. Como quieras llamarlo. No importa.

—¿Encontraste algo? Supongo que no pasarías por el aro, por lo poco que te conozco.

—No tuve acceso al caso. No tenía nada. Puede que sea la razón por la que no me gusta decirle a nadie que todo va a salir bien. Al menos, una parte de esa razón.

—Lo comprendo, pero hay formas y formas de decir las cosas. Deberías entenderlo. Que no te gustara cómo te trataron no es suficiente para que hagas lo mismo con los demás. Esos padres estaban desolados y tú les hablas de encontrar su cuerpo. ¿Eres capaz de intuir el daño que les has podido hacer?

—Puede que tengas parte de razón. Aunque no lo creas, eres de las pocas personas que respeto. Nadie se había atrevido a enfrentarse a mí de esa manera, y en dos meses.

Emitió un suspiro forzado y lo acompañó con un gesto.

—Tienes a Bruno para que todos te teman, si es que no te temen a ti directamente.

—Antes me has hecho una pregunta. Mi respuesta es que sí quiero una compañera.

Sus palabras decían una cosa y su cara reflejaba el esfuerzo que estaba realizando para abrirse de esa manera. Carla no lo podía creer, pero era un comienzo.

—Me alegra oír eso.

—Hemos llegado. ¿Vamos?

Esperaban en una sala a ser atendidos por el profesor de la escuela de pintura.

—Buenos días. Me han dicho que vienen a hablar de Sofía. ¿En qué puedo ayudar?

—No sé si está al tanto de lo ocurrido.

Su gesto decía que no sabía de lo que estaba hablando.

—¿Qué ha pasado?

—No se ha sabido de ella desde que salió de una sus clases.

—Vaya. No lo sabía.

—¿Cuántos días a la semana viene por aquí?

—¿Señor…?

No se habían presentado, y el profesor quería saber con quién estaba hablando.

—Gonzalo Ulloa. Inspector de Policía. Mi compañera es Carla Torre.

—Encantado. Viene dos días a la semana.

—¿Cuántos alumnos hay en su clase?

—Son diez alumnos.

—Necesito todos sus nombres. Entiendo que los hay de diferentes edades.

—Así es, pero no sé si puedo darle esa información.

—Yo sí lo sé. Somos policías y, además, usted no quiere que esa chica aparezca muerta porque se haya negado a dármelos.

Dudó durante un instante y accedió.

—¿Han hablado entre los alumnos de lo que ha ocurrido? —intervino Carla.

—No. No lo sabíamos. Al menos, no me han dicho nada.

—Una de sus compañeras es muy amiga suya. ¿No ha venido a clase?

—Hoy hemos tenido clase, pero no ha venido ninguna de las dos.

—Por su respuesta, veo que sabe perfectamente de quién estoy hablando.

—Creo que sí. Se lleva bien con todos, pero tiene una relación más cercana con Lorena.

—¿Ha tenido problemas con algún compañero? —preguntó Gonzalo.

—No, que yo sepa.

—Deme los nombres y teléfonos de todos, por si fuera necesario, y quiero que me llame por cualquier nimiedad que le venga a la cabeza. ¿Estamos?

—Claro.

Esperó a que se los entregara y se volvió cuando se iba a despedir.

—Una cosa más. ¿Tienen cámaras?

—Tenemos las cámaras de la alarma.

—Voy a necesitarlas.

—No puedo hacer eso. Entiendo lo que me acaba de decir, pero se me puede caer el pelo. Existe una cosa que se llama protección de datos.

—Y se la acaba de saltar —le mostró el papel con los nombres de los alumnos que le había facilitado.

El hombre volvió a agachar la cabeza.

—Por favor, es mi negocio.

—No tengo ninguna intención de perjudicarlo, pero acaba de darme datos personales de sus alumnos. Entiende lo grave que es esto, ¿verdad?

La vergüenza del profesor se tornó en enfado, pero sabía que había cometido un error.

Carla miró a su compañero haciéndole ver que se sentía molesta con su forma de actuar.

—Está bien —volvió a acceder, pero esta vez quiso mostrar que lo hacía obligado.

—Tiene mi tarjeta. Mande todo a este correo electrónico. Ha sido muy amable.

Se marcharon y, por el camino, Carla lo cogió del brazo y se desahogó.

—Has puesto a ese hombre entre la espada y la pared.

—Ha sido él quien ha cometido un error, pero sabes que no iba a hacer nada. Que me aproveche de defectos de forma no quiere decir que vaya a joder a la gente. Era necesario actuar rápido y no esperar a tener una orden para algo que intuyo que no nos va a servir de nada. Tenemos que hacer una visita a sus compañeros de clase de Derecho. Voy a llamar a Bruno para que mande a alguien.

Viviendo una pesadilla

Cada gota que caía del techo hacía crecer el estado de ansiedad de Sofía. Sumado al desconcierto por no saber lo que estaba ocurriendo o lo que le podría pasar. Miraba hacia los lados. Cuatro paredes castigadas por la humedad y el paso del tiempo; un colchón en el suelo con los muelles medio rotos; unos barrotes que no había conseguido desplazar ni un solo milímetro. Permanecía acurrucada en un colchón ajado situado en la esquina derecha. A la izquierda había un barreño que debió ser blanco en otro momento y que ahora tenía un color oscuro que no quería descubrir. Chorretones pegados y un olor que provocaba arcadas. Sin duda, había sido utilizado antes.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Escuchaba el eco de su voz, esperando recibir una respuesta, pero a cambio le devolvía el silencio, que sólo se desvanecía por la caída lenta y desesperante de las gotas que chocaban en el charquito que se había formado a dos metros de los barrotes.

Se acercó e introdujo la cara hasta que el hierro le impidió continuar. No podía ver lo que había a los lados de la pequeña celda. Al frente, una estancia central de suelo ennegrecido y una mesa de madera antigua. No fue capaz de ver más allá de lo que su mente le permitía, y no reparó en algo que más adelante sería muy importante. Cuando llegara el momento, sería capaz de entender cómo lo había pasado por alto.

Frenó el traqueteo de la pierna, sujetándola con las dos manos y, aun así, seguía notando un hormigueo que abandonaba la pierna para recorrer todo su cuerpo.

Miró al suelo y recogió unas chinitas que habían caído de la pared. Apuntó a su izquierda y las lanzó hacia la zona menos iluminada para saber si había algo más. Cada piedra la lanzaba más lejos y pronto supo que se trataba de una escalera. Allí estaba la salida, pero era imposible acceder a ella.

Se echó de nuevo en el colchón, cerrando los ojos, con la esperanza de estar viviendo una pesadilla.

5
Sigues hablando en pasado

Nada más salir de la escuela, Carla había contactado con Lorena. Según lo que habían escuchado de boca de los padres de Sofía, era la persona más cercana y una de las últimas en verla antes de su desaparición.

En ese momento, no se encontraba en casa, y se citaron en un café de la Plaza de Santa María, con la catedral de Burgos ante sus ojos.

—Mientras trabajamos, vamos haciendo turismo. ¿No la habías visto nunca?

Carla elevó la vista para disfrutar del monumento.

—No. La he visto en fotos, pero nunca había venido a Burgos.

—Estás a doscientos cincuenta kilómetros y no te pasas por aquí. Hay que viajar. No se acaba el mundo en Salamanca.

—Es la ciudad más bonita que hay.

—Así me gusta. Barriendo para casa.

Gonzalo y Carla esperaban sentados cuando vieron entrar a una chica joven que se quedaba parada, mirando hacia todos los lados. Carla levantó la mano para comprobar si se trataba de ella.

—Hola. Soy Lorena.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo?

—No, muchas gracias. Estoy bien.

Gonzalo comenzó a hablar sin saludar previamente.

—¿Cuándo viste por última vez a Sofía?

Se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla.

—Cuando salimos de clase.

—¿Te dijo si se dirigía a algún sitio?

—A casa, creo.

—¿Lo crees o te lo comentó?

—Simplemente nos despedimos. Supongo que iría a casa.

—¿Cómo se iba a casa? Me refiero a si tiene coche, moto o iba en transporte público.

—Tenía coche.

—¿Por qué dices, tenía?

—Disculpen. Estoy muy nerviosa. Espero que no haya ocurrido nada, pero me resulta muy extraño que desapareciera de esa manera.

—Entiendo que lo que nos dices es que no sabes por qué ha

desaparecido. ¿No hay nadie que la pudiera hacer sentirse insegura?

No la dejaba respirar al acabar sus respuestas, y estaba sensiblemente nerviosa.

—No, que yo sepa. Era una chica normal.

—Sigues hablando en pasado. ¿Hay algo que quieras decir?

—No. Me ha salido así. Lo siento.

Carla notaba cómo se exaltaba y quiso tranquilizarla.

—No te preocupes. Habla con naturalidad. Sólo queremos saber si hay algo que la preocupara.

—No noté nada.

—¿Sois amigas? Quiero decir, amigas de verdad.

—La conozco desde hace cinco años, más o menos. Nos conocimos por nuestra pasión por la pintura y solemos salir juntas, si es lo que me está preguntando.

Gonzalo volvió a intervenir.

—¿Hay alguien especial?

—Sale con uno de la escuela. Llevan juntos unos meses.

—¿Cómo se llama?

—Mateo.

—¿Tienes su teléfono?

—Sí, lo tengo en la memoria del móvil.

—Déjalo apuntado en este papel mientras seguimos hablando. ¿Les iba bien?

—Supongo. No era una relación muy seria, pero nunca me dijo nada malo de él.

—¿Supones? Tenía entendido que las chicas os lo contáis todo.

Carla volvió a dirigir la mirada a Gonzalo. Se había disculpado esa misma mañana, pero en la disculpa no iría implícito un cambio de actitud.

—No todo. Las mujeres también tenemos nuestros secretos.

El tono que dio a sus palabras decía mucho más que la propia respuesta.

—Entonces, salisteis de clase y ella se fue hacia su coche. ¿La viste subir?

—No. Yo lo tenía aparcado en una calle y ella en otra. La vi marcharse, nos despedimos y ya no he vuelto a saber de ella. Esa misma noche, me llamaron sus padres, para ver si sabía algo, pero les dije lo que les estoy diciendo a ustedes en este momento.

—¿Por qué no has ido a clase? Y por favor, nos puedes tutear. No somos tan mayores.

La chica miró a Gonzalo. Metro ochenta, delgado, moreno, y en aparente buena forma, pero la chupa de cuero que llevaba puesta no escondía la edad que mostraba en sus facciones. Después miró a Carla. Una chica joven, muy guapa, pelo largo y moreno. Con una

expresividad mucho más marcada en su rostro, pero no dijo nada sobre su diferencia de edad.

—Estoy muy preocupada. No me apetecía ir.

—¿Y su novio?

—No lo sé.

—¿No habéis hablado en estos días?

—Sí. Lo llamé aquella noche, justo después de que me llamaran sus padres, y me dijo que no había hablado con ella.

—Llevando unos meses, me parece raro que no hablen todas las noches.

—Eso se lo tendrá que preguntar a él.

—¿Sabes si estaba con otra persona?

—¿Cómo?

—Ya sabes, si le engañaba con alguien.

—No. No le engañaba con nadie.

Parecía ofendida con la pregunta, o quizá con el tono que empleaba.

—Es importante que nos digas la verdad. Me importa una mierda con quién estuviera o dejara de estar, pero las primeras horas son muy importantes para encontrarla. A cada minuto que pasa, nos acercamos más a que todos comencemos a hablar en pasado, como lo has hecho tú desde el principio.

—Ya le he dicho que no. Si fuera así, no sería tan estúpida de no decirlo, aunque le cueste creerlo.

Gonzalo no dijo nada. Seguía sin tutearlo.

—Me quedo más tranquilo.

—¿Fue su novio a la última clase? A la que fuiste tú —preguntó Carla.

—Lleva un par de semanas sin venir. Está con el proyecto de carrera.

—¿Es mayor que ella?

—Creo que tiene tres o cuatro años más.

—¿Hay alguna otra persona de la escuela que tuviera celos?

—No. Nos llevamos bien, pero no tenemos relación fuera de aquí. Son compañeros, más que otra cosa.

—Gracias por tu tiempo. Espero que os podamos dar buenas noticias pronto. Si hay algo que recuerdes más adelante o que creas que puede ayudarnos, te pido que me llames.

Dejó su tarjeta en la mesa y le hizo un gesto a Gonzalo para que se levantara.

Caminaron por la plaza para alejarse de la chica.

—¿Qué opinas? —preguntó Carla.

—Siempre es el novio o algún colgado que está obsesionado. Cuando hablemos con él, lo sabré.

—Me parece demasiado categórico.

—Me tiene sin cuidado quién sea, sólo espero que aparezca cuanto antes y se acabe todo. Si es posible, sin víctima.

—No sé cómo tomarme lo que acabas de decir. Es muy difícil interpretarte.

—Puede que te parezca mal lo que acabo de decir, pero mi misión sigue siendo que no muera nadie, o en el caso en el que alguien muera, coger al asesino. Si tengo que sentir pena por cada cosa que veo…

—Dos días son muchos, y no parece que sea una chica problemática. Espero que se haya marchado sin avisar y se arrepienta.

—Pero no lo crees —aseguró Gonzalo—. Yo tampoco.

—No, por desgracia, pero no tenemos muchos datos para asegurarlo.

—Vamos a ver al chaval…

No pudo terminar. El teléfono comenzó a sonar y puso el altavoz.

—Dime, Bruno. Salimos de un bar ahora mismo. ¿Querías tomar algo?

—Venid cuanto antes. Ha desaparecido alguien.

—Lo sé, lo estamos investigando.

—Muy agudo. Ha desaparecido otra persona más.

—¡No jodas! Y creíamos que nos íbamos a aburrir. ¿Otra chica?

—No. No es otra chica.

—Ahora me cuentas. ¿Sabemos algo de los compañeros de clase de Derecho?

—Están encargándose Molina e Irene. Los están llamando, pero por ahora nadie sabe nada.

—¿Cómo que llamando? Que hablen cara a cara. Así no van a conseguir nada.

—Puede que cambie todo con esta segunda desaparición. En cuanto estéis por aquí os comienzo a dar detalles, pero ya os adelanto que es muy raro.

—¿Qué es raro? —preguntó Gonzalo, sin saber a qué se refería.

—Dos desapariciones seguidas y que parezcan tan alejadas. No sé qué pensar.

—Está bien. Vamos y nos cuentas, que te estás poniendo muy enigmático.

¿Alguien me escucha?

El tiempo perdía su significado para Sofía. La ausencia de luz natural forzaba su cerebro a intentar no perder la noción definitivamente. La única iluminación, por llamarlo de alguna manera, era una bombilla parpadeante en el exterior de su celda, que dañaba la vista si permanecía mucho tiempo observándola. No llegaba a decidir si molestaba más el parpadeo o el ruido que generaba cada vez que lo hacía.

Se levantó del colchón por enésima vez. Su espalda comenzaba a notar las repercusiones que provocaban los muelles. Cada cierto tiempo saltaban como si se tratara de un payaso que sale de una caja como un resorte y va de un lado a otro hasta que pierde la inercia.

—Hola. ¿Alguien me escucha?

La voz temblaba por un cúmulo de circunstancias. El frío, el miedo, el desconcierto… y la soledad. Nunca había sentido nada parecido en su vida, pero el peor de todos sus sentimientos era sin duda la sensación de que iba a morir. ¿Por qué si no iba a estar allí? No recordaba nada. No sabía cómo había ido a parar a ese lugar, pero sabía que iba a morir.

Todos esos sentimientos se transformaron en ansiedad. Casi no sentía el oxígeno en sus pulmones y comenzó a caminar en círculos, obligándose a controlar la respiración. Cuando consiguió calmarse, decidió que tenía que hacer algo. No podía morir allí. Las paredes recordaban a las películas en las que un hombre se ponía a quitar trozos de la pared y… salía de allí en años. Bajó los hombros, rindiéndose de nuevo, y sólo habían pasado unos segundos, pero no le daría tiempo. Alguien vendría a buscarla y sería aún peor.

La siguiente reacción sabía que no le valdría de nada, pero era lo único que le quedaba. Gritó tan fuerte como pudo, tan fuerte como le aguantó la voz hasta que, llorando de desesperación, cayó al suelo sobre sus rodillas e hizo algo que no repetía desde hacía muchos años. Desde que era una niña pequeña. Unió las palmas de las manos, alzó la vista hacia el techo y comenzó a rezar.

6
Por el carril contrario

Aplazaron visitar al novio de Sofía. Había una nueva desaparición, y podría estar relacionada con la de la chica y, por otro lado, podrían ver las similitudes para actuar con una base más sólida.

Mientras se acercaban a comisaría, sus cabezas daban vueltas y vueltas a lo que estaba ocurriendo. La mejor noticia sería que no estuvieran relacionadas, pero Gonzalo no creía demasiado en las casualidades.

Entraron al despacho de Bruno sin llamar a la puerta.

—¿No es una chica?

—No, Gonzalo, no es una chica.

—Tú dirás.

—Es un hombre de setenta y dos años. Pusieron la denuncia hace tres días en otra comisaría.

—Entonces, no tiene nada que ver con lo nuestro.

—¿Estás seguro? Sé que no lo parece, pero ¿cuándo has visto que desaparezcan dos personas en un corto intervalo de tiempo en esta ciudad?

—No cuadra. Una chica de veinte años y un anciano de setenta y dos. Simplemente no cuadra. Se habrá perdido.

—La última vez que lo vieron fue al salir de un centro de mayores donde iba a jugar a las cartas.

—Ahí lo tienes. Se habrá perdido.

—Os hacéis cargo de ello. Hasta que no sepamos lo que ha ocurrido, quiero que llevéis los dos casos, por si encontráis coincidencias.

—Lo estará llevando alguien, digo yo.

—Así es, y no han encontrado nada. Hemos cruzado datos y hemos decidido que lo llevamos nosotros desde aquí.

—Mételes el marrón a otros. No me jodas, Bruno.

—El que me jode eres tú. Por una vez deja de discutir cada palabra que sale de mi boca y ponte a trabajar. Te pareces a mis hijos. Siempre tienen la palabra *no* en la boca, como si fuera la única que existe.

Carla no pudo reprimirse y dejó escapar una sonrisa. Su madre le recordaba cada cierto tiempo que ella misma utilizaba esa palabra con frecuencia cuando era pequeña. Cualquiera que tuviera niños

pequeños sabría de lo que estaba hablando Bruno.

—Nos ponemos con ello —zanjó Carla—. A ver qué encontramos.

Gonzalo reclinó la silla hacia atrás, mirando al techo.

—No están relacionados, pero parece ser que nos ponemos con los dos. Probablemente aparecerá deambulando por las calles en algún momento.

—Es un hombre mayor. No significa que se le vaya la cabeza. Ni siquiera sabes nada de él —soltó Carla refunfuñando.

—Ya verás como es lo que te digo.

—Os podéis marchar. Tenéis trabajo.

—¿Nos vemos luego? —preguntó Gonzalo a su jefe.

—A las ocho, si no seguís liados.

—Hasta entonces.

Carla salió de su despacho algo sorprendida.

—¿Te ves con Bruno fuera del trabajo?

—Soy el padrino de su hijo, no tiene otra opción. Además, estoy seguro de que ya te lo habían dicho.

—No lo sabía. Me refiero a que fueras el padrino de su hijo. Algo me comentaron sobre que quedabais a cenar y…

—¿Por qué crees que sigo aquí? No me aguanta nadie.

—Puede que seas tú el que va por el carril contrario. ¿No lo has pensado nunca?

—Cada día, hasta que vi que al que multaban era al que supuestamente iba por el carril correcto. La vida es más divertida si no haces siempre lo que debes y, sobre todo, si no haces lo que quieren los demás. No obligo a nadie a hacer nada que no quiera.

Carla no estaba dispuesta a volver a tener esa conversación.

—Lo que tú digas. ¿Por dónde empezamos?

—Quiero ver al novio. Luego nos ocuparemos del anciano.

—Del hombre, no del anciano.

—Lo que tú digas.

—Me cansa bastante estar todo el día viendo cómo te peleas con el mundo. Me has dicho que querías una compañera. Demuéstralo.

Agachó la cabeza. Nunca había tenido una compañera como Carla.

—De acuerdo. Rebajo el tono, pero yo pregunto a mi manera, ese es el trato.

—No quiero cambiar tu manera de interrogar, sólo que lo hagas con más respeto, pero lo primero que quiero es que me respetes a mí. Eso es innegociable. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nueve metros cuadrados

Setenta y dos gotas, setenta y tres…

—¡Basta! —gritó Sofía.

Ya no aguantaba más. Se estaba volviendo loca allí dentro. Gritar ayudaba, pero tan sólo por un instante. Después, volvía a sentirse incapaz de controlar los nervios.

No podía imaginar el tiempo que había permanecido recluida, pero era consciente de que, probablemente, era mucho menos del que su cabeza barruntaba.

Una vez más, se tumbó en el colchón. Juntó sus piernas con las manos, hecha un ovillo. Escondió la cabeza entre ellas y cerró los ojos con fuerza, intentando escapar, al menos en su mente. De pronto, escuchó un ruido. Su cuerpo se contrajo, alertándola de un peligro que llevaba esperando… el tiempo que fuera. Permaneció inmóvil, agudizando el oído con la intención de saber de dónde venía, pero no volvió a escucharlo. No estaba segura si lo había oído o era su imaginación la que trabajaba por su cuenta.

A los pocos minutos, se levantó de nuevo, dando un paseo por los nueve metros cuadrados que tenía su celda. Los había contado. No tenía mucho más que hacer. Un paseo corto, pero a base de repetirlo, practicaba un ejercicio necesario para mantenerse lúcida.

Cuando se cansó de caminar, miró fijamente a una de las paredes, la que parecía más deteriorada por las humedades que bajaban desde el techo hasta el suelo. Lanzó una patada y retumbó por el eco. Se trataba de un muro que debía separar su celda de otra estancia. Habría sonreído al pensar que, si conseguía derribarlo, podría escapar de allí. Sabía que la esperanza le hacía imaginar imposibles, pero no le dio tiempo a emocionarse. En el momento en el que golpeó la pared, escuchó un grito al otro lado.

7
Entre las ocho y las diez

El factor sorpresa podría ser una buena solución, aunque Gonzalo suponía que el novio de la chica estaría esperando a que le llamara la Policía.

Acudieron a su casa, con la suerte de encontrarlo allí, junto a su compañero de piso.

—¿Podemos pasar?

La pregunta de Gonzalo fue acompañada de su pie sujetando la puerta.

—Somos policías. Carla Torre y mi compañero, Gonzalo Ulloa.

—Claro —respondió el joven, dirigiendo la vista al pie de Gonzalo, que seguía sin apartarlo.

Caminaban hacia el salón y el chico preguntó antes de sentarse.

—¿Saben algo de Sofía?

—Que ha desaparecido —respondió Gonzalo—. ¿Tú sabes algo?

—No. No sé nada. Sólo espero que se haya marchado voluntariamente.

—¿Por qué crees que se ha largado?

—No lo creo, pero es lo que espero.

—¿Cómo te llamas?

—Mateo.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—El día que desapareció. Comimos juntos.

—¿Y luego?

—Luego se marchó. Yo tenía que estudiar y ella tenía clase esa tarde.

—¿Te dijo si había alguien que la molestara?

—No. No me dijo nada. Todo estaba como siempre.

—¿Alguien de la clase de pintura que creas que podía estar celoso de vosotros, o molesto por algo? De la clase de pintura o sus compañeros de Derecho.

—No, que yo sepa.

Carla se movió hacia al borde del sillón, intentando acercarse.

—¿Has hablado con sus padres?

—No conozco a sus padres. Sabían que su hija salía con alguien, pero llevamos muy poco tiempo. No he estado nunca en su casa.

—Tenemos que ver los últimos correos electrónicos y llamadas

que realizaste. Espero que no te importe.

Mateo se sentía muy incómodo, a juzgar por su posición corporal, y la petición de Gonzalo aceleró el nerviosismo.

—¿Por qué quieren verlo? Yo no he hecho nada.

—Por supuesto. Sólo quiero verlo.

Gonzalo extendió la mano y Mateo le dio su teléfono móvil.

Ojeó sus llamadas, correos y fotos durante un rato.

—Veo que hablabais muchas noches. Me sorprende que no hicieras ninguna llamada esa noche. ¿Cuándo te enteraste?

—Me llamó una amiga suya. Me dijo que sus padres querían saber dónde estaba.

—¿No te pareció lógico llamar para interesarte por ella?

—Me dijo que habían intentado contactar con ella y que tenía el teléfono apagado. No sé qué decir. Esperé a que me llamaran cuando supieran algo de ella. Me bloqueé.

—¿Dónde estabas entre las ocho y las diez de la noche?

—En casa. Estudiando.

—¿Hay testigos?

—Mi compañero de piso. Estudia lo mismo que yo y estamos acabando. Es el último empujón.

—¿Es el que se ha metido en una habitación?

—Sí.

—Llámalo, por favor.

Se levantó para avisarle y Gonzalo lo paró en seco.

—Espera. Mejor voy a buscarlo yo.

Volvió en unos segundos.

—¿Qué tal estás? Le decía a Mateo que necesito que me digas dónde estaba la noche que desapareció Sofía.

—Comimos los tres juntos ese día. Luego ella se marchó y nosotros no salimos de casa. Estuvimos estudiando.

—Lo has dicho de carrerilla. ¿Lo tenías ensayado?

Le gustaba provocar inseguridad, por si le afectaba y cometía algún error. Habían tenido tiempo para hablar de aquello.

—Mi compañero quiere decir que si había alguien más para corroborarlo.

Carla intentaba hacer de “poli bueno”.

Él miró a Mateo, nervioso.

—Es lo que pasó. Está la Policía en mi casa. Intento que no parezca que escondo algo, pero es lo que pasó.

—Vamos, que no sabéis nada —insistió Gonzalo.

Mateo suspiró.

—Juro que no sé dónde está y que no sé lo que ha pasado. Estoy pegado al teléfono por si suena y es ella. No puedo ni estudiar.

—De acuerdo. ¿La querías mucho?

—Nos gustábamos. No llevamos mucho tiempo, pero eso no quita que esté preocupado.

—Vaya juventud. Vivís libremente.

No recibió respuesta.

Se quedó mirando a los dos amigos. Llevaban un peinado parecido, con los pelos de punta y los lados de la cabeza rapados. Incluso el otro llevaba un tatuaje en el lado derecho del cuello y se le pasó por la cabeza que parecía ganado al que hubieran marcado. No era muy fan de los tatuajes.

Gonzalo intentó dar la vuelta a la conversación para que Mateo no le mintiera. Quería ver su cara cuando planteara lo que tenía en mente.

—Mateo, quiero que lo pienses bien. Imagina que no has hecho nada, pero le dices a este de aquí que te cubra. Con toda tu buena intención, crees que te está haciendo un favor, pero estás obviando que hay una posibilidad de que no lo haga por ti, y seas tú quien lo esté encubriendo a él. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Estaba conmigo. Es la verdad.

Supo por su reacción que no dudaba de su compañero, pero debía comprobar la actividad de sus móviles en las horas en las que ocurrió todo.

—Muchas gracias por dejarnos entrar. Cualquier cosa nos llamas. Por favor, escribid vuestros números de teléfono en este papel por si necesito llamaros.

Mateo asintió mientras cogía la tarjeta que Carla le acababa de dejar en la mesa y salieron de la casa.

Una vez en la calle, cada uno expuso lo que le rondaba por la cabeza.

—Este no mataría ni a una mosca —dijo Carla.

—No parece que tenga nada que ver, aunque me deja un poco mosca… —Cortó la frase. Volvía a utilizar las palabras de su compañera para hacer una broma, pero le empezaba a quedar claro que ese tipo de humor no le llamaba mucho la atención y continuó donde lo había dejado—, que no la llamara cuando le dijeron que había desaparecido.

—Ella podría estar de juerga con amigos. Nadie espera que por no llegar a casa pronto hayas desaparecido.

—Más razón para que la llamara.

—Ya lo has oído. Las parejas de ahora no son como las de antes, y llevaban poco tiempo. Sólo se estaban divirtiendo juntos.

—No hay mucho más que rascar por aquí. Nos toca ver lo del anci… perdón, lo del hombre mayor, a ver si está o no relacionado, aunque lo dudo mucho.

—Quién sabe.

¿Quién ha gritado?

Sabía que esta vez no era fruto de su imaginación. Claramente, había escuchado un grito de un hombre, pero le daba miedo preguntar. Puede que no quisiera saber la respuesta. Comenzó a temblar, y en esta ocasión no era consecuencia del frío. Sacó fuerzas para proponerse averiguar quién se encontraba al otro lado de la pared.

—¿Quién ha gritado?

Ninguna respuesta.

—Por favor, necesito saber quién ha gritado.

Dos segundos de silencio.

—Calla, hija.

Un sentimiento de alegría surgió de la nada. Desapareció el miedo sin que su mente se parara a pensar si le iba a deparar una buena noticia.

—Mi nombre es Sofía. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Háblame, por favor.

—Nos matará. Me ha hecho un gesto para que no hablara contigo.

—¿Quién?

—El hombre.

—¿Está aquí?

—No lo sé. Calla, por favor.

—¿Cómo te llamas?

Le quedaba claro que no iba a dejar de hablar y cedió.

—Fidel.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé. Algo más que tú. Escuché cómo te traía y puso un dedo en su boca.

—Sabe que eso no es posible. Sólo te estaba metiendo miedo.

—Pues lo ha conseguido.

—¿Lo has visto?

—Llevaba la cara cubierta y te traía dormida. Te arrastraba por el suelo. Debió hacerme lo mismo a mí, porque me desperté en el colchón.

—Nos durmió. Sólo recuerdo una mano con un trapo, o algo parecido, que tapó mi boca, y ya no recuerdo nada más.

—Sí, yo recuerdo lo mismo. Tienes una voz muy agradable.

¿Cuántos años tienes?

—Veinte. ¿Y tú?

—Setenta y dos añazos. Soy un hombre mayor, no entiendo qué quiere de mí.

Sofía se quedó pensando en lo que acababa de decir. No tenía mucho sentido.

—Al menos nos haremos compañía.

—Si no nos mata antes.

—No pienses en eso. Tenemos que pensar en cómo se puede salir de aquí.

—¿Cómo voy a salir? Estoy muy mayor para estas cosas.

—¿Para estas cosas? ¿Alguna vez has estado en una parecida? Encontraremos el modo. Antes pensaba que si tiraba el muro podría salir, pero tan sólo llegaría a ti —se quedó en silencio—. Un momento.

Dirigió la vista a la otra pared y la golpeó con fuerza.

—¡Mierda! ¡Qué daño! La otra pared es más sólida.

—Ten cuidado. No te hagas daño.

—Me duele todo. Supongo que será de arrastrarme, como acabas de decirme. ¿Qué hay en tu lado?

—Un colchón y algo asqueroso.

—Igual que yo. ¿Por qué estamos aquí?

—Ojalá lo supiera. Pensaba que era el único hasta que apareciste.

—Aunque no sea un consuelo, no estamos solos.

No parecía convencerle mucho y Sofía sabía que no había estado muy afortunada. Era positiva por naturaleza y su cara desprendía alegría incluso cuando estaba triste.

—Me gustaría verte. Necesito ver la cara de alguien.

Sofía supo lo que debía hacer para solucionarlo.

—Es una buena idea. Dime cómo eres físicamente. Así podremos imaginarnos cuando hablemos.

El hombre sonrió. Comenzaba a percibir a la persona que tenía al lado.

—Mido un metro setenta y tengo la piel bastante clara —bromeó sobre lo que acababa de decir—, y más clara que la voy a tener. Pelo blanco, al menos el que me queda, y ojos verdes. Digamos que el pelo me abandonó por la coronilla hace mucho tiempo, pero mantengo el resto. Fui un hombre atractivo, al menos para mi mujer.

Sofía sonrió, aunque percibió en la forma de decirlo que su mujer ya no vivía, pero quiso preguntarlo de forma sutil.

—Pareces un tío elegante. ¿Vives con ella?

—Murió.

—Lo siento mucho.

—Ahora te toca a ti. Dime cómo eres.

—Yo mido un metro sesenta y tres, soy morena, con el pelo un poco por debajo de los hombros y algo ondulado. Estoy decentemente delgada y siempre estoy de buen humor.

—Ya se ve. Espero que no lo pierdas.

—Depende del tiempo que estemos aquí. Hasta ahora no me habían puesto a prueba de verdad. Es muy fácil ser feliz cuando lo tienes todo.

—No te creas —sabía que era lógico pensarlo, pero lo más probable es que fuera al revés—. Las pruebas así sacan lo mejor de ti.

—Puede que sea cierto.

—Ya que lo dices, yo también soy delgado, y si una mujer dice que es decentemente delgada, me puedo imaginar que no le sobra un gramo. No me malinterpretes. Lo digo con todo el cariño.

—Tranquilo, tienes razón. No me puedo quejar.

Ya se conocían, al menos podían imaginar cómo era la cara del otro. Continuaron charlando y durante unos instantes se olvidaron de dónde se encontraban.

8
Deberías correr más

Caía la noche y Gonzalo se despedía de Carla hasta el día siguiente.

—Mañana más. Me voy a casa.

—¿No habías quedado con Bruno?

—He quedado a las ocho. Antes voy a correr un rato cerca de casa. Me ayuda.

—Por curiosidad, ¿qué tipo de relación tienes con Bruno?

—Ya te lo he dicho, soy el padrino de su hijo.

—Pero uno no se hace padrino de un día para otro.

—Desde luego que no. Es de los pocos que me aguantan tal y como soy, y nos hicimos amigos.

—¿Tienes amigos? —se dio cuenta al instante de que su comentario no había sido muy afortunado—. Perdona, era una broma.

No pareció que a Gonzalo le importara demasiado. Se conocía muy bien, pero lo más probable es que esas palabras en boca de otra persona hubieran significado un contraataque.

—Los justos y necesarios. No soy tan malo, pero todos tenemos una cara para la gente que no te importa y otra para los que merecen la pena.

—Me lo tomaré como un cumplido —asomaron los colores en su cara—. Me has hablado de algo muy íntimo y eso debe significar algo.

—Espero que lo tengas en cuenta, y que seas discreta.

—Siempre soy discreta.

—Nunca contaría algo así a alguien que no lo fuera. Otra cosa no, pero sé calar a la gente.

Carla se sentía más cómoda que nunca. Recordaba enfado tras enfado, pero le costaba rescatar un momento en el que viera cierta vulnerabilidad en su compañero.

Se vino arriba sin pensarlo.

—Ya que nos estamos sincerando, podríamos quedar un día a tomar algo y conocernos mejor.

—Eso podemos hacerlo en el coche. Siempre hay ratos sueltos.

—No estoy intentando ligar. Espero que eso te quede claro, pero somos compañeros. Me gustaría que pudiéramos ir con el resto, pero no te llevas bien con ninguno.

—Está bien. Si no tienes malas intenciones —dijo, con sarcasmo —, podemos quedar un día a tomar algo, pero ahora tengo que ir a

correr, porque si no descargo tensión, me entra la mala leche.

—Deberías correr más.

Acompañó la broma sacando la lengua y a cambio recibió una sonrisa.

—Nos vemos mañana.

Dos horas después, Gonzalo cruzaba la puerta de una bodega que quedaba a ochocientos metros de la comisaría, donde solía tomarse unas cervezas con Bruno y sus amigos.
Cuando accedió al local, vio en una mesa a Bruno y a otro amigo en común.

Antes de sentarse, hizo un gesto al camarero, señalando la cerveza de sus amigos para que le sirviera otra a él, y pidió que le pusiera algo de picar.

—¿Cómo vais? Me alegra verte, Marcos.

—Lo mismo digo. Me ha comentado Bruno que estás a tope.

—Ha sido Bruno quien me ha sacado de mi zona de confort —sacó la lengua—. Así es el curro.

—¿Qué tal? ¿Cómo van las investigaciones? —preguntó Bruno.

—Deja que me traigan la cerveza y nos relajemos un rato.

—De acuerdo. Hablemos de tu compañera. Parece que te llevas bien con Carla. Me sorprende.

—Eso es un dato insólito. No recuerdo que…

Gonzalo cortó a Marcos, respondiendo a Bruno.

—¿Has visto cómo me habla? Bien no sería la palabra.

—Te conozco. Si no te llevaras bien con ella, no dejarías que te hablara así. Te gusta, me atrevo a decir —a Bruno se le escapó un ruidito.

—No te pases.

—Me refiero a que te gusta como compañera de trabajo. No me malinterpretes.

—Eso sí. No es como los otros que me has encasquetado. Me gusta su carácter, pero es muy joven. No me atrevería.

—Lo sé. Puedes estar tranquilo. Te conozco muy bien. En fin. Ya llega tu cerveza. ¿Cómo lo ves?

—No lo sé. Todavía no sé qué pensar.

—Baje Dios y lo vea. Me esperaba que hubieras resuelto el caso antes de empezarlo.

Gonzalo dio un sorbo y miró fijamente a Bruno.

—Hoy estás graciosillo, por lo que veo.

—No te lo tomes así. Era por animar esto, que te veo un poco mustio.

—¿Quieres que te cuente o vas a seguir con tus chorradas?

Bruno sonrió y le dio vía libre con un gesto.

—Dime. Te escucho.

Gonzalo le dedicó una mirada, agradeciendo que pudiera dar su primera versión.

—Por lo que he podido rescatar hasta el momento, no se conocen y no hay coincidencias en la forma de vida que llevan, ni en los círculos en los que se mueven y, por supuesto, no podemos dejar de lado la edad. Hemos visitado al hijo de Fidel y nos ha dicho que su padre vive sólo. Su mujer murió hace años y no tiene más familia. Va al centro de mayores a jugar a las cartas con sus amigos y visita a su hijo y su familia los fines de semana para comer. Una vida muy tranquila. Nadie se dio cuenta de que había desaparecido. A los amigos les extrañó que no fuera a echar unas cartas. Al parecer, iba a jugar todos los días. Pensaron que estaría enfermo, pero tampoco contestaba al móvil ni al telefonillo de su casa, que está muy cerca del centro, así que llamaron a la Policía.

—¿De verdad crees que no tienen nada que ver? —Bruno creía que, en una ciudad como Burgos, era poco probable que se produjeran dos desapariciones con tan poco espacio de tiempo.

—Por ahora, no me lo parece.

—Así que estamos a ciegas. Tendremos que investigar por separado y ver si en algún momento se unen las piezas o cada una sigue su camino.

—Sé que es poco, pero es lo que tenemos.

—No lo descartemos, pero haremos dos equipos para investigarlos a la vez. ¿Tú qué opinas? —se dirigió hacia Marcos.

Lo conocieron unos años atrás, cuando coincidieron en una charla que estaba realizando Marcos. Era profesor de Criminología en la facultad, y acabaron entablando conversación para, poco a poco, introducirse en las quedadas entre Bruno y Gonzalo. Era un círculo que costaba atravesar, pero ayudó mucho hablar el mismo idioma y utilizarlo para tener otro punto de vista.

—Por lo que escucho, estoy con Gonzalo. No parece que tenga ninguna relación un caso con el otro, pero no tengo datos para asegurar nada. Por otro lado, no siempre son visibles las similitudes.

—Tú vete preparando, que dentro de poco me temo que podríamos necesitar tus servicios.

—Llevas mucho sin llamarme. Este año no he facturado nada a la Policía. No es lo que me comentaste cuando me convenciste para echar a esa oferta de trabajo restringida.

Pocos criminólogos tenían opción de trabajar en un puesto público. A la mayoría de los trabajos no se podía optar, al no estar publicados abiertamente. Gonzalo le dio acceso y llevaba dos años colaborando como autónomo, pero se trataba de una ciudad con pocos

casos en los que se necesitara de servicios especializados.

—No te quejes. Es buena noticia que no te llamemos. Significaría que los crímenes se estarían disparando, y no es bueno para nadie.

Marcos sonrió.

—Tienes razón, pero tengo que comer.

—No te va mal con tus clases. Vives muy tranquilo y seguro que no cobras mal.

—Te aseguro que no es para tirar cohetes, y nunca viene mal un sobresueldo.

Gonzalo continuó.

—En fin, que he pedido las cámaras de tráfico de las dos zonas donde desaparecieron. Nos dirán mucho más o nada, y si es así, sinceramente, no sé dónde buscar.

—Seguro que encuentras algo. No te las des de humilde —dijo Marcos, arqueando la ceja.

—Sabes que yo no peco de humildad, precisamente.

—Eso es verdad —apuntilló, con cara maliciosa.

Gonzalo le dedicó un gesto mordiéndose el labio. Si no había respondido no era porque no surgiera una buena respuesta. Su rapidez mental quedaba fuera de toda duda.

—Como iba diciendo —prosiguió—, Sofía tiene coche y estaba aparcado donde lo dejó. Lo primero será ojear las cámaras de tráfico para saber algo más.

—¿Habéis cotejado las huellas de su coche? —preguntó Bruno.

—Sí, no hay ninguna que hayamos encontrado que sea de fuera de su círculo, así que no nos sirve de mucho, pero no creo que llegara a entrar al coche.

—¿Y el hombre?

—Vive muy cerca del centro de mayores donde se le vio por última vez. Desapareció un día antes que Sofía. A no ser que él no fuera al día siguiente a su partida de cartas por cualquier otra razón y la desaparición ocurriera más tarde, pero no tiene coche.

—He mandado aviso a todas las comisarías para que informen si se produce otra desaparición. Si pasa algo más, nos lo derivarán a nosotros.

—Esperemos que no sea así y que se trate de dos desapariciones sin conexión entre ellas. De lo contrario, hablaríamos de algo más serio.

—Marcos, podrías aportar algo, para variar.

Marcos cogió la cerveza y dio un buen trago.

—Siempre hablo de lo que hay que hacer una vez que tengo los datos para apoyar mis palabras, y todavía no he visto que me paguéis por esto —dijo en broma—. Ya he bajado la bandera y el taxímetro se ha puesto en marcha.

—¡Venga! No te vayas por la tangente. Lo que te pasa es que estás muy cómodo desde el atril y no te apetece mojarte.

—Está bien. Con lo poco que me has contado —elevó las cejas y se subió las gafas con el dedo índice—, no cuadra demasiado que sean desapariciones aisladas. El perfil, con tu permiso, no lo puedo inventar, como me estás pidiendo. Puede ser un loco o un tío muy inteligente que os lo va a hacer pasar canutas, pero por desgracia lo vamos a descubrir muy pronto.

—¿Por qué crees que lo sabremos pronto? —le recriminó Gonzalo.

—Porque si no aparece ningún cuerpo, estaremos ante la primera opción. Si aparecen…

Se quedaron callados y Bruno decidió acabar la frase.

—Podemos empezar a temblar.

—Si es así, no tardaremos mucho en enterarnos.

Bruno dio un sorbo a su cerveza, analizando la expresión de Gonzalo. Parecía estar en otro lugar, como si su mente siguiera funcionando a la vez que hablaba. No tenía ninguna duda de que su mal carácter no interfería en su instinto. No sólo era su amigo, era su mejor policía, y aunque de cara al resto de sus compañeros lo presionaba sin parar, ambos sabían que tan sólo era una pose para no crear favoritismos. Fuera de comisaría, el respeto entre ambos era absoluto y Gonzalo parecía otra persona. Le daba pena que no pudiera extrapolarlo al trato con el resto de la gente, pero los años le habían hecho aceptar sus dos caras.

Marcos se dio cuenta de que había llegado la hora de divertirse y cambió de tercio para hacer lo que habían ido a hacer. Tomarse unas cervezas.

Alguien se sentó de golpe en su mesa y a Gonzalo se le cayó la cerveza.

—Me cago en tus muelas. ¿No sabes sentarte como la gente normal?

—Perdón. Llego un poco tarde, pero tenía trabajo. Te veo muy nervioso.

Adrián era una de esas personas que nadie se explicaba cómo se colaba en la vida de los demás. Ninguno recordaba haberle invitado a unirse, pero sin darse cuenta, llevaba acudiendo a esas noches los últimos años.

—Un nuevo caso —Bruno informó a Adrián para que supiera cómo estaban las cosas.

—Ya decía yo. Nuestro Zalo se pone tenso cuando tiene algo serio en la cabeza.

—Vas a llamar Zalo a tu puta madre.

Adrián movió los brazos como si se pusiera a bailar, para ponerlo

de mal humor. Su carácter no dejaba ver mucho de él. Siempre estaba de cachondeo y eso le ponía nervioso a Gonzalo. A pesar de conocerlo desde hacía unos años, nunca había llegado a conectar con él como lo había hecho Bruno. Eran amigos, pero de esos que no se llaman entre ellos. Su comunicación se limitaba al wasap de grupo.

—No nos encendamos de nuevo —Bruno quería rebajar los ánimos—. No lo llames Zalo, que ya sabes que le jode.

—Perdón —Adrián puso cara de pena.

—Vete a por una cerveza y limpia todo esto —le soltó Gonzalo.

Adrián se cuadró, puso una mano extendida en la frente como si acatara una orden y fue a la barra.

—Menos mal que siempre llega tarde —dijo Gonzalo, acompañando las palabras de cara de asco—. No hay día en que no líe alguna.

Adrián volvió, limpió la mesa y le puso una cerveza a Gonzalo.

—¿Qué os contáis? ¿Quién ha muerto?

—Nadie.

—Vamos, Gonzalo, dime algo, que me paso todo el día arreglando los ordenadores de los idiotas de mi empresa. Tú tienes suerte y vives en una fiesta constante.

—No ha muerto nadie, todavía.

Lo miró como si fuera a ser él la próxima víctima, pero Adrián no lo entendió, o no quiso hacerlo. No era capaz de interpretarlo.

—¡Uff! Todavía suena mejor.

—¿Qué te suena bien? Eres idiota.

—No bien, perdona. Más interesante.

—Aunque quisiera no puedo contarte nada.

—Somos amigos. A Marcos se lo contáis.

—Marcos no se pasa el día arreglando ordenadores de los idiotas de su empresa. Puede aportar algo y en ocasiones trabaja con nosotros. Creo que es una gran diferencia.

Marcos interrumpió y aprovechó para soltarlo.

—No desde hace un tiempo.

—No me jodas, Marcos. No le des baza a este tío.

—Bueno, pues si no contáis nada, os cuento yo mi día.

Todos le abuchearon.

—Gonzalo, dile algo o se va a quejar de todo —suplicó Marcos.

—Está bien —bajó el tono—. Un hombre apareció en un bar. Iba cubierto con una gabardina gris y un sombrero negro. Fue acercándose a una mesa, lentamente —Adrián lo miraba sin poder cerrar la boca—, y de pronto, ¡pam!

Dio un golpe en la mesa y le hizo verter su cerveza. Casi se le salió el corazón por la boca. Tardó unos segundos en reaccionar y cedió a la risa de sus amigos.

—Casi me matas del susto.

—Eso te pasa por cotilla. Vamos a divertirnos.

Intentó cambiar de tema y a Marcos le quedó claro que no tenía intención de darle cancha.

Gonzalo se levantó para ir al baño y cuando salió, vio que Bruno le esperaba en la puerta.

—Te veo extraño. Sabes que puedes hablar conmigo.

Gonzalo redirigió la conversación.

—¿Qué tal tu hijo?

—Veo que no te interesa lo que te digo. Está muy bien. Es un niño feliz. Hace mucho que no pasas por casa. Le gustaría verte.

Lo dijo de carrerilla para ahondar en lo que realmente le importaba.

—Claro. Cualquier día de estos me pasaré a hacerle una visita. Perdona, pero tengo algo de lío últimamente.

Bruno volvió a intentar que le contara de qué se trataba, aunque percibía a qué se podía deber.

—Sin problema. ¿Qué sabes del tuyo?

—Menos que del tuyo. Hace mucho tiempo que no hablamos.

—Algún día te arrepentirás de no intentarlo con más fuerza. El tiempo pasa volando.

—Creo que no depende de lo mucho o poco que lo intente. Dejemos de hablar de esto.

—Como quieras —mientras hablaba, veía cómo la tristeza se reflejaba en su cara—. Sólo me intereso por ti. Te estaba viendo más contento desde que ha llegado Carla, y de pronto te veo más distante. Los dos sabemos que suele tener que ver con tu hijo.

—Deben ser impresiones tuyas.

—¿Cuándo vas a venir a casa? Siempre estás liado, pero igual que vienes aquí, puedes hacer una visita a mi familia.

—Sabes que quiero a tu familia. Te juro que lo haré. ¿Es suficiente?

—Claro. Qué remedio.

—Anda, vamos con estos dos y nos tomamos la última.

A la casilla de salida

Hacía horas que Sofía no reparaba en las gotas de agua que chocaban contra el suelo y que habían conseguido desquiciarla por completo anteriormente. Tampoco le molestaba tanto el parpadeo de las luces. Llevaba mucho tiempo de charla con Fidel y se daba cuenta de que una situación como la que estaba viviendo unía mucho más que años de relaciones puntuales con otras personas. Tenía la sensación de conocerle de toda la vida y, hasta el momento, no sabía nada de él.

—Fidel, ¿a qué te dedicas?

—A jugar a las cartas —sonreía para sí mismo—. Llevo una vida poco ajetreada. A mi edad, vas perdiendo a gente por el camino, pero siempre conoces a gente nueva. Sólo hay que proponérselo.

Sofía no entendía muy bien a qué se refería, pero comprendía el fondo del mensaje.

—¿A jugar a las cartas?

—Voy todos los días a un centro de mayores, como lo llaman. La verdad es que es un lugar cualquiera donde juntarte con otra gente, con el matiz de encontrarte en un ambiente en el que todos tienen tu misma situación. Podríamos ir a un bar, pero en ese sitio nadie te quita la mesa y el café es más barato.

—¿Y qué hacías antes de jubilarte?

—He estado toda la vida detrás de una mesa. Trabajaba en un banco, pero antes las cosas no eran como ahora. No cambiabas de trabajo por nada del mundo. Era más importante mantener un empleo que buscar algo que te llenara. Me hubiera gustado ser fotógrafo. Siempre fue mi pasión, pero no me estaba permitido soñar y estuve en el banco hasta que me dieron la patada. Prejubilación. Así lo llaman cuando ya no te necesitan y quieren que tu trabajo lo realice alguien más joven, que trabaja por menos de la mitad de tu sueldo y permite que cada día le estén machacando para duplicar objetivos mensuales; trimestrales; anuales. Es una pena, pero os entiendo a los jóvenes. Se dice que lo tenéis todo y que os quejáis de vicio, pero nadie dice que vivís con una inestabilidad sin precedentes.

Al otro lado de la pared, Sofía rubricaba cada palabra con meneos de cabeza.

—Supongo que es así, pero no se puede tener todo. Precisamente por todo lo que acabas de decir, nos atrevemos a vivir de otra manera

y a perseguir nuestros sueños. No todos, pero tenemos esa opción.

—Supongo que, como dices, son formas de verlo. No seré yo quien os critique. Si volviera a empezar, visto desde aquí, lucharía por lo que me apasiona.

—Yo pinto. Estoy aprendiendo, pero comienzo a ser bastante buena.

—¿No me digas?

—Sí. Mis padres me dicen que estudie una carrera y que lo de la pintura lo haga para divertirme.

—A eso me refería. Veo un montón de jóvenes con carrera y en la lista del paro. Nada te asegura un futuro, sólo la persistencia, pero las cosas no se consiguen de un día para otro.

—Estoy de acuerdo contigo. Cuéntame más de ti.

Se quedaron en silencio. Habían escuchado un ruido que les puso en alerta. Sofía notó que su corazón se aceleraba y las manos le temblaban. No podía ver la escalera, pero pudo percibir unos pasos que sonaban cada vez más cercanos. Se tumbó en el colchón, con los ojos medio cerrados para poder ver lo que ocurría fuera, pero que la persona que bajaba no notara que estaba despierta.

Cruzó por delante un hombre arrastrando algo y volvió a cruzar a los pocos segundos. Su cabeza no paraba de fabricar pensamientos negativos en los que ese hombre abría su celda, se acercaba a ella y la sacaba a rastras para llevársela a otro lugar, donde acabaría todo. Intentaba apartarlos, pero seguían allí.

Poco a poco, percibió que los pasos se alejaban y sonó un portazo metálico para que volviera el silencio. Unos minutos más tarde, volvió a aparecer. De nuevo, escuchaba algo rozando el suelo y pasaba delante de su celda. El pánico se introdujo en su mente. El chirrido de una puerta invitaba a pensar que, en unos minutos, ya no estarían solos. Después, absoluto silencio. Ni ella ni Fidel se atrevían a hablar. Las gotas de agua y el parpadeo volvían a apropiarse de la situación. Volvían a la casilla de salida.

9
Luis y Silvia

Todas las dudas comenzaron a disiparse aquella mañana. Nada más llegar, Gonzalo vio cómo se abría la puerta del despacho de Bruno y, como si se tratara de una nueva costumbre, le hacía un gesto para que entrara.

—¿Otra desaparición?

—Le vas cogiendo el punto a esto.

—¡No me jodas! Lo decía en broma.

—Empieza a tratarse de algo serio.

—¿Empieza? —dijo, agitando la mano—. Cuéntame.

—Se trata de una pareja. Un joven de treinta años y su novia, de veintiocho. Vive cada uno con sus padres y denunciaron su desaparición ayer por la noche. Ninguno volvió a casa y no han podido localizarlos. Se llaman Luis y Silvia.

—¿Algo más?

—Esa es tu labor. Por ahora, es lo que tengo. Los padres van a venir por aquí en una hora. No me fiaba mucho de que estuvieras pronto en comisaría y les he citado más tarde.

—No soy yo el que ha llegado tarde. No veo a Carla.

—Ha ido a tomar un café con Irene. Lleva una hora trabajando.

Gonzalo se acercó los dedos a la boca, sellando sus labios, mientras Bruno enarcaba las cejas disfrutando del momento.

—Voy a acompañarlas. Seguro que se sienten muy solas.

—Eso, ve con ellas, listillo.

—Borra esa sonrisa de la cara. Veo que te conformas con muy poco.

—Con lo que me das.

—¿Se puede?

Carla señaló a la silla y le soltó una perla.

—Pide morcilla o lo que quieras.

Irene sonrió y Gonzalo se dio cuenta de que se lo había contado.

—Ya no te llevo más.

—¿Has hablado con Bruno? —preguntó Carla.

—Sí. Me ha puesto al día. Otra desaparición más, y doble. La cosa se anima.

—Parece que tu teoría se va cayendo. Tiene que haber relación. No puede tratarse de hechos aislados.

—Lo sabremos pronto. Espero.

Irene se acabó el café de un trago.

—Os dejo, que tengo mucho trabajo.

Gonzalo levantó un brazo y metió la cabeza en su axila.

—No, no huelo mal. Debe ser otra cosa.

—Estoy hablando bien de ti, pero no puedo hacer milagros. ¿Qué tal fue ayer con Bruno?

—Como siempre. Un par de cervezas y a casita, no vaya a ser que su mujer le ponga un parte. Estuvimos con un amigo y otro que no hay manera de quitárselo de encima. Ya te lo presentaré un día de estos. Me refiero a Marcos.

—Perfecto. Cuando quieras. Respecto a Bruno, igual es que es un buen padre y le gusta estar con su familia.

—Igual es eso. ¿Has sabido algo de los dos desaparecidos? ¿Has investigado?

—Llevo aquí una hora, ¿y tú?

—Entendido —llevaba dos mensajitos en menos de un minuto—. Hoy me estoy comiendo muchos zascas y acaba de empezar mi día —se acercó a la barra—. Un café solo.

Cuarenta minutos más tarde, los padres de Silvia esperaban en una sala y los de Luis en la contigua. Se dividieron para no hacerlos esperar.

—Soy Gonzalo Ulloa. Siéntense, por favor. Cuéntenme lo que ha ocurrido.

El hombre estaba ansioso por empezar.

—Ayer desapareció mi hijo.

—Hasta ahora, es lo único que me han contado.

—Estuvimos esperando durante mucho rato, porque había llamado para avisar de que venía a cenar, pero no vino y le llamamos al móvil. El teléfono estaba apagado y llamamos a su novia.

—Su novia también ha desaparecido, por lo que me han contado.

—Lo sé. También lo tenía apagado. Llamamos a todo el mundo y nadie sabía nada de ellos. Localizamos a los padres de Silvia y nos dijeron lo mismo, por lo que fuimos los cuatro juntos a denunciar.

—¿A qué se dedica su hijo? ¿Vive con ustedes?

—Sí, se están comprando una casa sobre plano, pero todavía vive con nosotros. Trabaja conmigo.

—¿Y a qué se dedica usted?

El hombre se quedó mirando a su mujer, como si no entendiera la relación con lo que había ocurrido.

—Soy empresario. Tengo un concesionario.

Gonzalo agachó la cabeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó la mujer.

—Que no me dice mucho, pero visto lo visto, no creo que se hayan marchado por gusto.

Volvieron a mirarse, preocupados.

—Eso ya lo sabemos.

—No le puedo decir mucho más hasta que lo investiguemos. Tengo otra pregunta. ¿A qué se dedica la novia de su hijo?

—Es administrativa. También trabaja con nosotros.

Gonzalo reaccionó resoplando.

—Necesito saber aficiones; si se han relacionado con alguien que les haya asustado; amenazas…, lo que sea.

—No hay nada fuera de lo normal, al menos que nos contaran. Respecto a su forma de vida, es una pareja normal. Juegan al pádel, trabajan y salen con sus amigos.

Se dirigió al hombre.

—Usted es empresario. ¿Alguien ha intentado extorsionarle en alguna ocasión?

—Soy empresario, pero no millonario. Gracias a Dios, nunca he tenido ese problema. ¿Cree que puede tener que ver con el dinero?

—Sólo busco algo a lo que agarrarme. La cosa cambiaría si le pidieran un rescate.

—Daría todo lo que tengo para que vuelva.

—No vaya diciendo eso por la calle. Puede que alguien lo escuche y se aproveche. Ya iré contando avances. Intenten no hablar con nadie de todo esto. Cuanto menos se sepa, más opciones tendremos de encontrarlos.

Ese hombre no tenía intención de marcharse tan pronto.

—¿Cómo? —se sobresaltó—. ¿No va a preguntar nada más?

—Me temo que ustedes no pueden ayudar en nada más. Con lo que me han contado es suficiente. Les llamaremos si hay algún cambio, pero me temo que no tiene nada que ver con sus círculos más cercanos. Esto va más allá.

La pareja cruzó la mirada y la devolvieron a Gonzalo.

—¿A qué se refiere?

El hombre se había quedado todavía más descolocado.

—Entienda que no puedo desvelar datos de la investigación. Sólo les digo que haremos todo lo posible.

Se marchó y los padres se quedaron petrificados, viendo como atravesaba la puerta.

Gonzalo se sentó en su cubículo esperando a que terminara Carla. Tardó diez minutos más y Gonzalo pensó que eran demasiados para saber lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué está pasando? —Carla estaba desconcertada.

—No hay por dónde hilarlo, ¿verdad?

—La verdad es que no. No tiene sentido. Parece que, quien demonios sea, los ha elegido al azar.

—¿Los ha elegido? Es pronto para decir eso.

—Es obvio que no se trata de casos aislados, pero no tienen nada en común y tienen que tenerlo. No he conseguido sacar nada en claro.

—Lo sé. No importa lo que les preguntáramos. Sea lo que sea lo que los une, ellos no pueden ayudarnos.

—Si no preguntas, no sabes. Somos policías.

—Cuando tenga las preguntas adecuadas, no dudaré en formularlas, pero no ha llegado ese momento. Me temo que vamos a tener que esperar a que actúe.

—Ya está actuando.

—Sabes a qué me refiero.

—¿Y si desaparece más gente?

—No me extrañaría.

Carla aparcó el tema, interesada en saber con qué estaba trabajando.

—¿Qué haces?

—Estoy viendo las imágenes de la zona en la que desapareció la primera chica.

—¿Y?

—Llevo cinco minutos, por así decirlo. Por ahora, no he visto nada. No hay cámaras en la calle donde nos dijo su amiga que aparcó.

Carla se sentó a su lado y las vieron juntos.

A lo largo de la mañana, repetían el proceso con el hombre desaparecido. Las cámaras del centro de mayores lo captaban saliendo de su partida como cualquier otro día. En su cara sonriente no se apreciaba ni un ápice de nerviosismo. Todo parecía normal. Una vez salía del campo de visión, no volvía a aparecer por ningún lado. Del centro a su casa había una distancia demasiado corta y no había instalada ninguna cámara en el camino.

Gonzalo se frotaba los ojos. Iban cuatro desapariciones, y sabía que iba a ser difícil encontrar un error mayúsculo como el de ser captado por alguna cámara. Estaba convencido de que las había estudiado con detenimiento. Rondaba por sus cabezas la sensación de que les esperaba un cadáver muy pronto, pero puede que fuera la única manera de tener algo con lo que trabajar. Le aterraba pensarlo, pero debían ser pragmáticos y pacientes.

Gonzalo llamó a Molina para que le informara de las visitas que había hecho a los amigos de la facultad de Sofía.

—¿Alguna novedad?

—Hemos ido a una clase y hablado con cada uno de sus

compañeros, pero no parece que sepan mucho.

—¿Estaban todos al tanto?

—Sí. Todos lo sabían.

—¿Alguien extraño?

—No me lo ha parecido.

—¿Profesores?

—No he hablado con los profesores.

—¿Por qué?

Molina dudó.

—Creía que…

—Habrá que saber si se llevaba bien con alguno, o quedaba a tomar unas copas. Esas cosas son las que debes pensar.

—Tienes razón. Preguntaré.

—¿Habéis contrastado las coartadas?

—Todavía no, pero no creo que sus amigos tengan nada que ver. Han desaparecido otras personas y no tienen relación entre ellos.

—Esa es nuestra labor. No dar nada por sentado.

—Pero…

—Pero nada. Hazlo. Sé que tienes razón, pero no nos podemos permitir dejar de investigar a todo el mundo. Cuando veamos que todos tienen coartada y que no hay ningún profesor rarito, entonces podremos descartar esa vía.

—Me pongo a ello.

Molina sabía que Gonzalo no era su superior, pero si no hacía lo que le decía, lo haría Bruno.

La mente ve lo que quiere ver

Las últimas horas habían sido extrañas, teniendo en cuenta dónde se encontraban. Desde que se marchó aquel hombre, Sofía y Fidel no habían abierto la boca. La incertidumbre los había dejado helados e intentaban dormir un poco.

Desde el primer minuto que recordaba estar en esa celda, el sueño iba y venía a su antojo, sin acumular amplios espacios de descanso.

Sofía se levantó y dio un golpecito con el puño en la pared para reclamar la atención de su compañero.

—Fidel, ¿estás despierto?

—Sí.

—Ha pasado mucho tiempo. Quiero hablar de lo que ha ocurrido.

—Tenemos compañía.

—¿Has visto a alguien?

—Los estoy viendo ahora mismo.

—¿Los? ¿Qué quieres decir?

Sofía se asustó aún más.

—Son dos jovencitos. Todavía no se han despertado. Cada uno está en una celda.

—¿Los ves? Yo no veo nada.

—Mi celda hace esquina. Asómate y los verás.

Se dio cuenta de que no se había vuelto a acercar a los barrotes. La primera vez que lo hizo no había nadie, y tampoco se percató de que hubiera otras celdas, pero cuando pegó la cabeza al hierro helado, pudo ver que así era. La mente ve lo que quiere ver, y entonces estaría más centrada en salir de allí que en preocuparse de cuántos zulos había en ese lugar.

—¿Cómo no lo he visto antes?

—¿Hace cuánto que no te asomas?

No era capaz de responder a esa pregunta.

—¿Te has fijado que sobra una que no está ocupada?

El hombre guardó silencio por un instante.

—Me he fijado. ¿Qué querrá de nosotros?

Sofía no le respondió. Habló en alto para ver si estaban despiertos.

—¡Hola!

Sus cuerpos se movían con pequeños espasmos.

—Se están despertando. Déjalos y hablaremos más tarde con ellos.

—¿Y si no hay un más tarde?

No estaba convencida de ello, y tenía una doble sensación de alivio por ver a más gente que la acompañara y una parte de miedo por pensar lo que podría estar pasando.

De pronto, ella emitió un sonido. No una palabra. Era un gemido de sorpresa.

—Hola —saludó Sofía, con un tono pausado—. ¿Estás bien?

Se incorporó, intentando descubrir lo que había ocurrido y dónde se encontraba. Se tocaba la cabeza sin cesar con una expresión que indicaba que le iba a estallar.

—¿Dónde estoy?

—No lo sé —Sofía elevó los hombros—. Cuando me desperté creía que estaba sola, pero Fidel lleva más tiempo que yo en este lugar.

—Hola, yo soy Fidel. ¿Cómo te llamas?

—Silvia.

—Te han dormido con algo —parecía que Sofía hablara como si conociera de antemano lo que había vivido, y era exactamente así—. Has tardado mucho en despertarte.

Silvia miraba hacia los lados, haciéndose una idea del lugar.

—Estaba con… ¿Dónde está?

Su primer ataque de ansiedad chasqueó los dedos.

—Estabas con otra persona, ¿verdad? Todavía no se ha despertado —dijo Sofía, con la intención de tranquilizarla—. Está a tu lado, pero no lo puedes ver, como me pasa a mí con Fidel.

Intentó sacar la cabeza por los barrotes para verle.

—¿Está bien?

Fidel supo qué decir al instante.

—Está bien. Sólo está tardando algo más en despertar. No te preocupes.

El histerismo que sentía Silvia en ese momento contrastaba con la tranquilidad que trasmitía aquel hombre.

—No entiendo nada.

—Cuéntanos lo que recuerdas. A Sofía y a mí nos ha ayudado mucho hablar entre nosotros.

—Estaba con mi novio. Él fue a buscar el coche mientras yo iba al baño y vi que estaba delante de la puerta. Estaba lloviendo y no veía nada, así que abrí el coche y antes de darme cuenta perdí el conocimiento.

—¿No viste a tu novio?

—No. No lo sé —dudaba a cada palabra—. Creo que fue por detrás. Me taparon la boca y respiré algo que me durmió al instante. Eso creo. ¿Por qué...? ¿qué...?

—Te entiendo, yo estaba igual de asustada.

—Deberías estarlo ahora. ¿Habéis visto a quien nos ha hecho esto?

—Lleva la cara tapada.

—¿Qué quiere?

—No lo sabemos. No ha dicho nada.

—¿Cuánto lleváis…?

—Tampoco lo sabemos.

Se puso a llorar. No obtenía respuestas.

—Yo no he hecho daño a nadie. No lo entiendo.

Fidel continuó con un tono pausado para darle tranquilidad.

—No se trata de eso. Por supuesto que somos buenas personas. No sé lo que quiere, pero estamos juntos para apoyarnos. Dinos algo de ti.

—Soy una persona normal, que hace cosas normales. No sé qué queréis que os cuente.

—¿A qué te dedicas? Por ejemplo —preguntó Sofía.

—Soy administrativa en la empresa de mi suegro. Papeleo, sin más.

—¿Y tu novio?

—También trabaja para su padre.

Sofía se quedó sin hablar, pensando lo que los había llevado allí.

El chico comenzó a despertar.

—¿Luis? ¿Me oyes?

—¿Silvia? —preguntó con cierta dificultad.

—Soy yo. ¿Estás bien?

—Me duele mucho la cabeza. ¿Dónde estamos?

Silvia se cubrió la cara con las manos. No podía hablar por la emoción. Sofía lo hizo por ella y le puso al día de lo que estaba ocurriendo.

10
Yo llamé a la Policía

En las últimas cuarenta y ocho horas no había ocurrido nada. Nada que supieran. Desgranaron la vida de cada uno de ellos buscando un patrón. Sólo había una coincidencia entre todos los desaparecidos, y era precisamente que se habían esfumado de la faz de la tierra.

Por la mañana, alrededor de las nueve y media, entró Gonzalo a la comisaría.

—Buen día a todos.

Ocupó su silla, reclinándose en ella y poniendo los pies sobre su mesa mientras se encendía el ordenador.

—¿Dónde te metes? —Carla no entendía muy bien sus escaqueos —. No te vi en toda la tarde.

—Estuve en casa.

—¿Y no piensas trabajar?

—Que esté en casa no significa que no esté trabajando. Me concentro mejor si estoy solo.

—Tú dirás.

—Estuve viendo imágenes de las cámaras de las zonas donde, supuestamente, desapareció cada uno de ellos.

—¿En tu casa?

—Tengo ciertos privilegios. Ya te llevaré algún día.

No entendía nada de lo que le estaba contando.

—¿Tienes en tu casa acceso a las cámaras?

—Tengo acceso a todo. En casa tengo un equipo entero. También tengo un laboratorio curioso donde puedo sacar huellas y esas cosas.

—Alucino contigo. ¿También te lo has pagado tú?

—Claro. Una cosa es que pueda trabajar desde casa y otra que tenga acceso al sistema de la comisaría. Yo me pago mis juguetitos. Adoro el teletrabajo, pero también adoro la calle. Lo que no me gusta es la oficina.

—No tienes acceso al sistema, ¿verdad?

Creía saber la respuesta, pero quería escucharla de su propia boca.

—No quieras saber más. Dejémoslo en que no me hace falta acceder al sistema.

—Está bien —sabía que tenía razón y era mejor no conocer detalles que no le iban a llevar a ningún sitio—. ¿Has encontrado

algo?

—He accedido a los teléfonos móviles. Sé dónde estuvieron por última vez.

—Eso es ilegal. Sin una orden no puedes hacer eso.

—Puedo. No necesito una orden. La burocracia lo único que hace es ralentizar todo. Hay que quemar esa bala cuando sea del todo necesario. Si pidiéramos una orden cada vez que queremos saber cualquier tontería, dejarían de tomarnos en serio.

—No entiendo cómo no te han echado, te lo juro.

—¿Quieres saber o quieres juzgar? Si no hablas, seguiré donde estoy. Confío en ti.

Hizo un gesto para que continuara.

—Es tu vida.

—Eso me dice Bruno, y muy a menudo. Sofía llegó hasta su coche, al menos a la calle donde estaba aparcado, y alguien la estaba esperando. Apagó el móvil y habría que saber si lo lanzó por una alcantarilla, lo dejó en la calle o le quitó la tarjeta y se lo llevó. Desgraciadamente, mis juguetitos no valen para eso.

—¿Y los demás?

—El viejo corrió la misma suerte. Su móvil se apagó a unos cien metros de su casa. La parejita no estaba en el mismo lugar en el momento en que el teléfono dejó de rastrear. La verdad es que nos tienen muy controlados. El teléfono del chico se apagó seis minutos antes que el de la chica, y a una distancia de unos cuarenta metros.

—¿No estaban juntos?

—Sí. Los dos teléfonos tienen la misma localización en las dos horas anteriores. Sólo se separaron trece minutos. No hay cámaras en la zona, pero mi intuición me dice que él fue a coger el coche. Estaba lloviendo.

—Por lo que primero se lo llevó a él y luego a ella.

—Así es, pero por la poca distancia de tiempo entre ambos, o lo dejó seco, o lo mató. Si hubiera sido un enfrentamiento, dudo que hubiera podido actuar tan rápido.

Carla se daba cuenta que estaba hablando con un policía nada corriente. Ya se había dado cuenta antes, pero su cabeza funcionaba a una velocidad de vértigo y sabía perfectamente lo que buscaba, e interpretaba como no había visto antes. Eso sí había ocurrido como pensaba.

—Hay que buscar los teléfonos.

—Ya los tengo en mi radio. Si se encienden, lo sabremos.

—¿Cómo? ¿Qué tienes en tu casa?

—Un software de triangulación. En el momento en el que los enciendan los podremos localizar, aunque dudo que eso pase.

—Vamos, que sabes por aproximación lo que pudo ocurrir, pero

no tienes ni idea de cómo los puedes encontrar.

—A eso se le llama investigación. Te lo deberían haber enseñado.

—Muy gracioso. ¿Y ahora?

—Ahora vamos a desayunar. No me he tomado mi primer café.

El reloj marcaba las ocho de la tarde y recibían una nueva noticia. No podían decir que no la esperaran, pero el secuestrador volvía a mover ficha.

—¿Cómo ha sido esta vez?

Gonzalo preguntaba, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Se trata de otra chica —informaba Bruno—. Se llama Yanela, no es española y trabaja en una sala donde se realizan bailes. Ya me entiendes.

—No sé por qué te iba a entender —sonrió—. Aunque lo puedas llegar a pensar, no frecuento esos lugares.

—Lo sé. Nos conocemos bien. Estaba bromeando.

—Nunca pongas la mano en el fuego por nadie —volvió a sonreír.

—Por ahora, es lo que tenemos.

—Entonces no podemos preguntar a nadie —Gonzalo levantaba las manos en señal de resignación—. Otra desaparecida sin ninguna relación con las anteriores.

—Sabes que sí tiene relación —apostilló Bruno—. Pregunta por ahí, a ver si sacas algo nuevo.

—Si pregunto, corres el riesgo de que me detengan.

—Déjate de bromas.

Carla no había abierto la boca hasta entonces.

—Una chica joven, un hombre mayor, una pareja y una chica que realiza bailes eróticos. No entiendo nada.

—¿Qué no entiendes? —bromeó Gonzalo—. ¿No entiendes que baile?

—Tómatelo en serio.

—Sólo lo sabremos preguntando —intervino Bruno—. Debéis ir a su lugar de trabajo y ver si, esta vez, hay algo que los relacione. Ninguno tenemos dudas de que será así.

—Ahí que vamos, Bruno, pero cada uno que aparece tiene menos relación con el anterior.

Gonzalo se levantó y se dirigió a la puerta. Paró en seco y sacudió la cabeza para que su compañera lo siguiera.

Nada más llegar, dudaron si se encontraban en el lugar correcto.

—Muy discreto —masculló Gonzalo mientras entraba—. Parece

que hemos llegado demasiado pronto. No hay un alma.

Se acercó a ellos un hombre con pantalón negro muy ajustado y camisa roja más propia de los ochenta.

—¿Puedo ayudar?

Gonzalo sacó la placa.

—¿Es usted el dueño del local?

—Soy el encargado.

—Me vale. Venimos a preguntar por alguien que trabaja aquí. Se llama Yanela…

Gonzalo dejó de hablar, viendo el gesto afirmativo del ochentero.

—¡Preguntan por Yanela!

Se miraron, preguntándose a quién gritaba. Una mujer se acercó al instante y el hombre se fue hacia la barra.

—Hola. Yo llamé a la Policía. Me llamo Lisa.

—¿Eres compañera de Yanela?

—Sí. Hace dos días que no sé nada de ella. No vino a trabajar ayer, ni anteayer.

—Puede haberse marchado. ¿Por qué cree que ha pasado algo?

—Fui a su casa, a ver si estaba enferma. No cogía el teléfono, así que me acerqué. Su coche estaba aparcado en la puerta.

—¿Eso es todo?

—No. Escuché un mensaje suyo que me dejó en el contestador.

Sacó el teléfono móvil y puso el altavoz para que pudieran escucharlo. Una voz temblorosa decía que estaba muy asustada y que tenía la impresión de que la seguían.

—¿Y no fue a la Policía de inmediato?

—No escuché el mensaje hasta este mediodía. No sabía ni que tenía activo el buzón de voz.

—¿Estaba preocupada con anterioridad a ese mensaje? —preguntó Carla.

—No. Nunca la había escuchado de esa manera.

—¿Algún cliente obsesionado con ella?

—Siempre hay alguno al que hay que echar, pero nada fuera de lo normal.

La siguiente pregunta era obligada para Gonzalo, aunque sabía que no le iba a ayudar.

—¿Trabajaba en otra cosa?

—No. Como muchas chicas y algún chico, trabajan aquí para sacarse dinero, pero estudian mientras tanto.

—¿Qué estudiaba?

—Psicología

Gonzalo miró a Carla.

—¡Anda mira, como tú!

Carla no entró a valorar el comentario.

—¿Perdón? —la mujer se sorprendió.

—Mi compañero quiere decir que no nos ayuda demasiado. Necesitamos cualquier cosa que se salga de lo normal.

—No sé qué decirles.

Se encogió de hombros.

—¿Tiene familia?

—No, que yo sepa. No es de aquí. Si tiene familia, nunca habla de ella.

—Gracias por su tiempo —Carla miró a Gonzalo—. Vamos a hablar con el encargado.

Se dirigieron hacia el hombre. Los miraba desde el otro lado de la barra mientras secaba unas copas.

—¿Ya tienen lo que buscaban?

Gonzalo tomó asiento en un taburete alto y posó sus codos sobre la barra.

—No parece que le importe demasiado.

—¿El qué?

—No se haga el tonto.

—Algunas veces se marchan sin decir nada. Estamos acostumbrados.

—¿Dónde estuvo…?

No le dejó terminar.

—Estoy aquí por la mañana y vuelvo a entrar a las seis de la tarde.

—Supongo que será fácil comprobarlo.

—No vengan a molestar. Aquí se hace todo legal. No es mi problema lo que le pueda pasar a nadie cuando sale del trabajo.

—Sólo quiero comprobar dónde estaba. ¿Tienen cámaras en el establecimiento?

—Claro —levantó las manos como si no entendiera la pregunta.

Gonzalo sacó su tarjeta y la extendió con dos dedos.

—Quiero las imágenes de la última semana de todos los hombres que han pasado por aquí —lo señaló—. Usted incluido.

—Yo no puedo hacer eso. Tendrán que hablar con el dueño.

—Dígale que me llame a este número. Es importante.

Sin esperar respuesta, salieron del local.

—¿Crees que es algún cliente? —preguntó Carla—. ¿Piensas que puede ser ese tío?

—No podemos descartarlo. Puede que no, pero con el resto no tenemos esa opción. Investigaremos a todos los que aparezcan en las imágenes. No tiene pinta de machote, que digamos.

—Ya estamos con esos comentarios. ¿Cómo tiene que ir vestido para que parezca sospechoso?

—No me refería a eso, pero todo el mundo es sospechoso hasta

que se demuestre lo contrario.

—Pensaba que era al revés.

—Eso es con la inocencia. Lo de ser sospechoso es otra cosa. Hay que ver esas imágenes.

—Si te las dan.

—Pediremos una orden.

—No puedes demostrar que tenga que ver con ese hombre, ni que haya estado allí. Veo difícil que las consigamos.

—Todo es demasiado raro para que podamos encontrar una conexión. ¿Puede ser un tío que ha ido a ver un baile, después a una clase de pintura y a comprar un coche a un concesionario? Me resultaría raro encontrarle en todos esos sitios en pocos días.

—No sé qué decirte. ¿Qué hacemos?

—Ya se me ocurrirá algo. Vámonos.

¿Le viste la cara?

Sofía comprendió en un instante que ya no iba a aparecer nadie más. Todas las celdas estaban ocupadas y repasó mentalmente el orden de llegada. Ella fue la segunda, Fidel ya estaba allí cuando la llevaron. Tras ellos, la pareja y, por último, la chica. No había abierto la boca y sabían muy poco de ella. Sofía intentó que pudiera integrarse en el grupo, por su propia salud mental.

—Hola, ¿qué tal estás?

Parecía que se había quedado muda y Fidel intentó apoyar a Sofía.

—No tengas miedo. Puedes hablar con nosotros. Estamos todos en la misma situación.

Su tono de voz hizo efecto.

—Me llamo Yanela.

—Tienes un acento muy bonito. ¿Eres portuguesa?

—Soy brasileña.

—¿Cuánto tiempo llevas en España?

—Unos cinco años —su voz quedaba casi diluida. Notaban el miedo en cada palabra.

—¿A qué te dedicas?

No respondió a la pregunta.

Sofía la empujó a seguir hablando.

—Nos hemos contado todo. Te aseguro que ayuda.

Tomó confianza para continuar.

—Soy bailarina.

—Qué bien. Yo soy muy mala bailando, pero me encantaría hacerlo mejor.

—Yo soy Fidel, ella es Sofía y…

—Yo soy Luis, y mi novia se llama Silvia.

Fidel sonrió al ver que poco a poco todos iban tomando la palabra.

—Tenemos un juego para poder conocernos mejor y ponernos cara, ya que no nos podemos ver todos —Sofía quería que ella hiciera lo mismo—. Dinos cómo eres.

Fidel comenzó y uno a uno hicieron lo mismo antes de que Yanela comenzara.

—Tengo treinta años. Soy morena, pelo rizado y con la piel

tostada —fue su primera sonrisa—. Mido un metro setenta, y vine a España porque me prometieron que iba a tener más oportunidades, pero no fue así. En mi tiempo libre estudio psicología por internet.

Fidel se dio cuenta de que no tenía una situación muy agradable.

—Pues ya sabemos cómo eres, los que te vemos y los que no pueden hacerlo. Tengo que decir que eres una chica muy guapa.

Yanela sonrió, algo avergonzada.

—Gracias. ¿Alguien sabe qué hacemos aquí?

—Buena pregunta —respondió Fidel—. Hemos debatido sobre ello, contándonos nuestras vidas, pero no tenemos mucho en común. ¿Recuerdas cómo llegaste hasta aquí?

—Estaba trabajando y me iba para casa. Noté que alguien me seguía y llamé a una amiga, pero tenía el teléfono apagado. La persona que me seguía desapareció, y creí que había exagerado un poco, así que no llamé a la Policía. Luego me cogieron por detrás y ya no recuerdo más.

—¿Le viste la cara? —Sofía necesitaba saber de quién se trataba, aunque no le fuera a valer de nada.

—No. Estaba oscuro y demasiado lejos.

—Vaya.

—He pensado que era alguien que venía a ver mis bailes, pero al veros a vosotros aquí, me entra la duda.

—¿Qué tipo de bailes? —preguntó Luis.

Ella había perdido la vergüenza. Sabía que no era nada de lo que se debiera avergonzar, pero hacía aquello para poder pagarse los estudios. De otro modo, habría dejado de bailar un tiempo atrás.

—De los que os gustan a los hombres.

Luis agachó la cabeza.

—Lo siento, no quería…

—Es un trabajo como otro cualquiera —dijo Sofía—. Ojalá puedas acabar tus estudios y te dediques a lo que te guste. Hemos tenido alguna conversación sobre eso en el tiempo que llevamos aquí.

El ambiente iba cambiando poco a poco, hasta el punto de creer, al menos por unos minutos, que se encontraban en otro lugar. Disfrutaban de una calma que no duraría mucho tiempo. Todo estaba a punto de cambiar.

11
Una pistola en la boca

Habían pasado más de cuarenta y ocho horas desde la visita al local donde trabajaba Yanela y seguían sin tener las imágenes. El dueño de la sala no estaba dispuesto a correr el riesgo de que sus clientes se pusieran al descubierto y afectara negativamente al negocio, y Bruno les había dejado claro que no era suficiente para cursar una orden.

—Veamos —decía Gonzalo para sí mismo—. Tenemos cinco desapariciones, que son cuatro.

—Son cinco, Gonzalo.

—Cuatro escenarios, cinco desaparecidos, si así te quedas más tranquila. Ninguno tiene nada en común. Viven en zonas diferentes…

—Todos en Burgos.

—Decía —intentó continuar sin que le cortaran—. Zonas diferentes, vidas distintas y empleos dispares. No coinciden en rango de edades, aunque sólo uno con grandes diferencias, que es Fidel. Aparentemente, no se conocen entre ellos ni suelen coincidir en los mismos lugares, y con trenes de vida con grandes diferencias.

—Sofía, Luis y Silvia podrían parecerse en eso.

—Tienen vidas estables, pero los niveles económicos de Luis, y por extensión de Silvia, no están ni cerca de los de Sofía. Yanela vive con lo justo y Fidel está jubilado. ¡Joder! Tiene que haber algo que los relacione.

—¿Sigues pensando en las cámaras de seguridad del local?

—Podría conseguirlas si las tienen en la nube.

—No empieces, que sabes que no apruebo esos métodos. No voy a participar.

—Si no lo he hecho es porque no nos asegura nada. Aunque estuviera allí, podría ser cualquiera.

—Y no creo que nadie reconozca que estuvo allí. Tendrías imágenes ilegales y la gente no quiere que los encuentren en esos sitios.

—Tienes razón —Gonzalo sabía que no era un procedimiento que fuera a dar resultados—. ¿Qué se nos escapa? Hemos repasado todo. El cabrón sabe perfectamente dónde hay cámaras y cómo salir de ellas o evitarlas. Nos lleva demasiada ventaja.

—Necesito una cerveza. Creo que es el momento adecuado para que nos tomemos algo. ¿Te apuntas?

Gonzalo la miró y chasqueó la lengua.

—¿Dónde quieres ir?

Salieron de la comisaría y entraron en la bodega donde Gonzalo solía tomarse algo con sus amigos. Encontraron una mesa y pidieron dos copas de vino tinto.

—Cuéntame algo de ti. Creo que hasta ahora soy el único que ha contado algo personal.

Carla abrió con fuerza los ojos, sorprendida.

—Una cosa. Sólo me has contado una cosa.

Gonzalo la devolvió el gesto, sabiendo que no se trataba de una confesión cualquiera.

—Vale por mil, en mi humilde opinión.

—¿Sabes lo que me tiene descolocada? Que te gusta decir la palabra humilde como si formara parte de tu vocabulario.

—Acabo de decirla, así que, si te paras a analizarlo, forma parte de mi vocabulario.

Le dio un toquecito en el hombro mientras sonreía con su rápida respuesta.

—Está bien. Nací en Salamanca y…

No la dejó continuar, con gesto de pensar que se estaba riendo de él.

—¿Me tomas por un pardillo? Quiero algo que se pueda comparar con lo que te he contado yo.

—Mis padres siguen vivos —adoptó un tono como si lo soltara de carrerilla—, no tengo hermanos, nunca he tenido que disparar y estuve a punto de casarme hace menos de un año.

Gonzalo comenzaba a aburrirse y le cambió el gesto al instante.

—¡Esa es mi compañera! ¿Qué pasó? —preguntó, mientras se frotaba las manos.

—Todo estaba preparado y le pillé con otra.

—Lo siento, vaya pedazo de cabrón.

—Me pidió perdón y se justificó de mil maneras, pero lo cierto es que no era la primera. La gente se calla por no meterse donde no le llaman, pero una vez que pasa, empiezan a contarte que alguien le dijo; que otro le vio; que todos se lo olían…

—Y a mí me llaman cabrón. Si sé algo que si no lo cuento puede joder la vida a un amigo, lo suelto en diez segundos. Eso es un amigo y no el que se lo calla.

—Por una vez, estamos de acuerdo.

—¿Por eso viniste aquí?

—Por eso pedí el traslado. El lugar era lo de menos. Quería salir de allí y empezar de cero.

—Y te mandaron conmigo. Las cosas siempre mejoran.

Carla soltó una carcajada.

—Eso espero, que mejoren.

—Voy a hacer como que no he oído nada.

—Eso es lo peor que me ha pasado, que no es nada comparado con lo tuyo. ¿Cuándo murió tu padre?

—Unos meses después que mi madre…

—Lo siento.

—Así es la vida. Tampoco es que tuviera mucha relación con él.

—¿Y con tu madre?

—Con mi madre era diferente. Se llevaban veinte años.

—¡Vaya!

—Sí. Se ligó a una jovencita y luego no la hizo demasiado caso. No hacía caso a nada que no le diera dinero. El típico hombre dedicado en exclusiva a su trabajo.

—Eres gallego, ¿no?

—Soy gallego de nacimiento, pero la mayor parte de mi vida la he pasado en Burgos. Mi padre decidió mudarse porque le salió la oportunidad de ponerse a abrir gasolineras como un loco, y por lo visto, el contacto para conseguirlo estaba aquí. Justo antes de dar a luz, mi madre se marchó a Santiago, a casa de sus padres. Quería que yo naciera allí. Aparte de eso, hubo una época en la que volví a Santiago con mi madre, pero no fue demasiado tiempo.

Carla esbozó una sonrisa.

—Me gustan las personas que viven su vida con romanticismo. Volver a tu tierra para que nazca tu hijo. ¿Siempre has trabajado aquí?

—Sí. No quiero ascensos, sólo quiero vivir donde me apetece, así que soy uno de esos privilegiados que no les mueven como locos. Bueno, tuve una etapa de un año en Salamanca, por probar, y me di cuenta de que mi lugar estaba aquí.

—¿Acabaste mal con alguien?

—Diría que los demás acabaron mal conmigo. No, es broma. En ese momento no había desarrollado todas mis capacidades. Era yo, pero más edulcorado. Simplemente no estaba en mi casa —dejó de hablar. Movió la cabeza varias veces y aplaudió—. ¡Ves! Eres una profesional. Te pregunto por tu vida y me sacas la mía.

Apartó la mirada y arrugó los labios, sabiendo que volvería a ser el centro de la conversación.

—Lo he esquivado bien, eso no lo puedes negar.

Gonzalo se salió del foco de la conversación y le dejó a Carla de nuevo todo el protagonismo.

—¿Has vuelto a hablar con él?

—Por desgracia. Hasta que me marché, estuvo acosándome constantemente.

—¡No jodas!

—Acoso no es la palabra, pero sí fue muy insistente.

—¿Y?

—Le puse una pistola en la boca.

El golpe que Gonzalo dio a la mesa retumbó en el local, asustando a la gente.

—No me lo creo. Y luego dices cosas chungas sobre mí. Creo que esto supera todo lo que yo haya podido hacer.

—No estaba cargada. Sólo quería que se acojonara un poco. Me siento muy mal por ello.

—Pues a mí me parece lo más alucinante que he oído nunca. Se lo merecía.

—Me estaba haciendo daño y necesitaba que se marchara de mi vida. Me salió sin más, pero lo hice.

—Supongo que no lo has vuelto a ver.

—Ni una vez. Me llamó a la semana de estar aquí, ya que nadie sabía que me marchaba. Las cosas se aprecian cuando las pierdes definitivamente, aunque supongo que, al final, la cabra siempre tira al monte.

—En este caso, el que tira al monte es el cabrón.

Carla lo corroboró con un gesto de satisfacción. Parecía que volvía a tener un buen momento con su compañero.

—No quería soltar la cuerda. ¿No es así?

—Supongo. Me dijo de nuevo que lo sentía y que debería haberle dicho que me marchaba.

—Que le den. No tenías la obligación de explicarle una mierda. Cada uno tiene que cargar con su mochila.

—Ni respondí. Lo he bloqueado para que no me vuelva a llamar.

—¿Tienes miedo a que te ablande?

—Puede. Ya tomé la decisión, aunque me costara, pero no quiero ni pensar en él.

—Si aparece por aquí…

—No hace falta que acabes la frase. Te soltaré la correa y te ordenaré que ataques.

Gonzalo ladró como un perro y elevó la copa de vino.

—Salud.

—Salud.

Hacía mucho tiempo que Carla no hablaba con nadie de esa manera. Tenía la sensación de que le ayudaba soltarlo todo. No había tenido la oportunidad de hacerlo en mucho tiempo y sentía que se estaba divirtiendo.

Habían olvidado por completo que debían dar con un tipo. La calma duraría poco.

Emular el trazo

El ambiente distendido contrastaba con el lugar en el que se encontraban. Parecía que hablaran sobre su vida en un bar. Sólo les faltaban las cervezas y poder marcharse a casa cuando se hiciera tarde.

Aquella sensación se diluyó en un instante. Todo se transformó en silencio. Tan sólo se escuchaba la respiración acelerada de cada uno de ellos y los pasos que se acercaban como si alguien caminara a cámara lenta.

No quedaba una sola celda libre, por lo que imaginaban lo que significaba.

Sofía sabía que algo iba a comenzar y temía que se llevaran a su amigo Fidel. Si se produjera de esa manera, tendría más pistas para saber si ella sería la siguiente.

Pasó por delante y continuó. Sofía cerró los ojos y escuchó cómo se abría una de las celdas. Se sorprendió al escuchar el gemido de Yanela y, de pronto, su voz se apagó por completo. El sonido de su cuerpo arrastrándose por el suelo fue lo único que se escuchó.

La puerta se cerró y ninguno fue capaz de hablar. Sofía sentía como le temblaba todo el cuerpo e intentaba entender lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué se la ha llevado primero?

—Sofía, hija —Fidel la hablaba como un padre—. Sabes que se ha acabado para ella.

—Pero ¿qué ha pasado?

Desde su agujero no podía ver nada a no ser que se asomara a los barrotes y no estaba dispuesta a hacerlo.

—Estaba aturdida, como si no pudiera moverse, y ha caído al suelo.

—¿La ha puesto algo en la boca?

—No, ya te digo que no ha opuesto resistencia. Se la veía ida.

Sofía comprendió lo que estaba pasando.

—Ha debido poner algo en el agua. No encuentro otra explicación. No bebáis.

Todos permanecieron en silencio, intentando asimilar sus palabras y Silvia emitió un largo suspiro.

—Si no bebemos, nos moriremos igual.

—Si bebemos, no podremos defendernos —rebatió Sofía.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Luis.

—¿Qué otra respuesta encuentras? —Sofía pensaba que no hacía falta explicarlo, pero expuso cómo veía la situación—. Sólo se ha llevado a Yanela y nosotros seguimos aquí, por lo que, aunque todavía no haya echado nada a nuestras botellas, no sabemos cuándo lo hará. Yo no voy a beber. ¿Qué opinas, Fidel?

—Que estoy muy mayor para esto. No lo sé, hija.

—No entiendo por qué nos ha traído aquí. Si nos quisiera matar, habría bastado con hacerlo en cuanto nos raptó.

—No puedo responderte. Me encantaría hacerlo, pero está claro que tiene un plan para cada uno de nosotros.

Aquellas palabras despertaron en Sofía un llanto desconsolado. Ahora sí que estaba asustada, y Luis y Silvia habían perdido las fuerzas para responder.

—Pensaba que te ibas a ir tú primero, Fidel.

—Lo sé. Ella es la última que ha llegado. Pobre.

Luis salió de su letargo.

—Mejor para ella. Todo habrá acabado antes, mientras nosotros esperamos.

—Hay que hacer algo —Sofía sacó fuerzas al saber que no perdía nada por intentarlo—. Voy a quitar las baldosas.

—Ya lo hemos hablado. Soy viejo y, aunque no lo fuera, no tenemos tiempo para escapar haciendo un agujero.

—Lo sé, pero al menos lo voy a intentar.

Como si hubieran dado el pistoletazo de salida en una carrera, arrancó un trozo de pared y comenzó a dar golpes a una baldosa. Se sentía fuerte y más entera que nunca.

En el exterior, el hombre introdujo el cuerpo en la furgoneta. Cerró las puertas del maletero y puso en marcha el vehículo. Se activó el equipo de sonido y comenzó a escuchar música clásica. El segundo movimiento, *Menuetto*, de la *Sonata nº11 para piano en La mayor* de Mozart, quien la compuso tras la muerte de su madre, era la elegida para que le acompañara en la primera pieza de su obra.

Tomó la carretera, elevando la cabeza como si fuera a entrar en éxtasis por la emoción del momento. Un éxtasis controlado. Una emoción calmada.

No había un alma a esas horas de la noche y mantuvo la velocidad dentro de los límites, para evitar que un error echara por tierra todo lo que le quedaba por hacer. Sentía que era la velocidad adecuada para disfrutar del cielo estrellado que le acompañaba en su gran momento. Cada estrella era más brillante que la anterior, como si

le mostrara el camino. Vio una señal después de los días tan grises que habían precedido a este gran día.

Su cabeza fabricaba una y otra vez la escena, tal y como quería que fuera dibujada. Era importante emular el trazo y transmitir cada color con la máxima intensidad posible, como si se tratara del original, pero trasladado fuera del marco, donde no se puede corregir lo que no has conseguido plasmar con absoluta viveza. Él sabía de lo que hablaba, y pronto lo harían los demás.

Se acercaba el último giro antes de llegar a su destino y activó la puerta de un garaje con un mando a distancia, para introducirse y aparcar muy cerca de la entrada al edificio.

Abrió el maletero y sacó una carretilla para ayudarle a transportar el cuerpo dentro de una caja de tamaño considerable. El cuerpo debía permanecer intacto.

Accedió al ascensor y presionó el cuarto piso. Una vez se abrieron las puertas, se dirigió a la vivienda, giró la llave y se ayudó con el pie izquierdo para darle un empujón.

Era un apartamento con dos habitaciones. Se dirigió a una de ellas y sacó el cuerpo de la caja, para postrarlo sobre la cama con movimientos lentos, como si se tratara de un objeto frágil. Cogió aire profundamente, mirando al techo con las manos extendidas, y comenzó a representar su obra.

12
¿Está muerta?

Sonó el teléfono. El reloj marcaba la una de la madrugada y la melodía *Thunder*, de Imagine Dragons, tronó en el teléfono de Carla, provocando que su corazón alcanzara lo que en ese momento habría jurado que eran doscientas pulsaciones por minuto. Se incorporó como una exhalación y miró su móvil, intentando acostumbrar la vista para ver quién llamaba.

—¿Bruno?

—¿Estás durmiendo?

Notaba en su voz que se encontraba muy acelerado.

—Lo estaba. ¿Qué pasa?

—He intentado hablar con Gonzalo, pero no me coge el teléfono. ¿Sabes algo de él?

—Hemos estado tomando unos vinos, pero nos fuimos a casa sobre las diez. Supongo que estará en la suya.

—Pues no lo localizo, ni en el móvil ni en el fijo. Intenta hablar con él y, mientras, quiero que vayas a la dirección que os acabo de mandar por wasap.

—Me estás preocupando.

—En este momento, se dirige hacia allí una patrulla de Seguridad Ciudadana. Nos han avisado de que se ha activado uno de los teléfonos de los desaparecidos. Es el de la última mujer que desapareció.

—¿Yanela?

—Eso parece. Quiero que vayáis y que os informen de lo que ha pasado, luego me llamáis. Cuando llegues, estará allí un equipo. Ha salido a toda prisa nada más recibir la señal del teléfono.

—Claro, voy para allá.

Colgó el teléfono y corrió hacia el baño para arreglarse mínimamente, mientras dejaba marcado el teléfono de Gonzalo y ponía el altavoz. Un tono, otro… hasta que saltaba el buzón de voz.

—Mierda, dónde coño estará este tío.

Salió de su casa con las llaves del coche en la mano y se subió rápidamente, para no perder demasiado tiempo. En menos de quince minutos llegaba a su destino.

Había tres coches de policía en la puerta, cerrando el paso a la entrada del garaje, y dos agentes en el portal, custodiando la salida.

Carla enseñó su placa y accedió al edificio. Subió planta por planta, hasta que vio cómo se preparaban sus compañeros para entrar en el piso de donde provenía la señal. Uno de ellos se giró bruscamente, apuntando a Carla. Ella elevó los brazos con el susto en el cuerpo y mostró la placa que llevaba en su mano derecha.

Sonó el teléfono.

—¿Gonzalo? ¿Dónde estás?

—Diles que no tiren la puerta. Estoy en un minuto.

Carla se quedó petrificada, mirando hacia los lados como si estuviera en la ventana indiscreta.

—En serio, ¿dónde estás?

Antes de terminar de hablar, él ya había colgado.

—Acaba de llamar Gonzalo y me dice que no entréis.

Respondió uno de los agentes.

—Tenemos órdenes de entrar.

Dio la señal y reventó la cerradura. Ocho agentes entraron en un abrir y cerrar de ojos. Carla esperaba escuchar los disparos, pero se hizo un silencio absoluto.

Gonzalo apareció por detrás, con la respiración acelerada.

—¡Qué coño te he dicho! Que no entraran.

—¿Por qué?

—Porque no hay nadie dentro.

—¿Cómo lo sabes?

—He llegado el primero. Como te dije, tengo acceso a los teléfonos. Estaba trabajando en casa y me ha saltado el aviso de que se había activado el teléfono de Yanela. Nos está tomando el pelo.

—¿Y cómo lo vas a explicar?

—No lo voy a explicar, y tú tampoco.

—No deberías habérmelo contado.

—Yo creo que sí. Te necesito para que estas cosas queden entre nosotros. He llegado y estaba la puerta abierta.

—Estaba cerrada.

—La he cerrado yo para que no entrara nadie. Luego he salido a la calle y he vuelto a entrar para ir al garaje. No había nadie. El cabrón ha debido encender el teléfono cuando ya había terminado.

—¿Está muerta?

—Será mejor que lo veas tú misma. No hay ningún signo de violencia. Al menos, es lo que me ha parecido.

Entraron a la casa y se dirigieron a la habitación. Parecía un lugar que no había sido habitado en mucho tiempo. En la habitación no había nada, a excepción de una cama antigua de madera, color marrón, cubierta por un edredón blanco. Delante de la cama, en el costado derecho, vieron una mesa redonda con dos botellas y dos vasos. La mujer tenía la cabeza en la esquina izquierda de la cama y

sus rodillas flexionadas se ocultaban tras una falda marrón ajada. Vestía con una blusa blanca con apertura central que casi dejaba al descubierto sus pechos. La mano izquierda colgaba desde la cama a escasos centímetros del suelo.

Carla se quedó mirando y se dirigió a Gonzalo.

—Parece como si estuviera durmiendo la mona.

—Parece dormida, pero está muerta —aclaró uno de los agentes.

—No parece un asesinato. No tiene sentido. ¿Estaba bebiendo? Hay dos copas y dos botellas.

—No sé qué ha pasado aquí, pero esta casa parece que no está habitada —dijo Gonzalo—. Habrá que esperar a la Científica. Vámonos, Carla.

Salieron de la casa y vieron cómo los vecinos se asomaban. Al verlos, comenzaron a cerrar las puertas y Gonzalo se dirigió al único que la mantenía abierta.

—Policía. Querría hacerle una pregunta.

—Claro, ¿qué ha pasado?

—¿Sabe quién vive en esa casa?

—Nadie. Vivía una señora mayor, pero murió hace un año, más o menos.

—¿Ha visto entrar a alguien?

El hombre se quedó pensando.

—No. Nunca he visto entrar a nadie. Creo que no tenía familia, al menos nunca he visto a nadie visitarla. Sólo sé que murió, pero no le puedo decir mucho más.

—Gracias por respondernos.

Caminaron hacia el exterior del edificio y, una vez fuera, Carla le paró en seco.

—Si quieres que te cubra, me tienes que decir todo lo que haces. Deberías haberme llamado en el momento en que saliste de tu casa. ¿Cómo se te ocurre venir solo?

—No podía perder tiempo y no podía avisar. Sabía que vendría alguna patrulla.

—¿Qué habría pasado si te hubieran visto? ¿Cómo lo habrías explicado?

—Lo importante era coger a ese tío, pero ya se había largado.

—¿Cómo sabes que no se ha suicidado? Nos tendrán que confirmar el motivo de la muerte.

—Eres muy ingenua. Si fuese la única que hubiera desaparecido te lo compraría, pero obviamente, no se ha suicidado. Tengo la certeza de que no ha sido así.

—¿Y por qué la ha dejado así?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Parece que ha sido muy minucioso, y lo de encender el móvil se debe a que quería que la

encontráramos; de lo contrario, habrían pasado días hasta que alguien reparara en el olor y entraran en la casa.

—Te juro que no entiendo nada, no tiene sentido.

—Todo tiene su sentido. Nada se hace porque sí. Por mucho que sea aleatorio, todo tiene un porqué.

—Si es aleatorio…

—Nada es aleatorio, aunque la persona lo crea. Deja de preguntar y comienza a responder. Habrá más asesinatos.

—Dime lo que ha pasado.

—Salí corriendo. He venido en la moto. Fui directo al apartamento y la puerta estaba abierta. Entré con pistola en mano y registré la casa, pero no había nadie. Estaba tal y como la has visto. Volví abajo y no vi a nadie, así que me dirigí al garaje. Olía a gasolina, pero no había marcas recientes en el suelo, por lo que entiendo que sabía perfectamente el tiempo que tenía para salir de allí y no saldría a lo loco.

—O no aparcó en el garaje.

Gonzalo la dedicó una mirada altiva y puso su teoría encima de la mesa con una pregunta que sorprendió a Carla.

—¿Qué harías si tienes que introducir un cuerpo en un edificio? ¿Entrarías por la puerta con el cuerpo o lo harías desde el garaje?

—Teniendo en cuenta que nunca me he planteado hacer algo así, supongo que lo haría por el garaje, pero tienes que esperar a que entre alguien o…

Mientras pensaba cómo continuar, Gonzalo acabó la frase.

—O tener acceso. Puede que consiguiera la señal y se hiciera con un mando, que lo robara o que simplemente tenga acceso por cualquier otro motivo.

—Sabía que no había nadie en esta casa…

—Hay muchas formas de saber cosas así. La verdad es que no lo sé, pero activó el móvil justo antes de marcharse para que viniéramos.

—Habrá que mirar las cámaras de tráfico. Sabemos las horas en las que se ha producido y no creo que haya mucho movimiento de coches como para que sea tan difícil.

—Lo haremos, pero me la juego a que sabía dónde estaban las cámaras y por dónde salir. No es una zona muy vigilada.

—¿Y luego qué hiciste?

—Luego escuché los coches de policía y subí. Te llamé desde la planta baja, sabiendo lo que iba a pasar.

—Oliste gasolina, de acuerdo, pero pudo ser de otro coche.

—Puede, pero no lo creo. Tardé en llegar once minutos. En menos de dos minutos pudo salir tranquilamente. Sabía perfectamente el tiempo que tenía. Aunque hubiera un coche de policía cerca, un teléfono tarda en coger cobertura aproximadamente unos cuarenta

segundos. Luego tiene que saltar en nuestro sistema. Pon que, si todo esto pasa muy rápido, en un minuto la central puede avisar para que se acerque la patrulla que se encuentre más próxima al lugar del que proceda la señal. Pon que en menos de dos minutos no es posible que aparezca nadie. Ya han pasado tres. Acabamos de bajar en el ascensor y hemos tardado veinte segundos, por lo que en los cuarenta segundos que tarda en dar señal el teléfono, ese tío ya está saliendo del garaje. En menos de minuto y medio estaría fuera. Era imposible que lo cogiéramos.

Pudo ver en su compañera una cara muy parecida a la de Jim Carrey en *La Máscara*, cuando la boca se abre tanto del asombro que toca el suelo.

—¿Has pensado todo eso?

—¿No es nuestro trabajo? Vámonos a casa y que trabaje la Científica. Mañana pondremos las cosas en orden.

13
Diferente, vaya palabra

—Buenos días. ¿Nos reunimos?

Gonzalo no esperó una respuesta y entró en la sala, esperando a que Carla lo siguiera.

Bruno se asomó a la puerta de su despacho y llamó a Molina e Irene.

—Hola, Gonzalo.

—Luce el sol, los pájaros cantan y tenemos una chica muerta. Parece mentira que el mundo nos lance tantas contradicciones. ¿No creéis?

—Supongo —respondió Bruno, con cara de incredulidad—. Vais a trabajar los cuatro juntos. Ya estaban en el caso, pero será a tiempo completo.

—¿Con Caba y Moli? —dijo Gonzalo con una media sonrisa.

—Ya te he dicho que no me llames Moli.

A Molina le encendía que le llamara así, y Gonzalo era muy consciente de ello.

—A Irene no le molesta. No te pongas a la defensiva. Es cariñoso.

—Yo me apellido Cabañas, no Caba, ¿entendido?

Bruno los miró como si fueran unos niños que entran al trapo.

—¿Lo dejamos ya? Esto es algo serio.

—Carlos e Irene, pues —zanjó Gonzalo—. Disculpad mis modales.

—Ya nos conocemos todos —interrumpió Bruno la conversación de patio de colegio—. Ayer te estuve llamando, ¿me puedes explicar por qué no cogiste el teléfono?

—Lo tenía en silencio, pero me llamó Carla y fui como el correcaminos.

—¿Sabemos algo? —preguntó Irene.

—Poca cosa, ¿verdad, Carla?

—Tengo interés en ver el informe toxicológico —añadió Bruno.

—Lo que pudimos ver es que no hubo violencia —Gonzalo elevó las cejas como si no lo entendiera—. Parece que el escenario lo preparó al detalle, como si quisiera representar algo, pero no sabemos por qué.

—¿Qué hacemos? —preguntó Irene.

—Moli…na —hizo una pausa con intención—, e Irene, podéis

ver, con la venia de Bruno, las cámaras de la zona. Ya os digo que no vais a encontrar nada, pero hay que hacerlo.

Entró el comisario Ituarte.

—Buenos días. Ponedme al corriente.

Bruno no tenía intención de que fuera Gonzalo quien se lo explicara.

—Una chica muerta, sin signos de violencia. Es la última que desapareció. Creo que es el momento para que nos dejen ver las cámaras del local donde trabajaba.

—¿Crees que pudo ser un cliente? Hay otras desapariciones sin ningún tipo de relación.

—Lo sé, pero no tenemos mucho y no podemos descartar ningún escenario.

—De acuerdo, yo me encargo. No tenemos mucho tiempo para esperar a la Científica, así que quiero que sientan que les arde el culo, ¿de acuerdo?

Bruno asintió y el comisario salió de la sala.

—Ya habéis escuchado a Ituarte. A trabajar. Gonzalo, te quedas un minuto.

Uno a uno, fueron saliendo, y Bruno cerró la puerta.

—Ya pensaba que le ibas a llamar Itu.

—Ganas no me faltan, pero no quiero darle más leña a la hoguera.

—¿Qué opinas?

—Que nos va a joder vivos.

—Me sorprende verte tan tranquilo.

—El tranquilo parece ese tipo. Me da mal rollo.

—Esta tarde te vas a darles caña en el laboratorio. Me da igual que no hayan acabado, que te digan lo que tienen.

—No van a tener nada. No habrá huellas y probablemente le metió algo para dejarla seca. No parece que tuviera la intención de que sufriera. No vamos a saber de qué va esto hasta que sigan apareciendo más cadáveres.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Tienes una mente diferente, ya lo dice Marcos.

—Diferente. No dices privilegiada, ni fuera de lo común. Diferente, vaya palabra.

—Tendrás que conformarte con eso.

—No te voy a negar que Marcos sabe de lo que habla.

—A ti sólo te interesa la gente cuando te dice lo que quieres oír.

—Él sólo sabe de teoría y, además, luego le viene bien para sus clases. Cuando tengamos más, hacemos otra quedada los tres y a ver si nos puede iluminar. ¿Le has llamado?

—Sí. Ya tenemos un cadáver, así que nos ayudará en el caso. Le

he puesto al día y luego vendrá por aquí.

—No parece que ese tipo deje nada al azar.

—Los desequilibrados no tienen por qué ser estúpidos.

—Vamos a trabajar.

Aquella misma tarde, acudían a visitar al forense. Tras unos minutos de espera, los hizo pasar.

—Buenos días, doctor.

—Hola, Gonzalo.

—Te presento a mi compañera, Carla. Por suerte, no la has conocido antes.

Ella saludó con la mano.

—Encantado.

—Al grano —dijo Gonzalo, moviendo los dedos para escenificar la prisa que tenían en conocer los detalles—, di algo.

—Te puedo decir lo básico, aunque creo que va a ser todo lo que vamos a encontrar. No hay signos de violencia. Algún morado en el cuerpo, pero por golpes que podríamos tener tú o yo por habernos chocado con el borde de la cama. Eso sí, tiene rozaduras en el cuerpo como si hubiera sido arrastrada. Estaba bastante sucia, con polvo en la ropa, pero ni pelos, ni huellas, ni nada de nada. Debe llevar muerta, máximo, un día.

—¿No me vas a dar un caramelito?

—¿Has oído hablar del GHB?

—Por desgracia.

—Es la droga que le metieron en el cuerpo.

—Pero el GHB lo utilizan los violadores —aseguró Carla, confundida.

—Sí, es un depresor del sistema nervioso central que fue usado en los setenta como analgésico, y que fue retirado del mercado por sus efectos secundarios. En dosis bajas es eufórico, pero en dosis altas es sedativo y potencialmente peligroso. Lo puedes encontrar en forma de polvo blanco o líquido y es incoloro e inodoro. Si se aplica en dosis muy altas, puede provocar un coma o la muerte.

—No tengo que preguntarte qué dosis le dieron.

—Así es, Gonzalo.

—¿Lo tomó por voluntad propia?

—Puede ser. Es fácil de suministrar sin que se entere la víctima.

—¿Estás seguro de cuánto tiempo lleva muerta?

—Bastante. El GHB es muy útil para violadores porque sólo se detecta en la orina durante las primeras veinticuatro horas, así que, si la víctima denuncia más tarde, no se puede demostrar.

Carla sintió ganas de vomitar.

—¿La violaron?

—No. No la violaron, pero le dieron mucho alcohol, supongo que cuando ya estaba drogada. Al darle una dosis alta de GHB, la víctima pierde la voluntad de defenderse, y mezclado con una importante cantidad de alcohol, puede ser mortal. Sobre todo, con el que tiene en el cuerpo. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—¿Dónde se vende?

—Se vende en ampollas, pero es ilegal, así que lo debió comprar en el mercado negro o lo fabricó el mismo. Se suele fabricar en laboratorios ilegales. Es difícil dar con ellos, aunque han pillado a alguno al venderlo por internet.

—Ni huellas ni nada, vaya mierda —Gonzalo no esperaba oír buenas noticias, pero se llevó un chasco de igual forma.

—Eso te lo tendrá que decir la Científica. Lo único que sé es que en la ropa no han encontrado nada. Todo está muy limpio.

—Supongo que en la casa pasará lo mismo.

—Lo siento, pero eso es todo.

—¿Y debajo de las uñas?

—No. No hay señales de forcejeo. Debió manipularla sin problema gracias a que estaba drogada —dio un respingo al recordar un detalle que todavía no les había contado—. Hay otra cosa. Tiene leves abrasiones en el exterior de la boca, pero no he conseguido identificar el anestésico que las ha provocado.

—¿Cómo? —se sorprendió Gonzalo.

—No sé en qué momento ocurrió, pero no tendría sentido dormir a alguien cuando le has dado una droga para lo mismo. Es un anestésico potente, pero no sé cuál es. Debe ser algo nuevo, y por desgracia, no te puedo dar más información al respecto.

—¿La durmieron dos veces y con dos cosas distintas? —preguntó Gonzalo, sin entender la finalidad.

—Puede que la secuestraran así. Sabes que lo del cloroformo es un mito y tardas mucho en dormirte, pero esto parece muy potente. Tendrían que analizarlo, pero es posible que te deje fuera de juego prácticamente al instante.

—¡Joder!

Anduvo en círculos, intentando pensar. Necesitaba algo más, aunque sabía que al doctor no se le escapaba nada.

—Gracias, doctor —Carla le hizo un gesto para marcharse—. Me temo que nos volveremos a ver pronto.

Continuaron hablando al abandonar el edificio. No estaban tratando con ningún aficionado y, a no ser que encontraran algo inesperado, parecía que estuvieran en el mismo punto en el que se encontraban

unas horas antes.

—¿Por qué acabar con ella de esa manera? —parecía que Gonzalo hablara para sí mismo—. Habría sido más sencillo de otra forma.

—¿Crees que tiene algún sentido, más allá de porque era una manera fácil?

—Algún sentido tiene que tener, viendo que lo tiene todo muy controlado. No entiendo nada. Si el doctor está en lo cierto, la cogieron durmiéndola con un fuerte anestésico y luego le dieron el GHB, pero no entiendo cuál puede ser la razón.

Carla elevó los hombros. No sabía ni qué contestar. Parecía un juego, pero no sabía con qué cartas jugar. Estaban perdidos.

—Siempre cometen errores, pero no parece que sea el caso.

—La cosa está así. Primero los hace desaparecer. Podría matarlos directamente, pero le gusta prepararlo todo con detenimiento. Debe llevar mucho tiempo planeando hasta el último detalle. Si es así, los errores se minimizan exponencialmente, pero nunca se comete el crimen perfecto. Al haber más desaparecidos, multiplica el margen de error.

—Todo eso está muy bien —reflexionó Carla—, pero no podemos esperar a que cometa errores con los siguientes. Debemos cazarlo antes de que siga matando.

—¿Crees que quiero ver lo que va a hacer con el siguiente? Dime qué hacemos y nos ponemos con ello de inmediato.

—Ojalá lo supiera. Si consiguiéramos saber de dónde sacó la droga…

—No cometería ese error. Ya has escuchado que la puede estar fabricando él. Es la manera más segura de no dejar cabos sueltos.

—Pero tendrá que comprar los componentes en algún lado. Ni siquiera sé cómo se hace eso.

—Todo es informarse, pero sigo diciendo que sabe lo que hace. Lleva mucho tiempo preparando esto y es difícil comprobar cuándo se compró lo que sea que haya comprado. Hasta que no lo analicen no sabremos los componentes, y si los compró hace mucho tiempo, sería buscar una aguja en un pajar.

—Vamos a verlo de otra manera —Carla sabía que tenía razón—. ¿Qué significa la escena que ha presentado? Puede que por ahí podamos llegar a algo.

—Puede ser cualquier cosa. Con el siguiente, si hace algo parecido, tendremos más respuestas a la pregunta que acabas de hacer.

—No me gustaría descubrirlo con otro muerto.

—Lo sé, pero no nos podemos inventar al asesino.

14
No vuelvas a tocar nada

Carla llevaba horas pegada a la pantalla. Leía y leía sobre la droga que habían administrado a la víctima. Lo más probable era que estuviera perdiendo el tiempo, pero seguía buscando la forma de comprarla. El perfil que se había hecho sobre el asesino era el de un hombre solitario, con una alta probabilidad de tener una relación muy limitada con el exterior y una vida social inexistente, sin familia y con la capacidad de abastecerse a sí mismo, con lo que complicaba mucho la forma de dar con él. Estaba convencida de que no habría ido a comprar a las páginas de internet donde se proporcionaba el acceso a la sustancia.

Cerró el ordenador y se despidió de sus compañeros.

Gonzalo se encontraba en casa desde hacía una hora. Absorto en el fuego que desprendían las brasas de la chimenea, su mente no dejaba de fabricar pensamientos y, como si se tratara de un gesto intuitivo, cogía la copa de whisky que tenía a su derecha y le daba un nuevo trago.

Nadie le visitaba nunca y escuchó en el exterior el sonido de una rama partirse. Su perro elevó la oreja e iba a salir disparado, cuando Gonzalo puso una mano en su lomo y le dijo que no ladrara. El perro obedeció, enseñando los dientes, y se colocó delante de la puerta principal. Gonzalo se levantó del sofá y cogió la pistola, dirigiéndose a la ventana. Vio a alguien al otro lado, pero la oscuridad le impidió saber de quién se trataba. Salió por la puerta de atrás y rodeó la casa para sorprenderlo por la espalda.

—Date la vuelta —ordenó con tono calmado.

Vio cómo se bajaba la capucha y se daba la vuelta lentamente.

—No me dispares, que soy yo.

—No me jodas, Carla. Me has asustado.

—¡Manda narices! Ahora voy a ser yo quien te ha asustado. ¿Apuntas con un arma a todo el mundo que viene a tu casa? —respiró profundamente, para quitarse el miedo del cuerpo, y soltó el aire con fuerza.

—Nadie viene a verme. Como podrás comprobar, el camino que has tomado sólo lleva a mi casa. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo del caso. No me puedo ir a casa sabiendo que existe la posibilidad de que mañana podamos encontrar otro cuerpo.

—Así es la vida. No sé qué podemos hacer. Además, la gente llama y no se planta sin avisar. Si hubieras cogido el teléfono, te habría dicho lo que te estoy diciendo ahora y te podrías haber ir ido a dormir del tirón.

Carla se dio la vuelta y vio que se acercaba muy lentamente una sombra.

—Turco, quieto. Te he dicho que te quedaras en casa.

Carla creía que se le iba a salir el corazón. Era el segundo susto que recibía en un minuto, y comenzó a pensar que Gonzalo tenía razón y debería haberse quedado en casa.

—¿Es tuyo?

—Te presento a mi perro, Turco. Es una mezcla de mastín y fox terrier. Gracias a que acabó en una buena mezcla, se hace respetar. Me gustaría haber presenciado el momento tan extraño en el que se cruzaron. Si no llego a estar aquí, te habría hecho pedazos.

Gonzalo sabía que ladraba más que mordía, pero disfrutaba del momento mientras la ponía aún más nerviosa.

Carla acarició al perro y sonrió al captar su intención.

—¿Puedo entrar?

Gonzalo permaneció en silencio y Carla lo miró, esperando su respuesta.

—Pasa. ¿Una copa?

—Sí, por favor. Muchas gracias.

Antes de entrar, Carla le echó un vistazo al exterior de la casa. Era un lugar muy bonito, apartado del ruido y con la entrada al recinto de la dehesa de Quintanapalla muy cerca. Su preciosa casa se situaba en un camino de tierra que únicamente llevaba a ese lugar. Cruzó el arco de madera que había convertido en puerta y se quedó impresionada. Era una sola planta que tendría unos doscientos metros cuadrados. Nada más entrar se abría un amplio salón ante sus ojos, con las paredes de piedra. A su izquierda lucía una chimenea, en la que no le costaría mucho entrar prácticamente de pie, con dos sillones individuales arropándola. El centro de la estancia estaba cubierto con una alfombra de pelo corto y un sillón inmenso con dos brazos sin respaldo, dirigidos a una pared. Buscó la televisión, pero le cuadraba que Gonzalo tan sólo tuviera libros y libros en todas las estanterías. A la derecha, pudo ver una mesa de madera de nogal en la que cabrían fácilmente doce personas, lo que le sorprendió, al pensar que, según le había dicho al entrar, nunca tenía invitados.

Gonzalo cogió la botella y Carla se sentó. Estiró el brazo para coger el vaso.

—Salud.

Carla asintió con la cabeza. Ojeó las fotos que tenía colgadas por las paredes. Todas eran de un niño y de una mujer.

—Vives en un sitio precioso.

—Lo sé. Buscaba algo tranquilo y con mucha naturaleza. Yo mismo diseñé la casa, con la ayuda de expertos, claro está —señaló al exterior por una de las ventanas—. Ahí fuera tengo un espectacular bosque que une el Valle del Arlanzón con la Bureba. Suelo ir a pasear con mi perro los domingos, y siempre que puedo. Es un terreno muy llano y agradable, pero los árboles ya están quedándose desnudos por esta época del año. Deberías verlo en primavera.

—Lo haré. No sé qué hago viviendo en el centro de Burgos. Me gusta mucho, pero esto es otra cosa.

—Depende de la clase de vida que quieras llevar. A mí no me interesa la vida de ciudad. Ya no.

Carla apartó de su mente el lugar idílico y fue al grano.

—¿Cómo podemos saber de dónde sacó la droga?

—Si lo supiera, todo sería más fácil, ¿verdad? —sonrió y le dio un nuevo sorbo a la copa—. ¿Has hablado con Moli?

—No seas malo. No han encontrado nada en las cámaras, como esperabas.

—Estaba claro que no iba a ser tan tonto de salir en ninguna imagen. He estado mirando de quién era la vivienda donde apareció. Era de una señora que vivía sola. No tenía familia y la casa se la quedó el banco. Tenía una hipoteca inversa. ¿Sabes lo que es?

—No.

—Es una especie de renta que da el banco hasta que mueras. El banco te compra la casa y te va pagando cuotas o una renta de golpe. El día que mueres, pasa a su propiedad.

—¿Y por qué no la han vendido?

—Está en proceso de subasta.

—Y él lo sabía, por supuesto.

—Parece obvio.

—No nos sirve de mucho.

Carla se levantó mientras respondía y vio papeles y fotos encima de una mesa. Gonzalo se levantó de inmediato y les dio la vuelta.

—Veo que no te han enseñado que es de mala educación fisgar en los papeles de otro.

—Perdona, pensaba que estaban relacionados con el caso, además, fisgar lo dice gente de la edad de mi abuela.

Gonzalo torció el gesto, dejando claro que no le hacía gracia.

—No vuelvas a tocar nada.

—Lo siento, de verdad.

Había visto algo que… lo apartó de su mente. No era asunto

suyo.

Gonzalo cambió de tema, como si no hubiera mirado entre sus cosas.

—Espero que sepas que la única forma de acercarnos es unir los patrones.

—¿A qué te refieres?

—A que no nos va a dar tiempo para que lleguemos a él. Habrá un asesinato muy pronto.

—Supongo, pero nuestro trabajo es evitarlo.

—Te escucho.

—No sé cómo hacerlo, pero no podemos quedarnos quietos.

—La próxima vez que se active uno de los móviles, sabremos que hay otro muerto. Ya no podremos evitarlo.

—Puede que utilice otro método.

—Si es así, sabremos algo más de él. Si no, tendremos su forma de actuar.

—He estado leyendo sobre el GHB —insistió Carla—. Lo ha podido comprar en cualquier sitio.

—Desgraciadamente, es fácil acceder a ello, pero también es fácil de rastrear si lo ha comprado por internet, y no creo que sea el caso. También utilizó una anestesia potente y el doctor no podía identificarla. Me temo que no se ha metido en cualquier página de internet y ha comprado como si se tratara de un supermercado. Debemos centrarnos en las cosas que unen a todas las personas desaparecidas.

—Puede que no les una nada. Puede que quiera algo de cada uno sin que necesariamente lo tenga en común con los demás.

—Así me gusta —comenzaba a hablar como una agente—. Es igual de importante reconocer similitudes como particularidades que no tienen los demás, pero es más sencillo reconocer las primeras…

Carla sonrió, sabiendo lo que quería decir, y acabó la frase.

—Porque sólo sabremos las particularidades cuando aparezcan cuerpos.

—Así es. No podemos centrarnos en las víctimas, sobre todo cuando todavía no las tenemos. Lo más importante es saber cómo piensa él. Es la única manera.

Se hizo el silencio. Como teoría era interesante, pero no cambiaba un ápice la realidad en la que se encontraban.

—¿Ese es tu hijo?

Señaló la foto en la que se había fijado nada más entrar.

—Sí, es mi hijo.

—¿Le sueles ver?

—¿A ti qué te parece?

—No pretendo que te sientas incómodo.

—Vive con su madre. Hace mucho tiempo que no lo veo. Te presentas aquí sin avisar, cotilleas todo y haces preguntas. ¿Te interesa el caso o te intereso yo?

—Sólo pretendo saber más de ti. Eres mi compañero.

—Tú lo has dicho. Soy tu compañero, pero no somos amigos. Es importante saber separar.

—¿Sabes algo que no me hayas dicho? Somos compañeros, pero me dices lo que te da la gana cuando te da la gana. ¿Qué es lo que acabo de ver?

Señaló a los papeles y fotos que había encima de la mesa.

—No has visto nada que te incumba. Son cosas mías.

—Como quieras. Mensaje captado. Buenas noches.

Antes de marcharse, se dio la vuelta y dirigió la mirada a una trampilla que surgía de una esquina en el fondo del salón.

—¿Ahí tienes tu laboratorio?

Gonzalo suspiró ante una nueva pregunta.

—Lo que hay ahí abajo es mi otro centro de trabajo. Así es. Es la joya de la corona.

—No te mataría dejar que los demás te ayuden, para variar.

—Quién sabe. No siempre conoces a la persona que tienes delante.

Carla arrugó el entrecejo, sin entender lo que había querido decir.

—Como decía. Nos vemos mañana.

No quiero sentir dolor

—Para ya, Sofía.

Fidel escuchaba cómo trabajaba sin parar, sacando tierra.

La voz de la joven se notaba falta de aliento.

—¿Por qué no quieres salir de aquí?

—¿De verdad crees que no quiero volver a casa? Estamos en un sótano, lo único que conseguirás es llegar más abajo. No hay forma de salir. Cuanto más te canses, más necesitarás beber.

—Da igual que bebamos o no.

—Pero tú misma dijiste…

—Ya sé lo que dije, pero si no bebo me sacará a rastras. He pensado en beber, pero al final no lo hago. En algún momento, no tendré otro remedio, además, prefiero no ser consciente de lo que va a hacer conmigo.

El hombre asintió para sí mismo, pensando que tenía toda la razón.

—Se dará cuenta de que estás cavando.

—Por desgracia, voy muy lenta y la tierra la estoy metiendo debajo del colchón. Además, así está mullidito.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado? —preguntó Luis.

—¿Acaso importa? —respondió Sofía, casi al instante—. No quiero morirme aquí.

Su voz iba perdiendo fuerza, entrecortada por la sensación de desesperación.

Siguió sacando tierra.

—¿Quién ha bebido? —volvió a intervenir Luis—. Supongo que se dará cuenta de que sabemos lo que ha pasado y utilizará otro método.

—Yo —la voz de Silvia provocó un espasmo en su novio.

—¿Por qué has bebido? ¡Joder! ¿Se te ha ido la cabeza?

—Me da igual. Sofía tiene razón. No quiero sentir dolor —su voz se quebraba mientras hablaba—. No aguanto esto y no quiero seguir aquí.

—Pero no es la solución —Luis rebajó el tono, intentando decirlo de forma cariñosa—. ¿Por qué lo has hecho?

—Puede que no tenga nada en mi agua. Eso no lo sabemos —suspiró—. Ya no importa. Está hecho.

Sofía y Fidel permanecían en silencio, escuchando la conversación de la pareja, sin tomar parte. Era difícil rebatir a ninguno de los dos.

Pasaron las horas y Luis dejó de escuchar a Silvia. Ya no respondía a sus preguntas y comenzó a entrarle el pánico.

—Fidel, ¿la puedes ver?

—Lo siento, está en el colchón, creo que ya no puede oírnos.

—A la mierda, voy a bebérmelo todo. Espero que tengáis suerte.

Ninguno abrió la boca. No podían decirle que no lo hiciera. Quizá era la única forma, y en todo caso, era la más rápida para acabar con todo. Fidel vio cómo se daba la vuelta y elevaba la cabeza para beber. Se tumbó en su colchón y no volvió a verlo moverse. Lo observaba con cara de pena, pero no bebió. Todavía no tenía claro lo que quería hacer, pero se daba unos minutos para poder pensarlo con detenimiento.

Unas horas después, escuchó cómo se abría la puerta en lo alto de las escaleras. Se tumbó en su colchón y pensó en rezar, pero agudizó el oído para saber lo que pasaba. Se dio la vuelta para poder ver algo y distinguió cómo el hombre se dirigió a la celda de Luis. Abrió la puerta y se agachó, hincando una rodilla en el suelo para poder elevar el cuerpo y poder arrastrarlo. Cuando había alcanzado el centro del sótano, Luis se levantó como un resorte y le asestó un rodillazo directo a su ingle. El hombre cayó al suelo y Luis aprovechó para salir corriendo. Fidel permanecía atónito, comprendiendo que no había bebido el agua, aunque no entendía por qué no se lo había dicho y había intentado engañarlo. De hecho, lo había conseguido, y no sólo a él. También había engañado a su raptor. Surgió una sonrisa, pero sintió un pinchazo de decepción al verlo marchar. No porque creyera que le fuera a ayudar a él, sino porque ni siquiera había mirado hacia atrás o intentado liberar a su novia. Si hubiera sido él, y a su edad, habría rematado a ese hijo de puta hasta dejarlo sin conocimiento para poder llevarse a su novia, pero no hubo atisbo de algo parecido.

Salió de su asombro al ver que el hombre se levantaba de nuevo y salía corriendo, no sin dificultad, tras Luis.

Este corría sin controlar la respiración. Ni siquiera lo había pensado. Simplemente corría, y dio un portazo sin reparar en cerrar la puerta. Continuó corriendo y salió al exterior de la casa, donde había una furgoneta aparcada. Subió y miró al contacto con la esperanza de que estuviera puesta la llave. No hubo suerte. Bajó rápidamente y vio que el hombre salía de la casa con una escopeta en la mano. Sentía que no le quedaban fuerzas, pero volvió a correr con la sensación de

que un estruendo provocado por el disparo le paralizaría el cuerpo y caería al suelo al ser alcanzado. Consiguió internarse en el bosque, estupefacto por no haber escuchado nada, y mantuvo el ritmo todo el tiempo que le fue posible. Paró en seco intentando recobrar la respiración y se protegió tras un árbol. No conseguía que el aire alcanzara sus pulmones y los nervios por ser descubierto no ayudaban en nada. Unos segundos más tarde, escuchaba algo muy parecido al silencio. El canto de los pájaros y las hojas moviéndose impulsadas por el viento. Tan sólo eso. Se cubrió la cabeza con las manos e intentó no romper a llorar como un niño.

En las celdas imperaba el silencio. Únicamente se oían los pasos de Sofía, a cada segundo más acelerados.

Por fin, surgieron palabras de su boca.

—Va a volver y nos va a matar a todos —la ansiedad provocaba que las palabras se entrecortaran—. ¿Lo habrá matado?

Fidel giraba la cabeza mientras escuchaba a Sofía, mirando a la pared, y acabó apoyando la cabeza en el muro.

—No lo pienses. No podemos hacer nada.

—¿Por qué estamos aquí?

El llanto quebraba su voz. Había conseguido mantener la calma más tiempo del que se creía capaz, pero en ese momento sólo podía pensar en que el hombre volvería y comprobaría que estaba cavando en su celda para escapar. Había sido una estupidez. Nunca conseguiría huir de una forma tan absurda.

En la otra celda, Silvia permanecía inmóvil, sin ser consciente de lo que estaba ocurriendo. Probablemente, fuera mejor para ella, aunque Fidel se dio cuenta al instante de que cabía la posibilidad de que ella siguiera el mismo camino. Sin pensarlo dos veces, cogió la botella y comenzó a beber. Tenía dos opciones. La primera era descubrir si todos tenían algo en el agua. La segunda se le antojaba más plausible y podría beber sin que le ocurriera nada por el momento. En todo caso, cedió a la idea de marcharse de este mundo sin enterarse y entregarse a lo que pudiera pasar.

—Me lo he bebido todo.

—¿Qué? ¿Por qué lo has hecho?

—No quiero saber lo que me va a pasar.

Sofía comenzó a respirar profundamente. Se había quedado sola y se debatía entre seguir luchando o rendirse, como habían hecho los demás. Sus manos temblaban y cogió la botella mientras el corazón parecía que fuera a despegar. Era la decisión más difícil de su vida. Cerró los ojos y comenzó a beber. Notaba cómo el líquido recorría su cuerpo y saciaba su sed, mientras pensaba que, si contenía algo más,

la sangre lo transportaría a cada célula de su cuerpo y en unos minutos dejaría de sentir. Ya no había vuelta atrás y se acabó la botella sin respirar.

En el exterior, Luis temblaba como un niño. Su cabeza daba vueltas a lo que acababa de hacer, y de pronto, el chasquido de una rama al partirse le puso de nuevo en alerta. Se apoyó en la tierra cubierta de hojas y se puso en pie para continuar con su huida. Era una noche estrellada y la luz le permitía ver vagamente, pero también tenía mayores posibilidades de ser visto. Salió del refugio del árbol y miró hacia los lados antes de retomar la carrera. Pensó del tres al cero, acompañando la cuenta por impulsos de cabeza y salió disparado. No veía a nadie, pero seguía sintiendo la angustia de que le alcanzara un disparo. Sin embargo, no sabía que los planes de ese hombre no consistían en quebrantar su cuerpo. Debía estar entero.
Perdió la noción de hacia dónde debía correr. Paró durante un instante, y antes de darse cuenta, impactó en su cabeza la culata de la escopeta y perdió parcialmente el conocimiento. El hombre lo elevó para colocarlo en su hombro y Luis intentó reaccionar mientras veía el suelo moverse. Unas gotas de sangre salpicaron las hojas y todo se volvió negro.

15
La trampilla del salón

Carla llevaba unas horas en casa. No conseguía conciliar el sueño pensando en lo que les vendría en las próximas horas. Podrían ser días. Intentaba apartarlo de su cabeza sin demasiado éxito, y veía cómo los minutos pasaban lentamente y el nerviosismo le impedía dormir.

No era capaz de discernir si le preocupaba en mayor o menor medida su compañero o el caso. Nunca había participado en una investigación de un asesinato, pero no sabía si era el compañero ideal para comenzar. Analizaba cada minuto con él como si tuviera que interpretar cada gesto para intuir lo que pasaba por su cabeza.

Volvió a su mente el momento en el que se enfadó al verla ojear sus cosas, como si escondiera algo. Aquellas fotos habían alterado algo dentro de ella. Dudaba si estaba centrado en el caso o tenía otros intereses que le alejaban de lo verdaderamente importante, pero al mismo tiempo, había comprobado por sí misma que era un agente fuera de lo común. Opaco ante el mundo, pero brillante.

Sentía curiosidad por la trampilla del salón. La casa estaba aislada del resto del pueblo, como si se tratara de un ermitaño que se toma licencias para aparecer en el exterior lo menos posible. Su mundo se encontraba allí, y quería descubrir esa parte oculta de su compañero. Al contrario de lo que le pasaba al resto, su curiosidad por ese hombre crecía cada día que pasaba con él.

Se levantó de la cama y fue al despacho que tenía en su piso. Nada que ver con el de Gonzalo. Un ordenador, una impresora y unos cuantos libros. Encendió el ordenador y escribió el nombre de Gonzalo Ulloa. No tenía redes sociales. No existía en internet. Se quedó pensativa y escribió el nombre de su padre. Sólo encontró páginas en las que le nombraban como administrador de diferentes empresas. A continuación, escribió el nombre de su madre. Quería saber exactamente lo que le había ocurrido. Su caso no salió en la prensa. No hablaban de su muerte y no se sentía con la confianza de preguntar. Tampoco quería insistir con el resto de compañeros. Si se enterara Gonzalo de que hacía preguntas a sus espaldas, estaba convencida de que arruinaría su relación, fuera la que fuera.

Unos minutos antes, dudaba de la implicación de Gonzalo en el caso, y ahora ella estaba haciendo lo mismo. Sin darse cuenta, había

comenzado a investigar sobre su vida, olvidando por completo lo que importaba. Quería saber si esas fotos que había visto esa noche estaban relacionadas con… ¿con qué? No sabía muy bien lo que había visto ni si era importante. Decidió olvidarlo y continuar.

La celda de Silvia

Los minutos se alargaban más allá de sesenta segundos. La incertidumbre por saber si el agua causaría algún tipo de efecto mermaba a la mente, que daba vueltas y vueltas y creaba síntomas que no era capaz de saber si estaban causados por el miedo o eran reales.

—Fidel, ¿tú sientes algo extraño?

—No. No he notado nada.

Sofía comenzó a hiperventilar.

—Entonces soy yo. El agua tenía algo. Me encuentro muy extraña.

—No sé decirte lo que han podido sentir los demás, pero creo que debes relajarte.

—¿Cómo voy a relajarme? Me van a matar.

Fidel se sentía impotente. Le habría gustado acercarse a Sofía y abrazarla para que sintiera su apoyo, pero no podía hacer nada por ella.

—No creo que llevara nada tu agua. No tendría sentido que fuera el único al que no le hubieran echado algo.

Sofía no captaba que lo decía por el simple hecho de calmarla. Él se sentía igual de asustado por quedarse solo.

Sin tiempo para seguir hablando, escucharon de nuevo la puerta. El hombre bajó por las escaleras y caminó lentamente hacia la celda de Silvia.

Como uno de esos momentos en los que el corazón se impone a la cabeza, Sofía se acercó a los barrotes y comenzó a gritar.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? No te hemos hecho nada y nos tienes aquí como ratas, para…

Dejó de hablar como si no supiera lo que debía decir a continuación.

El hombre volvió sobre sus pasos, sin acceder a Silvia, y se dirigió hacia Sofia, que lentamente dio varios pasos hacia atrás hasta notar el muro a su espalda.

Se quedó parado delante de los barrotes y miró hacia la botella vacía. Fue hacia un armario ubicado muy cerca de las escaleras y sacó una botella de agua para dejarla a unos centímetros por dentro de la celda. Puso un dedo en su boca, simulando pedir silencio, y volvió a

por Silvia. Se repitió la misma escena que con Yanela y la arrastró hasta que desapareció de su vista.

Sofía notó su ropa mojada por la orina y rompió a llorar. No paraba de mirar a la botella y se preguntaba si había cavado su propia tumba con esa reacción. Puede que hubiera adelantado los acontecimientos.

Unos minutos después, comprobó que los síntomas que había sentido los había creado su cabeza, pero había una nueva botella de agua. La cogió y vio que estaba abierta. Las dudas comenzaban de nuevo.

16
Los dos pendientes

Como si se tratara de una nueva costumbre, el teléfono de Carla volvió a sonar. Hacía apenas dos horas que había conseguido atrapar el sueño y se sobresaltó con la melodía de su teléfono. Lo miró, pensando que había llegado el momento de cambiarlo a uno menos estridente.

—¿Gonzalo?

—Sí, soy yo. Se ha conectado el móvil.

—¿De quién? —preguntó, todavía algo aturdida.

—De Luis. Uno de los desaparecidos. Te mando la ubicación.

—Deberías avisar.

—Me han llamado para decírmelo hace un minuto. Yo ya estoy yendo, pero está en las afueras de la otra parte de la ciudad. Esta vez no llegaré primero.

—Está bien. Envíamelo.

Carla colgó el teléfono y cinco segundos después le llegaba la ubicación. Se vistió rápidamente y se puso en marcha.

Veinte minutos más tarde, Carla llegaba al lugar que le marcaba el GPS de su coche, a poco más de veinte minutos de Burgos. El lugar se encontraba a medio camino entre Pedrosa de Río Úrbel y Mansilla. Una zona de inmensos páramos que rodean a los núcleos de población. Divisó las luces de los coches de policía y aparcó al lado de uno de ellos. Tuvo que internarse en el bosque y caminar dos minutos hasta llegar a su compañero. Lo miró y él agitó la cabeza para que lo siguiera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carla.

—¿Tú qué crees?

—Me refiero a cómo ha sido.

—Es mejor que lo veas.

Carla dio tres pasos más para acercarse y vio a Luis y Silvia tumbados en el suelo. Estaban postrados sobre una cama de raíces de un gran roble, que sobresalían del suelo. Luis estaba colocado boca arriba y Silvia apoyaba su cabeza sobre el hombro izquierdo de su novio, con la parte alta del tronco desnuda. Sus cuerpos tenían un tono amarillento, como si hubieran sido decorados.

—Parece que no tienen ninguna herida.

—Hay poca luz, pero veo el mismo procedimiento —aclaró

Gonzalo—. No parece que los haya matado con violencia y están escrupulosamente colocados.

—¿Para qué?

—No lo sé. No tiene sentido. ¿Por qué los mata? ¿Por qué sin violencia? ¿Qué quiere ese tío?

Carla siguió mirando. Se agachó para verlos de cerca y vio que Luis tenía en el pelo una mancha de sangre. Estaba petrificado por esa zona, con la sangre seca.

—Mira esto. Debe tener una herida.

Gonzalo se acercó.

—Igual sí ha habido violencia. Esperaremos a que nos digan algo cuando lo examinen.

—Ella no parece que tenga nada.

—Lo dicho, vamos a esperar para sacar conclusiones.

El ajetreo iba creciendo poco a poco. La escena permanecía acordonada y, unos minutos más tarde, acudieron los del equipo territorial de la Policía Judicial. Tenían poco tiempo para sacar sus propias conclusiones, antes de que despejaran la zona para comenzar a embolsar las posibles pruebas.

Carla iba a hacer caso a su compañero cuando vio algo extraño en la oreja de la víctima.

—Espera.

—¿Qué quieres ahora?

—Sólo tiene un pendiente.

—¿Y qué?

—Que, si ha dejado la escena preparada, no tendría sentido que le faltara uno. ¿No te parece?

—Puede que sea parte de su escena. No lo sabemos.

—No me cuadra.

—Ha repetido el mismo método. Ha activado el teléfono, y en este caso, sabía que tenía mucho tiempo para escapar, pero no han debido pasar más de cuarenta minutos. No han tocado nada hasta que he llegado.

Carla se acercó a un agente de la Policía Judicial, que realizaba fotos sin parar.

—Por favor, enséñame todas las fotos que has hecho.

El agente miró a Gonzalo y este dio un golpe de cabeza para que lo hiciera.

Fue pasando las fotos en orden inverso al momento de realizarlas y vio que, en las primeras, tenía los dos pendientes, pero no eran iguales. Su corazón le dio un vuelco y le devolvió la cámara. Sin decir nada, caminó agarrando a Gonzalo.

—¿Qué te pasa? ¿Qué has visto?

—¡Joder, Gonzalo! Tenía los dos pendientes cuando la

encontraron, y eran distintos.

—¿Qué?

—Calla. Cuando llegaste, ¿quién estaba aquí?

—Una patrulla de Seguridad Ciudadana. Eran dos agentes, y has visto tú misma cuándo ha llegado la Judicial. Los primeros en llegar fueron ellos.

—¿Quiénes?

Gonzalo señaló a los dos policías que habían acordonado la zona y Carla se acercó.

—Hola. Vosotros llegasteis los primeros, ¿verdad?

—Así es —dijo uno.

—¿Todo estaba como lo habéis encontrado?

—Sí, no hemos tocado nada. Acordonamos la zona hasta que apareció el resto para encargarse de todo.

—¿Las víctimas estaban igual?

—Ya te he dicho que sí. No hemos tocado nada ni a nadie.

—¿Alguien más se ha acercado a ellos?

—Nadie.

—¿Seguro?

—Seguro. Sólo ese —señaló al de la Científica.

—Gracias.

Carla miró a Gonzalo y volvieron a alejarse.

—¿Qué estás buscando?

—Te acabo de decir que en las fotos había dos pendientes. Eran distintos, y ahora sólo hay uno. Alguien se lo ha quitado.

—¿Por qué se lo iban a quitar? ¿Te estás escuchando?

—Eso es lo que quiero averiguar. Puede que el asesino esté en la escena del crimen.

—¿Ahora? Has visto muchas películas.

—No lo sé. Ahora o cuando sea. No sé qué decirte.

—Se habrá caído el puto pendiente. Les diremos que lo busquen.

—Voy a hacerlo yo.

—No te acerques. Imagina que estás en lo cierto. Te cargarán el muerto a ti si encuentran un solo pelo tuyo en la escena. Vámonos y ya aclararemos esto.

—Está bien. El que lo hizo, ¿qué salidas tenía?

—Sólo hay dos. Tirar hacia Burgos o hacia el otro lado. Ya has visto que sólo hay una carretera, y poco concurrida.

—¿Hay cámaras en algún sitio?

—¿Por aquí? No creo que haya nada de nada, pero comprobaremos a dónde lleva la carretera y si hay alguna cámara.

—No lo creo. Tienes razón. Parece que lo tiene todo muy atado, pero debe haber huellas de zapatos por aquí.

—Eso también es trabajo de la Científica.

—Tiene que haber huellas. Si no es así, ¿por dónde accedió para dejarlos?

Gonzalo oteó el terreno que daba hacia el lado contrario a la carretera. Caminó hasta percatarse de que no había otra carretera cercana, y no parecía una zona muy propicia para circular con un vehículo.

—Con tu teoría, las únicas huellas serían las nuestras. Nadie ajeno a la Policía.

—¿Habrá aparcado cerca y los habrá arrastrado hasta aquí? —Carla seguía buscando algo—. Estarían las marcas de los cuerpos.

—¿Te has fijado si hay alguna vivienda cerca?

—La verdad es que no he visto nada. Sólo campo. Puede que las trajera con una carretilla.

—Tendríamos las marcas de las ruedas.

—Hay muchas hojas —apreció Carla.

—Tenía todo el tiempo que quisiera hasta encender el móvil. Podría haber alisado la tierra y poner las hojas encima de nuevo.

Se dirigió a un policía de la Científica y le dijo que barrieran la zona desde la parte donde habían aparcado hasta el lugar donde se encontraban los cuerpos.

—¿Listo?

—Listo —dijo Gonzalo—. Mañana por la mañana me pasaré por el forense. No podemos perder tiempo y quiero tener información al mismo tiempo que él. La información de la Científica tardará mucho más. Por desgracia.

—A este paso no vamos a tener nada antes del siguiente asesinato. En fin. ¿Mañana por la mañana? Son las cinco y media.

—Bueno, estaré sobre las doce. Necesito dormir un poco. Estoy hecho polvo.

—Yo tampoco he dormido demasiado. Me costó coger el sueño y cuando lo conseguí… Bueno, iré contigo. ¿A las doce?

—A las doce.

Gonzalo se dirigió hacia su moto, se colocó el casco, y salió disparado por la carretera.

17
Bloqueando recuerdos

Gonzalo abrió el ojo por primera vez a las once de la mañana. No dio tiempo a que sonara el despertador, que estaba a punto de activarse. Se dio una ducha rápida y puso la cafetera en marcha. Le esperaba un día muy movido.

Llevaba días pensándolo, pero por fin se decidió a hacer algo que debía haber hecho hacía mucho tiempo. Antes de marcar el número, suspiró y se dejó caer en el sofá. Volvió a levantarse casi de inmediato y se puso un café solo. Lo bebió de un trago y sin pensarlo dos veces, se dejó llevar por el momento sin estar convencido de que fuera una buena idea.

—Hola. Soy yo.

Gonzalo separó el teléfono de su oído para comprobar si se había cortado.

Tardó unos segundos en responder.

—Hola.

—Parece que te alegras de escuchar mi voz.

—Mi hermano lleva sin llamarme más de un año. La verdad es que no soy capaz de recordar la última vez.

—Tienes razón. Tampoco he visto que tú descolgaras el teléfono.

Se escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—Lo hice durante algún tiempo, pero las relaciones son cosa de dos. No soy la única que piensa así.

—No he pasado por buen momento.

—Yo tampoco, pero la vida sigue.

—Tienes a tu familia. Supongo que eso lo hace más fácil.

—Cada uno tiene lo que se merece. ¿Hace cuánto que no llamas a tu hijo?

—No quiere hablar conmigo. Lo sabes muy bien. ¿Cómo están?

—Bien. Están bien. ¿Qué es de tu vida?

—Bloqueando recuerdos con el trabajo. Ya me conoces.

—Podrías crear unos nuevos.

—Lo intenté, pero lo de mamá me destrozó. Luego me encontré lo que me ha venido. No lo he buscado.

—Lo de mamá nos destrozó a todos. También a tu mujer, pero ha seguido adelante. Dejaste a todos de lado por algo que ya no tenía remedio. ¿Esperabas que tu ausencia no te pasara factura? Hace unos

años de aquello.

—No estaba ausente.

—Estuviste ausente en lo que más importaba. No hablabas ni te comunicabas. Parecías un espectro. Nunca has sido un tío fácil, pero desapareciste por completo. ¿Cómo pensaste que alguien aguantaría convivir con eso? Sabes que ella es como mi hermana. Yo te la presenté. Recuérdalo.

—Ya lo sé, y te lo agradezco, pero también perdí a mi hijo, y no es justo.

—Le visitabas cada vez menos y los niños no son tontos. Ahora tiene doce años y elige por sí mismo. No culpes a los demás.

—No culpo a nadie. Me culpo a mí, pero ya no puedo hacer nada.

—¿Por qué me has llamado? ¿Te pasa algo?

Se quedó callado por un instante.

—Puede que esté reviviendo lo que ocurrió y necesitaba hablar contigo. Gracias por contestar.

—Me da pena lo que te ha ocurrido. Eres mi hermano. Papá lo pasó muy mal por todo, pero también por verte así. Creo que acabó con él definitivamente.

Gonzalo resopló al escucharlo.

—Supongo que fue culpa mía que papá muriera.

—Me he expresado mal. Sabes que no he querido decir eso, pero que su propio hijo le acuse de ser el responsable de la muerte de su mujer… fue muy duro para él.

—Tenía motivos.

—¿De verdad crees que tuvo algo que ver? ¿Qué padre crees que tenías?

—Soy policía. Pregunté lo que tenían y aunque no pudiera salir a la luz por falta de pruebas, era el principal sospechoso. Me dijeron lo que creían que había pasado. Encontraron su sangre en el coche de papá, ¡joder!

—Hablé con él muchas veces sobre lo ocurrido. Tuvo bastante con perder a su mujer como para que su hijo dudara de él. Te aseguro que papá no hizo daño a mamá.

—Nunca la hizo ni caso.

—Es verdad que no estaba en casa, pero te aseguro que la quería. Tú has hecho lo mismo, y no por ello te veo capaz de hacer daño a tu familia. ¿No lo entiendes? No tenían nada y echaron la culpa a la parte más fácil. Si hubieran sabido que era él lo habrían detenido. Lo que no entiendo es la razón por la que lo estás hablando ahora, cuando no lo has hecho nunca. Era imposible nombrarlos.

Volvió a quedarse en silencio por un instante.

—No importa. ¿Qué tal tu familia?

—Están bien. A mi marido lo ascendieron hace unos meses y mis hijas están perfectamente. Con su colegio y sus amigos. Nada nuevo.

—Me alegro. Me ha gustado hablar contigo.

—Supongo que volveremos a hablar en un tiempo. Espero que todo te vaya mejor.

—Si te parece, te llamaré de vez en cuando a ver qué tal te va todo.

—¿En serio? Sabes que puedes llamarme cuando quieras, pero si me permites darte un consejo, llama a tu hijo. Puede que te cueste recuperarlo, pero es la obligación de un padre. No creo que quieras que acabe sintiendo por ti lo que sentías por papá.

—Tienes razón. Ahora estoy con algo importante, pero lo haré.

—Es tu vida. Me duele que no seas capaz de disfrutarla, pero como he dicho, yo siempre estaré para ti.

—Gracias. Hablamos pronto.

Colgó el teléfono y se echó las manos a la cara como síntoma de derrota. Sabía que su hermana le había tratado mucho mejor de lo que se merecía y, aun así, no era capaz de sentirse reconfortado. Todo lo contrario. Ponía una piedra más encima del fracaso en el que había convertido su vida. No se había comportado como debía haberlo hecho, pero ella le seguía apoyando, a pesar de todo.

18
Un método

—Hola, Gonzalo, ¿dónde estás?

—Perdona, Carla, he olvidado avisarte. He hecho una parada técnica. Estaré en media hora o cuarenta minutos. Ve pasando por si te dice algo.

Su compañera negó con la cabeza, pero aceptó el desplante. No podía hacer otra cosa.

—Llámame si vas a tardar más.

—Claro.

Gonzalo colgó el teléfono y entró en el edificio. Después de hablar con su hermana, había llamado a Marcos y le había puesto al día de lo ocurrido. Debía esperar a que terminara una de sus clases, lo que le dio la oportunidad de verle en acción. Le sorprendió no haberlo hecho antes.

—Llevamos menos de dos meses de clase y me gustaría jugar un poco. Que no sea la teoría lo único que os llevéis a casa. Lo más importante para ser un buen criminólogo, ¿qué diréis que es?

Marcos levantó la cabeza, buscando alguna opinión en la sala. Una mano tímida sobresalió sobre el resto.

—Marta. Bien, una valiente.

—Es un concepto muy amplio, pero lo principal es aplicar lo aprendido para analizar, interpretar a un individuo, según sus acciones, ya sea de forma individual o en su conjunto…

Marcos paró el discurso, viendo a dónde los llevaba.

—Perdona, me parece perfecto lo que estás diciendo y estás en lo cierto. Pero podemos ir por un lado algo más personal. Quiero que nos olvidemos de los libros por un momento y busquemos aquí —colocó sus manos sobre su pecho, haciendo entender que cada uno expresase lo que llevaba dentro—. ¿Qué os dice a vosotros?

Otra mano se elevó tras unos segundos.

—Nuria, adelante.

—Yo voy a decir la razón por la que estoy estudiando esto. Sé que las salidas serán trabajar en la Policía o sustituirlo como profesor —se rieron todos al unísono—, pero a mí lo que me importa es ser capaz de interpretar a las personas. Saber por qué hacen lo que hacen

y no tratarlos como asesinos o desequilibrados. Son personas a las que les ha ocurrido algo y lo que hacen, lo hacen por algún motivo. Sé que no pensaría lo mismo si estuviera relacionado conmigo o con alguien a quien quisiera, pero la única forma de realizar bien este trabajo, ya sea para enseñar, realizar estudios o aplicarlos directamente, es entrar en su mente y conocer lo que fluye en ella.

Marcos se quedó pensativo, mirándola. Le había sorprendido mucho escuchar algo tan bien estructurado. No era lo que había dicho, que por supuesto, era la ponencia que buscaba, sino la forma de decirlo.

—Así es. Me ha parecido brillante. Da igual para qué lo apliquemos o a qué nos dediquemos. Todo ello es importante para un mismo fin. Hay que estudiar cada caso para entenderlo. Hay que unir cada uno de ellos a los demás para ver los patrones. Siempre los hay. Un buen criminólogo es el que es capaz de sintetizar. Esa, al menos, es mi opinión. Seguro que muchos profesores me dirían que no es tan fácil, pero nada es sencillo.

El aula era escalonada y la puerta se encontraba en la última fila. Marcos vio que entraba Gonzalo en silencio y ocupaba el último asiento más cercano a la entrada. Sonrió y Marcos cambió de tema mientras lo miraba.

Los alumnos dirigieron la vista hacia Gonzalo, preguntándose la razón por la que había entrado a su clase.

—No nos dispersemos —Marcos reclamó su atención—. Bien. Vamos a dejar a un lado todo esto y vamos a un caso teórico. Pongamos que se produce una desaparición, pero nadie sabe si la persona se ha marchado o alguien la ha hecho desaparecer. ¿Qué me diríais? —reaccionó a la mano de otro alumno—. Daniel.

—Ese sería trabajo de la Policía.

—Totalmente de acuerdo. No tenemos nada que analizar, pero después hay más desapariciones.

—Sigue siendo su trabajo. No tenemos un individuo con el que trabajar.

—Pero ¿y si sabemos que no tienen nada en común?, ¿en qué nos deberíamos centrar?

—¿En sus diferencias?

—No esquives la pregunta.

Hubo una carcajada de varios alumnos.

—Si no encontramos similitudes, deberíamos centrarnos en la persona que los ha hecho desaparecer.

—¿Y si no sabemos quién es?

—¿Qué sabemos? Porque según me lo cuenta, no sé cómo podemos trabajar.

—Van apareciendo cuerpos, y en todos los casos hay algo en

común. Me refiero a que sabemos que están relacionados con la misma persona.

—A priori, estamos hablando de alguien que quiere dejar un mensaje. Tendríamos que analizar lo que le ha ocurrido a esa persona.

—Seguimos sin saber eso. ¿Algo más?

—Si no hay relación entre las víctimas, hay algo más allá. Algo más importante, pero seguro que no las ha escogido al azar. Con los métodos que utilice, podríamos saber de qué tipo de persona se trata.

—¿Por qué no cabe la posibilidad de que las haya escogido al azar?

—Porque siempre hay un motivo que le lleva a elegirlas. Puede que no tenga nada personal con ninguno de ellos, pero siempre hay un mensaje. La mente de un asesino funciona por su propio instinto y, aunque evite dejar pistas, es imposible abstraerse de ese instinto. Lo hace precisamente para eso, aunque no sea consciente del todo.

—Entonces, me estás diciendo que…

Abrió los brazos para que continuara.

—Que igual no damos con él, pero podemos analizar cada caso y compararlo con los demás para sacar un perfil más o menos consistente.

—¿Más o menos? No creo que sea muy científico.

—Hay que descubrir sus motivaciones y si ya ha actuado, tenemos un plan de ruta para los siguientes.

—¿Y si no hay siguientes?

—Si no es así, ya ha puesto todas sus cartas encima de la mesa. Quiere ponernos al límite y vivir en el alambre, pero sin arriesgar demasiado.

—No estoy tan convencido de ello. Puede que no quiera que le pillen, pero hay asesinos que se sienten tentados con ser descubiertos y otros que no tienen ninguna intención de que den con ellos.

—No creo que haya nadie que quiera que le pillen.

—Ese es el primer concepto que debéis tener claro. A quién nos estamos enfrentando. Cuánto arriesga; qué señales deja; qué es lo que quiere contar; cuánto invierte en preparar cada asesinato.

Otro alumno intervino.

—Es difícil saberlo si no sabemos quién es.

—Si supiéramos quién es, ¿por qué tendríamos que analizarlo? Me refiero a este caso en concreto. Lo que acabas de decir tiene sentido como estudio para casos en los que tengamos al asesino y nos permita estudiarlo y compararlo con otros sujetos. Es la forma de sacar patrones y que nos ayude en el futuro, pero ahora no es lo que nos atañe.

—No importa que haya matado.

Marcos lo paró en seco.

—¿No importa? ¿Cómo puedes decir eso?

El alumno se dio cuenta que no se había expresado bien e intentó retractarse.

—Quiero decir que coger al asesino es labor de la Policía. Nosotros tenemos que analizar el por qué. Es una ciencia que busca conocer las razones y motivaciones para evitar que otros puedan matar o que esa persona siga matando.

—Eso es. Muy buena respuesta. No analizamos personas, sino hechos. No analizamos acciones, sino el conjunto de ellas. No podemos llegar a saber cómo es el criminal si no juntamos todas las piezas. En España, esta profesión lleva algún tiempo, pero nunca se ha profesionalizado tanto como en los últimos años. Si no fuera así, no estaríais aquí, y yo me tendría que buscar otro trabajo. Si no tenemos nada de ese tipo, habrá que buscarlo en cada detalle, y en Estados Unidos se ha estado trabajando mucho en ello. Os lo digo yo, que estuve trabajando allí mucho tiempo. Siempre hay un perfil más o menos claro. Las motivaciones son lo que nos puede acercar a descubrirlo; saber quién es; lo que quiere. Todo está detrás de las acciones —miró el reloj—. Bien, parece que se nos ha acabado el tiempo. Mañana más y mejor.

Los alumnos fueron saliendo de la clase y Gonzalo esperó a que se marchara el último para descender por las escaleras hasta el atril.

—Tienes alumnos muy listos.

—Algunos sí lo son. Espero que no se quieran dedicar a enseñar.

—Tienen otros caminos. Tú lo tuviste y no quisiste aprovecharlo, pero yo te he dado una nueva oportunidad de despejar tu mente, aunque sea a cuentagotas.

—Sabes que yo no valgo para la acción. Lo mío es todo teoría. ¿Algo nuevo?

—Por ahora, estamos como estábamos.

—Ya has escuchado a los alumnos. Tienes tres víctimas, pero va a haber más, y eso sí lo sabes. Como ha dicho mi alumno estrella, tenéis un método con el que mata. Parece poco, pero no lo es si lo piensas con optimismo.

—Con mucho optimismo.

—Es una persona que cuida mucho los detalles. Le obsesiona plasmar lo que tiene preparado en su cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Que es un perfeccionista. Eso nos dice mucho. Por otro lado, no parece que le interesen las escenas macabras. Al menos, violentas. Busca mandar un mensaje y lo hace con todo tipo de detalles. A ti no te dirá mucho, pero a él seguro que sí. Tienes que indagar en esos detalles y ver una relación. No tiene por qué ser directa, pero…

—Pero seguimos igual.

—Tienes que pensar rápido. ¿Qué quiere contar?

—Que es un asesino de mierda que juega con la vida de la gente.

—No eres un simple policía. Sé que tienes algo con lo que trabajar.

—Las dos escenas del crimen son muy diferentes, pero es cierto que las prepara como si fuera su trabajo. Minucioso y muy listo. No me parece que estemos tratando con un hombre al que se le vaya la cabeza.

—Parece que ya estoy en el caso. He pedido unos días para dedicarme al completo, así que, si te parece, esta misma tarde empezaré a echaros una mano, pero no puedes dejar de lado que tienes poco tiempo para evitar el siguiente asesinato.

—Eres un genio. Si supiera cómo evitarlo sería muy diferente, pero no he avanzado mucho.

—Lo que venga después, ya se verá. Por ahora tienes que pensar en lo que tienes. ¿No hay huellas?

—No. Nada.

—Lo suponía, pero hay chapuzas en todos los oficios.

—¿Lo consideras un oficio?

—Era una forma de hablar.

—Se nos va de las manos. Por ahora no nos han quitado el caso, pero seguro que, si no avanzamos, traerán a alguien de un departamento glorioso de la Policía. Ya sabes cómo funciona esto. En 2004, con el triple crimen de los Barrio, la Policía de Burgos llevaba el caso y cinco meses después se ocupó la UDEV. La cosa es distinta porque yo no estaba por aquí, pero tienes que ayudarme.

—Claro, te ayudaré en lo que pueda, pero te repito que lo mío es la teoría. Además, ese caso no se ha resuelto todavía.

—Lo sé, por eso pienso que no querrán esperar tanto como entonces. No necesito ayuda de campo. Me sobro y me basto. Lo que necesito es precisamente tu teoría. Quiero alguien de confianza.

—Pues me tienes a tu disposición, pero no me metas en faena, que si tengo que ir a un lugar peligroso me voy a cagar.

Gonzalo sonrió.

—Tranquilo. No te aprecio tanto, pero por ahora no me voy a jugar tu vida. Te quiero analizando todo y dándome lo que puedas. —Gonzalo miró el reloj, sabiendo que Carla no le recibiría con una sonrisa tras haberla hecho esperar—. Me largo. Gracias por tu clase. Hace mucho que no iba a ninguna.

Marcos sonrió y se puso a recoger sus cosas.

19
¿Cómo nadie lo ha visto?

Alrededor de la una de la tarde, con una hora de retraso, Gonzalo acudía a la cita con el forense. Carla había sido puntual y le saludaba con cara de pocos amigos.

—Buenos días. Siento haber tardado.

Carla respondió a su saludo de forma irónica.

—Buenas tardes, Gonzalo.

Su compañero sonrió y dio una fuerte palmada para comenzar de inmediato.

—¿Qué nos cuentas?

—Le he contado a Carla que el asesinato de la chica sigue el mismo método que con la primera, pero no ocurre lo mismo con él.

—¿Estás seguro? ¿Por qué iba a hacerlo diferente con él?

—Él tiene un fuerte golpe en la cabeza. Parece un traumatismo reciente, y ella no tiene nada. Ninguna lesión.

—¿Puede que tardara más tiempo en dormirse? Igual es la explicación para que lo golpeara.

—Tendría que ser una bestia para no notar los efectos, pero ya te digo que no tiene la sustancia en la sangre. Al menos esa sustancia.

—¿Qué quieres decir con al menos esa sustancia?

—Le inyectaron una serie de fármacos que, combinados, producen parada cardíaca.

—No entiendo por qué no lo ha hecho con el resto.

—Gonzalo, te digo lo que tengo, pero no estoy aquí para hacer conjeturas.

Carla quiso compartir su visión de la situación.

—Lo más lógico es que no consiguiera que la tomara y utilizara la violencia. Sigue unos patrones muy claros y no creo que se los saltara a la ligera. Debe haber sido un contratiempo.

Gonzalo lo veía plausible.

—No se deja coger y no tiene más remedio que golpearlo. Ya no puede darle el alcohol y decide inyectarle algo para acabar con él. Tiene sentido.

—Me alegra que te cuadre.

Gonzalo volvió a dirigirse al doctor.

—¿Qué tipo de golpe tiene?

—De los que duelen —sonrió—. Tiene un impacto por detrás,

algo por encima de la oreja. Le debió golpear mientras se giraba, pero impactó de lleno. No hay cortes, por lo que me decanto por un objeto contundente sin filo. Puede ser con muchas cosas.

—¿Pudo dejarle inconsciente? —se quedó pensativo—. ¿El golpe es anterior o posterior a la muerte? Lo pregunto para que no se nos caiga nuestra teoría.

—El golpe se produjo con anterioridad a su muerte. Sangró mucho. Le decía a Carla que un cuerpo no deja de sangrar del todo desde el momento en el que muere. La sangre tarda en coagularse en los capilares y vasos de pequeño calibre desde unas seis horas, hasta doce, aproximadamente. Cuando el corazón deja de bombear, la sangre deja de fluir y, para que lo entendáis, se transforma en un gran trombo. Sigue sangrando, pero ni de lejos de la misma manera que cuando el corazón realiza sus funciones. Lo que llamamos *livor mortis*, o lividez postmortem, es una de las formas para saber el momento aproximado de la muerte. La acumulación de la sangre en algunas zonas, amoratando el cuerpo, nos indica la hora probable de la muerte. Quiero decir que el golpe en la cabeza se pudo producir en las últimas doce horas antes de su muerte.

—¿Sabes algo del pendiente? —insistió Carla.

—No he tenido tiempo de ver sus cosas. He tenido una mañana muy intensa. Luego me pongo con sus pertenencias y os cuento.

—Lo que no entiendo es por qué lo hizo —Carla no paraba de agitar la mano—. Tiene que haber un motivo y aunque parezca una chorrada, puede ser importante. La escena no estaba exenta de detalles. Colocados como si estuvieran posando. ¿Por qué iba a hacer todo eso y luego quitar el pendiente? Sólo hay una forma de verlo, y es que cometió un error y se arriesgó a ser descubierto.

—¿De verdad crees lo que dices? —preguntó Gonzalo.

—¿Qué otra explicación ves?

—Que aparezca el pendiente justo debajo de su cuerpo. Es la más lógica. Puede que estuviera suelto y aparezca. La verdad es que no lo sé, pero si estás en lo cierto, pronto lo sabremos.

El doctor los miraba como si estuviera viendo a una pareja discutir, pero no abría la boca.

—Vámonos, Carla. Puedes pensarlo por el camino. Gracias por tu tiempo —se dirigió al doctor—. Por favor, si ves algo nuevo nos llamas al instante.

—Descuida. Suerte.

Gonzalo saludó a Molina al entrar en comisaría, y este le pidió unos minutos para hablar.

—Bruno me ha pedido esta mañana que te facilitara las imágenes

de las cámaras más cercanas.

—Bien. ¿Has visto algo?

—De eso te quería hablar. No hay ninguna cámara instalada en esa carretera.

—Lo imaginaba. Habrás buscado las cámaras de tráfico que confluyan con esa carretera.

—No hay ninguna. Las primeras cámaras están muy alejadas.

—No quita que las veas. Sólo tienes que buscar desde unos minutos antes a que se conectara el móvil y de ahí hasta que te canses. A esas horas no creo que haya demasiado tráfico.

—Sigo con ellas.

Volvió a su sitio.

Gonzalo se acercó a su mesa, donde estaba el informe que había redactado Carla sobre los asesinatos. Abrió una de las carpetas y lo leyó. Al concluirlo, vio sus fichas. Su cuerpo se contrajo de pronto.

—Carla, ¿puedes venir un momento?

—¿Está bien? ¿Se me ha pasado algo?

—Ya lo creo. Se nos ha pasado a todos. ¡Parecemos gilipollas!

El grito atrajo todas las miradas.

—¿Qué pasa? —preguntó, algo nerviosa.

—Hemos visto sus fichas y no hemos reparado en algo, al menos, sorprendente. ¿Qué pone aquí?

Carla se agachó para leerlo.

—Sus datos.

—Míralo bien —sabía que Carla todavía no había reparado en lo más importante y puso su dedo para dirigirla y no perder más tiempo.

—¡Joder!

—Trae el resto de las fichas.

Salió corriendo al archivo y volvió en menos de un minuto. Las puso encima de la mesa.

—Ninguno lo hemos visto.

—Todos nacieron el mismo día. Diferente año, pero el mismo día del mismo mes. ¿Cómo nadie lo ha visto? Yo el primero.

Gonzalo se golpeaba la cabeza con el puño, apretando los dientes.

—Veinte de octubre. Estamos a diez. —Carla sacó conclusiones que parecían lógicas.

—¡Joder! Es probable que nos queden diez días para resolverlo o morirán todos.

—¿Crees que matará a la última víctima ese día?

—Tendría sentido —Gonzalo apoyó sus palabras asintiendo—. No entiendo por qué ha elegido a todos por la fecha de nacimiento, pero tenemos que averiguarlo. No creo que un tío decida coger a cinco personas porque han nacido un día cualquiera y luego matarlos. Esa

fecha tiene que significar algo, pero… ¿qué?

—¿Qué pasa el veinte de octubre? —Carla hizo una búsqueda en internet—. La batalla de Montenaken; Reyes Católicos y chorradas de esas. No veo nada relevante.

—Supongo que será un día cualquiera para cualquier calendario, pero debe ser una fecha importante para él.

—Ya, pero es imposible saberlo.

—Hay que buscarlo. Tenemos que registrar cada rincón de sus casas; el diario que escriban, si lo escriben; notas que hayan tomado de cualquier cosa. Acabamos de encontrar lo único que los une, pero estoy convencido de que hay algo más. Vamos a sus casas a ponerlas patas arriba y ver si encontramos algo.

—¿Qué vamos a buscar?

—No lo sé, pero ahora queda claro que están relacionados de algún modo. Es la única forma de avanzar. No tenemos ningún dato de ese tío, pero podemos encontrarlo buscando en las víctimas. Si se te ocurre algo más, no dudes en decirlo.

—No. No se me ocurre nada más.

—Nos está dejando pistas. Estoy seguro.

—¿Dónde ves las pistas?

—Están ahí. Hazme caso. Sólo tenemos que encontrarlas, y no tenemos demasiado tiempo.

20
Un regalo

—Muy buenas. ¿Me recuerda?

La madre de Silvia lo miró con gesto áspero. Quedaba claro que no se había llevado una buena impresión de Gonzalo sin haber cruzado una palabra con él. Había tenido la suerte de verse con Carla, y pensó que los padres de Luis les habrían contado su conversación.

—Pase.

—Gracias. ¿Cuál es la habitación de su hija?

—Pasillo y al fondo a la derecha.

No llegarían a ser buenos amigos, y la media sonrisa que lucía la cara de Gonzalo no le daba puntos.

Entró en el cuarto de Silvia y lo recorrió lentamente. Se colocó unos guantes y levantó cada objeto, escudriñando hasta el último recoveco. Elevó las cejas y negó con la cabeza. Sabía que estaba perdiendo su tiempo, pero esperaba tener un golpe de suerte. Lo que fuera.

La mujer lo observaba desde la puerta. Pudo ver su rostro demacrado al entrar, y se mordía las uñas de forma compulsiva. Cuando viera que la visita había sido inútil, crecería su inquietud, y las esperanzas de encontrar al responsable se verían mermadas. Más aún.

Gonzalo la miró y siguió observando. Abrió el armario. Sólo había ropa. Lo cerró y levantó el edredón de la cama para arrodillarse y mirar bajo el colchón.

—¿Tiene algún diario?

—No, que yo sepa.

—¿Ha visto algo inusual en su habitación?

—Ya le he dicho que no.

—¿Pero ha entrado desde entonces?

Ella se colocó una mano en la cara para evitar ponerse a llorar.

—He entrado cada día. Me tumbo en su cama, pero no aguanto mucho tiempo y tengo que salir.

—Lo siento mucho, de verdad. Sólo intento buscar algo que me lleve a él.

No recibió respuesta, salió de la habitación y recorrió la casa.

Nada.

—Gracias por todo.

Cuando se disponía a abandonar la vivienda, la mujer explotó.

—¿No me va a decir nada? ¿Qué está buscando? ¿Quién ha matado a mi hija?

Rompió a llorar.

Gonzalo recordó la conversación con Carla y volvió a cerrar la puerta.

—Siento mucho lo ocurrido. Estamos haciendo todo lo posible, pero por ahora no le puedo decir nada. Seguro que no es ningún consuelo para ustedes, pero voy a encontrar a la persona que lo hizo. Eso se lo puedo asegurar.

—¿Cómo puede asegurar algo así? Me dice que no saben lo que pasó.

—Tiene razón. No lo puedo asegurar, pero detrás de la imagen que tiene de mí, hay una persona que le puede ayudar. No hace falta que tenga un buen concepto, pero sé lo que hago. Voy a hacer todo lo posible para que puedan llorar a su hija con ese tío encerrado de por vida.

La mujer se echó las manos a la cara y se dejó caer en el sofá. Gonzalo esperó unos segundos, sin saber cuánto tiempo debía quedarse. Miró el reloj y se marchó.

—Carla, estoy fuera. No he encontrado nada fuera de lo normal. ¿Has hablado con Moli? No se lo he podido coger.

—Me acaba de llamar. No han encontrado nada, pero yo sí. Ven lo antes posible.

Gonzalo se plantó en la casa de los padres de Luis en tiempo récord.

—Pasa. Tienes que ver esto.

—¿Qué ocurre?

—Estaba ojeando todo y he sacado sus cosas del armario. En el fondo había un cuadro.

—¿Un cuadro? ¿Y qué?

—Todavía no lo sé, pero me dicen que le llegó un paquete hace unos meses con este cuadro. No sé si significa algo, pero me resulta extraño.

Gonzalo lo observó, perplejo.

—¿Qué estoy viendo? Es muy bonito, pero no sé qué leches tiene que ver con todo esto.

Leyó el título del cuadro que aparecía en la esquina izquierda de la parte inferior, pero no le dio importancia.

El padre intervino.

—Llegó un mensajero a entregar un paquete. Lo recogió mi mujer y cuando llegó mi hijo, nos dijo que no sabía de quién era. En cuanto lo he visto lo he recordado. Me preguntaron si alguna cosa se salía de lo normal, y es lo único que es extraño.

—Pero se lo quedó —dijo Gonzalo.

—Iba con una nota.

—¿La tienen?

El padre se encogió de hombros.

Buscaron en los cajones hasta encontrarla.

—Mira, Carla.

Leyó:

«Es un regalo de alguien que va a estar muy presente en vuestro futuro juntos. Consérvalo para cuando llegue el momento, las personas que os quieren puedan observarlo. Os deseo que os acompañe el resto de vuestras vidas».

—¿Recuerda quién lo entregó? —preguntó Carla.

—Un chico joven.

—Me refiero a la empresa.

—No, lo siento. Supongo que mi mujer tiró el albarán.

Gonzalo cogió el cuadro con los guantes por si podía sacar alguna huella. No le importaba demasiado el paisaje espectacular con una cascada en el centro. Le dio la vuelta y leyó la firma que lucía en la parte inferior, en la misma posición que el título. “Fito Pimienta”.

Carla lo miró y sonrió.

—Ya tenemos algo. Es un mensaje algo inquietante.

—No te emociones todavía. Tan sólo es un cuadro. Puede que sea de algún amigo. Además, ¿qué coño tiene que ver un cuadro de una cascada con un asesinato?

—Puede que no sea nada, pero es lo único que tenemos. Lo investigamos y a ver dónde nos lleva.

—Supongo que habrá registro de la persona que lo compró. Será un amigo y a otra cosa, pero adelante.

Gonzalo sacó el teléfono.

—Molina, ¿has llegado a comisaría?

—Acabamos de entrar.

—Busca quién es Fito Pimienta. Tenemos un cuadro con su firma en la parte de atrás. Cuando sepas de quién se trata, entra en la base de datos y me dices su nombre real; dirección y todo lo que tengas. Tenemos que hacerle una visita.

—Te llamo en cuanto sepa algo.

Gonzalo volvió a dirigirse al padre.

—Ha dicho que el cuadro llegó hace unos meses. ¿Cuándo

exactamente?

—No recuerdo la fecha, pero puede ser que sean cuatro o cinco meses.

—¿Cuándo tenían pensado mudarse para vivir juntos? Puede que la nota se refiera a eso.

—No sabían la fecha exacta. Compraron sobre plano y estaban esperando a que los llamaran.

—¿Recibió algún otro regalo?

—No. Él pensaba que serían sus amigos. Les preguntó y se hicieron los sorprendidos, pero creía que le estaban preparando algo. Son un poco gamberros y tenía curiosidad por lo que significaba, ya que no pensaba que fuera tan sólo un cuadro.

—¿Ha preguntado a sus amigos?

—No. Acabo de recordarlo cuando su compañera lo ha sacado del armario.

Gonzalo permaneció pensativo unos instantes.

—Carla, ¿has mirado todo a conciencia?

—Sí. Es lo único distinto que he encontrado. Al parecer, todo lo demás está en orden.

—Por favor —Gonzalo se dirigió al padre de Luis—, ¿puede llamar al que tuviera más relación con él para preguntar si sabía algo?

El hombre cogió su teléfono. Le preguntó a uno de los amigos de su hijo, y mientras recibía la respuesta, negó con la cabeza.

—No saben nada, ¿verdad?

—No, me dice que no han sido ellos. Tenían preparada otra cosa para cuando se mudaran.

Gonzalo recorrió la habitación, por si veía algo que se le hubiera pasado a su compañera, y sonó el teléfono.

—Es Molina. Dime —Carla lo miraba, impaciente. Escuchaba cómo le preguntaba por la fecha de nacimiento del pintor y colgó—. A ver. Fito Pimienta tiene una página web en la que vende sus cuadros. Su nombre real es Rodolfo Pimienta y su última dirección conocida es un piso en el centro de Burgos. Sigo pensando que no nos lleva a ningún sitio, pero vamos a hacerle una visita.

—¿Qué te ha dicho de la fecha de nacimiento?

—Era una posibilidad, pero no coincide con los demás.

—¿Cómo? —intervino el padre de Luis, algo confuso—. ¿Qué pasa con sus fechas de nacimiento? ¿Tiene algo que ver?

Gonzalo sabía que no debía dar demasiados datos, pero quería ver hacia dónde le llevaba.

—Todos los desaparecidos han nacido el mismo día del mismo mes, con sus diferencias de edad, pero no le puedo decir mucho más. Por ahora no conocemos cuál puede ser la relación. Es extraño que su hijo y su novia…

—Sí, nacieron el mismo día. Puede que les llamara la atención y comenzaran a hablar por ese motivo, pero ahora no importa.

—Entiendo que es un momento duro, pero si encuentra algo importante, aunque crea que es una tontería, no dude en llamarme. Gracias por colaborar.

Intentó responder a Gonzalo, con la intención de que le contara algo más, pero no le dejó comenzar la frase y se quedó en un gesto.

—Le diremos algo en cuanto lo sepamos, se lo prometo. Siento su pérdida.

Carla se quedó sorprendida. No parecían palabras sentidas, pero sabía que no era un ser empático, y no podía esperar algo mucho mejor.

Gonzalo no tenía la sensación de que ese cuadro fuera a significar nada importante para el caso, pero Carla tenía la intuición de que les daría la primera pista. No podía estar más acertada en su corazonada.

21
Una nota

Gonzalo fue el primero en llegar. Aparcó su moto en la acera y se sentó en un escalón que daba acceso al portal, esperando a su compañera.

—Cómprate una moto. En estas ciudades, ganas mucho tiempo.

—Nunca he llevado una —respondió Carla—. Me dan mucho respeto, y más desde que monté en la tuya.

—¿Subimos?

Llegaron al tercer piso. Era un edificio céntrico, sin una reforma reciente a la vista. Presionó el timbre y no respondió nadie. Aporreó la puerta, esperando a tener más suerte.

Alguien abrió con la cadena echada.

—Hola.

—¿Rodolfo Pimienta? —preguntó Gonzalo.

—No. ¿Quién pregunta?

—¿Eres Rodolfo o no?

—Ya he dicho que no soy Fito.

—Necesitamos hablar con él.

—No le puedo ayudar.

Fue a cerrar la puerta y Gonzalo enseñó la placa.

—No me cierres, chaval. ¿Dónde le puedo encontrar?

Al joven le impresionó la placa, quitó la cadena y apartó la mano. Mientras daba un paso, Gonzalo pensaba en que había dicho Fito en lugar de Rodolfo, por lo que no había duda de que le conocía.

—No sé dónde puede estar. Ya no vive aquí y hace un tiempo que no sé nada de él.

Gonzalo necesitaba comprobar que no le estaba tomando el pelo.

—Por favor, enséñame tu carnet de identidad. ¿Podemos pasar?

Abrió la puerta completamente y señaló con el brazo hacia el interior de la vivienda. Cogió su cartera y mostró el DNI.

—Ya le he dicho que no soy Fito.

—La última dirección conocida es esta.

—Vivió aquí hace un tiempo. Éramos compañeros de piso, pero no sé dónde vive ahora.

—¿Hace cuánto que se marchó?

Tiró de memoria, contando con los dedos.

—Cinco meses

Le vino rápido a la mente lo que acababa de decirle el padre de Luis. Aquel paquete le había llegado hacía cuatro o cinco meses.

—Hemos comprobado que tenía una página web para vender sus cuadros, y también aparece esta dirección, aunque la página ya no está activa.

—La cerraron.

—¿Por qué?

—Lo hizo su familia. Eso creo.

—¿Pintaba aquí?

—No se podía permitir pagar una galería y, además, ahora se puede vender todo por internet.

—¿Dónde tenía los cuadros?

—En su habitación. Es bastante amplia. Trabajaba en ella y guardaba ahí los cuadros.

—¿Por qué se marchó?

—No lo sé. Dejó una nota y no le he vuelto a ver.

—Supongo que erais amigos. Un amigo no se larga de repente.

—No éramos amigos. Alquilé esta casa y puse un anuncio para no pagarla solo. Le hice una entrevista y se instaló.

—¿Cuánto tiempo estuvo viviendo aquí?

—Unos dos años.

—Y tras dos años, ¿no erais amigos?

—Sí, pero no. Cada uno tenía su vida. Disculpen, pero… ¿Qué ha pasado?

—Es lo que queremos averiguar. O descartar.

Carla realizó su primera intervención.

—Queremos saber si le conocías bien; si tenía familia; si se dedicaba a otra cosa al margen de la pintura. Cualquier cosa que nos puedas contar. ¿Le pasó algo?

—Desapareció de un día para otro, pero ya les he dicho que dejó una nota.

—¿Qué decía exactamente esa nota?

—Que no iba a volver.

—¿La conservas?

—Se la di a la Policía.

Gonzalo arrugó el entrecejo.

—¿A la Policía? ¿Por qué?

—Me llamaron sus padres a los pocos días porque no sabían nada de él, y apareció por aquí una pareja de policías.

—¿Y no te ha parecido relevante?

—Pensaba que estarían al tanto y que venían por eso.

—¿Qué les dijiste?

—Que no sabía nada. Dejó esa nota porque le iban a pagar mucho dinero por unos cuadros y quería largarse de aquí y vivir una

nueva vida. Decía que lo sentía por dejarme tirado con el alquiler sin tiempo de reacción, pero que debía hacerlo.

—¿Y cómo acabó todo?

—Según tengo entendido, comprobaron que se trataba de su letra y archivaron el caso. Pensaban que se había largado por su cuenta y que no había nada sospechoso. Sus padres no lo creyeron. Decían que nunca se habría marchado sin decirles nada. No les gustó que a mí me hubiera escrito y creían que le había ocurrido algo. Cuando vino la Policía, vieron que no se había llevado sus cuadros y me preguntaron la razón, pero les dije que no podía responder a esa pregunta.

Gonzalo se extrañó con ese dato.

—Pero tendrás alguna teoría. No tiene mucho sentido que te quieras largar y no te lleves tus cuadros.

—Supongo que no, pero es lo que pasó.

—¿Pasó algo días antes, o meses?

—Me contó que estaba emocionado. Alguien le había ofrecido mucho dinero por pintar cuatro cuadros. Dijo que era un tío obsesionado con su forma de pintar y que le facilitaría el material. No tenía que invertir nada y le hizo un encargo.

—¿Recuerdas los cuadros que pintó?

—Es lo que no entendió bien. Cuando le dio el material, le dijo que quería que los pintara encima de otros.

—¿Qué? —se sorprendió Carla—. ¿Le dio unos cuadros y le pidió que pintara sobre ellos?

—Sí, pero no le dijo la razón.

—¿Qué pintó?

—Paisajes y cosas de esas.

—¿Puede que uno fuera de una cascada?

—Sí. ¿Cómo lo saben?

—Hemos encontrado ese cuadro —dijo Gonzalo—. ¿Recuerdas qué cuadros eran, antes de que pintara encima?

—No. Lo único que vi fue cuando los terminó. Me los enseñó para que le dijera lo que me parecía. Yo no entiendo mucho de pintura, pero lo hacía bien.

—¿Viste a la persona que se los compró?

—No. Nunca apareció por aquí. Nadie venía al piso. Era una de las normas. La gente compraba por internet y el cuadro llegaba a su casa. No sacaba mucho. Puede que por eso no se los llevara. No sacaría dinero con ellos.

—Eso no lo sabes.

—Fue un golpe de suerte. No era normal que alguien le hiciera un encargo como ese y le pagaran más dinero del que ponía en la página web.

—Excepto esa vez —dejó caer Carla.

—Excepto esa vez.

—¿Desapareció tras esa entrega?

—Sí.

—¿Quién enviaba los cuadros?

—No lo sé. Tenía contratada una empresa de mensajería, pero no sabría decir cuál.

—¿Lo tenía automatizado en su página?

—No. Miraba las ventas y llamaba a la empresa para que hiciera la entrega. Pasaban por aquí, les daba el cuadro envuelto en plástico de ese que se explota y en cajas para protegerlos, y se marchaban.

—Y el pago a la mensajería, ¿cómo lo hacía?

—Creo que le pasaban una factura mensual. Iba por rappel. Cuanto más enviaba, más barato le salía el envío.

—Por lo que deberíamos encontrarlo en sus cuentas —Gonzalo pensaba en alto—. ¿Sabes el banco con el que trabajaba?

—Teníamos una cuenta común para los gastos del piso. Es el mismo.

Enseñó una carta que tenía encima de la mesa para que vieran el logo de la entidad.

—Decías que no habías visto las pinturas originales, pero necesitamos que nos digas cómo eran los otros cuadros. ¿Has dicho cuatro?

—Sí, eran cuatro. Si habéis visto uno de los cuadros, sabréis que era un estilo muy personal. Ya no se puede inventar nada, pero le daba un giro. Él decía que eran cuadros expresionistas con una sutil marca del cubismo. Por lo visto, los dos movimientos están relacionados, pero decía que era algo nuevo. Intentaba que se apreciara lo que estaba pintando, imprimiéndole formas no demasiado naturales.

—Parece que eres su marchante —dijo Gonzalo—. Lo único que me importa es saber qué cuadros eran.

—Uno era una cascada; otro una ciudad de noche; otro una puesta de sol —elevó la vista al techo, como si no recordara el último —. Ya me acuerdo. Había uno del mar. Creo que eran las olas chocando contra las rocas.

—¿Le pidió que pintara esos cuadros o le dejó elegirlos?

—En la página vendía los cuadros que había pintado. El que lo quería, lo compraba, pero este hombre eligió cuatro de sus cuadros y le dijo que quería algo diferente. Que los pintara de nuevo con un toque distinto, para tener algo especial. Luego, le dijo que debía hacerlo encima de los cuadros que le había dado.

—¿Cómo quedaron para hacer el pago?

—Le dio un pequeño adelanto. Cubría lo que solía cobrar, por lo

que se quedó tranquilo, al saber que si no le pagaba el resto no perdería dinero.

—¿Cuándo le iba a pagar el resto?

—Cuando hiciera la entrega de los cuadros. Le dio las direcciones, pero no sé mucho más sobre eso. No sé si le llegó a pagar el resto.

—¿Puede que quedaran el día que desapareció?

—Puede, pero no me lo dijo.

—¿Le avisó a ese hombre cuando hizo la entrega?

—No lo sé.

—¿No le preguntaste?

—No. No me solía meter en sus cosas. Me contaba lo que quería, pero ya le he dicho que no éramos íntimos.

Gonzalo se mordió el labio, intentando pensar si le estaba olvidando alguna pregunta relevante.

—Por ahora, esto es todo. Ha sido más productivo de lo que pensaba. Te agradezco tu tiempo.

—Perdone, pero… ¿qué está pasando?

—Todavía no lo sé, pero nos has ayudado. Ya veremos a dónde nos lleva. Como entenderás, no te puedo decir mucho más.

Asintió y los acompañó a la puerta.

22
Un cuadro

Habían pasado unos días sin un mínimo indicio de hacia dónde les llevaba la investigación, pero las cosas habían cambiado. Al menos, eso era lo que esperaban.

En la casa de Silvia no había absolutamente nada, pero Carla repitió la visita que Gonzalo había realizado con anterioridad, con la esperanza de encontrar otro cuadro. Al fin y al cabo, había pintado cuatro y eran cinco víctimas, pero dos de ellas compartían la misma escena del crimen. Todavía quedaban otras dos que podían ser salvadas.

Llamaron a Molina para que volviera a la casa de Yanela. Irene fue a la de Fidel, y Gonzalo hizo lo propio con una de las que todavía se encontraba con vida. Sofía.

Notó las diferencias entre los padres de Sofía y los de Silvia nada más entrar. Todavía tenían esperanzas, y no eran conscientes de que habían aparecido las primeras víctimas.

Accedió a la habitación de Sofía, ante el gesto expectante de sus padres. No tardaron en preguntar lo que estaba buscando.

—Un cuadro.

La sorpresa fue mayúscula.

—Mi hija tiene muchos cuadros. ¿Qué tienen que ver con esto?

—No lo sé. Es lo que estoy intentando averiguar.

Siguió observando cada lienzo hasta que dio con lo que estaba buscando.

—Aquí está. El cuadro de una ciudad por la noche. Sólo hay uno y el resto no se asemejan para nada. Es un estilo muy distinto.

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

Gonzalo se quedó mirándolo y vio la misma firma que en el otro cuadro que habían encontrado en la casa de Luis. En la parte de atrás vio una “R” y a continuación la firma de Fito Pimienta. Nuevamente, vio que el cuadro tenía un título, y no tenía nada que ver con lo que estaba viendo. En el primer cuadro pensó que sería algo que sólo puede ver quien lo pinta, y para alguien poco entendido no significaría nada, pero este título le sonaba.

Salió de su letargo y respondió.

—Que es el cuadro que estaba buscando. Hasta que compruebe que es relevante, no les puedo informar de mucho, pero ustedes me

pueden ayudar. ¿Qué me pueden decir de este cuadro?

—Es uno de los cuadros de mi hija.

—¿Está seguro?

—¿Cómo?

—¿Vio cómo lo pintaba?

—No, pero tiene muchos cuadros. Es su afición.

—Entiendo que no sabe cómo llegó aquí, pero necesito tener la certeza de que fue ella quien lo pintó.

—No estoy entendiendo nada. Lo pintaría ella.

—No soy un experto, pero no se parece en nada al resto de cuadros. Mire bien y dígame si estoy en lo cierto.

No tenía dudas, pero quería que se lo confirmaran los padres de Sofía.

El hombre se fijó en cada uno de ellos y elevó los hombros.

—Parece distinto, pero…

—Lo único que necesito saber es cómo llegó este cuadro a su hija. Si no lo sabe, tendré que averiguarlo yo mismo.

—Por favor, explíqueme lo que está pasando.

—Ya le he dicho que por ahora no le puedo contar mucho. Se lo diré cuando sepa si nos lleva a algún sitio.

—Lo siento, pero no sé si lo pintó ella. Lo he supuesto, pero no se lo puedo asegurar.

—De acuerdo. Me llevo el cuadro. Lo llamaré en cuanto sepa lo que está pasando.

Se marchó de inmediato, dejando más inquietud de la que había hasta que llegó a esa casa.

Dos horas más tarde, se reunieron todos en comisaría para comenzar a trabajar con lo que habían encontrado.

Cada uno de ellos entraba al despacho de Bruno con un cuadro. Todos menos Carla.

—¿Nada? —preguntó Gonzalo.

—No, no he encontrado ningún cuadro —respondió Carla—. Veo que los demás lleváis uno.

—El compañero de piso de Fito nos dijo que pintó cuatro cuadros, por lo que es lógico que no hayas encontrado nada.

—Puede que uno de los cuadros fuera para los dos —dijo Bruno.

—Tiene todo el sentido —dijo Gonzalo, apoyando sus palabras con un gesto afirmativo.

Pusieron los cuadros uno al lado del otro. Eran las pinturas que había descrito el compañero de Fito.

Molina no había recibido toda la información y estaba algo confundido.

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿Qué nos deben decir estos cuadros?

—Todo sería distinto si hubiéramos encontrado un solo cuadro —Gonzalo se dio cuenta de que estaba confuso y quiso explicarlo claramente—, pero la casualidad se ha esfumado al encontrar el resto. Un tipo contrató al tal Fito Pimienta. El que te he dicho antes que investigaras. Le encargó estos cuadros, pero lo extraño es que dijo que le entregó otros y quería que los pintara sobre ellos.

—¿Por qué? —Irene tampoco entendía lo que estaba pasando.

—Buena pregunta. He estado pensando, y no tiene sentido que estos cuadros manden ningún mensaje, pero puede que el mensaje esté debajo.

—¿Por qué dices eso? —Carla no captaba lo que pretendía decir.

—El cuadro que hemos visto en casa de Luis se titulaba "La Diosa del aire". No veo la relación con una cascada, pero podría ser.

—Yo si veo la relación —dijo Irene—. La cascada hace que…

Gonzalo cortó su razonamiento.

—Aunque te parezca que puede tener relación, el cuadro que he encontrado en casa de Sofía, tiene un título que nos va a sonar a todos, y que no tiene nada, pero nada que ver con una ciudad por la noche. Irene podría sacar alguna similitud, pero unido a que pintó encima de otros lienzos ya usados, nos da la solución.

—Entonces, ¿qué hacemos? —bromeó Bruno—. ¿Le pasamos un trapo a ver si pierde la pintura?

—Me encantaría, pero hay que contactar con algún experto y que nos diga si es posible saber lo que contiene bajo lo que estamos viendo ahora.

Carla intervino.

—El chico ese, Fito Pimienta, desapareció y no se ha sabido nada de él. Puede que tenga algo que ver con todo esto.

—Si todo es como nos ha contado su amigo, tendría más sentido que lo hubieran utilizado —dijo Gonzalo.

Bruno extendió las manos mientras pensaba lo que iba a decir. No tenían mucho tiempo.

—La cosa está así. Todos cumplen años el mismo día del mismo mes, y nos quedan diez días para llegar al veinte de octubre. No sabemos si es así, pero lo lógico es ponerse en la tesitura de que ese día acabará todo. No sé cómo lo veis —asintieron—. Si fuera así, es probable que otro cuerpo aparezca de aquí a que llegue ese día. En todo caso, por ahora esa pista es como una nebulosa, y no dice más de lo que ya sabemos. Nuestra única opción es saber lo que hay debajo de estas pinturas y esperar que nos lleve a algún sitio. Voy a conseguir un contacto experto para que nos ayude en esto. ¿Algo más, Gonzalo?

—Sí. Tenemos otra pista que hay que seguir. Hay que acceder a

las cuentas de Fito para ver cómo realizó los pagos este hombre, aunque me da la sensación de que no aparecerá en ellas. Lo que debe aparecer es la empresa de mensajería que contrató para hacer el reparto de los cuadros.

—Tampoco nos dirá mucho —dijo Carla—. Ese hombre no fue quien contrató sus servicios. Los contactaría Fito.

—Lo veremos, pero hay que agotar esa vía.

—¿Alguna otra cosa? —volvió a intervenir Bruno—. Bien, pues a moverse. Hay poco tiempo.

Antes de que pudieran levantarse, apareció Ituarte.

—¿Se puede?

—Claro, Comisario —dijo Bruno.

—¿Cómo va todo?

Le puso al día de lo que acaban de descubrir y permaneció a la espera de la respuesta de su jefe.

—Gonzalo, ¿cómo lo ves?

—Jodido, pero hoy ha sido un buen día. Espero que podamos seguir con el caso.

El comisario captó al instante lo que intentaba trasmitirle.

—Estás en la Comisaría Provincial.

—Pero si siguen apareciendo cadáveres, se meterá por medio la Policía Judicial de la Guardia Civil o vendrán los de Madrid, si es que no lo han pensado ya.

—No. Por el momento no han metido la nariz. Tendré que informar de lo que me habéis contado, pero no parece un caso como para que alguien que no haya comenzado a investigarlo desde el principio deba apartarnos. El problema es que no parece que tengamos mucho tiempo.

Bruno intentó que Gonzalo hablara lo menos posible y contestó.

—Comisario. Creo que tenemos al mejor para esto —miró a Gonzalo—. Conseguiremos frenar a ese tipo.

—No te aguanto el resto del año —soltó Ituarte a Gonzalo—, pero para esto te tenemos aquí. No perdamos el tiempo. Suerte.

Gonzalo no sonrió, ni hizo un gesto de agradecimiento, pero sin duda era el mejor piropo que le había escuchado nunca. No estaba allí por Bruno, sino porque, aunque el comisario intentara esconderlo, confiaba en Gonzalo como no lo hacía en cualquiera del resto de los agentes.

Gritar a la muerte

No tenía sitio donde esconder la tierra. Podía apreciarse debajo del colchón, pero ya no había vuelta atrás. Sofía seguía cavando a un ritmo tan lento, que sabía que había llegado al absurdo. Dio un fuerte resoplido y se tumbó en el colchón para retomar fuerzas.

—Me voy a pasar el cumpleaños aquí, o eso espero, si no me ha matado antes.

Escuchó levantarse a su vecino de celda.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El veinte. La verdad es que no estoy segura de que haya pasado.

—Es difícil saberlo. ¿Sabes cuál es el día de mi cumpleaños? —preguntó Fidel, con intención.

—No. ¿Cuándo?

—El veinte de octubre.

Ella se puso en pie.

—¿En serio?

—Qué casualidad. ¿No crees?

Intentaba asimilar la coincidencia, dudando si era tal.

—¿Crees que…?

—¿Que tiene algo que ver con todo esto?

—Suena absurdo, pero es la única coincidencia entre nosotros. Lo malo es que ya no podemos preguntar al resto.

El hombre agachó la cabeza, intentando pensar lo que les habría pasado.

—No, no podemos. Tampoco cambiaría nada.

Sofía asintió para sí misma y cambió de tema.

—A veces pienso que todos los problemas que teníamos antes de entrar aquí no eran problemas de verdad. Iba a dejar a mi novio, pero ahora no recuerdo la razón.

—No apreciamos las cosas como deberíamos. Siempre estamos pensando en lo que queremos; en lo que necesitamos; en lo que nos pasará el día de mañana. Cuando vas cumpliendo años, te das cuenta de que hay que vivir el ahora.

—Preferiría vivir otra cosa —soltó un suspiro, en lugar de una sonrisa.

—A mi edad, dejas de pensar en lo que ocurrirá en diez años, y

piensas en disfrutar al máximo, porque puedes vivir otros diez, veinte años, o quince minutos. Aun así, no disfrutas del todo.

—No digas eso. Puedes vivir hasta los noventa.

—Me conformo con salir de aquí con vida. Te aseguro que haré todo lo que he querido hacer. Viajaré y…

—No pienses en eso. Todavía no estamos muertos. Tampoco sabemos si los demás siguen con vida.

—No lo sabemos, pero no lo creo probable. Cuando veo a mis nietos, pienso en lo que les queda por delante, y me gustaría volver a empezar para no dejar pasar la vida. Tú todavía estás a tiempo.

—Estoy en la misma situación que tú. ¿Ibas a celebrar tu cumple con tu familia?

—Como todos los años. La verdad es que tengo una familia maravillosa. De eso sí estoy orgulloso.

—Es lo más importante. Si hiciéramos todo lo que quisiéramos, pero no tuviéramos familia, ¿de qué valdría?

—Espero poder presentarte a mi familia algún día. Eres una persona maravillosa.

Sofía se puso roja al escucharlo. Tenía la sensación de estar hablando con su abuelo. Seguramente, nunca habló así con él.

—No me saques los colores. ¿Estás bebiendo?

—Y comiendo. De nada nos vale morir de inanición.

—Hace mucho que no viene por aquí. Al menos es lo que me parece.

—Espero no parecer muy carca, pero no tenemos mucho que hacer, así que te voy a contar una historia que me contaba mi padre. Viene a colación de lo que te decía antes.

A veces, Sofía sentía que Fidel hablaba con palabras de hacía medio siglo, aunque a la vez pensaba que cabía la posibilidad de no haber leído lo suficiente como para poder utilizarlas en el momento más adecuado.

—Me tienes impaciente.

—De acuerdo. Se trata de un niño que se pasaba la vida quejándose de todo. No quería ayudar, ni hacer nada que le requiriera esfuerzo. Su padre se dedicaba a cuidar a las cabras, a las gallinas y a todos los animales que poseía. No tenía otra cosa, pero ese trabajo daba de comer a su familia. El niño se escapaba por el bosque para estar solo y matar el tiempo pensando en que quería otra vida para él. No le gustaba la granja, pero no tenía opciones de salir de allí. Un día, fue una empresa a comprar la granja y todas las que estaban situadas por la zona. El padre estaba muy triste por ver que su hijo no era feliz, y decidió vender para poder marcharse a la ciudad, y con el dinero pudo comprar una casa. Sólo eso. Tuvo que ponerse a trabajar de cualquier cosa para dar a su hijo lo que quería. Al principio, su hijo se

alegró de marcharse a la ciudad, pero poco a poco vio que tampoco era su sitio. No le gustaba estudiar y no tenía muchos amigos. No hacía nada por tenerlos. Cuando pasaron unos años, el padre murió y el hijo se puso a trabajar en algo que no le gustaba. No tenía otra opción. Pensaba en que no quería esa vida para él y comenzó a gritar a la muerte para que se lo llevara. Una noche, la muerte lo fue a visitar a su habitación, le tendió la mano y le mostró cómo habría sido su vida en la granja, y cómo habría sido feliz su padre sólo con verlo sonreír. Después, le mostró a otros como él disfrutando en distintos lugares, con mucho menos de lo que tenía él. Una vez hubo visto todo, le volvió a tender la mano y le dijo que podía darle lo que más deseaba. La muerte. Ya no tendría que sufrir, ni esforzarse por nada. Ya no tendría que envidiar lo que no tenía, ni sufrir por lo que perdió. El niño, que se había convertido en un adulto, se puso a llorar desconsoladamente, y dio unos pasos hacia atrás, pensando que había llegado el día que tanto había deseado. Sin embargo, le asustó más que todo lo que había vivido hasta ese momento. Se arrodilló y pidió a la muerte que le dejara intentar ser feliz. La muerte se acercó y puso una mano sobre su cabeza.

Paró de hablar y Sofía, con un nudo en el estómago, le pidió que siguiera.

—¿Qué pasó?

—Le dijo que la vida está repleta de cosas bonitas, y de cosas malas que hacen que aprecies todavía más lo bueno que te ha pasado. Le dijo que el mayor propósito de la muerte se basaba en que pudiera apreciar la vida, y que cualquiera que deseara la muerte le estaba faltando al respeto a la vida y a ella misma. La muerte retiró su mano de su cabeza y le prometió que, si no cumplía su palabra y no disfrutaba cada día, volvería a visitarlo, y ya no habría vuelta atrás. La muerte se marchó, y nuestro protagonista se levantó de inmediato con una fuerza que no había experimentado antes. Se marchó al campo, que, aunque durante toda su vida no lo hubiera podido ver, en ese momento supo que era lo que quería de verdad, y vivió una vida feliz hasta que la muerte fue a visitarlo cuando ya era viejo. Sonrió y extendió su mano con la seguridad de que había vivido todo y se marchaba con la mejor amiga que había tenido. Le había brindado la vida con la intención de que cuando volviera a reclamarlo para que se marchara con ella, no la viera como al enemigo, porque habría agotado su tiempo viviendo al máximo.

Sofía intentó reprimir las lágrimas, pero en un momento como el que estaba viviendo, entendía a la perfección ese mensaje. Si se lo hubieran contado en un bar rodeada de sus amigas, habría sido una buena historia sin mayor mensaje. Minutos después la habría olvidado.

—Me has hecho llorar. Qué bonito.

—Hay que luchar para ser feliz. Nadie te regala nada. Si la muerte viene a visitarme, lo respetaré y me iré con ella. He sido feliz, aunque podría haberlo sido más, pero a ti te queda mucha vida por delante. No te rindas, por muy negro que lo veas. Puede que la muerte vaya a visitar al hombre que nos ha metido aquí; puede que consigas escapar, pero nunca te rindas y vive cada día como si fuera el último.

Sofía sentía que un chute de energía recorría su cuerpo, y se puso a cavar con mayor intensidad.

23
Panda de ineptos

Las prioridades mandaban. Gonzalo transmitía la curiosidad por saber cuál era la empresa que Fito había contratado para hacer los repartos. Lo más normal era que no supieran nada que no tuviera que ver con la entrega, pero debían indagar en la cuenta bancaria. No podía concentrarse en ello sin que la cabeza se marchara a los cuadros. Allí estaba escondido lo más importante.

—¿Has visto algo? —preguntó Carla.

—Tenía una cuenta en común con su compañero de piso, que fue cerrada cuando desapareció. Son gastos de luz, agua, y esas cosas. También tenía otras dos cuentas. Una era suya y la otra de la empresa, aunque las dos estaban a su nombre. No sé si declaraba lo que ganaba por los cuadros.

—A ver. Tampoco es que le diera mucho. Si hubiese declarado, no le habría quedado nada. ¿Has mirado los movimientos?

—Sí. No hay nada raro, y no hay ningún ingreso de una gran cantidad.

—No le pagó.

Gonzalo la miró, sabiendo lo que quería decir.

—O le pagó en negro y se largó, pero me parece que se acerca a lo que estás insinuando.

—¿Crees que lo hizo desaparecer?

—¿Y si es la misma persona?

Carla tardó en entender a su compañero.

—¿Estás diciendo que Fito es la persona que estamos buscando?

—No estoy diciendo nada. Pongo opciones sobre la mesa. No podemos descartar a nadie, aunque tampoco cambiaría la cosa.

—Eso es verdad. Sea quien sea, no sabemos de quién se trata, pero si fuera Fito, tendríamos opción de conocer su vida.

—Estamos perdiendo el tiempo, y no creo que tengamos demasiado. Voy a hablar con Bruno.

Gonzalo se acercó a su despacho y entró sin llamar.

—¿Cómo va la cosa?

—Pasa. No te cortes.

—¿Has localizado a alguien?

—Sí. Nos han puesto en contacto con una persona que me ha recomendado a una mujer que trabaja en el gabinete de restauración

del museo Thyssen. Allí tienen los medios para hacer un buen trabajo.

—Eso está en Madrid. Tendríamos que llevar los cuadros hasta allí, y no tenemos tiempo.

—Ya están viajando. En menos de una hora los tendrá en su poder. He mandado a Molina para que los custodie.

—¿Cómo se llama?

—Lucía Blanco. Por lo que dicen, sabremos algo muy pronto. Los van a pasar por rayos X para comprobar lo que hay escondido tras la primera capa. En cuanto tenga algo, haremos una videoconferencia y nos pondrá al tanto. Podrás saber si tienes razón con el título de los cuadros, aunque a juzgar por la escena del crimen, no creo que te equivoques.

Gonzalo sentía la presión del veinte de octubre, pero si todo iba por los cauces aparentes, antes de llegar a esa fecha tendrían un nuevo cadáver. El problema era no saber cuándo.

—No podemos esperar. ¿Cuánto tiempo tardará?

—No lo ha dicho.

—¡Joder! Esto es una mierda.

—Es la mejor baza que tenemos. Ten paciencia.

Unos nudillos golpearon la puerta.

—Pasa —dijo Bruno.

—Hola.

—Hola, Irene. ¿Qué nos cuentas?

—Gonzalo me dijo que visitara a la empresa de mensajería. Acabo de estar allí.

—¿Y bien? —apremió Gonzalo.

—Lo que imaginábamos, me dicen que en el último envío no notaron nada extraño. De hecho, les dijo que tenía un par de pedidos para la semana siguiente, y que tan pronto le confirmaran cuándo les venía bien a los clientes, los llamaría para hacer el reparto.

—¿Te parece que alguien que piensa desaparecer actúe así? —Gonzalo realizó una pregunta retórica.

—Eso no es todo. Nadie fue a preguntar por él. Ni sus padres, ni la Policía.

—Bruno, no sé quién coño investigó su desaparición, pero son una panda de ineptos.

—¿Quién iba a pensar que tenía que ver con esos cuadros? No puedes juzgar teniendo en tu mano esa información. Céntrate en el ahora y deja a un lado lo demás. Sé que el tiempo aprieta y que te estás poniendo nervioso, pero así es nuestro trabajo.

—No importa. Tengo que pensar.

Salió del despacho y se acercó a su sitio.

—¿Qué te cuentas? —preguntó Carla.

—Poca cosa. No hay mucho que sacar de la empresa de

mensajería.

—Puede que yo haya tenido más suerte.

—¿A qué te refieres?

—Estaba mirando los movimientos de sus cuentas. No tiene mucho sentido.

Carla se había puesto las gafas y se las volvía a quitar para ponerse en la boca una de las patillas.

—Es para hoy —dijo él, impaciente.

—Hay tres cuentas. Una es la que tenía con su compañero de piso, y las otras dos están a su nombre.

—Eres un hacha.

—Míralo bien, listillo.

Gonzalo se acercó a la pantalla, sin saber a dónde se dirigía, pero seguía mirando mientras negaba con la cabeza.

—Déjalo, zote. La cuenta conjunta está cerrada, pero las otras dos no lo están.

—No hay movimientos desde entonces.

—Lo sé, pero están abiertas. Sacó todo su dinero y, si te fijas, le han pasado comisiones que han ido retrocediendo, pero no la cerraron.

Cogió el teléfono, marcó el número de la sucursal y puso el altavoz para que pudieran escuchar la conversación.

—Buenas. Soy Carla Torre. He estado mirando las cuentas que me habéis facilitado, y tengo una duda. ¿Por qué no están cerradas?

La mujer que estaba al otro lado del teléfono respondió al instante.

—Es algo irregular, pero es sencillo de explicar. Trabajamos por objetivos, y cuanto más tiempo permanezca abierta una cuenta, mejor para el gestor. Si se cierra, te resta clientes y cobras menos objetivos.

—Por esa regla de tres, la cuenta conjunta también debería permanecer abierta.

—Esa cuenta la cerró el otro titular.

—¿Sin la firma de los dos?

—Vino con una autorización firmada por el otro y por él mismo. Quiero decir que trajo un impreso con las dos firmas. Le dijimos que tenían que venir los dos, pero pidió una carta de reclamaciones y mi jefe me dijo que la canceláramos para no tener una nueva reclamación.

Gonzalo no aguantó la tentación de participar.

—¿Tenéis muchas? No me extraña, con tanta picaresca. ¿Te acuerdas de cada cliente hasta ese límite?

—No. Lo miramos cuando nos pidieron las cuentas, para comprobar que todo era normal, y el gestor se acordó. Entiendo que es mejor que las cancelemos.

—No. Aguanta hasta que pase el día veinte.

Carla entendió que hasta que pasara esa fecha podría ocurrir cualquier cosa.

—Gracias. Si alguien utiliza la cuenta, esperamos que nos avise.

—Claro, ponemos una alerta.

Colgó.

24
Pentimento

Habían pasado horas y los nervios estaban a flor de piel. Por fin, llegó el momento y Bruno los llamó para que entraran en su despacho. Vieron la cara de la experta por primera vez.

—Hola, Lucía. Encantado. Te presento a Gonzalo y Carla. Están trabajando en el caso.

Se saludaron y Gonzalo insistió para que comenzaran la reunión.

—Tenemos medios para examinar los cuadros a fondo y es lo que hemos hecho. Los pasé por rayos X, luz ultravioleta e incluso he hecho una radiografía. ¿Habéis escuchado alguna vez la palabra *Pentimento*? —los demás negaron con la cabeza—. Viene de la palabra italiana "Pentirsi", que significa, arrepentirse. Esta técnica se ha utilizado siempre por diferentes motivos. En ocasiones, porque el artista era pobre y no podía pagarse los lienzos, por lo que los reutilizaba, y de esa forma se han encontrado obras debajo de otras. En otros casos, se debe a correcciones que hacía el pintor. El caso es que se utilizó mucho en el Expresionismo.

—¿Qué has encontrado? —soltó Gonzalo, dejando caer que no le interesaba la clase de arte.

—Os lo contaba porque debajo de la pintura están los cuadros originales. Sólo hay una capa debajo, y las cuatro son obras expresionistas, aunque no son las originales de verdad. Quiero decir que son imitaciones y son muy fieles. Según vuestro compañero, este que estamos viendo lo encontrasteis en la casa de la primera víctima. Bajo la pintura hemos detectado un cuadro que se llama "El día después". Lo pintó Edvard Münch. En realidad, teníais la respuesta en los dos asesinatos que ha habido hasta ahora, porque coincide con lo que hemos encontrado debajo.

Gonzalo no quería pasar por un idiota.

—Lo sabemos. Lo miré en internet y vi que el título coincidía con la muerte de la primera mujer. Quería comprobar que el resto también coincidían.

Cogieron sus teléfonos móviles para hacer la búsqueda. La escena era la misma que habían encontrado en el piso en el que apareció Yanela. Una mujer tumbada en la cama, con un brazo colgando por su costado izquierdo, y una mesa con dos botellas y dos vasos. Hasta la ropa era la misma.

No podían creer lo que estaban viendo.

—El segundo cuadro, según el orden de asesinatos, es una pintura de Oskar Kokoschka. Se llama "La diosa del aire", aunque también se le conoce como "La tormenta", "La novia del viento" o "La tempestad". Kokoschka pintó, o eso se cree, su propio retrato abrazando al amor de su vida, la viuda de su gran ídolo, Gustav Mahler. Los dos flotan en una nube tormentosa, como lo era su relación.

Gonzalo enseñó el cuadro a Carla.

—Si vieras la escena real y luego vieras el cuadro, pensarías que se apoyan sobre las raíces de un árbol. Ahora es cuando voy a comenzar a asustarme. Los otros dos nos dirán cómo tiene pensado que mueran las dos personas que continúan desaparecidas.

—Tu compañero me ha ayudado a saber a quién debe pertenecer cada uno, aunque no te puedo ayudar con el orden que va a seguir, ya que el primero es del año 1894 y el segundo de 1913. Otro de los cuadros es de Picasso, que se llama "El viejo guitarrista ciego", pintado en 1903. Eso nos elimina el factor tiempo para ordenarlos. El cuarto es "El grito", también de Münch, y del año 1893.

—Ese sí lo conozco —dijo Carla.

—Ese lo conozco hasta yo. Nada más ver el título supe de qué se trataba todo esto —se mofó Gonzalo—. El cabrón lo tiene todo planeado al milímetro. ¿Qué posibilidades había de que encontráramos los cuadros? ¿Tenía previsto que llegáramos a ellos? Porque no tendría sentido esconderlos para que no fuera así, si como parece, está jugando con nosotros.

—Puede que no necesariamente —dijo Carla—. Deben significar algo para él.

—Tenemos más que antes —Bruno no quería darle vueltas a la conversación—. Sabemos cómo va a ejecutar los crímenes y la temática. Eso quiere decir que debe estar relacionado con la pintura de algún modo. Hay que averiguar quién los pintó y qué significan para él.

—¿Cómo?

—Gonzalo, hay que exprimirse la cabeza. No digo que sea fácil.

—Sólo nos queda analizar las huellas de los cuadros.

—Las tenemos. Acaban de enviar el informe hace unos minutos.

—Carla, ¿cómo no has dicho nada?

—Porque sólo están las huellas de los desaparecidos, cada uno en su cuadro, y las de Fito y su compañero de piso.

—Cuando le hemos hecho la visita, nos ha contado lo de los cuadros. Nos ha contado que era su letra y nos ha hecho creer que pensaba que Fito se había largado por su propio pie. Ahora tenemos sus huellas.

Gonzalo comenzaba a dudar de ese chico.

—Entiendo tus dudas, pero es lógico que los tocara. Se los enseñó nada más pintarlos, y si fuera el asesino, ¿crees que sería tan estúpido como para dejar sus huellas?

—¿Y qué me dices del banco? Fue a cerrar su cuenta con la firma de Fito.

—Podemos hacerle una visita y que nos lo explique.

—O podemos registrar su casa. No creo que lo hicieran en su momento, pero puede que encontremos algo ahora.

—Perdona, Lucía —se excusó Bruno—. Te estamos haciendo perder el tiempo. Si te parece, me dices si hay algo más que puedas destacar y te dejamos tranquila.

—No soy policía, pero en mi opinión, cabe destacar que todos los cuadros se refieren a una misma época y a un movimiento muy reconocido. Lo más importante es que ese movimiento surgió como la expresión frente a la plasmación de la realidad. Querían expresar de forma subjetiva la naturaleza y al ser humano, primando la expresión de los sentimientos. Lo que quiero decir es que os puede dar una idea de lo quiere representar y eso os puede acercar. Siento daros esta charla, pero de esos cuadros, dos pertenecen al que llaman el padre del Expresionismo. Münch. Decía que, igual que Da Vinci había estudiado la anatomía humana y diseccionado cuerpos, él intentaba diseccionar almas.

—No es ningún rollo —dijo Gonzalo—. Puede que tenga bastante sentido.

—Los cuadros pueden decir muchas cosas. Depende de lo que cada uno quiera interpretar. Así es el arte. No pertenece a quien lo pinta, sino a quien tiene la oportunidad de disfrutarlo.

—No veo que en este caso sea muy acertado lo que acabas de decir.

—No confundas la interpretación de una obra con la locura. Nos podemos ir a casos muy extremos, pero no podemos decir que la pólvora sea mala, sino que se puede utilizar para cosas buenas o que nos faciliten la vida, pero también para volar un edificio entero. Se puede matar de muchas formas, pero una obra de arte es intrínsecamente buena. Transmite pasión, belleza, muerte… pero es tan sólo un cuadro. “El viejo guitarrista ciego” es un cuadro de un viejo tocando la guitarra. “El Grito” lo conoce todo el mundo. Edvard Münch realizó diferentes versiones, pero en todas ellas se ve una figura humana distorsionada. Una figura andrógina que evoca angustia y desesperación. Supuestamente está gritando, pero el propio Münch dijo que lo pintó porque sintió el gran grito de la naturaleza. Según interpretó Bartrum, el ser andrógino escucha un grito y lo que hace es taparse los oídos. Ya te he dicho antes que el arte se

interpreta, y cada uno lo hace a su manera. No sé si se ha inspirado en ese cuadro para transmitir algo que le devora por dentro, o simplemente le gusta y lo interpreta a su manera. No es tan fácil, pero debe estar relacionado con su pasado, con sus sentimientos. Espero haberos ayudado.

—Por supuesto —dijo Bruno—. Gracias por tu aportación. Nos has ayudado mucho. Si necesitamos algo más, sin ninguna duda acudiremos a ti.

—Gracias por tus palabras. Espero que tengáis suerte.

Gonzalo se despidió con la mano, impaciente por continuar.

—Carla, vamos a hacer una visita al amigo de Fito. ¿Cómo se llamaba?

—José Cuervo.

—¿Como el tequila? Vaya tela.

Gonzalo cogió un folio de su cajón y su compañera se le quedó mirando.

—¿Eso es lo que estoy pensando? ¿Es una orden para entrar en su casa?

—Modelo tipo. No vamos a perder el tiempo llamando a un juez para esto. Ese tío tiene algo que ver con todo esto. Ya has oído a esa mujer.

—¿Y si te pilla?

—¿Qué va a hacer? Decimos que se lo ha inventado y listo. No seamos puristas.

—Me vas a meter en un lío.

—Estamos aquí para que no muera gente. ¡A quién le importa si llevas una orden firmada por el juez! Sólo es un papel.

—Un día te va a salir el tiro por la culata.

25
¿Qué crees que pasó con Fito?

Carla no estaba convencida, pero el tiempo pasaba y sabían que el que tenían se reducía rápidamente. Esperaba que José Cuervo no quisiera ver la orden y se metieran en un lío.

Gonzalo entró empujando la puerta y poniendo la orden en la cara de José.

—Vamos a registrar tu casa. ¿Tienes algo que contarnos antes de que comencemos?

El susto se dibujó en su rostro y negó con la cabeza.

—Hemos estado en el banco —dijo Carla—. Queremos saber lo que hiciste para cancelar la cuenta conjunta.

Agachó la cabeza y se sentó en el sofá.

—Era la forma más rápida. Es lo primero que se me ocurrió.

—¿Falsificaste su firma?

—Cogí un impreso de cancelación y puse su firma y la mía. Luego abrí una cuenta para mí. Les dije que se había ido fuera y que no podía venir al banco.

—¿Y no pensaste que, con una investigación abierta, podrías tener problemas?

—Había pasado un mes y no iban a hacer nada más. Pensé que no pasaría nada.

Gonzalo pasó al ataque.

—Han sacado tus huellas de los cuadros. No suelo permitirme creer en más de una casualidad a la vez. ¿Cómo lo explicas?

—Supongo que tocaría los lienzos. No lo recuerdo. Me enseñaba todo lo que hacía para pedirme opinión.

—Nos dijiste que no erais muy amigos. Más bien compañeros, pero veo que no era así.

—Hay diferentes grados, supongo.

—Vamos a poner tu casa patas arriba. Si tienes que decir algo, es el momento.

—Adelante.

Le sorprendió la seguridad que desprendía. En una situación parecida, cualquier otro se habría puesto a intentar demostrar que no tenía nada que esconder. José lanzó una mirada desafiante, y Gonzalo comenzó a creer que, si estaba metido, no encontraría nada.

—¿Qué crees que pasó con Fito?

—¿Me estás preguntando si creo que lo mataron?

—¿Siempre respondes con preguntas?

—La nota que dejó tenía su letra y, aun así, me resultó muy extraño. No sé lo que pasó, pero sí sé que no se marchó voluntariamente. Estaba muy emocionado con la venta de esos cuadros.

—¿Cuánto dinero le dijo ese hombre que le iba a pagar?

—No me dio cantidades. Tan sólo que era mucho dinero. No prestó demasiada atención a las señales, y nadie te paga mucho dinero si no quiere algo a cambio. No era ningún Münch.

Esta vez, Gonzalo se dio cuenta de que José había metido la pata.

—Sabes lo que había pintado en los lienzos antes de que les diera otra mano, ¿verdad?

Elevó las cejas, mostrando que había sufrido un desliz.

—Sí. Sé lo que había.

—Sin embargo, nos dijiste que no los habías visto antes. Que sólo los viste cuando había acabado el trabajo.

—No quería meterme en líos. Puede que le pasara algo, y si yo empiezo a hablar, ¿qué crees que me puede pasar a mí? No quiero saber nada de todo esto.

—Ya es tarde. Está muriendo gente y, si eres responsable, aunque sea de forma indirecta, te voy a machacar.

José miró al techo por unos segundos y no dijo nada sobre lo que acababa de escuchar. Gonzalo se le quedó mirando, intentando saber lo que le pasaba por la cabeza. Le extrañó que no preguntara quién estaba muriendo. En realidad, José no tenía por qué saber que estaban inmersos en otro caso.

—Está bien. Si os cuento lo que sé, no me haréis aparecer en ninguna declaración. Como agradecimiento, no os denunciaré por venir a mi casa con una orden falsa.

Gonzalo sonrió, sorprendido con las tablas que demostraba.

—¿Qué orden? —la guardó en su bolsillo, como si nunca la hubiera mostrado—. Continúa.

José sonrió.

—El día que desapareció, Fito me dijo que cuando volviera me invitaría a unas cañas para celebrarlo. Le pregunté si el hombre le iba a pagar, y me sonrió. No me confirmó de forma explícita que fuera así, pero entendí que era lo que me estaba diciendo. Fue la razón por la que pensé que su desaparición estaba relacionada con ese hombre.

—¿Por qué no le comentaste esto a la Policía desde el principio? No entiendo que esperaras tanto. Has hecho lo mismo con nosotros.

—Estaba claro que no quería marcharse, pero me dio miedo y decidí no hacer nada. Fue todo muy raro. La aparición de ese hombre;

los cuadros que le dio; todo.

—¿Le viste alguna vez? ¿Al hombre?

—No. Eso es cierto. Nunca apareció por aquí.

—¿Te dijo Fito algún nombre?

—Tampoco. No se me ocurrió preguntar. Al fin y al cabo, no era importante en ese momento.

—¿No le sorprendió a Fito que le diera esos cuadros?

—Le sorprendió todo, pero era una oportunidad de sacar un dinerito. No puedes pensar que te va a pasar algo. Podéis registrar lo que queráis, pero eso es todo lo que sé.

—No me has dicho cómo eran los cuadros.

—Me comentó que eran cuadros expresionistas. Le dije que nunca los había visto, y me habló de Münch. Era el único que sabía perfectamente quién era.

—¿El Grito?

—Ese.

—¿Y el resto?

—Sólo los vi una vez. No presté mucha atención.

—No has dudado demasiado en decirme los que pintó Fito.

—Porque me los enseñó para que diera mi opinión.

—Haz un esfuerzo.

—Había uno de un viejo con una guitarra. Otro de una mujer —pensaba a medida que hablaba—, pero no recuerdo más.

—¿Estaba tumbada en una cama?

—Eso. Así es. Los otros dos no los recuerdo, de verdad.

Gonzalo no estaba convencido y vio cómo José negaba con la cabeza y elevaba los hombros, como si no pudiera rescatar las imágenes de los dos cuadros que quedaban por detallar.

—Piensa, por favor. Es importante.

—No lo sé. Lo siento.

—¿Dónde quedaron? —preguntó Carla.

—No me lo dijo. Ya os he comentado que no llegó a confirmarme que había quedado con él.

—Has dicho que era todo muy extraño y que no reparó en que no era una situación normal. ¿Por qué no le pusiste en alerta?

—Porque las cosas no se ven igual antes de que pasen. Era raro y punto. Una vez que pasan, es cuando lo empiezas a pensar con más cabeza.

—No soporto a la gente cobarde o que no hace nada, aun sabiendo que es importante—sentenció Gonzalo—. Si hubieras dicho algo antes, puede que las cosas fueran diferentes.

José no abrió la boca y Gonzalo hizo un gesto a Carla para que se marcharan.

Debían haberlo hecho antes, pero las prioridades marcaban el caso, y no estaban convencidos de que esto los llevara mucho más lejos. La sorpresa de los padres de Fito al recibir la visita de dos policías en su casa se convirtió en angustia, o esperanza. No lo tenían muy claro.

La madre se sentaba en el sillón, con el cuello erguido, como si esperara una terrible noticia.

—Venimos a preguntar sobre su hijo —dijo Gonzalo—. Estamos trabajando en un caso y ha aparecido su nombre.

—¿Su nombre? Pensaba que lo habían encontrado.

Sus esperanzas se desinflaron de repente.

—Lo siento. Hemos hecho una visita a su compañero de piso y nos ha comentado que desapareció.

Ella no podía articular palabra y fue el hombre el que comenzó a hablar.

—Dijeron que había escrito una nota diciendo que se marchaba, pero eso es imposible.

—¿Leyeron la nota?

—Sí. Era la letra de mi hijo, y lo corroboraron con un experto, pero eso no quiere decir que quisiera escribirla. No tiene ningún sentido.

—¿Les dijo algo por lo que dedujeran que tenía problemas?

—Hablábamos todas las semanas, pero estaba perfectamente.

—¿Les dijo que iba a vender unos cuadros por mucho dinero?

—No. El compañero de piso de Rodolfo fue quien lo dijo, pero me extraña que no nos comentara nada. No encontraron ingresos, ni pedidos por su página web, ni nada de nada.

—¿Cree que se lo inventó?

—¿Quién?

—El compañero de su hijo.

—Es un chico muy extraño. Al principio, Rodolfo nos decía que iba a buscar otro piso. No conectaba con él. No sé lo que pasó, pero mi hijo no nos dejó tirados. Eso lo tengo claro.

—¿Dudan de él?

—No lo sé, de verdad. No tengo explicación, y eso es lo que nos ha destrozado la vida. De un día para otro, sin motivo ninguno, tu hijo ya no está y no puedes ni enterrarlo. Eso es lo peor de todo.

—Me parece entender que cree que puede estar muerto.

—Sería mejor. No hay nada peor que perder a un hijo y no saber si sigue vivo —elevó las manos, como si hubiera cambiado el chip de pronto, y se dirigió a Gonzalo—. ¿Por qué están aquí?

—Estamos investigando un caso en el que ha aparecido el nombre de su hijo. Por el momento, no le puedo decir mucho más.

—¿Tenían mucha confianza? —preguntó Carla—. ¿Les hablaba

de lo que vendía?

Los padres de Fito estaban sorprendidos por su visita y querían saber a dónde los llevaba y lo que estaba ocurriendo, pero el hombre respondió a Carla.

—Era una persona que se ilusionaba con todo. Cada vez que vendía un cuadro nos lo contaba. Venía el fin de semana a comer y nos ponía al día. Si hubiera hecho una gran venta, nos habría llamado al instante.

—Puede que no le diera tiempo. Me gustaría que me confirmaran algo importante. Por lo visto, ese comprador le contactó por correo electrónico.

Las palabras de Carla no parecía que le convencieran.

—No hubo llamadas a ningún número de teléfono que no tuviera registrado en el móvil, y no encontraron ningún correo. Nadie sabía nada de esa venta, excepto su compañero —las últimas palabras las dijo con desprecio—, por lo que no entiendo cómo contactó con él ese comprador. Nada se sostiene. La Policía tenía una nota y no sabían qué más hacer, así que decidieron archivar el caso y decirnos que mi hijo se había marchado porque quería hacerlo. ¿Cómo pueden saber más que sus padres?

—Lo entiendo —Carla se mostró empática—. ¿Volvieron a hablar con José?

—Sí. Tuvimos un fuerte encontronazo.

—¿Qué pasó?

—Me presenté en su casa para pedirle que me dijera lo que estaba pasando. Él me dijo que Rodolfo se había largado y que no quería que le volviera a molestar. Lo normal es que me hubiera invitado a pasar y se mostrara más interesado, pero me echó de la casa como si fuera un apestado. Ni siquiera le importó cómo nos sentíamos.

—¿Rastrearon el teléfono de su hijo? Me refiero a que lo hiciera la Policía.

Gonzalo no quería entrar en un terreno con sentimentalismos e ir al grano.

—Eso dijeron. La última señal registrada fue saliendo de la ciudad. Se apagó y ahí se acabó todo.

—¿Le dijeron la ruta que tomó?

—El teléfono registró que salió de su casa y como le he dicho, poco después dejó de transmitir señal.

—¿Por qué desconfía de José?

—Porque se lo inventó todo. Estoy seguro.

—¿Lo investigaron?

—Sí. Contó su versión y supongo que lo dejaron así cuando lo archivaron.

—Nos dijo que había ido a comprar y leyó la nota cuando llegó a casa. ¿Miraron las cámaras del supermercado?

—La versión que dio a la Policía fue que se marchó a correr y que se dejó el móvil en casa. Ya les he dicho que no me fio de ese. Sabe algo.

—En todo caso, no le daría tiempo a salir de la ciudad y volver. ¿Comprobaron los tiempos?

—El inspector que lo llevó nos informó de todo. No paraba de hacer preguntas a José sobre lo que pasó, pero me aseguró que habían comprobado su coartada y que era imposible que estuviera metido, pero luego me decía que todos los indicios apuntaban a que Rodolfo se había marchado y que no podían hacer nada más.

—¿Qué inspector llevó el caso?

—Rubén Rubio.

Gonzalo se llevó una mano a la cara.

—Vale. No tiene fama de querer alargar mucho los casos. Está de vuelta de todo.

Carla lo miró para que no continuara denigrando a un compañero.

—¿Van a hacer algo? —preguntó el padre.

—Claro. Si está relacionado con nuestro caso, que tiene toda la pinta, sabremos lo que ha pasado con su hijo. Gracias por su tiempo.

En el coche, charlaban sobre lo que acababan de escuchar.

—Opino lo mismo que el padre de Fito. Hay mucha mierda detrás de todo esto. Voy a llamar a Rubio.

Carla se sorprendió.

—¿Tienes su teléfono?

Gonzalo elevó los brazos y arrugó el entrecejo.

—¡Por favor!

Tres tonos; cuatro; cinco. Volvió a llamar hasta que contestó.

—¡Gonzalo!

—No querías cogerlo. Lo entiendo, pero tengo un tema importante.

—¡Sigues igual! —Carla percibió en su tono que habían tenido sus diferencias—. Dime.

—Tengo un caso y ha salido a relucir un nombre que seguro que te suena. Rodolfo Pimienta. Fito.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Tenías que ir a cenar y por eso cerraste el caso?

—Gonzalo, ya te aguanté mucho tiempo, pero ahora no tengo ninguna necesidad de hacerlo. Pregunta lo que quieras, pero no te pases.

—Con el tiempo y tu divorcio has cogido confianza. Me alegro por ti. He estado hablando con los padres de Fito y me dicen que archivaste el caso muy rápido. Quiero preguntarte por su compañero de piso. ¿Lo investigaste?

—Te crees que eres el único que hace bien su trabajo, pero los demás no somos gilipollas.

—Por supuesto, pero no me has respondido.

—Claro que lo investigamos, y no tenía nada que ver.

—Me han dicho que se dejó el teléfono en casa, y él asegura que fue a comprar, pero los padres tienen otra versión y es la de que fue a correr.

—Lo que nos dijo es que fue a correr. Como se dejó el móvil en casa, no pudimos comprobar su itinerario.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que leyó la nota hasta que os llamó?

Gonzalo sabía que José no había avisado a la Policía, pero quería buscarle las cosquillas.

—José no nos llamó. Fueron sus padres.

—¿No te pareció raro que no llamara?

—Pensó que se iba del piso. Es lógico. ¿Por qué iba a llamar a la Policía por una nota en la que le decía que le dejaba tirado?

—¿Cuánto tiempo estuvo corriendo?

—Te estoy hablando de memoria. Ten en cuenta que han pasado unos meses, pero estuvo corriendo unas dos horas.

—Qué máquina. Supongo que investigarías algo sobre lo que hizo José en ese tiempo.

—No había forma de comprobarlo.

—Algún testigo que le viera correr; o que le viera cerca de su casa; o alguna cámara por la que pasara corriendo. Lo que sea, joder. ¿No se te ocurrió nada?

No sonó a pregunta.

—Estaba limpio y no tenía motivos, además, la nota era de Rodolfo.

—¡Ah! Pues ya está. Buena investigación. Gracias por todo. ¡No me jodas!

—¿Qué querías que hiciéramos? Todo indicaba que se había marchado por su cuenta.

—Claro, sobre todo si has quedado a jugar al golf. Tenías razón, no eres gilipollas. Eres un puto incompetente.

—Que te den por el culo. Si quieres algo más vas a mi comisaría y hablas con mi superior.

—No me hace falta. Ya tengo lo que quería saber. Ánimo con tu jubilación, y con el golf.

Rubio colgó el teléfono sin despedirse y Gonzalo miró a Carla,

negando con la cabeza.

26
Cosas de las que me arrepiento

El tiempo era más oro que nunca, pero Gonzalo sentía que su cabeza experimentaba un embotellamiento que le estaba avisando de que necesitaba un descanso o las ideas dejarían de fluir.

Llamó a Bruno y esa noche quedaron a tomar unas cañas.

—Hola, chicos.

—Hola, Gonzalo —saludó Marcos—. Te veo mala cara.

—La cara de la impotencia. La misma que cuando corriges exámenes.

Marcos sonrió levemente y miró a Bruno. Este le puso una mano en el hombro y señaló a la cerveza.

—Eso ayuda.

—Sólo quiero hablar de otra cosa. Desconectar. Lo único que veo son nubes negras.

Marcos soltó una de sus frases.

—Las nubes negras son necesarias para que el agua descargue. En cuanto se han liberado de la presión, recuperan su color y dejan que el sol las atraviese.

—Joder, no sé si eres un tío muy listo, o muy raro.

—Las cosas no siempre se ven claras, pero tenemos la opción de creer que no podemos descifrarlas, o dejar que pasen las nubes y retomarlo donde lo dejamos, y con más fuerza. Siento ser demasiado pedante para ti, pero a mí me salen las cosas así.

—Perdona, es que no soy de frases hechas, ni de historias pedagógicas, pero seguro que tienes toda la razón.

—Pues deja que pasen las nubes y tómate unas cervezas. Mañana lo verás todo de otra manera.

—¿Sabes de qué me estaba acordando?

Marcos lo miró, esperando que le cayera un nuevo palo.

—Del día en el que nos conocimos. Yo no estaba en mi mejor momento —lo miró elevando las cejas, haciéndole ver que su situación no había cambiado demasiado—. Bruno me dijo que iba a una charla de varios criminólogos, y que podría ser interesante. Me negué a ir, porque no creía en esa mierda. Creo que nunca te lo he contado.

—No, pero me interesa saber lo que pensaste.

—Bruno decía que no podíamos creer que sabíamos más porque

estuviéramos en la calle, y que le había llegado la invitación y quería escuchar.

—Fue como si te dijera que íbamos a un tío del tarot —dijo Bruno.

—Pues no te creas, que era algo parecido. El caso es que fui y me llamó la atención. Nunca había leído sobre los estudios que se habían realizado, y cómo lo comparaban con una ciencia para entrar en la mente del asesino y conocer su comportamiento para crear patrones. Lo había escuchado, pero no le prestaba mucha atención. Salí convencido de que me había equivocado al pensar que esa ciencia no servía para nada, pero cuando acabó la conferencia, apareció un tío curioso, que hablaba de nubes y cosas parecidas.

—Vete a la mierda.

—Es broma. Lo que quiero decir es que ese día me abrió la mente. Mi primera impresión sobre ti, no puedo decir que me invitara a tomar cañas contigo, pero te hiciste amigo de Bruno y ya sabes lo que pasó. Eres de las pocas personas con las que tengo relación en los últimos años.

—Yo creo que te acercaste a mí para que te ayudara con tus casos.

—Puede ser. No lo descartes.

—Te veo más preocupado de lo normal. ¿Estás bien?

Gonzalo miró a Marcos, ladeando la cabeza.

—He tenido momentos mejores. He hablado con mi hermana.

—¿Y qué tal ha ido? —preguntó Bruno, impactado y sorprendido.

—Bastante bien. ¿No os pasa que estáis esperando un rechazo, y cuando recibes aceptación te quedas chafado?

Sonrieron.

—Jode, ¿verdad? —dijo Marcos.

—Es una sensación de que todo ha ido bien y, sin embargo, te quedas jodido porque estabas esperando que te lanzaran algo a la cabeza. En fin, que todo es una mierda.

Bruno miró hacia la puerta y vio entrar a Carla.

—¿Has quedado con ella?

—Perdona. Se me había olvidado. Me ha preguntado lo que iba a hacer y le he dicho que estaríamos por aquí. ¿Os importa?

—No, para nada —dijeron a la vez.

Gonzalo elevó el brazo para que los viera.

—Hola, chicos. Espero no acoplarme de mala manera.

—Tranquila —dijo Gonzalo—. Acoplarse siempre es de mala manera.

Guiñó un ojo.

—Soy Carla. Hola, te he visto por comisaría antes de irme —se

dirigió a Marcos.

—¿Qué tal estás? Sí, estoy echando una mano. Llevo un ratito con Bruno poniendo todo en orden.

Carla se había quedado con la pregunta.

—¡Qué bien! Yo bastante cansada.

—Imagino.

—Tú eres el gran Marcos. El cerebro del grupo.

Todos captaron que quería provocar a Gonzalo.

—No digas eso, que Gonzalo tiene que sentir que es el más listo.

—Lo sé, y muy bien.

—Si hubiera sabido lo que me esperaba, te habría dicho que hoy no iba a salir —respondió Gonzalo.

—Eres profesor, ¿verdad? —continuó Carla.

—Sí. De los que hablan y enseñan sin haber pisado la calle. Eso dice Gonzalo, aunque si no la piso más es porque no me dan mucho trabajo.

—No le hagas caso. Siempre me ha llamado la atención. Estuve a punto de ponerme a estudiar Criminología.

—No le hagas la pelota —interrumpió Gonzalo—. Que va a empezar a hablar de cosas raras y hemos venido a divertirnos. Cuenta lo de la pistola en la boca.

—Cállate. Ya no te cuento nada.

Carla le lanzó una mirada criminal. No tenía intención de contar a todo el mundo que hizo cagarse a su prometido al amenazarlo con una pistola.

—¿Qué es eso de la pistola? —se interesó Marcos.

—Cosas de las que me arrepiento. Mejor que hablemos de ti. ¿Cómo empezaste a dedicarte a esto?

—Estudié y decidí que, para avanzar tenía que irme a Estados Unidos. Estuve allí unos años y luego mis padres murieron y fue cuando decidí volver. Me había perdido mucho y quise retomar mi vida en España, así que di el paso. Vivía en un pueblo que está muy cerca de aquí, a unos treinta kilómetros, pero pronto conseguí un trabajo de profesor en Burgos.

—Aquí se vive mejor, ¿no es así?

—No hay color. Echaba de menos España. Lo único que hacía en Estados Unidos era trabajar. Todo es muy distinto.

—Me imagino. Pues si estás contento aquí, fue la mejor decisión.

—Sin duda.

—Voy a pedir una cerveza.

Se levantó para acercarse a la barra y Gonzalo colocó la mano de tal forma que les decía que hablaba demasiado.

—No seas capullo —le recriminó Marcos—. Parece muy maja.

—Sí. Maja es.

—Diría que te está cambiando el carácter —se mofó Bruno.

—Ja, ja, ja.

—No te ofendas. Un poco sí, pero los milagros a Lourdes. No te llevaría al club de la comedia.

Carla volvió y tomó asiento.

—¿Estabais hablando del caso?

—No —respondió Bruno—. Gonzalo quiere desconectar por un rato.

—¡Ah! Pues me callo.

Gonzalo levantó la mano como si no pudiera apartarlo.

—No. Ya me he despejado, pero no sé por dónde continuar. Tenemos alguna duda con alguien, pero lo investigó Rubio en su momento.

Bruno emitió un sonido con la nariz. Tampoco le tenía mucha estima profesional.

—Ese hombre es una desgracia.

Justo en ese momento, apareció el que faltaba. La cara de Gonzalo dejaba claro a Carla que ese hombre tampoco era santo de su devoción.

—Carla, te presento a Adrián.

—Encantada.

—No, el placer es mío. ¿Dónde te tenían escondida?

Ella miró a Gonzalo, sonriendo.

A él no le extrañó que Adrián se hubiera fijado en ella. Cuando salía de trabajar parecía otra persona. Pelo largo; ojos penetrantes; morena.

—Pasa de este tío. No tiene novia y es un graciosillo. Si no te gustaba el de Salamanca, este es aún peor.

—Siento llegar tarde —la miraba sólo a ella—. Siempre me lían con el curro.

Gonzalo vio que ella le seguía el rollo y se puso a la defensiva. No tenía ninguna intención oculta con Carla, pero la había tomado cariño, y Adrián no le parecía la opción más acertada.

—Vete a pedir algo y ponte aquí —movió la silla para estar en medio.

Adrián se dio cuenta y no quiso forzar más la máquina.

Continuaron charlando y Bruno volvió al caso.

—Hemos puesto vigilancia al compañero de piso de Fito. Veremos lo que hace.

Carla recordó algo.

—He llamado a la Científica. Con tanto lío no había tenido tiempo antes.

Gonzalo soltó una carcajada.

—¿Y bien? ¿Todavía crees en conspiraciones?

—No. Les he pedido el inventario y había dos pendientes. Mi gozo en un pozo.

—Habría sido más fácil —dijo Gonzalo—. Demasiado fácil, diría yo.

—¿Tú qué opinas, Marcos?

A la pregunta de Carla le siguió una exposición de los hechos.

—Por lo menos, sabéis que es alguien que, de algún modo, está identificado u obsesionado con la pintura; que todas las víctimas tienen una relación, y que esa relación se reduce a un simple dato que ha tomado para decir algo más profundo; que, como os ha dicho la mujer que ha inspeccionado los cuadros, tiene que ser relevante el movimiento que ha elegido, ya sea porque le crea curiosidad o porque le ha influido en su vida de alguna manera.

Volvió Adrián.

—¿De qué habláis?

—De cuadros —respondió Gonzalo.

—No sabía que os interesara el arte.

—Hace relativamente poco, pero ahora estamos muy interesados.

—Yo sé algo del tema. Simple aficionado, pero me intereso por saber.

Seguía mirando a Carla cada vez que salía una frase de su boca, y Gonzalo se estaba poniendo nervioso al verla sonreír.

—¡Qué bien! —dijo ella—. ¿Algún estilo en particular?

—Me gusta el arte por el arte. Interpretar cada cuadro como si me hablara.

Gonzalo lo interrumpió. No soportaba a los que saben todo o, mejor dicho, a los que van de que saben de todo.

—Déjalo ya, Adrián. No estamos para tus tonterías.

Era de ese tipo de personas que sonríen cuando les atacan, como si te insultaran por dentro pero no te dejan verlo.

Le ignoraron y siguieron hablando.

—Todo eso no nos dice demasiado para cogerlo —prosiguió Bruno—. Me refiero a lo que comentaba Marcos sobre sus métodos y lo que nos quiere contar.

—Yo creo que sí —insistió Marcos—. El dato más importante, a mi modo de ver, es que las víctimas no han sido elegidas por motivos de venganza, o porque le hayan hecho algo en el pasado. Si fuera así, tendríais ya una relación más representativa. Quiero decir que hay un motivo mucho más relevante detrás, y el resto de cosas de las que hemos hablado nos van a decir quién es.

—No me convence.

—Lo entiendo, Gonzalo. No voy a frotar una lámpara y decirte su nombre, pero de verdad que tenéis mucho más de lo que creéis. Otra cosa es que lo pilléis antes de que termine.

—Precisamente, es eso lo que me preocupa.

—Adelantaos a sus movimientos. Hasta ahora, ha actuado por la noche. Activa los móviles para que vayáis, y eso indica que quiere que los encontréis. Es un juego para él y me temo que, si como parece hay un mensaje, las cosas se irán complicando cada vez más.

—Lo que te decía, Carla. Teoría.

—Entonces tendremos que aplicarla. Gonzalo, siempre tienes que dejar la pullita.

—Lo siento. Estoy enfadado. Nos está vacilando, y ya no sé si el compañero de piso de Fito tiene algo que ver. Supongo que es lo que me gustaría para que se acabara todo, pero lo voy a comprobar.

Carla sabía que iba a acceder al teléfono de ese chico para ver su ubicación en los dos crímenes, o algo parecido.

—Estáis hablando de un caso, ¿verdad?

—Eres un lince, Adrián —se mofó Gonzalo.

—¿Tiene que ver con los cuadros?

—Lo que decía. No se te escapa nada.

Volvió a sonreír.

—Venga, vamos a hablar de otra cosa —zanjó Bruno—, que todavía tiene que desconectar con más fuerza.

No volvió a sacarse el tema durante el tiempo que permanecieron en el bar. La primera en marcharse a descansar fue Carla. Adrián se ofreció a acompañarla y salió corriendo detrás de ella. Marcos los siguió a los pocos minutos.

—Ha estado bien. ¿Os quedáis?

Gonzalo miró a Bruno y asintió.

—Me quedo charlando un rato. Me ha gustado verte, Marcos.

—Suerte.

Esperaron a que se marchara y Gonzalo recuperó el gesto serio que tenía hacía una hora.

—¿Qué quieres contarme, Gonzalo? Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Es algo personal, pero por el momento no puedo contártelo.

—Ahora sí que me has dejado preocupado.

—¿Somos amigos?

—Esa pregunta lleva implícito un problema de verdad, ¿no es así?

—Lo tomaré como un sí. Cuando llegue el momento te lo diré, pero creo que es mejor que me calle por ahora para protegerte.

—¿De qué estás hablando?

—Confía en mí.

—Confío en ti, pero no demasiado en tus métodos. ¿Debo estar

preocupado?

—No, si no lo sabes. Cuando llegue el momento, te pondré al día de todo.

—¿Tiene que ver con Carla?

—Es un poco cotilla, pero por el momento no veo que deba preocuparme por ella.

—¡Joder! Eres un enigma. Habría sido mejor que no me dijeras nada. Ahora no se me va a ir de la cabeza.

—Lo siento. Sólo quiero que estés preparado y sepas reaccionar, pero si no sabes nada, no podrá delatarte. Recuerda esta conversación. Sabrás por qué te lo he dicho.

—No voy a seguir insistiendo. Espero que no sea nada que no se pueda remediar, aunque me das miedo.

—Siempre doy miedo.

Elevó las cejas y se acabó la cerveza de un trago.

27
¿Nos está dejando entrar?

A la mañana siguiente, Carla fue por su cuenta a hacer una visita a la Policía Científica. Era cierto que todavía no habían terminado, pero le chocaba en exceso que Gonzalo no se preocupara por lo que pudieran encontrar. Era muy posible que supiera que no iba a ser nada relevante, y era seguro que llamarían si lo encontraran, pero acudió igualmente.

—Buenos días. Quería hablar con Carlos Expósito.

Mostró su placa y la dejaron entrar.

Cruzó el pasillo que le había indicado su compañero y dio un par de toquecitos en la puerta.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte?

—Soy Carla Torre, de…

—Sé quién eres. Pasa.

—Llamé ayer, pero tengo algo rondándome la cabeza. Me dijiste que no habíais encontrado nada.

—Así es. No había huellas, ni pelos, ni nada. Es una escena limpia.

—Pero no me cuadra lo del pendiente. Cuando me fui no estaba, pero luego apareció. Me gustaría ver los informes.

—Puedes verlos, pero si quieres te despejo la duda. Lo encontraron al lado del cuerpo cuando levantaron el cadáver.

—¿Cuándo lo encontraron?

—El procedimiento es introducir todas las pruebas en bolsas, para no contaminarlas. Una vez aquí…

—Sí, ya lo sé. Entonces, ¿apareció de golpe?

—Apareció cuando se llevaron el cuerpo. Puede que se le cayera. Todavía no hemos concluido, pero al ser un escenario abierto, por ahora no hay restos de ADN, ni pelos. Bueno, pelos sí, pero son de animales.

—¿No había huellas en los pendientes?

—Sólo en uno de ellos. Las de Silvia. En el que llevaba puesto.

—¿No te parece extraño? Deberían aparecer sus huellas en los dos pendientes, a no ser que uno no se lo pusiera ella.

—Ese es tu trabajo. Yo analizo pruebas y os doy el informe. Lo único que te puedo decir es que el que encontramos debajo estaba limpio.

—No tiene sentido.

—No había huellas en ese pendiente, ni en la ropa. Es la escena más limpia que he visto.

—La ropa parece preparada para la escena. No es una ropa que lleve la gente hoy en día. Lo más normal es que se la pusiera el asesino.

—Tendría sentido. Por eso no hemos encontrado nada.

—¿Puedo verla? Necesito saber si tiene alguna etiqueta que pueda identificar a una tienda, por ejemplo.

—Pregunta a Gonzalo.

Carla arrugó el entrecejo.

—¿Por qué tengo que preguntar a Gonzalo?

—Porque nos hizo las mismas preguntas.

—¿Cuándo?

—Esa misma noche. Volvió antes de que nos marcháramos y echó un vistazo a la ropa. Me dijo que se le había pasado y no teníais mucho tiempo como para esperar a que le informáramos.

—No me ha dicho nada.

—Eres nueva, ¿verdad? No lo pienses demasiado. No tiene una comunicación muy fluida con sus compañeros.

—Ya, pero esto es importante.

—Lo más seguro es que ya se haya encargado de cotejarlo todo. Si no te ha dicho nada, es porque no lo ha encontrado. Supongo.

—En todo caso, me gustaría verlo por mí misma. ¿Puedo hacerlo?

—Claro. Ponte estos guantes, la bata y el gorro. Ahora mismo te doy acceso y lo dejo puesto en el informe de custodia.

Carla le hizo caso y examinó la ropa, buscando cualquier etiqueta. Estaban arrancadas. Supuso que su compañero habría visto lo mismo que ella, y por esa razón no le había dicho nada.

—Gracias. No me ha valido de mucho.

—No hay nada. Ya te lo he dicho. Gonzalo se fue con la misma cara de decepción. No creo que os vayamos a poder ayudar mucho. Está todo muy limpio.

—De acuerdo, me marcho. Te agradezco tu tiempo.

Veinte minutos después, volvía a comisaría. Gonzalo estaba tecleando el ordenador y se sentó a su lado.

—He llegado antes que tú. Vaya tela.

—He estado con Carlos.

—¿Qué Carlos?

Sonrió sabiendo que no iba a llegar la rima.

—No te hagas el gracioso. Me ha dicho que volviste para mirar

su ropa.

—Claro. ¿Has hecho lo mismo? Tardas demasiado en hacer funcionar a tu mente.

—¿Por qué nunca me cuentas nada?

—Porque no hay nada que contar. No podemos identificarla con ninguna tienda, aunque supongo que será de una de disfraces. Nadie se compra algo así hoy en día.

—¿Y ahora qué?

—Buena pregunta.

—¿Qué estás haciendo?

—Indagando sobre las víctimas y las que quedan por venir. Tiene que haber algo que las relacione, al margen de su cumpleaños.

—¿Has visto algo?

—Por ahora no. He entrado en sus teléfonos para ver de nuevo las llamadas realizadas y ese tipo de cosas, pero no hay nada relevante. Soy tan bueno que no se me había pasado nada.

—¿Y las redes sociales?

—Las miró Moli. Nada —giró la cabeza—. Hablando del rey de Roma. ¿Cómo vas?

Molina se quedó de pie con gesto serio.

—¿Qué pasa? —preguntó Carla—. Te veo mala cara.

—He hecho lo que me dijo Gonzalo. Ir de día para inspeccionar la zona donde se encontraron los cuerpos. Estaba a punto de marcharme, cuando le he echado el último vistazo. He visto algo en un árbol y…

Extendió su mano y enseñó un pequeño artefacto.

—¿Qué es eso? —preguntó Gonzalo, acercándose.

—Yo diría que una cámara.

—No me jodas. Déjame ver.

—Estaba dirigida hacia los cuerpos. Creo que lo ha grabado todo.

—¿Qué? —Gonzalo había borrado por completo la sonrisa de su cara —¿Lo va a filtrar?

—No sé cómo funciona. Tiene un panel encima, como los de las placas solares, pero no tiene tarjeta de memoria.

Gonzalo se levantó y se dirigió hacia su mesa. Cogió el teléfono, visiblemente nervioso.

—Hola. Soy Gonzalo Ulloa, de la Comisaría de Burgos. Tengo una cámara en la escena de un crimen y necesito saber cómo conseguir las imágenes y saber quién la colocó. ¿Puedes ayudarme?

—Te llamo en un minuto. Estoy con mi jefe. Le digo que es urgente y voy a mi sitio.

Colgó.

—¿A quién has llamado? —preguntó Carla.

—A un analista de la Unidad Central de Ciberdelincuencia de la

Policía Nacional. Es un tío que me ayudó en un caso y me quedé su teléfono para no perder el tiempo con burocracia. Esperemos que me llame pronto.

Durante un rato, permanecieron esperando la llamada. Sonó el teléfono y respiró al comprobar que era la persona que esperaba. Salía su imagen en la videollamada.

—Dime.

—¿En qué estáis metidos?

—Es lo que quiero saber.

—¿Tiene alguna entrada USB?

—Tiene una ranura. Mira.

Le mostró la cámara y dio vueltas para que pudiera verla al completo.

—Es una cámara solar. Se utiliza cuando no tienes acceso a internet. Suelen llevar conexión 4G para poder transmitir a otro punto y la batería se carga a través del sol.

—En cristiano.

—Como el móvil. Transmites las imágenes a cualquier dispositivo. Sólo hay que tener cobertura 4G. ¿Dónde estaba colocada?

—En el campo.

—¿Comprobaste si había cobertura?

—Sí. La había.

—Pues de esa forma podía ver lo que ocurría.

—¿Pudo grabarlo?

—No en la cámara, pero sí en el dispositivo al que le llegaran las imágenes.

—¿Cómo puedo saber a dónde llegaba?

—¿Tienes un ordenador personal? Tengo que acceder desde aquí y en el de comisaría lo tienen capado todo.

Gonzalo sacó uno de su cajón. Le dio instrucciones para acceder de forma remota y conectó la cámara al ordenador.

—Ahora te digo la IP a la que está conectado.

Comenzó a trastear y las pestañas se abrían a una velocidad de vértigo.

—Menos mal que no me tengo que dedicar a esto. Estaría bien jodido —bromeó Gonzalo.

—Ya he entrado. La conexión sigue activa. Estoy entrando en el ordenador.

—¿Puedes hacer eso?

—Puedo hacer lo que quiera, pero si es un profesional me costará un rato —unos segundos después lo había conseguido—. Ha sido fácil. No creo que tenga mucha experiencia en esto.

Gonzalo volvió a sonreír.

—Dime algo.

—Tranquilo. Estoy entrando en los archivos. Hay unos cuantos. Parece que ha creado varios archivos del original, pero este lo ha borrado.

—¿Por qué?

—Te digo lo que veo. Hay un acceso directo a una web. Nadie lo puede ver. Sólo los que tengan la dirección exacta. La Dark web es una parte de internet que permanece oculta a los motores de búsqueda tradicionales.

—Bueno, ya me darás clases de esto. ¿Qué me puedes decir?

—Para que te quede claro, la Dark web la utilizan para el mercado negro, tráfico de armas y otras cosas más desagradables.

—¿Más desagradables?

—Bastante más. El problema es que está creada para cualquiera que no quiera que sepas por dónde navega o qué visita. Se crea para que nadie que no tenga la dirección pueda llegar a ella, pero estos foros están hechos para compartirse, y ahí iba con lo de desagradable. Lo utilizan los pedófilos.

—Hijos de puta.

—Lo sé. Es la parte más complicada. Podemos cerrarlo al tener la dirección, pero me preocupa haber entrado tan fácilmente. Este tío sabe lo que hace.

—¿Nos está dejando entrar?

—Diría que sí. Puede que sea un mensaje.

—El mensaje de que nos tiene donde quiere y sabe todo lo que hacemos.

Carla daba vueltas en círculos. No se hacía demasiadas ilusiones, sabiendo que estaba jugando con ellos.

—Estáis viendo las imágenes que ha recortado.

Gonzalo se quedó perplejo al ver las imágenes del segundo asesinato. No había imágenes del crimen, pero aparecía parte de la aparición policial, que se veía claramente por la iluminación artificial de la Policía. Se miraban unos a otros al ver que lo podía utilizar para filtrarlo a la prensa.

—¿Qué va a hacer con esto? —se preguntó Carla a sí misma.

—¿Puedes saber dónde está el ordenador? —preguntó Gonzalo.

—Te acabo de enviar la dirección.

Miró su teléfono móvil y vio la ubicación.

—No puede ser.

A la lona

—Ya no lo aguanto más —Sofía comenzaba a sentir cómo las arcadas venían con mayor asiduidad—. Aquí huele fatal.

—Puedes meterlo bajo la tierra.

—No es eso. Hasta ahora, sólo he hecho pis. Lo otro no me sale, y con lo que estamos comiendo, aún menos.

Cada uno tenía un plato con algo que debía ser comida, pero que no conseguían identificar. Una especie de puré que debían ir administrando por si era lo único que iban a conseguir.

—Quiere que nos debilitemos, o puede ser que le importe muy poco.

—Tendría más sentido la primera opción, aunque no tiene que estar reñida con la segunda. Ya no va a venir nadie más.

—Eso parece.

—Nos quedará poco. Eso es lo que me da más miedo y más fuerza a la vez. Quiero que se acabe.

Sofía parecía que se había entregado al destino, sabiendo que no tenía opciones de cambiarlo.

—Acuérdate del niño —la animó Fidel.

—¿Del de tu historia?

—Sí. El de la historia de mi padre.

—¿Se la habrías contado a los que ya no están aquí?

—Ellos ya no tienen esperanza, pero tú y yo sí la tenemos, aunque sea mínima.

—¿Por qué crees que no están vivos?

—¿Por qué lo crees tú?

—Buena respuesta. Debemos hacer algo. Seguiré con el agujero, pero no me engaño a mí misma. Sé que es imposible salir así.

—¿Y cómo quieres que lo hagamos?

—Luis lo intentó y puede que lo haya conseguido.

—Puede. Tendría que haberlo rematado, pero no sabemos lo que vamos a hacer, y el instinto es el que habla en las situaciones límite. Lo más normal es que te pida que huyas.

—Imagina que ha huido y nos vienen a rescatar.

—Por eso te digo que siempre hay esperanza. No sabemos ni dónde estamos, pero sigo intentando ser positivo.

Sofía se tumbó en el colchón, dejando la vista fija en un punto.

Movió la cabeza y se fijó en una de las esquinas de la pared que quedaban fuera de la celda.

Comenzó a temblar.

—¿Qué es eso?

—¿Has visto algo?

—En la esquina izquierda de la pared con el techo. Fuera de las celdas.

Fidel se asomó a los barrotes y vio un pequeño objetivo.

—Es una cámara, ¿verdad?

—Eso parece. No se ve muy bien. Nos está vigilando desde el principio. Sabe que estoy haciendo un agujero y no ha hecho nada. ¿Por qué?

—Por lo que has dicho. Tardarías una eternidad e irías hacia abajo.

—Se estará divirtiendo, viendo cómo hago el idiota. ¿Nos estará escuchando?

—No lo sé.

—Estoy pensando que pudo ver si Luis bebía. ¿Por qué entró?

—Luis hizo que bebía y se tumbó. No volvió a moverse, aunque en todo caso, no tiene por qué estar viendo todo. Tendría que estar pegado a la pantalla todas las horas del día.

—Tienes razón. Entonces podemos engañarlo.

—No creo que a partir de ahora eso sea tan fácil —aclaró Fidel, viendo que todo se complicaba un poco más.

Sofía volvió a tumbarse, como si golpe a golpe fuera a tirarla a la lona definitivamente. El secuestrador los estaba viendo desde el principio, y puede que los escuchara. Se levantó de nuevo y colocó la baldosa en su sitio, renunciando al único plan que tenía. Por muy absurdo que fuera, era su pozo de esperanza y lo iba a cerrar para no seguir bebiendo de él.

28
¿Por qué me quieres joder?

Cuatro coches de policía salieron como una exhalación de la comisaría. En uno de ellos viajaban Gonzalo y Carla. No habían abierto la boca en los diez minutos de trayecto, pensando en lo que iban a encontrar. Tenían grabadas en la cabeza las palabras que decían que había sido muy fácil acceder al ordenador. Parecía que el asesino sabía lo que hacía y, sin embargo, habían conseguido una dirección y una IP. Gonzalo le daba vueltas a una idea descabellada que corría por su mente, pero no quería creerla hasta que llegaran y pudiera sacar conclusiones.

Dos policías se quedaron a los lados de la puerta del portal. Otro en la escalera, otros dos en el acceso a la planta en la que estaba el piso, y Carla y Gonzalo llegaron a la puerta de la vivienda.

Sonó el timbre.

Los pasos iban acercándose hacia ellos. De pronto, pararon de sonar y supusieron que estaba ojeando por la mirilla.

No abrió la puerta y Gonzalo volvió a llamar.

Una voz respondió desde el otro lado.

—¿Quién es?

Colocó la placa en la mirilla y no dijo nada.

Escuchó abrirse la cerradura y la puerta se deslizó lentamente hasta verle la cara.

—¿Podemos pasar?

El suspiro de resignación fue demasiado efusivo como para que se desprendiera de él un "¿otra vez?"

—Comienza a ser habitual. Ahora sí que le voy a pedir que me enseñe la orden.

—Calla, chaval.

Gonzalo empujó a José Cuervo para apartarlo a un lado y entraron con ellos los dos policías que esperaban unos metros atrás.

—No podéis entrar sin una…

—Que te calles de una puta vez —gritó Gonzalo—. No necesito una orden. ¿Dónde tienes el ordenador?

—¿Qué?

—El puto ordenador. No quiero volver a repetirlo.

—En la habitación.

Cruzó la puerta y se sentó en la silla del escritorio. Abrió la tapa

del portátil y comprobó que seguía encendido. Vio unos planos, pero no aparecía lo que estaba buscando. Abrió la pestaña del buscador como le había explicado su compañero, e introdujo la dirección exacta.

—Pasa, por favor.

José entró y se paró a un metro de Gonzalo.

—¿Qué pasa?

—Lo sabes muy bien.

Gonzalo señaló a la pantalla y José se acercó a ella.

—No sé qué es eso.

—Es lo que grabaste.

—Yo no he grabado nada.

—Lo tienes en tu ordenador. Estaba encendido.

—Estaba trabajando. No he visto eso en mi vida.

—¿En qué trabajabas?

—Soy arquitecto. Trabajaba con unos planos. Estaban ahí.

—Yo no veo nada. Lo que veo es que tenías abierta esta dirección ilegal.

José se dio cuenta al instante de que había sido Gonzalo quien la había abierto.

—¿Por qué me quieres joder? Sabes que no lo tenía abierto. Eres un hijo de puta.

—Vuelve a insultarme y te llevo al calabozo.

—Fuera de mi casa.

—¿O qué? ¿Llamas a la Policía? Te he hecho una pregunta. O me respondes o te pongo en prisión preventiva hasta que descubramos lo que ha pasado.

—Sabes que yo no tenía eso abierto.

—Creo que no me puedo fiar de tu palabra. Me dijiste que, el día que desapareció Fito, habías ido a comprar, pero al policía que se encargó del caso le dijiste que habías ido a correr.

—Fui a correr y cuando volví pasé a hacer la compra. Supongo que se quedaron con lo primero.

—¿Llevabas dinero encima?

—Llevaba la tarjeta.

Gonzalo lo miró como si fuera a darle un puñetazo.

—Esto es muy sencillo. Voy a llamar a mi compi y a ver qué nos dice.

Volvió a sentarse en la silla y realizó la llamada.

—¿Cómo ha ido?

—Estoy delante del ordenador. Compruébalo.

Le dio acceso remoto y recibió una respuesta que no esperaba.

—No es el ordenador. No es al que accedí.

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

—Bastante.

Gonzalo se levantó y miró fijamente a José.

—¿Dónde lo tienes?

—¿Dónde tengo qué?

—El puto ordenador —gritó.

—Este es mi ordenador.

—No me jodas. No me hagas registrar todo.

José se quedó callado y abrió la boca de golpe, como si hubiera recordado algo.

—Hay otro ordenador, pero no lo utilizo. Era el portátil de Fito.

Entró en la otra habitación, lo desconectó de la corriente y se lo entregó.

Gonzalo abrió la tapa y vio que estaba encendido. Repitió el mismo procedimiento y escuchó a su compañero.

—Este es el ordenador.

Respiró.

—Detenedlo. Comprobaremos las cámaras del supermercado y los gastos de la tarjeta.

29
Es tu instinto

Fue la sensación de haber anotado la primera canasta del partido. Se sentía bien, pero sabía que el marcador reflejaba una clara desventaja.

—Enhorabuena, Gonzalo —Bruno le dio una palmada en la espalda y le invitó a sentarse.

—Moli e Irene han ido al supermercado. Espero que no hayan borrado las imágenes, pero no tengo muchas esperanzas.

—Por ley sólo pueden tener imágenes de treinta días, a no ser que haya una investigación policial.

—El puto Rubio. Si hubiera hecho bien su trabajo, habría comprobado todo en su momento.

—Eso ya no importa. Tú a lo tuyo, Gonzalo.

—Podemos comprobarlo con el pago que realizó en el supermercado. Eso sí que no nos lo van a quitar. Lo está viendo Carla.

—Lo retendremos hasta entonces.

—Hay que retenerlo el mayor tiempo posible. Al menos dejará de matar.

—Eso si es él.

—Eso si es él. Tú lo has dicho.

—¿Qué piensas?

—Que ha sido demasiado fácil.

—Gonzalo, van tres muertos.

—Lo sé. Todo lo tiene pensado al milímetro. ¿Por qué nos iba a dar opciones con esto? ¿Por qué no fue a quitar la cámara?

—Por si le pillábamos. Era un riesgo.

—Y, ¿por qué lo grabó? ¿Qué sentido tiene? ¿Lo va a filtrar? Y si es así, ¿por qué no lo ha hecho todavía?

—Cuántas preguntas. ¿Qué respuestas tienes?

—Que, si lo hubiera querido filtrar, no lo habría colgado en la Black Web o como coño se llame. Ya hemos cerrado la página.

—Puede que tenga las imágenes igualmente. Puede filtrarlas cuando quiera.

—Lo sé, pero no le veo el sentido a todo esto. En todo caso, con este tío encerrado, deberían cesar los asesinatos. El problema es que no sea así.

—Hay que seguir investigando. No nos queda otra.

Gonzalo escuchaba, pero seguía pensando sin parar, y le explicó

a su jefe lo que había pensado en el coche.

—¿Crees que pudo matarlo? A Fito.

—No lo sé.

—Ya, yo tampoco. No estoy contento. No como debería estarlo.

—En un rato sabremos más.

Una hora después, volvían a reunirse todos.

—Lo que nos temíamos —arrancó Molina—. No tenemos imágenes más allá de un mes.

Gonzalo miró a Carla para que le diera buenas noticias.

—Hay una compra, pero le dio tiempo a hacer lo que tuviera que hacer y después ir a comprar.

—Estamos como estábamos —dijo Gonzalo, apretando los dientes.

—No es para tanto. Lo tenemos.

Miró a Irene con gesto serio.

—¿Por qué estás tan segura de que lo tenemos?

—Tenía el ordenador.

—No puede ser tan fácil. No me cuadra. No era su ordenador.

—Pero estaba en su casa.

—Pudieron acceder desde otro sitio.

—No lo sé.

Carla lo miraba, intentando saber lo que le pasaba por la cabeza, y comenzó a pensar como él.

—¿Qué sabemos de Fito? Nadie se ha preguntado dónde está.

—¿Crees que está vivo y montando todo este lío? —preguntó Gonzalo.

—Es una posibilidad.

Entre el silencio, se abrió la puerta y apareció el comisario Ituarte.

—Hola, ¿qué me contáis?

—Estamos debatiendo —respondió Bruno—. Tenemos que retener a José Cuervo el máximo tiempo posible.

—Estamos cubiertos. Apurad las setenta y dos horas, y luego habrá que llevarlo ante el juez.

—Me decían que no están tan convencidos de que sea él.

—Habéis encontrado el ordenador en su casa. Creo que es bastante sólido.

Gonzalo negaba con la cabeza.

—Está jugando con nosotros. Por lo visto, fue demasiado fácil. Si estuviera implicado, se habría deshecho de las pruebas. Por no decir que no lo habría hecho desde su casa.

—¿Por qué crees que pensaba que encontraríamos la cámara?

Sin ella, no estaríamos donde estamos.

—No lo sé, de verdad. Me huele mal.

—Es tu instinto. A primera vista, es lo único agradable que tienes.

Sonrió a Ituarte y continuó la broma.

—A primera vista, tampoco es apreciable.

—De acuerdo, pues a trabajar. Otra cosa. ¿Habéis cotejado las huellas del ordenador?

—Están con ello —respondió Gonzalo, con la satisfacción de que ya lo hubiera pensado.

—Ya me diréis algo.

30
Había tardado demasiado

No quedaba más que esperar. Esperar a que no pasara nada, o a que hubiera sido una distracción para ganar tiempo. Al fin y al cabo, sentían que se estaba convirtiendo en un juego que no podían ganar, pero Carla no quería marcharse a casa, como había hecho su compañero.

Gonzalo se sirvió una copa, acomodado en su sofá, al calor de la chimenea. Miró el reloj. Las nueve y trece minutos. En su mente fluían las conversaciones con su hermana y con Bruno. Todos le aconsejaban que no se rindiera con su hijo, y según lo pensaba, se daba cuenta de que lo que estaba viviendo le iba pasar factura. De una manera o de otra, tenía la intuición de que no iba a acabar bien para él.

La lucha interna se disipó y cogió el teléfono para marcar el número antes de que se volviera a desinflar.

Los tonos se sucedían, y sentía cómo el corazón latía con más fuerza, pero ya era tarde para colgar.

—Hola —el color de su voz parecía otro.

—Hola, Eva. ¿Qué tal estás?

—Bien, todo bien —no parecía querer darle una palabra de más.

—¿Qué tal está Salva?

—Bien. Creo que ya te ha informado tu hermana.

—Sí, pero quería interesarme yo mismo.

—No tengo nada en contra de ti, pero no puedo obligarlo a llamar a alguien que nunca ha estado. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Creo que nunca te he pedido perdón, y quiero hacerlo ahora.

—No hace falta que me pidas perdón. Sé que todo te superó y dejaste de ser tú mismo, pero los demás no teníamos por qué sufrirlo. Eso es todo. De verdad que no te guardo rencor.

—Estoy con un caso, pero cuando lo termine, quiero ir a verle. Sin presiones. Cogería un hotel en Madrid y sólo estaría el tiempo que él quisiera. Poco a poco, pero quiero recuperar mi vida. Quiero recuperar a mi hijo.

—¿Te pasa algo? Desde que pasó aquello, no te he visto así.

—Todo va a cambiar. He tomado el mando de mi vida. Si te

parece, te lo contaré todo cuando sepa que ha terminado.

—Sabes que lo nuestro no se puede recuperar, ¿verdad?

—Lo sé. No es eso. No me voy a meter en tu vida, sólo quiero participar en la de nuestro hijo. ¿Se puede poner?

—Está cenando. Me he ido de la cocina para poder hablar.

—Por favor.

Sonó a una petición desesperada y no la dejó otra opción que intentarlo.

—Espera.

Pasaron unos treinta segundos y volvió a escuchar la voz de Eva.

—No quiere ponerse. Lo siento.

Agachó la cabeza, sintiendo un pinchazo en el pecho. Había tardado demasiado.

—Está bien. Te llamaré cuando acabe este caso y me dirás cómo lo ves.

—Luego habrá otro, no cuento con ello. Pero llámame cuando quieras.

—Sé cómo eres, pero no esperaba tu reacción.

—¿Que no esperabas mi reacción?

No había sabido expresarse con claridad, y vio en su tono que la había ofendido.

—Todo lo contrario. Quiero decir que eres la persona más maravillosa que he conocido. Siento haberte hecho daño. De verdad.

—Me preocupas. A ti te pasa algo.

—Algún día hay que darse cuenta de que cometes errores. No voy a seguir culpando a los demás. Sé perfectamente que todo ha sido culpa mía. Iré pagando uno por uno cada error.

Interpretaba, por su silencio, que estaba analizando sus palabras, pero zanjó la conversación.

—Te dejo, que voy a ponerle el postre.

—De acuerdo, cuídate.

Comenzó a sentir que le faltaba el aire. No era capaz de reconocerse a sí mismo. No recordaba haber pedido perdón a nadie. Ya era tarde para cambiar, pero no tenía otra opción.

31
Tenemos tus huellas

—Buenos días por la mañana. Parece que escampa.

Carla miró a Gonzalo y a continuación a la ventana.

—Lleva toda la noche lloviendo, y no parece que vaya a parar.

—Por lo menos me divierto yo solo. ¿Qué tenemos?

Carla cogió unos papeles de la mesa y los colocó en la cara de su compañero.

—Míralo tú mismo.

—Gracias. Parece que no has dormido bien.

—No mucho. Nos queda poco tiempo y no estoy muy tranquila marchándome a mi casa.

—Tú misma. Dime, que no me apetece leer.

—Han cotejado las huellas del ordenador y las únicas que han sacado son las de Fito. José no lo tocó, lo hizo con guantes o entró al ordenador de forma remota.

—Es una posibilidad muy remota, pero posible.

Sabía que a Carla no le gustaba, pero no podía resistirse a utilizar un nuevo juego de palabras.

—Joder, Gonzalo, tómatelo en serio.

—¿Esperabas encontrar algo más? Pareces nueva. ¿Habéis vuelto a hablar con él?

—Sigue diciendo que no tiene nada que ver.

—Menuda sorpresa. Me voy a tomar un café y ahora vuelvo.

Carla levantó los brazos.

—Ya no te digo nada.

—No estoy pasando de todo. He quedado con Marcos.

—¿Puede entrar al interrogatorio?

—Sí. No sé si conoces su situación, pero accedió al puesto como colaborador y trabaja como autónomo para la Policía. No estaba muy convencido, pero le dije que con el tiempo podría conseguir un puesto fijo. Lleva dos años colaborando con nosotros, y el desgraciado tiene un ojo que no te puedes ni imaginar. Yo también he conseguido que, como contraprestación, me deje dar alguna charla de vez en cuando.

—¿Una charla? ¿Tú? Seguro que por dinero no será.

—Te estoy vacilando. No hago eso ni loco.

—Ya decía yo.

—Cuando estuvo en Estados Unidos, trabajó en un programa de

esos experimentales en los que se interrogan a tíos que han sido condenados. Quieren entender sus comportamientos. ¿Has visto una serie de televisión basada en los inicios de todo esto? La técnica dio unos resultados muy buenos, y se sigue haciendo.

—No he visto la serie, pero sé cuál es.

—Marcos estuvo participando. La verdad es que, al principio, me parecía gilipollas, pero luego no me ha caído mal del todo.

—A mí me parece muy majo.

—Esperaba encontrarme a un vacilas que sólo sabía de teoría, pero me dijeron que allí tuvieron que rogarle para que no se marchara. Apuntaba maneras.

—No entiendo por qué vino a dar clases, si lo tenía todo allí. Dijo que fue por motivos personales, pero allí podría haber sido alguien importante.

—Tú viniste aquí por motivos personales. Son la esencia de todo.

—Ahí me has dado.

—Tiene a su familia en un pueblo cerca de aquí, aunque no parece que los vea mucho. Como te dijo, sus padres murieron en un accidente de coche.

—Vaya. Dijo que habían muerto, pero…

—Sí. Una putada. Volvió cuando murieron.

—Ahora entiendo un poco mejor la cosa.

—Estaba asqueado y de repente se quedó sin padres. Ya no volvió a marcharse. Llamó a quien tuviera que llamar en Estados Unidos y dijo que se quedaba en España. No le gusta dar muchas explicaciones sobre sus razones.

—¿El trabajo de profe lo consiguió desde aquí?

—Quería un cambio. De eso, hace ya unos años. Vio un anuncio de profesor y supo que era el cambio que necesitaba. Supongo que es una de esas llamadas de la vida. ¿Vienes a tomar un café hasta que venga?

—Voy. Espera, que pillo el abrigo.

Veinte minutos más tarde, Gonzalo, Carla y Marcos se ponían cara a cara con el principal sospechoso.

—¿Qué tal, Joselito? —recibió una mirada de desprecio a cambio de sus palabras—. A ver qué nos tienes que contar.

—No tengo nada que contar. Ya he dicho todo lo que sé.

—Claro que sí —Marcos dejaba caer un amago de sonrisa, y Gonzalo se lo presentó—. Este es mi amigo Marcos. Quiero que lo mires fijamente y te atrevas a mentirlo. Es como un detector de mentiras. Pi, pi, pi.

El asombro de José con Gonzalo parecía acrecentarse ante el

intento de imitación de la máquina.

—Estás volao, tío.

Gonzalo ladeó la cabeza y arrugó el labio, como si no estuviera del todo en desacuerdo.

—Tenemos tus huellas en el ordenador.

—Te aseguro que no es así. No lo he tocado nunca.

—Al menos sin guantes, ¿verdad?

José sabía que le estaban probando y su respuesta lo confirmó.

—No podéis demostrar nada, pero os da igual.

—No estoy de acuerdo. Me importa tanto, que estoy dispuesto a joderte la vida para conseguir lo que quiero. ¿Qué más sabes de la desaparición de Fito?

—Ya os he dicho todo lo que sé.

—Aburres. Te repites demasiado. ¿Realmente desapareció? ¿Crees que te dejaría una nota, como si fuera una mujer?

Carla suspiró. Sabía que su naturaleza no era machista, pero le asqueaban sus comentarios despectivos.

—Me dejó una nota y comprobaron que era su letra.

—Pero tú sabías que había algo detrás, ¿no es así?

—Te crees que eres un gran policía, con tus comentarios y tu prepotente respuesta para todo, pero lo cierto es que no tienes ni puta idea.

A Gonzalo le hizo gracia.

—Los tienes bien puestos. Eso no te lo voy a negar.

Marcos intervino por primera vez.

—¿Por qué crees que te la han jugado?

José lo miró, sin saber qué decir. No esperaba que le hicieran esa pregunta.

—No lo entiendo. Todo ha ocurrido desde que me hicisteis la primera visita. Yo estaba tranquilo, y ahora me estoy encontrando toda esta mierda.

—Me han dicho que sólo querías pasar desapercibido. Quiero decir, que no estabas seguro de que Fito se hubiera ido sin más.

—Ya dije que era muy extraño.

—Antes de venir, me han mandado tu expediente. Es intachable. Estudiante de arquitectura; trabajas en prácticas en un estudio; nunca has tenido problemas con la ley. Todo bien hasta ahí.

—¿Qué quieres decir?

—Que me sorprende que alguien con no demasiados recursos económicos haya salido tan bien del paso.

—¿No se puede estudiar cuando tus padres tienen una carnicería?

—Por supuesto que sí, pero no es tan normal que lo hagas en una universidad privada. Tu padre abandonó a tu madre y os dejó en la

estacada.

—Mi madre siguió con el negocio y luchó porque saliera adelante.

—¿Cómo lo pagaste?

—Trabajando. Alternaba ayudar a mi madre con lo que iba surgiendo.

—¿Y con eso te daba para pagar la facultad? Y, además, fuera de tu ciudad. Ya no trabajabas con tu madre.

—En Madrid vivía con amigos.

—Sigue sin cuadrarme.

—Pasaba hierba, ¡vale! No he tenido tantas opciones como otros, pero no tiene nada que ver con esto.

—No, así es, pero has tenido una vida difícil y has tomado atajos para conseguir lo que quieres. Puede que te ofrecieran dinero para que desapareciera tu compañero, o que le quitaras lo que le pagaron y organizaras todo esto.

Carla alucinaba con ese hombre. Gonzalo tenía razón cuando dijo que sabía muy bien lo que hacía. Había conseguido que se relajara con él y ahora le había puesto entre la espada y la pared.

—No quiero seguir escuchando.

—No lo niegas.

—Claro que lo niego, joder.

Gonzalo disfrutaba escuchando, pero se cansó de perder el tiempo.

—Me importa una mierda que pasaras hierba, pastillas o lo que coño hicieras, pero sabes lo que le pasó a Fito, y si no nos los dices pronto, alguien más va a morir.

José agachó la cabeza y dudó unos segundos antes de empezar a hablar.

—Fito me dijo que lo siguiéramos cuando le hizo el encargo.

El golpe en la mesa retumbó en la sala.

—¿Qué coño te pasa? ¿Cuándo nos lo ibas a decir?

—Tengo miedo. He hablado y mira lo que está pasando.

—Eres sospechoso de asesinato —dijo Gonzalo, con gesto de estar hablando con un imbécil—. No creo que callando vayas a salir mejor parado.

—No he tocado ese ordenador. Me la están jugando, ¿es que no lo veis?

—¿Dónde fue ese hombre, y por qué lo seguisteis?

—A Fito le sorprendió lo que estaba pasando. Quería saber quién era.

—¿Y? —Gonzalo tenía que sacar palabra a palabra.

—Salió de la ciudad. Vivía en una casa apartada.

—¿Dónde?

Carla notó que Gonzalo estaba nervioso y que le iba a arrancar la cabeza si no lo decía de inmediato.

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas? Todo esto es absurdo.

—No lo sé seguro, pero…

Carla captó su sufrimiento y le dio el empujón que le faltaba.

—Te vamos a proteger. Dímelo.

Se colocó las manos en su cabeza y soltó el aire con la intención de acabar de una vez.

—No sé cómo se llama el pueblo, pero sé cómo ir.

—Gonzalo, tenemos que sacarlo y que nos lleve.

—No podemos sacarlo de aquí.

—¿Ahora vas a acatar las normas? Hazlo.

Tardó unos segundos.

—En marcha.

32
¿Por qué no dijiste nada?

La situación había cambiado por completo. Un interrogatorio rutinario se había transformado en un cambio repentino de los acontecimientos. Las caras de cada uno de ellos transmitían sentimientos muy diferentes. Gonzalo podía ver en Marcos una victoria. Había accedido a ir a ayudar y, cuando parecía que ese chico no iba a hablar, intervino para poner la primera piedra. Carla no podía parar de agitar la pierna, impaciente por saber a dónde los llevaba, y miraba a Gonzalo, que no abrió la boca en todo el trayecto, con la mandíbula tan tensa como un cepo que acaba de saltar.

Una escena de lo más extraña.

José iba indicando el camino. Los nervios comenzaron a crecer al internarse en un embotellamiento. Gonzalo salió del coche para ver lo que ocurría. Un accidente entre dos vehículos bloqueaba la calzada y no tenía más opción que esperar. No ayudaría enseñar la placa ni poner las luces del coche. Volvió a ocupar su asiento hasta que despejaron la zona y pudo moverse.

Salieron de la ciudad y cogieron la carretera que los llevaría a su destino. Todo era normal hasta que José movió el brazo para tomar la siguiente salida. Gonzalo torció el gesto y miró a su compañera, pero no dijo nada. Continuó hasta llegar al pueblo y, de nuevo, volvió a indicarle por dónde debía ir.

Gonzalo repitió el gesto.

Se internaron en un camino de tierra y José dijo que pararan.

—Llegamos hasta aquí. Es esa casa.

Carla se dirigió a él y le hizo una pregunta.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

Marcos los miró, asustado.

—¿Viniste hasta aquí? ¿Estás seguro?

—Ya os lo he dicho. Llegamos hasta aquí, pero no podíamos hacer nada más, así que nos fuimos.

Carla volvió a intervenir, ante el desconcierto.

—¿Qué vehículo llevaba?

—Una furgoneta.

—¿Qué marca? ¿Viste la matrícula?

—No entiendo de furgonetas. Creo que era una Volkswagen, de

esas que se ven a menudo. No nos fijamos en la matrícula. Al menos, yo no lo hice.

Gonzalo seguía con gesto serio, sin decir una palabra.

Carla siguió preguntando.

—¿Lo viste entrar en la casa?

—Sí. Aparcó la furgoneta y entró.

—Y os marchasteis —aseguró.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? No sé ni por qué fui a acompañarlo. Le dije que no tenía ningún sentido, y ahí se acabó todo. Vi que no era así cuando Fito despareció.

—Pero, aun así, él siguió adelante con el encargo.

—Al final, siempre crees que no va a pasar nada. Creía que se iba a arrepentir si no hacía el trabajo. Lo único que había pasado era que le habíamos seguido hasta su casa. En ese momento, no significaba otra cosa.

Marcos seguía en un estado catatónico, agitó la cabeza y se dirigió a José.

—No entiendo muy bien una cosa —expuso, mirando a sus compañeros—. Acompañaste a Fito hasta aquí, pero no tendría sentido que te hubiera ido a buscar a casa antes. Lo habría perdido.

—Lo acompañé al encuentro que habían pactado. Fue la única vez que quedaron.

—¿Cómo contactaron para ese encuentro? —preguntó Marcos.

—Ya les dije —señaló a Carla y a Gonzalo—, que le contactó por correo electrónico. Lo tenía informado en su página web.

Carla lo corrigió.

—Nos han comentado que en su buzón no encontraron ningún correo, ni llamadas, ni nada.

—No leí el correo, pero es lo que me dijo. No he comentado tantas cosas porque no quería meterme en líos, ya se lo he dicho antes.

—Lo has dicho muchas veces, pero es que me cuesta creer que viniera a esta casa.

—Pues es como lo estoy diciendo.

—Si es así, deberías haberle visto la cara.

—Me quedé en el coche. No pude ver nada.

—Se reunieron, le dio los lienzos sobre los que debía pintar y cada uno se dirigió a su coche. ¿Es así?

—Sí. En un primer momento, lo acompañé porque no se fiaba. Fito me dijo que el hombre esperó a que él se marchara, y eso tampoco le dio mucha confianza, pero Fito se escondió detrás de algo y le vio meterse en una furgoneta. Vino corriendo hasta el coche, para no perderlo, y lo seguimos.

—¿No os vio? —preguntó Carla.

—Creo que no.

—Vuelve a mirar la casa, por favor.

José extendió los brazos como si no pudiera creerlo.

—Estoy contando todo. ¿Por qué iba a mentir en esto? Paramos el coche justo donde estamos ahora, nos quedamos menos de un minuto y nos fuimos.

Gonzalo permanecía mudo y Carla había tomado el mando.

—No tiene sentido que lo siguierais. ¿En qué coño estabais pensando?

—Por si acaso. Fito quería saber quién era ese tío.

—Entiendo que te pidió que lo acompañaras para poder contarlo si a él le pasaba algo —Marcos quiso dejarle claro que Fito lo habría querido así.

—Lo sé. No he hecho lo que debía, pero el miedo hace que te bloquees. Ya he dicho que siempre piensas que no va a pasar nada. Fito quería hacer el trabajo y terminar rápido, y después de su desaparición, yo no tuve agallas para decirlo.

—Pensaste que iba a cobrar el día en el que desapareció. ¿Por qué no te ofreciste a acompañarlo?

—No estoy seguro de que fuera a cobrar ese día. Tan sólo es lo que me pareció.

—¿No estabas preocupado por él? Te fuiste a correr dos horas. Lo lógico es que estuvieras pendiente.

—No lo pensé hasta que vi la nota.

—Y no dijiste nada. Es alucinante. Sabías dónde vivía ese tipo y no lo dijiste —Marcos lo repetía porque no podía creerlo.

—No quería ser el próximo.

Gonzalo abandonó su letargo, salió a la calle y de espaldas al coche, miró al cielo.

—Es suficiente. Seguirás en prisión preventiva hasta que pasen las setenta y dos horas. No quiero que hables con nadie más. Si tienes algo más que decir, preguntas por mí, por nadie más. ¿Lo has entendido?

No entendía nada, pero no tenía muchas opciones en ese momento.

—Claro.

—Vámonos.

—Espera un momento —interrumpió Carla—. Necesito hablar contigo un momento. Marcos, ¿puedes quedarte con José hasta que volvamos?

—No hay problema.

Dieron paso tras paso, hasta alejarse del vehículo, y Carla se atrevió a preguntar.

—Dime lo que está pasando.

—No lo sé.

—Te has quedado callado desde que hemos llegado. Lo has hecho mucho antes, cuando viste a dónde nos llevaba.

—Lo sé.

—Pues dime algo. Creo que debo saber de qué va todo esto.

—Di lo que estás pensando —Gonzalo no la miraba a la cara—. No te lo quedes dentro.

—No estoy pensando nada y lo estoy pensando todo. No entiendo nada.

—Es mi casa.

—Lo sé, por eso te pregunto. Ese tío al que siguieron fue a tu casa. ¿Por qué?

—Se sentiría más cómodo.

—Contesta sin esconder las respuestas. Ya no me vale.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Sabes más de lo que dices. Si no fuera así, habrías explotado contra José. Nos vamos conociendo. Hay muchas cosas que me han sorprendido —pensó en lo que había visto en su casa, cuando Gonzalo le dijo que no fisgara en sus cosas—. Necesito una explicación.

—¿Vas a contar algo a Ituarte o a Bruno?

—Depende de lo que me cuentes.

—No te puedo contar nada. Lo siento, pero no es lo que parece.

—¿Qué es lo que parece? Dime algo y no tendré que sacar mis propias conclusiones.

—Dímelo tú. Eres quien me está acusando.

Carla sentía que hablaba a una pared.

—¿Te parece que te esté acusando? Sólo te pido respuestas concretas.

—No las tengo.

—Como quieras. Vamos a comisaría.

Volvieron al coche y Gonzalo paró en seco a un metro de José.

—¿Qué día pasó lo que acabas de contar?

—Era domingo.

—¿A qué hora?

—Sobre las doce o la una del mediodía. Más o menos.

Se dio la vuelta para hablar a Carla y volvieron a separarse.

—Los domingos me voy al monte con el perro, por eso no ladró.

—No te ha dicho que hubiera perro ni que no hubiera ladrado.

—Si hubiera ladrado, José nos lo habría dicho. El perro habría ido directamente a por él y no habría podido entrar en casa.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Vete a la mierda.

Carla negó con la cabeza. Si le estuviera pasando a ella, intentaría demostrar que nada era lo que parecía, pero Gonzalo seguía

sin dar señales que la permitieran darle un voto de confianza.

—¿No notaste las marcas de otros neumáticos? Eres policía, y sé que te fijas en todo.

—Si lo hubiera notado, habría hecho algo.

—¿Tienes cámaras en tu casa?

—No, nunca me han hecho falta. Hasta ahora, por lo que parece.

—Dices que tienes un laboratorio policial donde puedes sacar huellas, triangular teléfonos y a saber qué más, pero no tienes cámaras.

—Veo que lo has pillado a la primera. Te felicito.

—Intento ayudarte, aunque no lo quieras ver.

—No puedes ayudarme. Vámonos ya. Sólo te pido que no digas nada hasta que yo te diga que lo hagas. Te lo pido como un favor.

—Cuando uno pide algo, debe plantearse si lo merece. No puedes pedirme que no diga nada cuando no me das razones para que pueda confiar en ti. Creo que te estás equivocando.

Gonzalo no respondió. Parecía que se pertrechaba aún más bajo su capa de invisibilidad.

Ella no sabía qué hacer. Todo era demasiado extraño, y su compañero transmitía un halo difuso que no sabía interpretar. Miraba a Marcos y sabía que había decidido callar desde que vio que era la casa de Gonzalo. No era policía y era su amigo, pero le gustaría conocer lo que le pasaba por su cabeza.

—Déjame pensar. Estoy muy confundida.

—Si dices algo, quiero saberlo de antemano. Sé que te costará mantener la boca cerrada, pero hay cosas que no se pueden explicar. A veces, cuando te piden que no hagas preguntas, es mejor dejarlo pasar.

—Es muy fácil decirlo, pero para que confíen en ti debes demostrarlo.

—Está en tu mano. Vámonos.

Subió al coche, esperando a que subieran los demás.

José entró a continuación y su cara desprendía que estaba más perdido que el resto. No entendía por qué no entraban en esa casa, interrogaban a ese hombre y lo detenían, como habían hecho con él. Sin embargo, nadie se acercó a la vivienda, subieron al coche y volvieron a comisaría.

33
Si hay algo que quieras decirme…

La vuelta a Burgos se saldó con un silencio absoluto. Debían explicar a Bruno lo que había ocurrido, e iba a ser difícil guardar silencio. Parecía que Carla todavía no lo hubiera decidido, y que Marcos no quisiera dar un paso en falso. Por eso, se quedó esperando a Gonzalo en la cafetería.

—Pasad —dijo Bruno—. ¿Cómo ha ido?

Carla mantuvo el silencio, esperando a escuchar cómo Gonzalo podía explicarlo. No le gustó lo que dijo.

—Nos ha llevado a una casa abandonada. O se ha confundido de casa, o nos está mintiendo, o ese hombre sabía que le estaban siguiendo y les mostró a Fito y José el sitio equivocado.

—¿Qué pensáis de todo esto? ¿Creéis que José está implicado?

Carla no quería hablar, pero tampoco quería mantenerse al margen después de la mentira que le acababa de contar.

—No sé quién puede estar implicado y quién no. No sé quién dice la verdad o se calla parte de ella.

Bruno abrió los ojos, con sorpresa.

—¿A qué te refieres con que no sabes quién dice la verdad? ¿Seguimos hablando de José?

Luchó contra ella misma para no seguir por ese camino, aunque le estaba costando demasiado.

—Es una forma de hablar. No veo que José se lo esté inventando. Es sólo intuición, pero me ha parecido que decía la verdad, aunque sólo sea por esta vez.

—¿Tú qué piensas, Gonzalo?

—Yo no lo tengo tan claro. Nos ha mentido desde el principio. A nosotros; a los que comenzaron a investigar; a los padres de Fito y a todo el que se le pusiera por delante. Para colmo, nos lleva a una casa en la que no vive ese tío, y desde que él está retenido, no ha vuelto a pasar nada.

Carla volvió a intervenir.

—Todos mentimos alguna vez, ¿verdad?

Bruno sentía que ocurría algo que no le habían contado.

—¿Me vais a decir qué coño está pasando?

—Nada en absoluto. Carla no está pasando un buen día. Debe ser que echa de menos a su novio.

—¡Cállate, coño! —gritó Carla—. No quieras empeorar las cosas.

—Lo siento. Sólo era una broma.

—Estoy harta de tus bromas.

Dio una patada a la papelera y se marchó del despacho.

—¿Qué pasa? —Bruno sabía cómo era Gonzalo, pero desde que llegó Carla, todo había sido diferente—. La cosa iba bien con ella.

—Todo va genial, no te preocupes. Deja que yo lo arregle. Vamos a apurar la retención de José todo lo que podamos.

—Está bien. Si hay algo que quieras decirme…

—Lo haré.

Salió del despacho y se dirigió a la cafetería donde le estaba esperando Marcos.

—¿Ha dicho algo? —le preguntó.

—No. Se ha liado a leches conmigo, pero no ha contado nada.

—¿Qué está pasando?

Gonzalo no respondió a la pregunta, pero quería saber lo que opinaba Marcos.

—¿Vas a contárselo? Es tu amigo.

—Tú también eres mi amigo, pero creo que deberías decírselo tú mismo. Sabes que te va a apoyar, pase lo que pase.

—¿Crees que tengo algo que ver? Eres un cerebrito.

—Si lo pensara, no estaría hablando contigo, sino con Bruno, pero no entiendo lo que acaba de pasar.

—Yo tampoco. No puedo darte una explicación. Lo único que sé es que ese día no estaba en casa.

—¿Tienes cámaras?

—Otro con lo mismo. No necesito cámaras.

—Te habrían venido al pelo.

—Pues es lo que hay. Está mintiendo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque lo ha hecho desde el principio. No parece tan descabellado.

—No hablaste desde que tuviste claro hacía dónde iba. ¿Por qué? Eso sí pude diferenciarlo. No reaccionarías así.

—No quiero que te metas en mi cabeza. No te di la oportunidad de trabajar con nosotros para eso. Quiero que me ayudes, y me estás juzgando. Tienes dos opciones. La primera es olvidarte de lo que ha pasado hoy, y la segunda hablar con Bruno. Si lo haces, sólo conseguirás que me aparten del caso y muera más gente. Carla y tú tenéis que pensar lo que vais a hacer.

—Me has metido en todo esto. Lo mínimo es que me lo expliques para que pueda darte una opinión. Siento que escondes algo, y así no

puedo trabajar.

—¿Crees en las casualidades?

—¿Qué?

—Es una pregunta simple. Debería haber una respuesta simple.

—No, no creo en las casualidades como concepto, al menos taxativamente.

—Yo tampoco, pero pienso que las casualidades pueden creer en ti.

—No entiendo ni una palabra.

—Las cosas pasan porque tienen que pasar, y puedes creer que la casualidad ha tenido algo que ver, pero en realidad pasan porque has tomado una decisión, como, por ejemplo, ir a la derecha en lugar de la izquierda, o ir a comprar andando en lugar de hacerlo en coche. Todo eso cambia lo que pueda pasar y no podemos llamarlo una casualidad. Cuando la casualidad comienza a creer en ti es porque lo que has hecho se está cebando contigo. Se juntan para darte un mensaje.

—Me he perdido.

—No importa. Ya lo entenderás.

34
No estaba en mi casa

Aquella tarde, ocurrió algo que habían temido desde que encontraron la cámara en los asesinatos de Silvia y Luis. Los acontecimientos parecían solaparse, sucediendo con poco espacio de tiempo entre uno y otro.

La mayor parte de la prensa se había hecho eco de una noticia impactante, pero lo más inesperado fue que se basaran en la información de un blog anónimo.

Las tertulias se surtieron de las imágenes para llenar espacios de opinión sensacionalistas. No tenían más material que el que mostraba aquel blog. No había comentarios, ni opiniones. Tan sólo imágenes divididas en fragmentos. Sin duda, el asesino mostraba lo que quería.

El primer fragmento constaba de lo ocurrido en el momento en el que llegaban los primeros agentes. Acordonaban la zona y esperaban a que acudiera la caballería.

En el segundo, aparecía Gonzalo. Miraba cada detalle y se agachaba para ver la escena casi de rodillas. Carla vio que no paraba de mirar hacia todos los lados, como si estuviera nervioso.

El resto de fragmentos transmitieron las escenas hasta que se llevaron los cuerpos.

—Saltó la bomba —dijo Gonzalo.

—Lo que más me sorprende es el título que aparece en cada vídeo —añadió Carla.

—¿*La muerte en un lienzo*? Quiere hacerse notar.

—Pero no entiendo lo que gana con esto. ¿Publicidad?

—O quiere publicidad, o nos estamos acercando y quiere que nos releven del caso. Lo que es seguro es que a los de arriba no les gusta que se ventile la mierda, y ahora que es de dominio público, querrán que se acabe cuanto antes. También cabe la posibilidad de que nos esté mandando un mensaje.

—¿Cuál?

—Algo que sólo nosotros podamos entender.

—Yo no lo entiendo.

—Al tiempo. Seguro que acabamos entendiéndolo. ¿Por qué crees que no ha sacado la secuencia al completo?

—No lo sé.

—Porque no quiere que se vea algo. Está mandando un mensaje

muy claro.

No paraba de mover la cabeza hacia adelante y después hacia atrás. A Carla le dio la sensación de que sabía de lo que estaba hablando.

—No te sigo.

—Algo que le comprometa; algo que pueda comprometer su plan; algo que…

No continuó la frase.

—¿Estás improvisando o sabes algo que yo no sepa?

Mientras lo miraba, intentaba analizarlo.

—Yo nunca improviso. ¿Por qué fue a mi casa cuando lo siguieron?

—¿Qué crees tú? Te ha salpicado directamente.

—Pero no me ha mojado. Todo tiene su sentido.

—Nunca había hablado con alguien que tenga una respuesta para todo y parezca que esté respondiendo a otra cosa.

—Es interesante, ¿verdad? Gracias.

—No era un cumplido.

—Por supuesto —guiñó un ojo—. Me largo.

—Espera. No te puedes ir así y no explicarme nada. Pasa algo y necesito saberlo.

La miró y omitió responder. Se marchaba de nuevo.

Comenzaba a ser costumbre que Gonzalo desapareciera en los peores momentos, pero la filtración a la prensa iba a hacer mucho daño, e incluso corrían el riesgo de que les quitaran el caso. A Carla le sorprendía que Gonzalo no reparara en ello, sobre todo teniendo en cuenta que, si el caso cambiaba de manos e interrogaban a José, su nombre saltaría a la palestra y le harían pedazos.

No entendía por qué iba a ayudarlo, pero sentía la necesidad de darle otra oportunidad para explicarse. Lo llamó, pero no recibió respuesta.

Por segunda vez, iba a presentarse en su casa sin avisar, pero no tenía el mismo miedo que la otra vez. Podía ser irresponsable debido a los últimos acontecimientos, pero estaba dispuesta a confiar en él.

Dejó el coche en el mismo sitio que la vez anterior, aunque esta vez pronunció su nombre en alto para que pudiera escucharla. Oyó el ladrido del perro en el interior, pero Gonzalo no salió. Carla llamó a la puerta y se asomó a la ventana que había a la derecha. A los pocos segundos, vio cómo Gonzalo subía por la trampilla y la cerraba inmediatamente.

Abrió la puerta.

—¿Qué coño haces aquí?

—Te he llamado.

—Cuando no te cogen el teléfono puede ser por dos razones.

—¿Cuáles son esas dos razones?

Esperaba alguna respuesta contundente y no la defraudó.

—La que te tiene que interesar es que no me sale de los cojones. Estoy ocupado.

Carla pensó que él no se encontraba en posición de enfadarla. Sentía que, a medida que avanzaba el tiempo, lo conocía un poco menos, y le sorprendía que no intentara rebajar los ánimos y la empujara a delatarlo.

—No me voy a ir de aquí. ¿No te importa que lo haya filtrado?

—Era lo esperado. No entiendo por qué no lo ha hecho antes, pero ahora eso ya no importa.

—Aun así. Nos pueden apartar del caso. Sabes lo que eso significaría para ti.

—Lo sé. No creas que no lo tengo cuenta.

—Pero no te importa. Al menos es lo que parece.

—Claro que me importa.

Carla tuvo que coger aire para intentar relajarse.

—¿Puedo pasar?

Dudó por un instante y la invitó a hacerlo.

—No lo entiendes. No entiendes nada.

—¿Por qué no me lo explicas? ¿Qué hacías ahí abajo? —señaló a la trampilla.

—Trabajar.

—Somos compañeros. Dime en qué trabajas y podré ayudarte.

—Estoy intentando saber quién filtró el vídeo.

—Es un blog anónimo.

—Ya lo sé. He accedido a la página. Se creó desde ese ordenador.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no se lo han enviado. Lo han colgado directamente. No lo entenderías, pero sé lo que estoy haciendo.

Mientras lo escuchaba, recordó que cuando encontraron la cámara en el árbol hizo muchas preguntas al informático que les ayudó.

—¿Por qué llamaste a un compañero para que accediera al ordenador de Fito? Por lo visto, sabes hacerlo perfectamente sin ayuda de nadie.

—No estaba en mi casa. No tenía medios.

—Nos hiciste creer que no sabías nada de informática.

—Puede que lo quisieras creer. Necesitaba información en ese mismo momento, y debía conseguirse por cauces legales. No tengo por qué darte tantas explicaciones.

—No estoy de acuerdo. Creo que me las merezco.

—¿Qué quieres de mí? No lo jodas todo y espera.

Lo ignoró.

—¿Puedo bajar? —volvió a señalar a la trampilla. La observó y vio que era de metal. Había algo que le llamó la atención—. ¿Qué es eso?

—Un sistema de seguridad. Para desbloquearlo hay que introducir un código. No quiero que caiga en malas manos.

—Yo tendría cámaras arriba por si alguien quisiera abrirlo.

—Sólo se puede abrir con el código. Tranquila, es muy seguro.

—Te he preguntado si me enseñas lo que tienes ahí abajo. Es una respuesta sencilla.

—La ausencia de respuesta suele indicar una negativa.

—Quieres que confíe en ti, pero no me das razones para que lo haga —chascó la lengua—. Vuelvo a comisaría. Cuando quieras volver al caso, sólo tienes que aparecer.

No se inmutó.

Carla caminó hacia la salida y miró a la pared. Bajó la vista y volvió a alzarla. Un espasmo sacudió su cuerpo. Vio a una mujer fotografiada y su mente se puso a funcionar. No podía creerlo. Dio media vuelta mientras caminaba, clavando sus ojos en Gonzalo. Él se dio cuenta que había visto la foto y su cara se contrajo, pero no dijo nada. Ella sentía que el calor subía por todo su cuerpo y le provocaba una quemazón penetrante. Volvió a mirar de reojo y comprobó que lo había visto bien.

Esperaba que Gonzalo no se diera cuenta de lo que estaba pensando.

Sabía que no debía preguntar, pero lo hizo.

—¿Quién es esa mujer?

—Es mi madre.

—Era muy guapa.

—Así es. Lo era.

—¿Qué pasó exactamente? Siento preguntarlo, pero así te conocería un poco más. Puede que sea lo que te hace ser tan distante. Sé que me vas a llamar psicóloga, o cualquier otra cosa de esas que se te ocurren, pero no sé trabajar sin saber con quién lo estoy haciendo. Necesito conocerte y me lo estás poniendo muy difícil. Entre compañeros no debe haber tantos secretos.

—Creo que ya te lo dije. Recuerdo esa conversación en el coche. Me abrí por completo y tú me lo agradeciste. No sé qué es lo que ha cambiado.

—Me dijiste lo básico, pero me gustaría saber cómo ocurrió. Entiendo que te duela hablar de ello, pero me sorprende que un tipo tan duro como tú sea incapaz de transmitir lo que le ocurre.

—Lo que acabas de decir es contradictorio, creo yo. El pasado es

pasado y es mejor no removerlo. Hay que centrarse en lo que viene por delante, no en lo que ya no puedes hacer nada.

—Seguro que no lo comentas con nadie. Te puede venir bien sacarlo. Hazlo conmigo, por favor.

No sabía por qué le estaba diciendo esto, y menos aun cuando acababa de ver algo sorprendente, pero era lo último que podía intentar antes de hacer lo que debía. Necesitaba una explicación para que le impidiera dar un paso que sería irreversible.

—Tengo gente con quien hablarlo. Ya no está con nosotros, y eso es todo.

Mientras hablaba, Gonzalo apartó la vista y se dio la vuelta, momento que Carla aprovechó para mirar todas las fotos. Parecía quererla mucho, a juzgar por la cantidad de fotos que había en la casa. Su padre no tenía ese honor.

Esa mujer llevaba puestos unos pendientes que había visto antes. Estaba segura. Una de las víctimas llevaba uno igual cuando murió. El mismo que desapareció y, como por arte de magia, apareció después bajo su cuerpo. Era inconfundible el círculo rojo con piedras moradas que colgaba de una pequeña cadena. Sabía que Gonzalo se había dado cuenta, y cobraban fuerza las dudas que había tenido durante el último día. No podía ser casualidad que José hubiera identificado su casa cuando lo siguieron, y que el pendiente fuera el mismo. Le acababa de dar una oportunidad y no la había aprovechado.

Salió de la casa y subió a su coche, mientras Gonzalo la miraba desde el rellano.

No paraba de hacerse preguntas. *¿Por qué llevaba el mismo pendiente? ¿Por qué se lo quitaría? ¿Por qué apareció de pronto? ¿Por qué iba a hacer algo así?* No tenía respuestas, pero el cuerpo le temblaba, impidiendo que condujera normalmente.

Su mente intentaba sacar las conclusiones correctas. No quería creer lo que creía, ni quería sentir lo que sentía, pero todas esas coincidencias; la forma de ser de Gonzalo; las respuestas orquestadas para darle la vuelta a cualquier conversación. Todo junto, le pedía correr y decir hasta la última palabra al comisario.

Notó que el pulso se le había acelerado, y arrancó de inmediato para salir disparada de allí. Las ruedas traseras derraparon levemente y provocaron que la tierra se levantara y dejara una polvareda que hizo que Gonzalo desapareciera de su vista a través del retrovisor.

Consiguió dejar atrás el camino y se introdujo en la carretera. La falta de luz y el tráfico inexistente le hacían tener una sensación algo extraña.

A los cinco minutos de salir de allí, un coche se acercó demasiado. No le dio demasiada importancia en un primer momento, suponiendo que la iba a adelantar y pasaría de largo, pero pronto se

dio cuenta de que estaba equivocada. Pensó en que se había equivocado al no llamar a comisaría nada más salir de la casa de Gonzalo. Debía haberse marchado sin volver a dirigir la vista a la foto en la que su madre llevaba los pendientes. Ya no tenía ninguna duda de que Gonzalo se había dado cuenta. Se arrepentía de haberle dado una oportunidad y lo iba a pagar caro.

Con la luz que proyectaba, no podía ver ni el tipo de vehículo que era, ni la matrícula. El miedo y la pena se mezclaban en su cabeza. No quería creer que su compañero fuera una persona tan distinta a la que ella se había querido imaginar. En esa misma casa, le había dicho que las personas no siempre son lo que parecen, y ahora entendía lo que le había querido decir. No podía negar que había recibido señales, pero no las había querido o no las había sabido interpretar. Según lo pensaba, se daba cuenta de que era lo primero.

Sintió el primer toque por detrás y el corazón le palpitó como si fuera a salir de su cuerpo. Vio cómo las luces se alejaban y en un instante volvían a acercarse. No tardó en recibir un segundo impacto, esta vez más agresivo. Era noche cerrada y le costaba seguir mirando la carretera y a la vez intentar alejarse del vehículo. Lo conseguía por momentos, pero volvía a acercarse.

Recibió un nuevo golpe, más fuerte aún que el anterior, lo que provocó que estuviera a punto de salirse de la carretera, pero con destreza consiguió reconducir el vehículo. Miró por el retrovisor. No había escapatoria hasta que llegara a la circunvalación, y en ese momento no era capaz de calcular los kilómetros que restaban para que eso ocurriera.

Le hubiera gustado ir al volante de un coche patrulla para oponer más resistencia, o mejor aún, más velocidad para escapar, pero su cacharro tenía menor potencia y era incapaz de despegarse. Sabía que estaba perdida.

Intentó una maniobra de distracción y cambió de carril bruscamente para frenar de golpe. Lo había aprendido en la academia, pero temía que no llevara el coche adecuado para hacerlo. Respiró al ver que lo había conseguido y los frenos respondían. El otro vehículo pasó de largo y, de un volantazo, Carla derrapó para dar una vuelta de ciento ochenta grados. Parecía que su bien llamado utilitario se iba a destartalar, pero no tenía más opciones. Aceleró a fondo mientras miraba por el retrovisor y la desesperación volvió a atraparla. El perseguidor iba ganando metros rápidamente y lo tendría pegado a su culo en unos segundos.

No había reparado antes en ello, pero en esos segundos en los que no había llegado a alcanzarla de nuevo, ordenó a gritos el número de teléfono de Bruno. Los tonos se hicieron eternos hasta que le cogió el teléfono.

—Hola, Carla, dime.

—Me tienes que ayudar.

Hablaba tan alto que Bruno acabó adoptando el mismo tono.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Me están siguiendo e intentando sacarme de la carretera. ¿Qué hago?

—¿Dónde estás?

—Vengo de casa de Gonzalo. Iba a comisaría, pero ahora voy en dirección contraria. He tenido que esquivarlo, pero ya está aquí otra vez.

En ningún momento le trasladó las sospechas que tenía de Gonzalo. Puede que no tuviera tiempo de hacerlo o que en ese momento fuera irrelevante. En realidad, ni se le pasó por la cabeza. Lo único que quería era despegarse de ese coche, porque sentía el miedo a vivir sus últimos segundos. Nunca había pasado por algo así, y supo que esa sensación era peor de lo que podría haber imaginado.

Bruno gritaba al otro lado del teléfono.

—Dime el kilómetro.

—No lo sé. No veo nada. Me va a sacar de la carretera.

Un nuevo impacto le produjo un crujido en el cuello. Quedó dolorida, pero no era el momento de quejarse. En pocos segundos lo había olvidado.

—Voy a intentar localizarte. Aguanta.

—No hay tiempo. Me va a matar.

Los gritos se convirtieron en llanto.

—¿Le has visto? ¿Le has visto la cara? ¿El coche?

Bruno no pensó en que eso no importaba demasiado cuando su compañera estaba en peligro.

—No, no le he visto. No he visto el coche ni su puta cara, pero…

—Pero ¿qué? Dime algo.

Las lágrimas, la ausencia de luz y el último golpe, fueron definitivos para que no tomara bien la curva. El coche se salió de la carretera, saltó los dos metros de desnivel que la separaban del campo, y dio varias vueltas de campana.

El otro vehículo se detuvo en seco y permaneció parado durante unos segundos, hasta asegurarse de que no escuchaba nada. En esa zona, sólo se oía el silbido del aire, y hasta el momento, no se había cruzado con ningún otro coche. Se incorporó de nuevo a su carril y se marchó.

35
Me equivoqué contigo

Abrió los ojos por primera vez en el hospital. Había permanecido inconsciente tres horas, con la ayuda de sedantes para asegurarse de que no tenía lesiones cerebrales.

Pocos minutos después de que se hubiera situado, entraron sus padres en la habitación. Su madre se puso a llorar y la abrazó.

—Mamá, me haces daño. Tranquila, que estoy bien.

—¿Qué ha pasado hija?

—Un accidente. Ha venido el doctor y me ha dicho que no tengo nada roto. Sólo contusiones fuertes.

—Ha sido un milagro —sonó la voz de Gonzalo desde la puerta.

Carla lo miró y no dijo nada.

—Vas a venir a casa unos días —dijo su padre—. Hasta que te recuperes.

Carla sonrió.

—Gracias papá, pero tengo un caso gordo que no puedo dejar ahora.

Volvió a mirar a Gonzalo y este no dudó en intervenir.

—No te pases. Tienes que descansar y recuperarte.

—Sé cuidarme sola. No necesito que me digas lo que debo hacer.

El padre se quedó sorprendido.

—Tiene razón, hija. Has tenido un accidente. Mírate. Tienes moretones por toda la cara.

—Veo que estás bien. Me alegra mucho —fue lo más tierno que había escuchado de su compañero. Hasta el tono transmitía ternura—. Os dejo solos y ya hablamos mañana. Duerme bien, charlaremos tranquilamente. Creo que ha llegado el momento.

El gesto que realizó la dejó paralizada. Un dedo en su boca indicaba que guardara silencio, pero acompañó sus palabras de una cara de pena. No sabía si había sido una amenaza, pero fue incapaz de decir nada. Se sentía estúpida, pero algo dentro de ella le impedía hacer lo que debería haber hecho en su momento.

Gonzalo se marchó sin recibir una respuesta.

—He llamado a Iván —le dijo su madre—. Espero que no te importe.

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso?

—Nos lo hemos encontrado dos o tres veces, y siempre ha

preguntado por ti.

No les había contado la razón por la que no se casó con él, y ahora veía que había sido un error.

—No forma parte de mi vida. No tenías que haberlo hecho. ¿Por qué siempre te metes en mi vida y no me dejas a mí tomar mis propias decisiones?

Según lo decía, se daba cuenta que podría ser recomendable que alguien decidiera por ella. No era su momento más lúcido.

—Lo siento, hija. Parece que he metido la pata.

—No importa. Ya está hecho.

Media hora más tarde, reaccionó al ruido de unos nudillos golpeando la puerta.

—Hola, Carla.

Sus padres la miraron y salieron de la habitación para dejarles intimidad. Su madre se encogió de hombros, recordando la reprimenda que había recibido por hacer la llamada equivocada, pero ya no había remedio.

—¿Qué haces aquí? —dijo Carla con tono seco. Fue todo menos una pregunta.

—Estaba preocupado.

—Ya te puedes quedar más tranquilo. Estoy como una rosa.

—A mí no me parece que estés muy bien, aunque podrías haberte matado.

—Lo sé. Estaba allí.

No sabía qué decir y pasó a los tópicos.

—El grupo te echa de menos. Creo que hablas con alguno de vez en cuando.

—Hablo con todos menos contigo. ¿Qué tal te va? ¿Bien? Me alegro.

Iván captó que no le interesaba demasiado la respuesta que pudiera darle. Ya lo respondía ella sola, pero siguió intentándolo.

—Tirando. Arrepentido de lo que te hice.

—No te arrepentiste cuando lo hiciste.

—Lo sé. Todo el mundo se equivoca.

—Cuando uno se reitera en sus equivocaciones…

No acabó la frase, pero la acompañó de una subida de cejas muy descriptiva.

—Tienes razón. Fui un egoísta y no pensé en ti, pero ahora lo veo.

—¿Has venido a ver cómo estoy o a soltarme ese rollo?

—Yo no lo llamaría rollo, pero he venido a ver cómo estabas. Me quedé muy preocupado cuando me llamó tu madre.

—Fuiste detrás de mi madre, al igual que lo hiciste conmigo. No voy a negar que a calculador no te gana nadie. Quieres tocar todos los palos.

—No es así.

—¿Te ha dejado venir? ¿Me refiero al error?

Volvió a elevar las cejas.

—Ya no…

—Veo que te has quedado sin novia.

Agachó la cabeza.

—Me equivoqué contigo y con ella.

—¿Te ha puesto los cuernos?

A Carla le surgió una sonrisa.

—Me alegra que te alegre.

—Te lo mereces, qué puedo decir.

—Serán las cosas que debían pasar. Nunca es tarde para enmendar tus errores.

Esa frase provocó una carcajada de indignación.

—Hay que tener los huevos bien puestos para decir eso. Ahora me queda claro que no tienes ni vergüenza.

—No quería decirlo así, pero…

De nuevo no le dejó continuar.

—No importa lo que hayas querido decir. Tengo suerte de que la distancia me haya dado fuerzas para saber lo que quiero. Lo que está muerto no puede morir.

Sabía que le encantaba Juego de Tronos y quiso darle la puntilla con una frase como esa.

—De verdad que lo siento.

Carla dejó de reír por dentro y sacó a relucir su lado más humano. No quería perderse en el regocijo.

—Ya me has visto. Gracias por venir. Siento que me haya reído. No es de muy buen gusto y no quiero que nada te vaya mal, te lo juro, pero tampoco quiero que formes parte de mi vida, en ningún sentido.

—Me he hecho un viaje de dos horas y media. Déjame quedarme un rato al menos.

—Te lo has hecho porque has querido. No te lo he pedido. Además, tengo que descansar para ponerme a trabajar.

—¿Vas a ponerte a trabajar después de un accidente? Deberías tomártelo con calma. ¿Te han hecho pruebas?

— Me han hecho pruebas y no hay nada por lo que deba preocuparme. Por favor, cierra al salir.

Tras unos segundos sin moverse, él decidió marcharse.

—Mejórate. Me alegra haberte visto.

—Gracias. Adiós.

La mañana siguiente fue la peor que había vivido nunca. El efecto de los analgésicos iba desapareciendo, y le costó incorporarse para ir al baño.

Volvía a su cama y vio que Gonzalo se encontraba en la habitación. Estuvo a punto de gritar, pero no lo hizo.

—¿Qué haces aquí?

—Visitarte. ¿Qué voy a hacer?

—Podemos fingir que no sabemos lo que ha pasado.

—Me parece una buena idea.

Hizo un gesto con el brazo para soltar su rabia, pero pronto se dio cuenta de que el dolor que le producía era más intenso que tragarse su ira.

—¿Quién eres? ¿Has venido a asegurarte de que acabas el trabajo?

—Soy la persona que te ha metido en esto, supongo.

—Al menos, lo reconoces.

—No he venido a acabar nada, aunque entiendo que lo pienses. ¿Qué crees que viste en mi casa?

Gonzalo quería ir al grano.

—¿Tú qué crees? —respondió, devolviendo la pelota a su tejado.

—Creo que viste algo en una foto que te causó mucha confusión.

—No tenía duda. Eres muy observador.

—¿Y bien? Responde a mi pregunta.

—¿Y bien qué?

—Quiero saber lo que estás pensando.

—Pienso que estoy trabajando con un tío al que el posible sospechoso ha señalado directamente. Pienso que todavía no llego a entender lo que significa ese pendiente en la escena de un crimen. Pienso que has intentado matarme y no sé qué hago hablando contigo.

Gonzalo soltó una carcajada.

—Si pensaras que he intentado matarte, no estarías hablando conmigo.

—¿Qué significó lo de anoche, con el dedo en la boca, cuando te marchaste?

—Puede que te acojonara un poco más, pero sabía que esperarías a hablar conmigo.

—¿Qué está pasando?

—Yo no he intentado matarte. Quiero protegerte, y por eso no te he dicho nada. No sé quién quiso matarte, pero tiene que ver conmigo. Ya te dije que la filtración a la prensa llevaba implícito un mensaje.

Cada vez que hablaba, ella estaba más confusa.

Gonzalo acercó su mano y le mostró un pequeño círculo.

—¿Qué es eso?

—Un micrófono. Estaba en mi casa.

Se quedó petrificada.

—Cada segundo estoy más perdida. Te lo juro.

En ese instante, aparecieron sus padres y saludaron a Gonzalo.

—¿Está mejor? —dijo el padre.

—Tienen una hija fuerte.

Carla apretó los dientes. Siempre la trataban como si tuviera diez años.

—Estoy aquí. Sabré mejor que él cómo me encuentro.

Gonzalo sonrió, puso una mano en su rostro y dijo:

—Te lo explicaré todo. Te dejo con tus padres.

—No me jodas.

—Esa boca —dijo su madre, levantando el dedo.

—No se lo tengan en cuenta. Acaba de tener un accidente. Encantado de conocerlos.

Carla no pudo aguantar dedicarle una mirada amistosa al ver que no le habían cogido el tono.

Gonzalo se marchó agitando la mano.

—¿Quién es? —dijo su madre, con tono agudo—. ¿Es tu nuevo novio?

—No, mamá. Es mi compañero de trabajo.

—Parece un buen chico. Me ha caído muy bien.

—Ni es bueno ni es un chico. Me saca unos años y es un tocapelotas. Debes ser la primera persona a la que cae bien.

—Bueno, dime qué quieres desayunar, que voy a comprar algo. Necesitas recuperar fuerzas.

—No te preocupes, mamá. He pedido el alta voluntaria. Me iré en cuanto me la den, y ya me tomaré algo cuando salga de aquí.

—Tienes que descansar. No seas testaruda. Hija, siempre tienes que llevar la contraria.

Carla llevaba un tiempo sin verla y suspiró, al ver que su madre no iba a cambiar nunca. Sonrió para que no se llevara esa cara y pudiera marcharse tranquila, aunque sabía que, en una madre, eso era imposible.

—Te prometo que iré a haceros una visita en cuanto terminemos el caso. Ahora os tenéis que ir a casa. Estoy bien y no me va a pasar nada. Tendré mucho cuidado desde ahora.

Soltó frase tras frase como si hablara una máquina. Sabía que iba a insistir.

—Pero…

—Pero nada. A casa. Gracias por venir. Os quiero.

Esto último lo dijo cariñosamente y su padre negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa. Sabía que era imposible convencer a su hija, y sabía que era muy difícil deshacerse de su madre.

—Vámonos. Ya es mayorcita. Nosotros también te queremos.

Repleta de rituales

Hacía horas que Sofía y Fidel no hablaban. Las fuerzas habían llegado a un punto en el que les costaba caminar. No recordaban la última vez que habían comido, y Sofía era consciente de que el asesino no iba a necesitar drogarlos para llevárselos sin oponer resistencia.

Miró a la botella de agua. No podría decir cada cuánto tiempo las reponía. No había visto al hombre desde que se llevó a Luis y a Silvia. El miedo a vaciarla y que no volviera a beber provocaba que diera pequeños sorbos cuando sentía que la sed la devoraba. Soñaba con que acabara pronto. Le habría gustado ser la primera en salir de aquel lugar, aunque eso significara morir.

Escuchó de nuevo abrirse la puerta y no sintió miedo. Tan sólo alivio. Quería acabar con todo de una vez.

Ese sonido de las pisadas acercándose se había convertido en música celestial.

Sonrió. Al menos lo intentó.

Se levantó y agarró los barrotes sin apartar la vista. Quería llamar su atención, pero no dependía de ella. Los planes estaban trazados. El hombre pasó de largo y abrió la puerta de Fidel. A Sofía le habría gustado sentirlo por él, pero no fue así. Comenzó a llorar al comprender que iba a permanecer todavía más tiempo en ese sótano lúgubre.

—Mátame. Haz lo que quieras conmigo, pero no me dejes aquí otra vez.

Su desesperación creció al no escuchar respuesta. Fidel tampoco dijo nada. Quería escuchar la voz de su amigo por última vez, pero se dio cuenta que le había dormido. No volvería a relatar sus historias. A partir de ese momento, sólo quedaría en el recuerdo ese tono de voz amable. Sabía que Fidel se había desvanecido para siempre.

El cuerpo arrastrado emitía un sonido áspero por la fricción con el suelo. Lo colocó en su hombro como si fuera un saco de patatas y subió peldaño a peldaño hasta que la puerta se cerró y ella se dejó caer al suelo, llorando desconsoladamente.

Los altavoces de la furgoneta volvían a tronar con el segundo movimiento de la *Sonata nº11 para piano en La mayor* de Mozart. Su

vida estaba repleta de rituales, pero este era el más importante de todos. Todo lo que hacía iba dedicado a su madre.

El cuerpo de Fidel descansaba bajo una manta en la parte trasera. Era su tercer cuadro. Uno que causaría impacto.

A pesar de que, a esas horas de la noche, no había demasiada gente en la calle, era el más arriesgado de todos hasta el momento. Debía representar la escena de la forma más fiel que le fuera posible, para no defraudar a su madre. Debía hacerlo en la calle, en una zona iluminada, donde el cuadro luciera sobre todo lo que hubiera a su alrededor.

Restaban dos pinturas que representar y tan sólo quedaría culminar su obra con el último lienzo. Se le escapó una sonrisa. Una de las que dan felicidad y fuerzan a tu cuerpo a generar adrenalina.

Aparcó delante del lugar elegido. Bajó la ventanilla y se encendió un cigarro mientras oteaba la zona, para asegurarse de que nadie lo podía ver. Ojeó hasta la última ventana de las viviendas cercanas. No le hizo falta comprobar si había alguna cámara, porque ya lo había inspeccionado detenidamente con antelación. Era una zona sin sucursales bancarias ni comercios. Tan sólo era un barrio residencial, en el que el único peligro pasaba porque alguien pudiera verlo.

Se cubrió la cara antes de salir, tiró el cigarrillo por la alcantarilla para no dejar ninguna prueba inesperada, se puso los guantes y, encima del mono que cubría todo su cuerpo, se enfundó el abrigo.

Accedió a la parte trasera de la furgoneta, abrió las puertas y sacó el cuerpo de Fidel, perfectamente uniformado para la ocasión. A continuación, lo colocó al mínimo detalle. Tenía memorizado el cuadro desde hacía muchos años.

El último paso era otro de los rituales que había adoptado en los anteriores crímenes. Sacó un teléfono móvil de una bolsa, lo encendió y salió de allí a toda velocidad.

36
¿Qué se nos está escapando?

Todas las noches se dormía temiendo que se encendiera un teléfono y tuviera que salir corriendo, y todas las noches se resistía al sueño, pero Carla había cerrado los ojos como si fuera una niña pequeña tras un día muy ajetreado. Hacía mucho tiempo que necesitaba tan poco para dormirse, sin la necesidad de cerrar los ojos por completo.

No consiguió el alta médica hasta última hora de la tarde y, cuando llegó a casa, cayó rendida en su cama.

Había olvidado cambiar el tono de su teléfono y sintió todos los golpes del accidente repartidos por su cuerpo al sobresaltarse con la llamada. Era la tercera vez que le ocurría lo mismo y comenzaba a odiar esa melodía. En realidad, odiaba lo que estaba ocurriendo, pero sabía que faltaba muy poco para que llegara a su fin.

—¿Estás despierta? —escuchó la voz de Gonzalo al otro lado de la línea.

—Me acabas de provocar un dolor que no te puedes imaginar.

—No te quejes. Peor lo tiene el abuelo.

Elevó la vista al techo.

—Mierda.

—Nadie te iba a llamar, pero me lo habrías echado en cara. ¿Quieres que te vaya a buscar?

—¿En moto?

—No, he traído el coche. Estoy cerca de tu casa.

—No me podría subir a una moto y no tengo coche. Salgo en cinco minutos.

—Te espero abajo.

El nuevo escenario quedaba a tan sólo diez minutos de su casa. La recogió y se pusieron en marcha.

Carla buscó la mejor postura para mitigar los dolores, y Gonzalo vio al instante que le iba a preguntar algo.

—¿Te parece que me cuentes?

Miró a través del retrovisor.

—No es el momento. Llegaremos rápido.

—Nunca es el momento. Quiero saber por qué han intentado matarme.

—Y lo sabrás, pero no ahora.

—¿Cuándo? ¡Joder!

—Mañana por la mañana nos vamos a desayunar. Te recojo y te cuento todo lo que sé. ¿Te parece bien? No creo que nos lleve poco tiempo.

Asintió a regañadientes. No podía quitárselo de la cabeza.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. No he intentado esconderte nada. Lo he hecho, pero no quería mentirte. Ni a ti, ni a Bruno. Te lo juro.

—Creía que habías sido tú.

—Lo sé. Lo entendí en cuanto me avisaron de tu accidente. Si llego a saber que te iba a pasar algo, no te habría dejado sola ni un segundo.

—Podrías haberme dicho algo en el hospital.

—Sabía que no ibas a decir nada. Lo vi en tu cara.

—No lo sabía ni yo. No entiendo que sepas lo que voy a hacer cuando ni yo misma lo sé.

—Puede que te conozca mejor de lo que te conoces a ti misma.

Le respondió sacando la lengua y puso su mano sobre su brazo.

—Siento haber dudado de ti.

—¿Sabes lo que me sorprende? Que no te he dicho nada todavía y me estás pidiendo disculpas. Puede que no te guste lo que te voy a decir.

—Lo he visto en tus ojos.

—¿Ves? Por eso sabía que no ibas a delatarme. Estamos conectados.

—¿Conectados?

—No te asustes. No estoy hablando de lo que crees. Eres una buena amiga. Sé que no lo demuestro demasiado, pero es la verdad.

Carla soltó un ruidito.

—¿Demasiado? Tienes un concepto muy laxo de algunas palabras.

—Ese es mi problema. No consigo transmitir lo que siento, pero eso ya lo sabes.

—No lo intentas. Vives más cómodo haciendo ver que eres un cabrón.

—Pero a ti no he conseguido alejarte.

—Lo sé. Soy muy testaruda. Lo dice mi madre.

—Mañana te paso a buscar y hablamos, ¿de acuerdo? Ya hemos llegado.

La idea de seguir recogiendo cadáveres minaba su moral. No era capaz de ver más allá. Sentía que los árboles no le dejaban ver el bosque, pero por mucho que lo intentaba, no veía la forma de evitarlo.

—¿Qué se nos está escapando?

Carla lo miraba, sin saber qué responder.

—Se nos están escapando personas. Han muerto cuatro y ese cabrón sigue sin darnos pistas.

—Siempre cometen errores. Me niego a creer que no haya nada a lo que nos podamos agarrar.

Continuó un silencio incómodo. Notaban que habían llegado a un punto muerto y comenzaban a creer que no lo iban a encontrar nunca. Todavía podían salvar a Sofía, pero no conseguían hacerse las preguntas correctas.

Gonzalo se dirigió a un agente de la Científica.

—Quiero que analicéis todas las huellas. No se nos puede escapar nada, y tenemos que hacerlo en el menor tiempo posible.

—Tranquilo, ya hemos recogido casi todas.

—Gracias. Por favor, dadme algo —miró a su alrededor. Era un lugar público y sabía lo que significaba—, aunque no creo que encontremos nada. Por aquí debe pasar mucha gente a lo largo del día.

—Por supuesto. Hacemos lo que podemos.

En ese momento, apareció Bruno.

—Otra víctima. ¿Alguna buena noticia?

—Me temo que no. Gracias por venir —dijo Gonzalo—. Estamos estancados del todo.

—¿Cuál es el escenario?

A pesar de tenerlo ante sus ojos y de saber con anterioridad lo que iba a encontrar, le costaba asimilarlo.

—Es el hombre mayor. Fidel. Como ves, está vestido con ropa vieja azul, apoyado en una pared y con una guitarra en la mano.

Se quedaron mirando, sufriendo por la imagen que tenían delante.

—Joder, esta vez se ha superado.

Bruno apartó la vista al instante.

—Sí, le han arrancado los ojos.

La cabeza se apoyaba en un hombro, las piernas habían sido colocadas una encima de la otra, entrecruzadas. La mano izquierda la había pegado a los trastes y la derecha cubría las cuerdas, como si estuviera tocando. En la pintura original, se trataba de un hombre viejo, extremadamente delgado, cabello blanco, y según la impresión que tuvo Gonzalo al ver el cuadro, los ojos parecía que estuvieran prácticamente cerrados. La imagen de Fidel lo representaba fielmente, a excepción de los ojos. Parecía que se hubiera tomado una licencia para que la imagen fuera todo lo llamativa que pudiera.

—¿Qué estamos viendo? —dijo Carla, aunque no pretendía que fuera una pregunta.

Gonzalo volvió a mirar al cadáver.

—No nos pilla de sorpresa. Estamos viendo "El viejo guitarrista ciego". El cuadro que nos quedaba. Quiero decir que ya sabemos cuál será el siguiente. Es de Pablo Picasso. Utilizó tonalidades frías para acentuar la tristeza del anciano.

—Pues lo ha conseguido —dijo Bruno—. Está loco.

Carla se sorprendió.

—Parece que sabes de pintura.

—No. Me lo he empollado todo para saber qué coño significa cada cuadro, pero no me ha servido de mucho.

—Le ha arrancado los ojos —dijo Bruno de nuevo, sorprendido.

—Parece que no le bastaba con que sus ojos ya no pudieran ver —continúo Carla, asqueada—. ¿Qué coño pasa por la mente de alguien así? Hasta ahora, sólo había actuado colocando los cadáveres como los cuadros, pero no tiene sentido que le arranque los ojos. No cuadra con los crímenes que ha cometido hasta ahora.

—Golpeó a Luis —añadió Bruno.

—Pero eso es distinto. No parecía que lo tuviera planeado así. Debió pasar algo.

Gonzalo levantó la mano para continuar.

—Nos estamos haciendo de nuevo las preguntas equivocadas. No podemos entender cómo funciona su cabeza, pero lo que importa ahora es saber cuál será su próximo paso. Esto no ha acabado todavía. ¿Tú qué opinas, Bruno?

—Que es muy inteligente y no comete errores. Como dices, no hay patrones del todo claros en los asesinatos. Lo que quiero decir es que no son aleatorios, pero tampoco tienen una hoja de ruta. A pesar de ser planeados al milímetro, nos encontramos ante una persona más equilibrada de lo que podamos pensar.

—No me jodas, ¿esto te parece equilibrado? —dijo Gonzalo, ofendido con la expresión que había utilizado—. Tiene una hoja de ruta muy marcada y utiliza los mismos métodos, pero esto es todo menos equilibrado.

Carla interrumpió.

—¡Qué más da! Llamadlo como queráis, pero lo que estamos viendo es una barbaridad —miró a Gonzalo—. Pinta muy mal.

Bruno volvió a dirigir la vista hacia el cadáver, presionando los dientes al ver la escena tan desagradable.

—Lo veremos cuando lo analicen. Puede que quiera ir un paso más allá según avancen los asesinatos.

—Un cuadro; un método; lo del móvil. Todo es lo mismo —dijo Gonzalo, en un momento de silencio—. Yo diría que la hoja de ruta es impoluta.

—Quizá no he empleado la palabra correcta —Bruno quiso arreglarlo al volver a mirarlo.

—Tiene razón Carla. Da igual cómo llamemos a esto.

—Dentro de la locura, o como queramos llamarlo, nos hemos encontrado casos en los que actúan por impulsos, sin preparación alguna, y otros en los que lo tienen perfectamente esquematizado, como este, pero no deja rastro ni podemos anticiparnos a su siguiente paso. Sencillamente, aunque estén relacionados y tenga un propósito claro, un asesinato no nos lleva al siguiente. Escenarios distintos… no lo vamos a coger.

—Siempre cometen errores. Es imposible no dejar cabos sueltos —rebatió Gonzalo.

—A mí no me lo parece. Ojalá estés en lo cierto, pero es lo que pienso.

Gonzalo puso sus manos cubriendo la cara y resopló.

—Venga, me quedo. Podéis marcharos cuando queráis.

Colocó su mano en la espalda de Bruno, entendiendo lo que estaba diciendo, pero intentando no resignarse al desenlace que planteaba. No estaba dispuesto a rendirse sin intentar salvar a Sofía.

37
Un mirón

El reloj marcaba las siete y media de la mañana, pero se sentía incapaz de volver a la cama. Se habían marchado todos y decidió no esperar para comunicar la noticia al hijo de Fidel. No estaba obligado a hacerlo, pero debía saberlo cuanto antes para que no se enterara por otros medios.

De camino a la casa del hijo de Fidel, daba vueltas a la cabeza buscando algo a lo que agarrarse. Le bastaría encontrar una ínfima prueba que llevara a la siguiente. Lo que fuera.

Mientras cruzaba la puerta, Gonzalo se quedó parado sin saber qué hacer al verle llorar. Estaba claro que entendía a qué se debía la visita. Ya no volvería a ver a su padre.

—Lo siento.

Gonzalo agachó la cabeza. No era necesario decir nada más. El hombre lo miró, para que siguiera caminando hacia el sofá, con los ojos llorosos.

—Ha aparecido, ¿no es así?

—Vengo directo desde el lugar donde ha ocurrido. Siento no haber podido encontrarlo con vida. Lo siento de verdad.

Gonzalo estaba más afectado de lo normal. No sabía si se estaba ablandando o el caso le estaba pasando factura. Era probable que influyera todo por igual.

—¿Cómo ha sido? —le preguntó, muy decidido.

—No le dé más vueltas. No creo que quiera saberlo. Es mejor recordarlo de otra manera.

—Sé que será difícil asimilarlo, pero quiero saberlo. Tengo que saberlo.

Recordó cómo lo contaría su compañera.

—Lo han matado con la representación de un cuadro. Espero que no haya sufrido demasiado con su muerte, pero estaba muy demacrado. No parece que lo hayan alimentado bien —reculó en sus palabras para hacerlo un poco menos desagradable, aunque sabía que no era posible—. Según las autopsias, las víctimas anteriores no sufrieron. Me atrevería a decir que a Fidel le ha ocurrido lo mismo.

Supo al instante, por su gesto, que le agradecía sus palabras.

Dejó unos segundos para que lo asimilara, esperando a que tomara la palabra.

—¿Saben quién ha sido?

—Todavía no sabemos nada. Seguimos investigando. Esperemos encontrar algún error en la escena del crimen. De eso se están encargando en este mismo momento. Voy a hacer todo lo posible por coger a ese hijo de puta. De eso puede estar seguro.

—Lo he visto en la tele. La pareja.

—Lo sé. Ha filtrado las imágenes mediante un blog. No entiendo cómo se puede hacer algo así, sabiendo lo que puede afectar a sus familiares, pero por desgracia, a alguien como ese hombre no creo que le importe.

—¿Sacará a mi padre? ¿Lo veré en la tele?

Se echó una mano a la cara.

—No parece que haya cámaras, y le aseguro que hemos peinado toda la zona. Su padre no va a seguir el mismo camino. No se preocupe por eso.

Sonó el teléfono y Gonzalo lo miró antes de cogerlo, hasta que el hombre asintió para que lo hiciera.

—Bruno, ¿qué me cuentas? Estoy ocupado.

—He recibido una llamada. Me han pasado con un hombre que dice tener imágenes.

—¿De verdad?

No esperaba escuchar algo así y notó que se reactivaba ante una buena noticia.

—Se despertó y vio una furgoneta. Dice que lo tiene grabado todo. Te paso la dirección y le haces una visita.

—Claro. Voy ahora mismo.

Colgó el teléfono.

—Debo irme.

—¿Han encontrado algo?

—Es posible. Lo siento, pero ahora mismo no le puedo contar nada. En cuanto sepamos lo que ha ocurrido, lo llamaré. Lo siento, debo irme ya.

Se despidió y salió corriendo hacia su coche.

Volvía a la escena del último crimen. La zona seguía acordonada. Sentía que se le cerraban los ojos, pero gracias al subidón que le había proporcionado la primera buena noticia en unos días, se recuperó para seguir trabajando.

—Policía. Por favor, abra la puerta.

Sonó un estridente pitido y se desbloqueó la puerta. Cuando llegó arriba, un hombre en bata, muy extraño, le esperaba en el rellano y le invitaba a acceder a su vivienda.

—Gonzalo Ulloa. Creo que ha realizado una llamada a la Policía.

—Sí, hace un rato.

—¿Por qué no ha llamado hace unas horas?

—Lo he visto después.

—Explíquese, no es lo que me han contado.

—Tengo una cámara puesta en el exterior de la ventana.

—Me acaban de decir que no podía dormir y lo grabó al ver que ocurría algo.

—Me daba vergüenza. Espero que esto quede entre nosotros. Se lo ruego.

Lo miró, elevando las manos.

—Sigo sin entender una mierda.

—Tengo la cámara grabando desde que me voy a dormir. Viven unas chicas en el primero de las casas del otro lado de la calle.

—¿Es un puto mirón? —se llenó la boca.

El hombre extraño agachó la cabeza, avergonzado.

—Por favor, que quede entre nosotros. Podría haberme callado.

Gonzalo estaba alucinando.

—Volveré a pasar por aquí otro día. Si veo otra cámara, le llevaré al calabozo. Deme lo que ha grabado.

Se lo entregó rápidamente.

—Puede verlo en la tele. Lo tengo conectado todo.

Le daba repulsión escuchar a ese hombre. No estaba seguro de si llevaría algo debajo de aquella bata. Tenía ganas de darle un buen susto, pero ahora había algo más importante.

Iba a sentarse en el sofá para visualizarlo, pero pensó en no hacerlo por el asco que le daba ese piso. Decidió seguir donde estaba, intentando tocar lo menos posible.

—Póngalo.

—No se ve del todo bien. No estaba orientada hacia ese tío, pero se le puede ver salir de la furgoneta y abrir el maletero. Creo que le puede servir de algo.

—Ponga el puto vídeo y ya decidiré yo lo que es importante.

—Claro. Perdone.

No podía dejar de mirarlo. Tenía la sensación de haberle visto en alguna serie de televisión y estar delante del ser más despreciable. Le vino a la cabeza el director de la Fábrica de la Moneda, en “La Casa de Papel”. Un hombre que transmitía rechazo tras su sonrisa.

Por fin, puso el vídeo. Quería marcharse lo antes posible.

La furgoneta aparcó, quedando en la parte izquierda de la imagen. El hombre permaneció dentro durante cinco minutos. Gonzalo no entendía lo que estaba haciendo. *¿Por qué esperar?* Pronto, entendió que estaba asegurándose de que nadie lo viera. Creyó observar unos prismáticos asomando por la ventanilla, pero no podía verle la cara. Estaba claro que se aseguraba de que se encontraba solo y sin mirones. Sonrió, al pensar cómo es la vida y que había gente tan enferma como el hombre de la bata, que podían cambiar las cosas

para siempre. Un mirón repugnante que escondía una cámara en un macetero.

Continuó visionando las imágenes. El hombre salió de la furgoneta con la cara tapada y Gonzalo dio un golpe en la mesa. Esperaba poder saber quién era. Al levantar el puño, volvió a sentir asco al ver la mesa. Todo lo que había en ese piso le provocaba repulsión.

El resto del vídeo no le dio mejores noticias. El hombre sacó el cuerpo del maletero y, desde ese momento, la furgoneta le impidió ver lo que estaba haciendo, aunque estaba bastante claro. Todo fue muy rápido, arrancó y se marchó. A la vista quedaba lo que había vivido hacía pocas horas.

—Gracias. Me lo llevo. Me llevo todo lo que hayas grabado hasta hoy.

—No, por favor —lo pedía con las manos unidas.

—Te iba a dejar tranquilo, pero eres un puto pervertido.

El hombre de la bata se puso de rodillas. A Gonzalo le quedó claro que la palabra dignidad no aparecía en su vocabulario.

—Me dan pena ellas, pero no tú. Dame lo que tengas grabado.

—No.

Esta vez se puso firme, pero su cara seguía transmitiendo lo mismo.

—Date la vuelta. Manos atrás.

No obedeció y Gonzalo lo agarró del cuello, lo tumbó en el suelo y le puso las esposas bien apretadas. Lo levantó y se marchó para llevarlo al calabozo.

Las caras de sus compañeros parecían un poema. No podían creer que Gonzalo estuviera trabajando a esas horas, y menos que viniera con un hombre detenido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Molina.

—Este tío graba a las chicas. Es un pervertido.

La sorpresa iba incrementándose.

—¿Y qué haces deteniendo a un pervertido cuando estás en pleno caso?

—Está relacionado. ¿Dónde está Carla?

—En casa, supongo.

—Llámala.

—¿Por qué?

—Llámala, joder. Es importante. ¿Está Bruno?

—Sí. Está en su despacho. Ha venido directo del escenario del asesinato. Hoy todo el mundo viene pronto.

Dejó a Molina con el papeleo y se dirigió al despacho de Bruno.

—Ya estoy aquí. No te imaginas cómo es ese tío.

—¿Qué tal ha ido?

—Lo he detenido.

—Gonzalo, no me jodas.

—El cabrón grababa a unas vecinas de la otra calle. Por eso tenemos las imágenes. Manda a alguien a su casa para que registre todo y requisarle todos los vídeos.

—Está bien. ¿Qué ha grabado?

—Lo ha grabado todo, pero no se le ve la cara.

Sacó la tarjeta de memoria y la introdujo en un conversor.

Bruno vio el vídeo completo.

—Tampoco se ve la matrícula.

—Eso me preocupa menos. Seguro que pueden limpiar la imagen. Lo malo es que me la juego a que no nos lleva a ningún sitio. Habrá sido robada o la matrícula será falsa.

—No veo nada que podamos utilizar.

—Tiene que haber algo.

Gonzalo volvió a ponerlo y dio un respingo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno, impaciente.

—El cigarrillo. ¿Cómo no lo he visto antes?

—¿Qué pasa con el cigarrillo?

—Tiene la cara tapada, pero antes de preparar el escenario, sale del coche y lo tira. Podemos sacar huellas.

—Lo ha tirado a la alcantarilla. Me gustaría saber dónde está ahora. Me cuesta creer que vayas a encontrar esa colilla.

—¿Se te ocurre algo más? Es lo único que tenemos.

—No. Mando a la Científica a que lo busquen.

—Perfecto. Cuanto antes vayan, más opciones habrá de encontrarlo. Rápido.

—Tranquilo. Voy a llamarlos.

No podía rendirse

Sentía que le faltaba el aire y que se encontraba más sola que nunca. Todo había comenzado con Fidel a su lado, pero no iba a acabar de la misma manera. Su amigo ya no se encontraba cerca, proporcionándole sensaciones positivas. Era la persona con la que mejor había congeniado en su vida y sabía que había muerto. Los cuatro habían muerto y ella era la siguiente.

Había perdido la capacidad de resistirse. No tenía ninguna opción de escaparse de allí y las fuerzas tampoco la acompañaban. Todo se estaba acabando y esperaba que fuera cuanto antes.

Las dos baldosas que había levantado le hablaban. Decían que continuara, que no se rindiera, pero era consciente de que tardaría mucho tiempo en encontrar una salida. Sabía que no había una salida. Pensaba que era una locura, y de pronto, comenzó a hablar sola. A decirse que era estúpida. Estaría muerta si no hacía nada, y aunque su raptor descubriera que estaba cavando su libertad, ya no le importaba. Las cámaras ya le habrían dado esa información.

Levantó las baldosas y se metió en el agujero. Las volvió a colocar pensando que, si el hombre entraba en la celda y no la encontraba allí, al menos tendría que sacarla a la fuerza. Era un agujero muy pequeño y tendría opciones de defenderse a patadas. Ingenua o no, se creyó hasta la última palabra que se había dicho. No podía rendirse.

Continuó excavando en la oscuridad, con la piedra que había desconchado de la pared. La celda estaba cubierta de tierra por toda la extensión del recinto, con lo que, si el hombre aparecía por allí, se daría cuenta de lo que estaba haciendo. Se habría dado cuenta antes si se hubiera parado a observarla, pero por el momento, ella no existía para él, y eso le daba tiempo para seguir trabajando. Un tiempo que se le acababa.

38
¿Qué tiene que ver con todo esto?

Desde que terminó con Bruno, Gonzalo no se había movido de su sitio. Esperaba a que llegara Carla para cumplir con su promesa. Debía contarle todo lo que no le había dicho hasta el momento.

Miró el reloj y se dio cuenta de que no tenía coche. Se echó una mano a la cara y la llamó al instante.

—¿Dónde estás?

—Esperando al autobús.

—Perdona. No he vuelto a casa. Han sido unas horas muy ajetreadas.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora te cuento. Te voy a buscar. Quedamos en la entrada de tu casa.

—Muy bien. Gracias.

Media hora más tarde, estaban sentados en una terraza, desayunando. El frío era el responsable de que nadie más estuviera fuera del local. Necesitaba un lugar donde estuvieran a solas, para decirle todo lo que le tenía que decir.

—¿Por dónde quieres que comience?

—Por lo de hoy. Hay prioridades. ¿Qué ha pasado?

—Tenemos un vídeo de la furgoneta en la que iba ese cabrón. Lo hemos visto y ha ido la Científica al lugar donde ha aparecido Fidel a ver si pueden encontrar una colilla.

—¿Quién lo ha grabado?

Le causó la misma sorpresa que a Gonzalo cuando le informó su jefe anteriormente.

—Un desgraciado. Tenía una cámara puesta en un macetero. Ya te daré más detalles. El de la furgo se fumó un cigarrillo antes de salir del coche y lo tiró a la alcantarilla. Sé que es difícil, pero es nuestra única opción.

—Esperaremos. ¿Se veía la matrícula?

—También están con ello. Tienen que limpiar la imagen para verla, pero no será relevante. No cometería ese error.

—¿Por qué no? A nadie se le ocurriría tirar una colilla cuando te estás jugando que te pillen.

—Es diferente. La tiró a la alcantarilla, precisamente para que no diéramos con él. Lo de la matrícula sería un error mayúsculo.

Carla sabía que tenía razón.

—Ahora dime lo que está pasando. Estoy impaciente por saberlo y no haces más que darme largas.

Gonzalo sonrió.

—De acuerdo. No es que sepa lo que está ocurriendo, pero sí puedo decirte a quién va dirigido.

—A ti. Eso lo sé, pero ¿por qué?

—En el asesinato de Yanela, llegué el primero. Ella tenía una pulsera puesta en la muñeca derecha. Ahí comencé a ponerme nervioso, pero quise creer que era tan sólo una casualidad.

—Espera. No llevaba ninguna pulsera.

—Déjame continuar. Llevaba una pulsera, y yo sabía a quién pertenecía esa pulsera, aunque como te decía, no lo pude comprobar hasta que dio el siguiente paso. La cogí con guantes y me la llevé para analizarla. Estaba limpia. Entendí que tan sólo era un mensaje, pero después encontré el pendiente en la oreja de Silvia. Ahí supe que me estaba dejando señales, pero no sabía cómo interpretarlas.

—Entonces, ¿por qué intentaste coger el pendiente? Sabías que no encontrarías huellas. No acabo de entender que le vieras sentido e hicieras algo así.

—Quería recuperarlo, pero fue un error.

—Sí, lo fue. Podrían haberte pillado y habrías sido sospechoso. ¿No te diste cuenta?

—Quería saber si las huellas eran de otra persona, aunque tienes razón. Era imposible que las encontrara. En realidad, había algo más. No quería que lo pudieran relacionar conmigo y me apartaran del caso. Es así de simple.

—¿De quién era esa pulsera?

Creía saber la respuesta, pero preguntó de todas formas.

—De mi madre.

Carla se puso una mano en la boca. Lo sabía, pero no entendía la razón.

—¿De tu madre? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Eso es lo que quiero averiguar. Me quiere implicar de algún modo y me lo ha hecho saber. Lo que yo no esperaba es que hubiera ido a mi casa. Quiere jugar conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Puede que le hiciera algo en algún momento, pero no soy capaz de saber qué es tan grave para que quiera involucrarme en todo esto.

—A mí se me ocurren muchas personas.

No pudo evitar el comentario.

—Se te está pegando mi humor. Yo me preocuparía.

—No, en serio. Deberías saber de quién se trata. Algo muy fuerte

que te haya pasado.

—Soy el más interesado en saberlo, pero de verdad que no soy capaz.

—Sigue —le puso una mano en el brazo, intentando apoyarle en lo que estaba viviendo.

—Viste la foto de mi madre con el pendiente que llevaba Silvia, ¿verdad?

—Sí. Vi que te habías dado cuenta, y pensé que por eso intentaste matarme.

—Cuando llegué al segundo crimen, cogí el pendiente. Luego me mostraste que lo habían fotografiado y volví para ponérselo debajo del cuerpo y no complicar más las cosas. Me hiciste un favor.

—Te podrían haber pillado de nuevo. Eres tonto.

—Lo sé, regresé a contar un rollo sobre la ropa y volví a dejarlo.

—Entiendo que debió ser un golpe duro para ti, pero deberías habérmelo dicho. Te he demostrado que siempre estoy contigo, aunque me la juegue de vez en cuando.

—No quería implicarte. Antes de decir nada, tenía que saber lo que estaba pasando, y cometí un error.

—Lo hecho, hecho está.

Gonzalo se tocó la cara y suspiró profundamente.

—Mi padre tenía una foto de mi madre el día que…

—No hace falta que me cuentes esa parte.

Sabía que abrirse por completo era muy difícil para él y no quiso escarbar demasiado.

—Era su aniversario, y habían quedado a cenar esa noche. Ella le mandó una foto para provocarlo. Él no la hacía mucho caso y ella siempre intentaba llamar su atención. Era una mujer espectacular y él no lo veía. Esa foto se la dio a la Policía, y en ella llevaba puestos esos pendientes, esa pulsera y el anillo que llevaba Fidel. Con ese anillo no hice nada —Carla notó la tristeza en su mirada mientras realizaba un pequeño parón—. Recordaré siempre cómo iba vestida. Imprimí esa foto y la colgué en la pared. Sólo consigue hacerme daño, pero sigue ahí. Pensé en quitarla, por si venías a casa y lo hilabas todo, como así ha pasado, pero deduje que no querrías volver después de la última vez.

—Sigo sin entender por qué no lo contaste. No te habría afectado en nada.

—Me habrían apartado del caso, y no podía ver los toros desde la barrera. Otra vez no. Perdería la oportunidad en el momento en que lo relacionaran conmigo.

—Acabas de decir que los tres objetos son los que llevaba tu madre en la foto. Ese tío ha visto la foto, lo que quiere decir que ha entrado en tu casa.

—Sí, entró en mi casa cuando lo siguieron el tal Fito y su compinche.

—Imagina que nada de eso ocurrió —razonó Carla—. Podrían haber ido a tu casa Fito y su compinche, como lo acabas de llamar.

—José sigue en prisión preventiva. No ha podido ser él quien matara a Fidel.

—Pero ha podido ser Fito. No se sabe nada de él. Si es su compinche, puede seguir actuando mientras parece que José es inocente.

Gonzalo estrechó los ojos como si pensara con fuerza.

—¿Cómo no se me ha ocurrido?

—Por una vez, se me ocurre algo antes que a ti. Estás perdiendo facultades.

—De acuerdo, nademos en esa hipótesis. ¿Qué puede tener contra mí un hombre que no conozco?

—Puede que lo conozcas y no lo recuerdes; puede que, aunque no lo conozcas, le hayas influido de alguna manera; puede que ya sea una u otra opción, sea un desequilibrado al que le hayas afectado indirectamente y se esté vengando.

—Desde el accidente, te veo más inteligente.

Gonzalo colocó el labio superior sobre el inferior. Un gesto que ella no se había dado cuenta, hasta ese momento, de que lo realizaba con cierta asiduidad cuando la estaba vacilando.

—Te jode que te haya superado. Lo entiendo. José intentó jugártela diciendo que habían seguido a ese hombre hasta tu casa. Es una posibilidad. Sabía que, contando esa historia, podía salir a relucir lo de los objetos.

—Lo tenía grabado. Sabía que intenté llevarme el pendiente. Tienes razón.

—¡Eh! Te estoy sorprendiendo.

Gonzalo apartó esa opción por un momento para seguir elucubrando.

—Todo son especulaciones, pero te cuento mis impresiones. Sea quien sea, no parece que deje nada al azar…

Carla lo interrumpió.

—Pero ha cometido un error exponiéndose tanto.

—Se ha arriesgado mucho al hacerlo en un lugar público, pero por el momento no tenemos nada. Es muy listo, y puede ser como tú dices, o que realmente se diera cuenta de que lo seguían Fito y José. Así pudo implicarme al ir a mi casa. Sabía que yo no estaba allí. Pudo dejar el micrófono que te enseñé ayer.

—¿Estás seguro de que te estaba escuchando?

—Eso parece. Lo que no entiendo es por qué ha filtrado el asesinato de Luis y Silvia a la prensa. Lo lógico es que quiera que me

encargue del caso. Está jugando conmigo. La única explicación que veo a que fuera a por ti en el accidente es que supiera que dudabas de mí y temiera que me delatases. Se le acabaría el juego.

—Si fuera así, no lo habría filtrado a la prensa, y no nos habría llevado a tu casa.

—Lo sé. Esa es mi duda. No sé lo que está haciendo, pero si te paras a pensarlo, ha omitido la parte en la que le quito el pendiente. No quiere que me pillen y puede que, mientras se divierte, busque algo de publicidad. En todo caso, tendría sentido que nos hubiera escuchado. En ese momento, yo todavía no había localizado el micrófono y él pudo percibir que existía la posibilidad de que me delataras. Por eso fue a por ti e intentó sacarte de la ecuación.

Carla puso los ojos en blanco.

—Tienes razón. Tendría sentido, pero sigue sin cuadrar que fuera a tu casa y te pusiera en el disparadero.

—No sé la razón por la que lo hizo, pero José no cantó en su momento, por lo que ese hombre no contaría con que hablara ahora y nos llevara a mi casa. Hay muchas cosas que se nos escapan, pero nos escuchó y por eso pasó lo que pasó.

Carla seguía dándole vueltas a la cabeza.

—Espera. No le hemos dado importancia al título que aparece en los extractos de los vídeos.

—¿La muerte en un lienzo?

—Sí. Debe significar algo.

—Está bastante claro. Está matando a gente con la representación de unos cuadros, y esos cuadros están pintados en lienzos.

Carla se quedó pensando la forma de decirlo.

—Crees que está mandado mensajes, como es normal. Puede que ese mensaje no sea para la prensa, sino para ti. Piensa si puede haber algo más detrás.

—No sé qué quieres sacar de eso.

—Si fuera Fito el que está detrás de todo, puede que lo haga porque no ha conseguido ser nadie pintando, y esta sea su oportunidad.

—Sigue sin tener nada que ver conmigo. ¿Me ha elegido al azar? Me costaría creerlo.

—No lo sé. No sé qué decirte, pero sea quien sea, ahora sabe que has quitado el micro.

—Lo sabe todo. Desde el momento en el que me ha ido dejando miguitas de pan en el camino, como los objetos de mi madre. Quiere que se me vaya la olla y cometa errores. Eso creo. Tiene que estar implicado en la muerte de mi madre, pero ¿por qué? ¿Qué le hemos hecho?

—¿Y qué vamos a hacer?

—Seguir jugando. Quiero saber lo que tiene en mi contra y conocer la razón para que esté matando a esa gente. Intento pensar, pero sigue sin tener sentido.

—Creo que sería bueno que el caso lo llevara alguien que no esté involucrado. Tus sentimientos pueden confundirte y es eso lo que él puede querer, como acabas de decir.

—Por eso no conté nada. Tengo que coger a ese cabrón.

—Debes pensar en las víctimas. Todavía podemos salvar a una.

—¿Crees que no lo sé? Quiero salvarla, pero también quiero cogerlo. Una cosa no quita la otra. Siento que todo esto te haya salpicado y que haya sido por mi culpa. Cuando tuviste el accidente y me dijeron que seguías con vida, fue algo grande para mí. No soportaría que te hubiera pasado algo porque yo lo mantuviera en secreto.

—No tienes la culpa, pero sí, deberías habérmelo dicho. Desde que trabajamos juntos, siempre he estado para apoyarte. Me lo debías.

—Lo siento. Llevo un tiempo sin tomar las mejores decisiones. Te lo he contado todo y no tenía intención de hacerlo, pero después de lo que te ha ocurrido me sentía en la obligación de ser sincero.

—¿Has pasado las huellas del micro?

—¡Por favor! No me ofendas.

—Nada, ¿no?

—No contaba con ello.

Suspiró con fuerza.

—¿Estás bien?

—Llevo muchos años echando la culpa a mi padre de lo que le pasó a mi madre. Puede que no tuviera nada que ver.

—¿De verdad creías que tu padre podía hacer algo así? Lo digo sin conocerlo.

—El que lo hizo, actuó de la misma manera que lo está haciendo ahora este tío. Dejar miguitas para confundirnos. Apareció sangre de mi madre en el coche de mi padre, y ahora sé que fue para incriminarlo, pero necesito saber cuál fue la razón. Me está comiendo por dentro y me mata no haberlo investigado.

—No sabemos si estamos hablando de la misma persona, y si fuera así, no sabemos por qué ha tardado años en volver.

—No sabemos nada. Voy a dar una vuelta para despejarme. Te llevo a casa.

—No, llévame a comisaría.

—¿Estás segura? Te llamaré si nos dan algo.

—Sí, estoy segura.

Carla bajó del coche y se despidió de Gonzalo. Antes de entrar, hizo una llamada. Podía ser su gran obra del día.

Colgó el teléfono con la sonrisa en su cara y se llevó una sorpresa.

—¿Qué tal estás?

Dudó durante un instante de quién se trataba.

—¿Adrián? Eres el amigo de Gonzalo y Bruno, ¿no es así?

—Te ha costado acordarte de mí. Pensaba que te alegrarías de verme.

Intentaba aparentar que estaba muy seguro de sí mismo, y a ratos lo conseguía.

—Perdona. Estoy muy despistada.

—Venía a verte.

—¿A mí?

—Me enteré de tu accidente y venía a ver qué tal estabas. Ha debido ser muy duro para ti y, sin embargo, te veo fenomenal.

—No hacía falta. Voy tirando, aunque bastante dolorida. ¿Qué tal estás tú?

Se enredó con sus propias palabras y metió la pata.

—Yo bien. No puedo quejarme, viendo cómo estás tú.

Carla sonrió mientras él se ruborizaba.

—¡Hombre, gracias! ¿Tan mal estoy?

—Perdona, soy un poco torpe. No quería decir eso. Estás estupenda. Vamos, quiero decir que…

Carla salió al rescate.

—Entendido. No te preocupes.

—Quería invitarte a un café. No sé si sientes la conexión que yo siento, pero me gustaría conocerte mejor. Cuando te venga bien. No sé si… vamos que…

Carla no sabía si iba a continuar o se había atascado por completo, por lo que le dio unos segundos para que acabara la frase, pero Adrián no lo consiguió.

—No es un buen momento. Estamos de trabajo hasta arriba y…

La cara de Carla era la típica que pones cuando no sabes si hay una cámara oculta. Adrián se liaba solo y no sabía llevar la conversación y salir indemne.

—Claro, perdona. ¿Con qué estáis? El otro día hablabais de unos cuadros. Lo vi en la tele y comprendí sobre lo que estabais discutiendo en el bar. Debe ser un caso muy gordo.

—No puedo decirte nada. Es una investigación en curso. Espero que lo entiendas.

—¿Va a haber más asesinatos? Me recuerda a las películas, y en ellas siempre hay más de uno.

—De verdad, no sería muy profesional que te diera detalles de

un caso no concluido.

Adrián no paraba de tartamudear.

—No doy una. Igual es mejor que me calle y hables tú.

—Quizá en otro momento —acompañó sus palabras de una sonrisa.

—Te doy mi tarjeta del trabajo. Puedes llamarme cuando quieras.

—Acabo de salir de una relación y todavía no me siento con fuerzas, pero gracias.

Cogió la tarjeta y Adrián se quedó sin saber qué hacer. Tampoco sabía si le había rechazado del todo o que cogiera la tarjeta le daba cierta esperanza.

—Me voy. Va a ser lo mejor. Mejórate y ya sabes… si…

—Claro. Te dejo. Ya hablaremos, y gracias por interesarte. Ha sido un detalle.

Adrián se marchó farfullando y sin la menor idea de lo que había pasado. Se dio la vuelta y vio cómo entraba Carla en la comisaría.

39
La dehesa de Quintanapalla

Gonzalo necesitaba despejar la cabeza. Volvió a casa nada más dejar a Carla y fue en busca de su gran amigo, Turco. Antes de dar un paseo, se echó a dormir veinte minutos para recuperar fuerzas y decidió que salir por la dehesa de Quintanapalla le haría pensar con mayor claridad.

Comenzó caminando y, poco a poco, acrecentó el ritmo y acabó corriendo. Notaba que su cuerpo comenzaba a funcionar y su cabeza lo seguía.

Llevaba días sin conversar con su perro y sabía que le transmitía una tranquilidad que permitía que fluyeran las ideas.

—¿Tú qué crees? ¿Quién nos la está jugando?

Turco corría a su lado, ladeando la cabeza como si lo comprendiera. Estaba seguro de ello.

—¿Piensas que Fito está vivo? Aunque lo estuviera, no tendría sentido. Era muy joven cuando ocurrió lo de mi madre, pero puede que no lo hiciera él y esté relacionado con otra persona de su círculo. Sus padres no creo que hayan tenido ninguna relación con mi familia y no veo que sean ese tipo de personas.

Turco corría con la lengua fuera, sin apartar la vista de Gonzalo.

—Eres un buen amigo. Me gusta hablar contigo.

Si Carla estuviera viendo la escena, sabría que a nadie más le hablaba de esa manera.

—¿Sabes lo que estoy pensando? Claro que sí.

Durante unos segundos, acabó de ordenar sus pensamientos y continuó.

—Si tuvieras que retener a alguien, no lo harías en un lugar abarrotado de gente. Lo harías en un sitio apartado, como este. Mejor aún, una casa donde nadie pueda llegar por equivocación. Por aquí pasa mucha gente para internarse en la dehesa. Tiene que ser un sitio en el que parezca que no vive nadie. ¿Sabes lo que te quiero decir?

El perro ladeaba la cabeza cada vez que le hacía una pregunta.

Dejó de hablar por un instante, para recuperar el aliento y continuar con su razonamiento.

—Tiene que estar en una zona boscosa, pero tenemos un problema. En ciento cincuenta kilómetros a la redonda, hay multitud de zonas así. Estaríamos buscando mucho tiempo, dando palos de

ciego, y no tenemos ese tiempo.

Dejó de correr y Turco se paró delante de él. Le acarició y sonrió.

—Vamos a casa. Creo que me ha venido bien correr contigo. Te daré un poco de agua.

Los medios de comunicación seguían haciéndose eco de los asesinatos. Era muy difícil mantenerlos alejados cuando estos se habían producido en lugares públicos, y los vecinos hablaron sobre lo que habían visto debajo de sus casas. No tardó en haber una comunicación oficial, sin más datos de los necesarios, pero todo iba demasiado rápido y a la vez sentía que el tiempo se le agotaba.

Gonzalo llegó a casa y leyó en internet a través del móvil.

…Cuarta víctima del asesino del arte.

…La Policía recoge cadáveres sin tener pistas sobre el asesino. La inseguridad se ceba con Burgos.

…Un muerto más, y se teme que siga matando.

No era muy fan de la prensa, pero se enervaba al ver los titulares sensacionalistas. No ayudaban en nada y, además, le daba sensación de poder al asesino. Pensaba que eso podría ser malo o muy bueno. Los errores vienen cuando uno se siente con demasiada confianza.

Tenía la sensación de estar parado para que otros hicieran su trabajo por él, pero no tenía nada con lo que trabajar. Esperaba ansioso las noticias de la Científica y decidió que debía deshacerse de la tensión. Cogió su casco, se subió en la moto y tomó la carretera.

Curva tras curva, corría a una velocidad temeraria, hasta que recibió una llamada. No escuchaba nada, y se detuvo en el arcén para poder tener una comunicación fluida.

—Perdona, no era capaz de oírte. ¿Quién es?

—Hola. ¿Papá?

Gonzalo se quedó helado. Era la última llamada que esperaba recibir.

—Hola, ¿Salva?

Las palabras no le salían de la boca. Llevaba mucho tiempo queriendo hablar con él y ahora no sabía qué decirle.

—Me ha dicho mamá que estás trabajando en lo que sale por la tele.

—Así es. Le dije a tu madre que, cuando terminara, iría a hacerte una visita. Cómo me alegra que me hayas llamado.

—Lo sé —aseguró—. Me ha dicho mamá que te veía diferente.

No pudo contener una lágrima y abrió los ojos con fuerza, cogiendo aire para no venirse abajo.

—Eso intento. Tenía muchas ganas de hablar contigo. Sé que no me he ganado tu llamada, pero te agradezco mucho que lo hayas hecho.

—¿De verdad vas a venir a Madrid?

—En cuanto pueda. Te lo prometo, y no es una promesa como las que hacía antes. ¿Qué tal el colegio?

—Muy bien. Saco buenas notas.

—Eso me ha dicho tu madre. También me ha dicho que estás hecho un hombretón. Siento mucho no haber estado ahí.

Quería disculparse, pero a la vez tenía la sensación de que no estaba hablando con su hijo. Él ni siquiera le había echado nada en cara.

—Este es mi teléfono, por si quieres guardarlo.

—¿Ya tienes móvil?

—Tengo doce años —al niño le parecía obvio que, a esa edad, fuera mayor para tener su propio teléfono—. Me lo regaló mamá por mi cumpleaños.

Sonrió al ver lo que había crecido.

—Lo voy a guardar en la memoria en cuanto colguemos. Estoy trabajando en un caso que se va a acabar pronto, para bien o para mal. En cuanto termine, me cogeré unos días libres y pasaremos ratos juntos. ¿Te parece?

—Claro.

Notaba en su voz que su madre había hablado con él para que lo llamara, y el niño lo estaba intentando. Era mucho más de lo que se merecía.

—Recuerda darle las gracias a tu madre. Me ha dado un gran regalo.

—¿Cómo?

El niño no comprendió a qué se refería.

—No importa. Tú sólo díselo. Un beso muy fuerte, campeón.

—Un beso, papá. Te paso a mamá.

—¿Gonzalo?

—Gracias, de verdad.

—No he sido yo.

No entendía lo que le quería decir.

—¿Ha salido de él?

—No —sonrió—. Me ha llamado Carla.

—¿Qué? ¿Mi compañera?

—Sí. Hace un rato de eso. Me ha dicho que le has hablado de nosotros y que habías cambiado mucho. ¿Qué tienes con ella?

—Nada. Es una compañera.

—Lo sé. Te estaba vacilando. Me ha dicho que, cuando acabes este caso, habrás dejado el pasado atrás.

—¿Qué te ha contado?

—Me ha dicho que no podía contarme nada más. Que lo harías tú en poco tiempo, pero que eres otra persona. Me ha parecido una mujer increíble. He puesto el manos-libres para que lo escuchara Salva y, cuando he colgado, me ha preguntado si podía llamarte.

Había conseguido no derramar una lágrima hasta ese mismo momento, pero fue demasiado para él. Nunca nadie había hecho algo parecido.

—No sé qué decir.

—Que no va a quedarse en saco roto. Cumple lo que le acabas de prometer.

—Te lo juro. Nunca más romperé una promesa con mi hijo. Estoy en un caso muy personal. Perdona que no te pueda decir más, pero con este caso se acabará lo que me ha estado jodiendo la vida. Si no cumplo mi promesa, será que he muerto.

—¿Cómo? ¿Me tengo que preocupar?

Gonzalo rebajó la frase que acababa de soltar.

—Era una forma de hablar. Ya te contaré.

—De acuerdo. Ya me lo contarás todo, pero ten cuidado, que he visto las noticias. Supongo que las palabras de Carla y que todos los amigos de Salva le paren para que les hable del superpolicía, ha sido la mezcla perfecta.

—¿Superpolicía? Si fuera negro, sería Eddie Murphy.

La risa de Eva fue demasiado seca.

—Ya te gustaría. Lo dicho, cuídate.

—Claro. Gracias.

Se llenó la boca al pronunciar esa palabra.

Colgó el teléfono. Tenía sentimientos encontrados. Una sensación de ansiedad recorría su cuerpo y, a la vez, la felicidad más absoluta. Se puso el casco de nuevo y, cuando llevaba unos minutos conduciendo, se dio cuenta de que no corría, sólo paseaba. Se le escapó un suspiro de incredulidad y recibió una nueva llamada.

—Dime, Bruno.

—Ven para acá de inmediato. Los de la Científica han encontrado algo.

Temblando

El agujero seguía siendo demasiado pequeño para encontrar una salida. El cansancio le estaba pasando factura y notaba un mareo permanente que le impedía cavar a más velocidad. No sería posible salir de allí utilizando las piedras, que se deshacían casi con mirarlas.

Sofía escuchó un ruido y el corazón comenzó a latir como si se fuera a salir del pecho. Su mente se paralizó durante un instante y no paraba de fabricar imágenes. Veía a su padre despiéndose de ella. A su madre extendiendo los brazos para que pudiera agarrar sus manos. Sofía intentaba acercarse sin éxito y su madre lloraba mientras se alejaba. Salió del trance y se deslizó por el agujero, impulsándose con las manos y las piernas. No podía darse la vuelta por la estrechez del hueco y tenía que ir apartando tierra para salir dando marcha atrás. Cuando consiguió levantar las baldosas, salió del agujero y notó que alguien ejercía fuerza sobre sus piernas. La agarró del cuello y la lanzó contra una de las paredes. No hablaba. Nunca había escuchado su voz. Se quedó mirándolo, temblando y esperando a que llegara su turno. Le daba miedo no poder verle la cara y al mismo tiempo estaba aterrada por que llegara el momento de hacerlo. Como cada vez que había aparecido, su rostro se encontraba oculto. No entendía el por qué. Nunca saldría de allí. En realidad, no importaba si ponía cara a su asesino, porque nadie lo sabría nunca.

Sacó fuerzas para hablarle.

—¿Qué ha sido de los demás? ¿Los has matado a todos? ¿Qué vas a hacer conmigo?

No obtuvo respuesta.

—No entiendo lo que está pasando. No tengo dinero, no soy nadie importante… ¿qué quieres de mí?

Nada. Parecía que hablaba consigo misma.

Se acercó a ella, la agarró por el pelo y la arrastró al exterior de la celda como si fuera una muñeca de trapo.

La soltó.

Sofía elevó la cabeza mientras permanecía de rodillas en el centro del sótano, con la cara desencajada. No percibía ninguna señal de que ese hombre fuera humano. No transmitía empatía. Pensó en que cualquier persona que viera el sufrimiento que estaba provocando a Sofía y a todos los que habían pasado por allí, se vendría abajo y no

podría continuar, pero al mismo tiempo sabía que no se trataba de una persona, sino de un monstruo.

El instinto la hizo gritar y llorar al mismo tiempo. Creía que había llegado el momento de morir y, sin embargo, se llevó una nueva sorpresa y el hombre la lanzó al interior de la celda que había acogido a Fidel, cerró la puerta y echó la llave. Luego se marchó.

40
Tenemos noticias

Gonzalo tardó poco tiempo en aparecer por la comisaría.

—¿Dónde has estado? —preguntó Bruno—. Deberías estar con tu compañera.

—Estaba reflexionando. No podíamos hacer nada hasta que nos llamaran.

—Siempre se puede hacer algo.

—Me ha llamado mi hijo.

Bruno cambió de tono de voz al instante.

—¿Te ha llamado tu hijo?

—Eso he dicho, y me ha llamado papá.

—¡Joder! Dios existe.

—Eva existe, y Carla.

Bruno no entendió a qué se refería.

—¿Qué tiene que ver Carla en todo esto?

—Ya te lo explicaré.

—Es la primera vez que te veo emocionado. Enhorabuena. Espero que aproveches esta oportunidad.

—Yo también lo espero. Joder, si casi no lo conozco y ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Carla entró al despacho de Bruno.

—Lo siento, se nos ha acabado el descanso. Tenemos noticias.

Iba acompañada de un policía de la Científica.

—Cuéntanos.

—Todavía tenemos que acotar, pero hemos analizado la zona que me comentaste. Hemos encontrado muchas colillas en la alcantarilla y tenemos huellas de veinte personas. Las hemos contrastado con el sistema para darte información más concreta.

Gonzalo apretó el puño con fuerza. Era un comienzo.

—Veinte personas son muchas, pero estamos mejor que antes.

—Hay que ir descartando. De esas veinte personas, doce son mujeres.

—José nos dijo que se trataba de un hombre —aclaró Gonzalo—, y en las imágenes del mirón queda claro por su complexión física.

—Así que nos quedan ocho. Lo tenéis todo en este informe. Continuamos y, con cualquier cosa, os llamo.

—Gracias —Gonzalo todavía tenía dudas—. ¿Qué tipo de

alcantarilla era?

—De las que cae el agua.

Dejó caer un gesto, como llamándolo graciosillo.

—Muy agudo. ¿Corre bien el agua?

—Ayer y hoy no ha llovido, por lo que no se las ha llevado el agua. Las que hemos encontrado estaban prácticamente secas. De lo contrario, no tendríamos nada.

—Perfecto. Eso te estaba preguntando.

—Un placer.

Estaban todos sentados en una sala para analizar los datos lo antes posible y Gonzalo abrió fuego.

—Tenemos ocho personas. Hay que separarlas por edades. Dos son hombres de más de setenta años, por lo que los descartamos desde ya.

—Sólo nos quedan seis —bromeó Carla.

—Otros dos están entre los dieciséis y los veinticuatro años. Para empezar a buscar, no me parece lo más probable. La persona que está detrás de todo esto debe tener más edad.

Carla entendió lo que quería decir. Gonzalo creía que se trataba de la misma persona que mató a su madre. No dijo nada, dejando que siguiera su intuición, pero cabía la posibilidad de que no fuera así.

—Bajamos a cuatro —dijo Bruno.

—El resto cuadra. Id mirando cada uno y lo vamos comentando.

A los pocos minutos, entró Marcos en la sala.

—El profe. ¿Cómo vas?

—Hola, Gonzalo. Venía a ver qué tal estaba Carla. Lo siento, pero no me parecía oportuno ir a visitarte al hospital. Bastante tenías ya.

—Gracias, Marcos.

—¿Qué tal estás?

—Bien, dentro de lo que cabe. Me duele todo, pero empastillada lo llevo mejor.

—Me ha dicho Bruno que intentaron matarte.

—Eso es lo que parecía.

—¡Joder! ¿Ha sido ese tío?

—No lo sabemos, pero es posible. Diría que es probable.

Marcos asintió, dando a entender que, si hubiera sido otra persona, no tendría el menor sentido.

—¿Por qué?

—Tampoco lo sé.

—En fin. Me alegra que estés bien.

—¿Sabes quién ha venido a verme? —la sonrisa de Carla y su

cara de incredulidad invitaba a que fuera una sorpresa.

—¿Quién? —Gonzalo se quedó expectante.

—Vuestro amigo Adrián.

—No jodas. ¿Quería ligar contigo?

—Eso me ha parecido. Es muy majete.

—No, por favor. Con ese no.

—Ya le he dicho que no estoy en el mejor momento.

—Me alegro. De verdad, ese no.

Marcos se aguantó la risa y se dirigió a Gonzalo.

—¿Podemos hablar un momento?

Salieron de la sala para charlar.

—¿Qué quieres?

—He estado con José Cuervo, el chaval que…

—Sé quién es José. ¿Qué pasa?

—Claro, me lo pediste. Estuve charlando un buen rato.

—Cuéntame tu informe, experto.

—Menos coñas. Todavía quedan unas horas para que lo soltéis, pero creo que no tiene nada que ver. O interpreta muy bien o no sabe lo que pasó con Fito. No veo posibilidades a esa hipótesis.

—Ya lo sé.

—¿Y a qué esperáis para soltarlo?

—Sinceramente, ni me acordaba de él, con todo lo que ha pasado. Cada minuto cambian las cosas. Lo haremos en las próximas horas, pero no siempre actúan solos, y cabía la posibilidad de que el asesino fuera Fito. No lo podemos descartar todavía, pero hemos encontrado huellas entre las que no están ninguna de las suyas.

—¿En serio? ¿De dónde?

—De una colilla. Espero dar pronto con él.

—Ya sabes, si quieres que esté presente, me llamas.

—Claro que quiero que estés presente, pero primero tenemos que cogerlo. Lo que te decía, ni Fito ni José están ahora entre mis sospechosos.

—Estoy de acuerdo. José tenía más información de la que decía, pero te puedo asegurar que no mintió cuando dijo que mantuvo el silencio por miedo. He revisado todos los informes de los cuerpos y te puedo dar mi opinión sobre el perfil de ese tío.

—Dime.

—Cuadra con un hombre que no tiene un ambiente estable, alguien sin familia, y no es el caso de ninguno de estos dos. Diría que es muy extrovertido.

—¿Por qué dices eso? No tiene sentido.

—Lo es con el exterior. No quiere decir que sea así en realidad. Sabe llegar a la gente para conseguir lo que quiere y es sumamente pulcro con todo.

Gonzalo lo interrumpió.

—Gracias, Marcos. Tenemos una pista. Será pulcro, pero ha cometido un error.

—Si habéis encontrado las huellas en la colilla, sabréis pronto si tengo razón en el perfil.

—Todavía estamos contrastando, pero el círculo se va cerrando. Espero que sea uno de ellos y ya te diré si has fallado —guiñó un ojo —. Un tío lo grabó. No le hemos visto la cara, pero no hará falta si damos con él por sus huellas. El que grababa era un mirón de mierda. Lo tengo encerrado un ratito.

—¿Un mirón? —le hizo gracia—. Al menos ha aportado algo. ¿Cuándo le vas a soltar?

—Grababa a unas chicas. Quiero que se le quite la tontería, así que vamos a dejarlo un rato más.

—Me parece bien. A ver si así deja en paz a la gente.

—El problema está en que no se le ve la cara al tipo de la furgoneta. Iba tapado y tenemos la matrícula, que como esperábamos no nos lleva a ningún lado. Parece que tiene un plan para que todo pase antes del día veinte.

—Siento que no te haya podido aportar mucho, pero si no tengo a nadie…

Tenía cara de pena y Gonzalo captó lo que le estaba pidiendo.

—Tranquilo. No hay muchos crímenes así en Burgos, pero seguiremos contando contigo. Te llamaré cuando lo encontremos.

Le sonrió con el mismo gesto de impotencia.

—Suerte. Si necesitas algo, me llamas y estaré encantado de ayudarte.

—Perfecto, te aviso.

—Muy bien. Dale un beso a Carla y que se mejore.

—Se lo daré.

Durante una hora, comprobaron antecedentes de cada huella encontrada, vínculos familiares, e incluso redes sociales. Poco a poco, iban descartando sospechosos, hasta que llegaron a un número que les permitía ponerse a trabajar.

—Nos quedan dos nombres.

Tardaron poco tiempo en saber cuál iba a ser su primera opción. Uno de ellos parecía tener actividad más o menos relevante en las redes. Con el segundo, no obtuvieron ningún resultado.

Gonzalo lo tenía claro.

—Roberto Cedantes.

—¿Has visto algo? —preguntó Carla.

—No. Nada de nada.

—Me pongo a buscar su ficha policial.

Gonzalo no paraba de dar vueltas, sin mirar el ordenador. Esperaba a que su compañera le diera buenas noticias.

—No está fichado.

—Mierda.

—Espera. Ha renovado su DNI hace cuatro años.

—Perfecto. Nos valdrá la foto.

—Tiene treinta y cinco años.

—¿Tienes la foto?

—Sí. Aquí la tengo.

El aspecto era impoluto. Pelo corto engominado, con barba y gafas.

—¿Seguro que es este? —se extrañó Gonzalo—. Parece un empollón.

—Es la foto que viene en el sistema.

—Ya lo tenemos. Si sigue renovando el DNI, es que seguirá viviendo como una persona normal.

—Tenemos su última dirección conocida. La que tiene informada en su carnet.

La cara de satisfacción de Carla era inequívoca.

—Lo tenemos.

—Es la vivienda familiar. Aquí pone que está en Burgos.

—Vamos a hacerle una visita.

El subidón de adrenalina fue tremendo. Esperaba encontrar a un hombre que permaneciera fuera del sistema, pero sentía que no era así. Todo indicaba que lo encontrarían pronto, sin que esa persona supiera que habían dado con él.

Gonzalo no podía quitarse la sonrisa de la cara. Imprimió la foto del DNI para identificarlo en el momento en el que dieran con él, aunque su cara se había quedada grabada en su cerebro.

Salieron de inmediato cuatro coches patrulla para entrar en su casa a la fuerza, si fuera necesario. Carla se ponía en lo peor, por si se habían confundido de hombre, pero Gonzalo sabía que era él. Su aparente vida normal contrastaba con su ausencia en redes sociales. Quería vivir integrado en el mundo, pero sin sobresalir demasiado. Era la única opción plausible.

Los nervios estaban a flor de piel. Gonzalo no veía el momento de presentarse delante de ese hombre y saber de una vez cuáles habían sido sus motivaciones para lo que había hecho. Por qué le había implicado a él, hasta el punto de hacerlo parecer sospechoso.

Sólo quedaban unos minutos para salir de dudas. A medida que se acercaban, su cara desprendía más incógnitas, y una de ellas, era la de certificar que efectivamente fuera su dirección y que se encontraría allí. Estaban demasiado cerca como para que se esfumara y todo se

convirtiera en polvo.

41
Un mirón y un cigarrillo

Iban de camino y Gonzalo pensaba en lo insignificante que podía llegar a ser una acción en un momento dado, y las repercusiones que esa misma acción podía tener después. Un simple cigarrillo les había dado un nombre. Puede que no fuera el que estaban buscando, pero entonces sería una sorpresa mayúscula.

Un cigarrillo y un mirón o, mejor dicho, un mirón y un cigarrillo. Sólo había hecho falta eso.

Dejó de pensar en ese hombre y se dirigió a Carla.

—Gracias.

Carla lo miró, sin saber de qué le estaba hablando.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por llamar a mi mujer. Te lo agradezco. No te imaginas lo que ha significado para mí.

Ahora sí sabía a qué se refería, pero no pensó que el efecto iba a ser inmediato.

—¿Qué ha pasado?

—He hablado con mi hijo. Te escuchó cuando hablabas con Eva, y parece que le llegó. Además, me ha visto por la tele y sus amigos le paraban para que les hablase de su padre. El superpolicía.

—Me alegro mucho. Sólo quería poner la primera piedra, pero soy muy convincente. Pensándolo bien, puede que haya tenido más fuerza lo del superpolicía.

Gonzalo sonrió con el labio torcido.

—En la próxima, venderé los derechos a Netflix.

—No te hace falta la pasta. ¿Quieres la fama?

—La fama ya la tengo. Salgo en todos los telediarios. Soy un superpolicía.

—Deja de decirlo ya, que al final te lo vas a creer.

—Otra como Eva. No tenéis corazón. En fin, con que lo crea mi hijo es más que suficiente. Hoy es mi día.

—A mí me sacan de la carretera y cumplo las normas. Tú te las saltas y te sale todo bien. Está claro que quien dijo lo del karma no sabía lo que decía.

—Has ligado. No te quejes. ¿No te gustará Adrián? Es un papanatas.

—Es majo. Igual, cuando acabe todo, quedo con él.

Gonzalo sabía que le estaba provocando, pero conseguía que se le torciera el gesto.

—Sabes cómo hacer daño. Espero que sólo sea eso y no lo estés pensando de verdad.

Se puso una mano en la barbilla, como si realmente lo pensara.

—Ya veremos. Hemos llegado.

Aparcaron y volvieron a comprobar la dirección. El portal estaba abierto y fueron directos al segundo piso.

El dispositivo estaba preparado y dos agentes empuñaban su arma, a cada uno de los extremos de la puerta.

Gonzalo llamó y una voz de mujer respondió al otro lado.

—¿Quién es?

—Hola. Policía, por favor, abra la puerta.

Carla le dijo en bajo:

—Al menos hay alguien en la casa.

Gonzalo asintió, sin emocionarse demasiado.

—¿Podemos entrar? —Carla probó con una voz femenina, a ver si daba más confianza.

—¿Ha pasado algo? —preguntó la señora, abriendo la puerta.

—Mi compañero y yo queremos hablar con usted, ¿señora…? —esperó a que respondiera.

—Me llamo María Teresa.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Ya llevo un tiempecillo. Unos diez años.

—¿Vive aquí un hombre que se llama Roberto Sedantes?

—Cedantes —corrigió Carla.

—Perdón, Roberto Cedantes.

—No, lo siento. Prueben con la vecina de la puerta de mi derecha. Lleva viviendo aquí mucho más tiempo que yo. Puede que lo conozca.

Ordenó a los policías que mantuvieran su posición, por si no era cierto.

Se acercaron a la puerta de al lado y Gonzalo presionó el timbre. Otra señora abrió como si hubiera estado escuchando.

—Me decía su vecina que usted lleva muchos años viviendo aquí. Puede que nos ayude.

—Hola, jóvenes. ¿En qué puedo ayudar?

—Buscamos a un hombre que se llama Roberto Cedantes. ¿Sabe si vivió en el piso de al lado?

—El hijo de Remedios. Estaba hecho un bicho.

—¿Sabe dónde se encuentra?

—Remedios murió hace unos años y Roberto se marchó de aquí. No lo he vuelto a ver.

Gonzalo comenzó a creer que el hombre había mantenido esa

dirección en el DNI, pero ya no vivía allí.

—¿Le dijo dónde se marchaba?

—Desapareció sin más. Dejó la casa y se marchó sin decir nada a nadie. Era muy introvertido. Algo raro.

—¿La casa era suya?

—No, siempre estuvieron alquilados.

—Acaba de decir que era un bicho.

—Un bicho en el mal sentido. Maltrataba animales, pegaba al resto de niños… luego creció y parecía como si no existiera. Remedios estaba todo el día trabajando y el pobre chico se encontraba solo. No me extraña que acabara tan mal.

—¿A qué se refiere con que acabó mal? —preguntó Carla.

—Era una forma de hablar. Me refiero a su carácter. No he sabido nada más de él.

—¿Y su padre?

—No tenía padre. Supongo que el estar tanto tiempo sin nadie a su lado, le hizo tener algunos problemas. Pegó alguna paliza a un par de hombres cuando echaron a su madre del trabajo. Les costó salir adelante.

—No tiene antecedentes. ¿No lo denunciaron?

—Hija, todo el mundo quería a Remedios. Los convencieron para que no lo denunciaran. No paraba de meterse en líos, pero con el tiempo se hizo invisible.

—¿Invisible? ¿A qué se refiere?

—Aprendió a manejarse. No sé lo que hacía, pero dejó de tener problemas. Dicen que leía cosas raras. Era un chico muy listo y muy culto, pero cuando le veías sabías que no tenía los cables bien conectados.

—¿A qué se dedicaba su madre? —preguntó Gonzalo.

—A lo que podía, la pobre. En la charcutería del barrio; en el supermercado. No la fue bien vendiendo sus cuadros y tuvo que dejarlo.

—¿Cómo? ¿Pintaba?

Gonzalo miró a Carla, sabiendo que tenían a su hombre.

—Era su pasión y lo hacía genial, pero si no tienes contactos es muy difícil sacar dinero, y sin dinero no puedes comprar material. Me dijo que, cuando era joven, conoció a alguien que le compraba sus cuadros, pero por lo visto, eso se acabó —torció la boca dejando claro que detrás de los cuadros había mucho más—. Tenía el sueño de ser pintora, y comenzó pintando cuadros famosos para la gente que quería copias baratas, con el fin de hacerse un nombre y pintar sus propios cuadros. Se rumoreaba, además, que tenían algo juntos, pero el hombre estaba casado y la dejó tirada. Como digo, son sólo rumores.

—Parece que conoce su vida a la perfección —dijo Gonzalo, con

intención—. Le contaría quién era ese hombre.

La mujer sonrió.

—Nunca quiso hablar del tema, así que nunca la pregunté directamente.

—Es importante que, si lo sabe, nos lo cuente. Necesitamos toda la información.

—¿Por qué me están preguntando todo esto? ¿Ha ocurrido algo con el chico?

Era lógico pensar que era así, pero se dieron cuenta de que a esa mujer le gustaban los chismes, y era su momento de gloria.

—Nos está ayudando mucho, pero no le puedo responder a esa pregunta.

—Está bien. Nunca conocí a ese hombre. Dicen que tenía familia. Un tío importante en Burgos, pero nadie sabía de quién se trataba. No sé si los rumores eran reales y ella se lo contó a alguna amiga, o se lo han inventado. Ya sabe que a la gente le gusta el cotilleo.

Gonzalo intentó no reírse.

—¿Hay algo más que nos pueda decir? —intervino Carla—. ¿Vivieron aquí siempre?

—Creo que Roberto nació aquí, pero no estoy muy segura, hace demasiado tiempo. Remedios provenía de un pueblo que se llama Valdearnedo. Es una localidad del municipio de Carcedo de Bureba, a unos treinta y cinco kilómetros de Burgos. Ahora allí ya no vive nadie. Los últimos habitantes del pueblo lo abandonaron a comienzos de los ochenta, si recuerdo bien. No ha llovido, ni nada.

—Muchas gracias por su tiempo.

—A mandar.

Cerró la puerta.

—Muy amable la señora —se jactó Carla, dirigiéndose a Gonzalo.

Se separaron de la puerta y no volvieron a hablar hasta estar lo suficientemente lejos como para no ser escuchados.

—¿Qué hacemos ahora? —Carla lo miraba, con el gusanillo en el cuerpo.

—Es él —respondió Gonzalo, más impaciente que nunca—. Tiene que ser él.

—Aunque sea él, es un fantasma. No vive aquí desde hace mucho tiempo y queda claro que no es el perfil que pensábamos.

—Nos la ha jugado otra vez. Lo tiene todo atado.

—No sabemos dónde vive. Estamos como hace una hora. No ha cambiado nada.

Gonzalo no estaba tan convencido.

—¿Y dónde viviría un fantasma? —no quería darse por vencido y le habían dado datos que podían ser relevantes.

—No te capto.

Volvió sobre sus pasos y llamó de nuevo a la puerta de la mujer.

—¿Otra vez ustedes?

—Sólo un par de preguntas más. ¿Sabe si Roberto estaba muy unido a su madre? —Gonzalo tenía un pálpito y sabía que podía llevarle a algún lado.

—Era muy dependiente de su madre. Parece que era la única persona a la que respetaba.

—Siento insistir, pero es importante. Usted dice que no conoció a su padre…

La mujer lo interrumpió, aparentemente molesta.

—Nunca supe quién era su padre, como le he dicho antes. Parece que no se quiso hacer cargo del niño. Es todo lo que sé.

—No me ha dejado terminar. ¿Roberto lo conoció?

—No, Remedios lo sacó adelante sin ayuda. Él estaba siempre solo y en problemas, como les he contado. Por lo menos, no mató a nadie.

Gonzalo miró a Carla, sabiendo que la señora no podía estar más equivocada.

La mujer se quedó pensativa, como si hubiera dicho algo malo.

—Gracias de nuevo. Una última cosa. ¿Sabe dónde está enterrada Remedios?

—Dicen que se la llevó al pueblo, para que descansara allí, pero no sé si es cierto. Me extrañaría que aquel cementerio siga abierto.

42
Valdearnedo

De un simple cigarrillo habían dado con el hombre que estaban buscando, pero hacía falta mucho más para devolverlo al mundo de los vivos. De nada les servía tener sus huellas, si no podían dar con él.

Subieron al coche y Gonzalo llamó a Bruno.

—Tenemos a nuestro hombre. Se llama Roberto Sedantes.

—Cedantes —volvió a corregir Carla.

—Eso. Su madre pintaba y murió hace unos años. No se sabe nada de él desde que ella murió.

—No nos vale de mucho. ¿No vive allí?

—No. Debió dejar la dirección en el DNI. Debe llevar mucho tiempo preparando esto.

—Lo siento —Bruno quiso apoyarlo, después de haberlo tenido tan cerca—. Parecía muy sólido.

—No podemos centramos en eso. Tenemos algo más de lo que tirar. Necesito que me des la dirección que tenía su madre antes de mudarse a Burgos. Tienes que buscar su lugar de nacimiento, que ya te lo digo yo. Es Valdearnedo. Mira a ver si me puedes dar la dirección exacta. Se llama Remedios —se desinfló de repente—. ¡Mierda! No hemos preguntado el apellido.

Carla se dio un golpecito en la cabeza, y se arrepintió al instante. Había olvidado las contusiones del accidente.

—No creció con su padre. Su apellido tiene que ser Cedantes.

—Ya lo has oído. Los mismos apellidos que su hijo.

—Muy bien. Te llamo en cuanto lo tenga.

—Perfecto.

Gonzalo no perdió tiempo mientras le buscaban la dirección exacta.

—Valdearnedo.

El GPS respondió a su petición, iniciando el trayecto.

—¿Qué esperas encontrar allí? —Carla no veía el sentido de ir al pueblo.

—Carla, hazte una pregunta. La mayoría de los asesinos en serie son gente solitaria, muy inteligentes y con traumas muy marcados. Curiosamente, suele ser muy común en todos ellos que su familia se rompiera y, en la mayoría de los casos, crecieron sin padre. Marcos me ha dado mucho la matraca con los patrones, y es verdad que se suelen

cumplir.

—¿Entonces, tu hijo puede llegar a ser un delincuente? —Reaccionó al instante—. Perdona, me he pasado.

Le sorprendió que Gonzalo no se defendiera con un contraataque, pero no tenía tiempo para eso.

—Que crezcas sin padre no quiere decir que tengas una vida infeliz. Estoy hablando de otra cosa. Es discutible si un asesino nace o se hace. No vamos a entrar en el juego de qué fue primero, pero se juntan muchas cosas para que, al agitar el cóctel, ¡pum!, algo cambie en la cabeza. Lo que ha descrito esa mujer sobre la personalidad del amigo Roberto, encaja perfectamente con un asesino. Seguramente, podamos sacar esas mismas conclusiones de casos en los que no sea así, pero sería mucha casualidad que aparezca su huella en la escena del crimen y a la vez tengamos todos estos rasgos en la misma persona.

—Aunque fuera así, ¿qué pretendes yendo hasta allí? Es un pueblo abandonado desde hace cuarenta años.

—Antes me has dicho que es como un fantasma y te hago una pregunta. ¿Dónde viven los fantasmas? No digo que sea así, pero no me parece descabellado. ¿Dónde ibas a pasar desapercibido?

Carla entendió lo que le quería decir.

—En un pueblo fantasma.

—Exacto.

Continuaron por carretera los treinta y siete kilómetros que separaban Burgos del pueblo fantasma. Según se acercaban, iba creciendo el nerviosismo.

—Deberíamos llamar a Bruno. No sabemos lo que nos vamos a encontrar.

No estaba acostumbrada a vivir ese tipo de tensión, pero veía en la cara de Gonzalo que estaba dispuesto a todo por dar con ese tipo, y eso la hacía temblar.

—No quiero mover a todo el mundo por una intuición. Por ahora, sólo espero que Bruno me dé la dirección exacta. Puede que no encontremos nada.

—Estoy un poco cagada.

—Yo también.

—Quién lo diría. El hombre de hielo está cagado. No creía que iba a escuchar algo así.

—Ya me conoces. Soy todo fachada.

—Deberías tirarla abajo para que la gente te conozca. Harías menos enemigos.

—Ya estoy en ello, ¿no crees?

—Nunca es tarde para nada. He escuchado lo que le decías a Bruno de tu hijo.

Apartó la vista de la carretera para mirarla.

—¿Qué has escuchado? Antes te has hecho la sorprendida cuando te he dado las gracias.

—Sólo el final.

Gonzalo no le dio importancia.

—Gracias. Si te digo la verdad, me tiene más acojonado ir a verle y saber cómo reaccionar, que lo que nos podamos encontrar en ese pueblo.

—Tira ese muro y todo irá bien.

Habían llegado. Estaba todo desierto.

Volvió a marcar el teléfono de Bruno y le reprochó la tardanza.

—Has tenido tiempo. ¿Dónde coño está la dirección?

—Tranquilo. Me la han pasado hace unos minutos. Te iba a llamar ahora.

Les dio la dirección exacta.

Buscaron la casa en la que había vivido Remedios. Estaba apartada del centro, aislada de cualquier otra finca. Pasaban por delante de ruinas. Daba pena verlo, pero a la vez proyectaba una belleza muy distinta a la que esperaban.

Gonzalo bajó del coche, con la pistola en su mano derecha. Carla le seguía, mirando hacia atrás. Entraron en la casa con mucho cuidado. Tenían la sensación de que todo se iría abajo. Nada más entrar, había una estancia con el suelo levantado y una gran chimenea medio derruida. Entraron en cada una de las habitaciones y la vista era muy parecida. Una de las puertas estaba atrancada. Gonzalo tiró con fuerza y se quedó con ella en la mano. De ella, partían unas escaleras hacia abajo y notó un escalofrío por el cuerpo ante la idea de bajar.

—Aquí hay un sótano —le informó Gonzalo, en voz baja—. A ver qué nos encontramos.

—Vamos a llamar a alguien.

Carla no paraba de temblar y él hizo como si no la hubiera escuchado. Bajó lentamente, peldaño a peldaño. Sacó la linterna para guiarse. Las maderas crujían como si se fueran a venir abajo. Cuando pisó el último escalón, fue apartando las telarañas que habían cubierto cada palmo. Tenía la sensación de que no había pasado nadie por allí en años.

Carla seguía esperando arriba, muy nerviosa, cuando escuchó un ruido que casi paró su corazón.

—¡Gonzalo! ¿Estás bien? —Los nervios crecían, al no recibir respuesta—. ¡Joder, dime algo!

—Estoy bien. Casi me quedo con el pie incrustado en una madera. Aquí no hay nada.

—Sube, por favor.

Gonzalo realizó el camino opuesto, con el mismo cuidado que había tenido al bajar.

—Aquí no ha entrado nadie en mucho tiempo. Mi gozo en un pozo.

Al otro lado del salón había una puerta, que llevaba a una gran extensión de terreno.

—Joder, buen sitio para cultivar —comentó Gonzalo, saliendo de la casa.

—No creo que aquí se pueda plantar nada. Gonzalo, vámonos de aquí.

—Espera. Mira esa cruz.

Se dirigió hacia ella y Carla lo siguió, sin entender muy bien por qué le había llamado la atención.

—¿Qué es?

—Ya te lo he dicho, una cruz. En la madera tiene grabado un nombre.

—Remedios, ¡no me fastidies! La enterró aquí.

No era ninguna sorpresa que volviera a tener razón, pero no le gustaba la sensación de estar ahí.

—Y hay pisadas. Vienen de allí.

Señaló otro camino que daba a un lateral de la casa. Se podía acceder sin cruzar por ella, debido a que el muro de piedra se había caído por completo.

—Carla, mira esto.

—¿Qué estamos viendo?

—La tierra. Es de diferente color. Parece que se ha removido no hace mucho tiempo. No sé si nos llevará a algo, pero el asesino ha estado aquí. Ayúdame.

Volvió a la casa y cogió dos palas que encontró apoyadas en una de las paredes.

—¿Quieres que cavemos? No puedo ni coger la pala.

—Toma. Inténtalo.

Carla se quedó en el sitio hasta que Gonzalo la hizo un gesto para que se pusiera manos a la obra. Comenzaron a cavar, sin descanso, durante quince minutos. La tierra no era compacta, como si se hubiera levantado recientemente, lo que les facilitó el trabajo. Al rato, la pala de Gonzalo chocó con algo más duro.

—¿Qué es eso?

—Acabas de dar a algo. Voy a quitar la tierra.

De repente, Carla emitió un grito y salió disparada hacia atrás, cayendo de espaldas.

—¿Es un cadáver?

—Está dentro de un plástico. Joder, Gonzalo, voy a llamar ya a Bruno.

Carla cogió el teléfono, pero no había cobertura. Se apartó unos metros, pero seguía sin conseguir señal.

—Vámonos, llamaremos por el camino.

El desconcierto había llegado al límite para ella.

—¿Y dejamos esto así? Ni de coña.

—Volveremos en cuanto consigamos cobertura. Serán unos minutos.

Gonzalo cedió a su petición. Sabía que era más inteligente llamar a alguien, pero temía perder su oportunidad.

Mientras iban hacia el coche, Carla escuchó un crujido dentro de la casa y se puso en alerta al instante.

—Hay alguien —dijo en voz baja.

Gonzalo sacó su arma y la hizo un gesto para que se escondiera detrás de un árbol.

Intentaba detectar de dónde había venido ese ruido. Por el momento, no escuchaba nada y caminó despacio, cambiando el arma de posición a cada paso que daba. Se acercó a la casa y volvió a entrar por la puerta trasera. Carla pensaba en decirle que no entrara, pero no quería hablar y fastidiarlo todo. Se quedó muy quieta, apartada de la casa.

Gonzalo daba pasos lentos en el interior, intentando hacer el menor ruido posible. Salió del salón y entró en una de las habitaciones. No había nadie. Fue a la siguiente, con el corazón latiendo a toda velocidad, e intentando controlar la respiración. No era capaz de saber si era él quien la notaba, o cualquiera que estuviera en la casa podría percibirla.

Carla seguía sin poder moverse. Su cuerpo no le respondía, pero sentía que debía apoyar a su compañero. Podría no ser una buena idea, ya que no podía moverse con agilidad a causa de los golpes provocados por el accidente, pero sacó fuerzas de donde no las tenía y caminó hacia la casa.

Gonzalo seguía recorriéndola, sin escuchar nada, pero intuía que alguien estaba allí. Lo único que se le pasaba por la cabeza era que pudiera matarlo en el mejor momento de su vida. Podría recuperar a su hijo y se sentía mejor que nunca, pero le invadió un miedo que no había experimentado antes. Se teme cuando tienes algo que perder y, en ese momento, tenía mucho que perder.

No quería que su mente se distrajera en el momento menos oportuno y recuperó la templanza. Fue a entrar en la cocina y escuchó cómo alguien se movía. Retrocedió al instante y se colocó tras una viga para estar algo más protegido.

—Te hemos pillado, hijo de puta.

No obtuvo respuesta. Estaban separados por un tabique de madera, y se dio cuenta de que no debía haber hablado.

Un disparo traspasó la pared y vio que las astillas pasaban a dos metros de su posición.

Carla apareció por su lado y él puso un dedo en su boca para que no hiciera ruido. Señaló con la mano para que se apartara y se pusiera a salvo.

Gonzalo se armó de valor y comenzó a correr para entrar en la cocina y abalanzarse sobre él. No pudo verle la cara. La llevaba tapada. Intentó dejarla al descubierto, pero recibió un puñetazo directo a su rostro y cayó al suelo. El hombre había perdido la pistola e intentó recuperarla, pero de nuevo Gonzalo saltó sobre él e intentó golpearlo en las costillas. Fue demasiado lento y el hombre se zafó fácilmente, propinándole otro puñetazo en la cara. Salió corriendo de la casa mientras Gonzalo intentaba situarse. Se puso en pie y corrió detrás de él, pero en ese instante, se partió una madera del suelo y se quedó atrapado.

—¡Carla, dispara! —gritó.

Ella no podía reaccionar. A él le costó unos segundos salir y sólo pudo ver que detrás de unos matorrales salía una furgoneta a toda velocidad.

Gonzalo consiguió sacar la pierna. Le sangraba, pero olvidó el dolor para intentar continuar.

Subieron al coche y se pusieron en marcha para seguirlo. Cruzaron el pueblo como pudieron, ya que la polvareda que había levantado les impedía ir a mayor velocidad. Por fin consiguieron llegar al límite del pueblo con la carretera, pero una vez allí, miraron hacia los dos lados para intentar ver la dirección que había tomado la furgoneta, sin éxito.

—Mierda. ¿Por dónde ha ido?

—No lo veo.

Eligió la carretera con destino a Burgos y aceleró al máximo, sabiendo que correría más que la furgoneta, pero pronto se dio cuenta de que lo habían perdido. Nunca lo habían tenido tan cerca y, sin embargo, sentían que nunca había estado tan lejos.

43
Una mala decisión

El pueblo abandonado de Valdearnedo se llenó de policías en menos de treinta minutos. Un equipo trabajaba en la finca, a expensas de encontrar más cadáveres. Comenzaron a levantar la tierra en todo el recinto, en busca de más cuerpos. Gonzalo estaba convencido de ello.

—¿Cómo coño habéis llegado hasta aquí?

Bruno se asombraba del descubrimiento, como si se tratara de una excavación arqueológica, buscando un tesoro antiguo enterrado.

—Gracias al instinto de Gonzalo —recalcó Carla.

—Pero lo hemos dejado escapar.

Gonzalo no escuchaba los halagos. En ese momento, sólo era capaz de pensar en lo que había perdido.

—¿Qué tal tu pierna? —se interesó Bruno, mientras se agachaba para ver la herida.

—Nada grave. Unos cortes sin importancia. Tenemos su pistola, pero dudo que encontremos huellas. Iba cubierto de pies a manos, y la cara, pero no importa. Aunque se haya largado, hemos dado con él.

Bruno insistió en saber cómo habían encontrado ese lugar.

—¿Quién os contó todo esto?

—Las huellas que encontraron en la colilla pertenecen a un hombre llamado Roberto, sigo sin aprenderme su apellido.

—Roberto Cedantes —Carla volvió a recordárselo.

—El caso es que fuimos a la última dirección conocida —Bruno ya tenía esa información y demandaba algo nuevo con la mirada—, y una vecina nos puso al día de lo que sabía de ese hombre. El resto es pura casualidad.

—Si se trata de ti, he dejado de creer en las casualidades. Bruno estaba alucinado con su instinto, y no quería dejar pasar la oportunidad de recordárselo.

—Estaba unido a su madre, y este era su pueblo. No era difícil adivinar que aquí habría algo. Por muy calculado que lo tuviera, la debilidad de este tipo de hombres deja huellas imborrables. En este caso, era su madre.

—Increíble. No pensaba que fuéramos a dar con él —dijo Bruno.

—Nos estamos olvidando de que todavía no lo tenemos. No hemos avanzado nada. Sabemos de quién se trata, pero no cambia un ápice.

—Yo creo que hemos avanzado mucho. Puede que lo que encontremos nos lleve a algún sitio.

—Bruno, por esta vez debemos tener alejada a la prensa. No quiero que entren a husmear. Hasta que no sepamos de qué va todo esto, no quiero que salga de aquí. Díselo a los policías que están trabajando. Ni palabra a familias; amigos… a nadie. Si sale en la prensa, se llenará este pueblo.

—Tranquilo, no saldrá una palabra.

—Sé que eres el jefe, pero debemos poner controles ocultos en los puntos de acceso a la carretera por la que se puede llegar al pueblo. Que no quede ningún punto sin vigilancia, y tenemos que hacerlo ya.

Bruno miró a Gonzalo con la sonrisa en la cara. Obedecía como si su jefe le estuviera diciendo cómo debían actuar. Se dirigió a los policías y les ordenó, con un mapa en la mano, que cada patrulla se dirigiera a un punto de la carretera y que avisaran de todos los coches que se acercaran a la zona. No era probable que volviera, pero sabía que habían dado con su madre, y esa debilidad podría empujarlo a dar un paso en falso.

—Hecho. En unos minutos tendremos el dispositivo funcionando.

—Perfecto. Espero que cuando nos vayamos, tenga la tentación de volver.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carla.

—No lo sé, pero es su punto débil. Puede que venga, pero espero que sea antes de que haya matado a Sofía —no paraba de mortificarse —. ¡Mierda! Tenía que haberlo cogido y se me escapó.

—No pienses demasiado en lo que podría haber sido —el tono de voz de Bruno le quitaba la culpa—. No creo que hubiéramos llegado a este pueblo sin ti, y la cosa ha cambiado bastante.

—Eso seguro —bromeó—. Aunque nos creamos que somos especiales, son los pequeños detalles los que hacen que consigas o no lo que estás buscando. Sin el mirón, nunca habríamos dado con el cigarrillo, y sin el cigarrillo no habríamos dado con sus huellas. Sin sus huellas, jamás estaríamos en este pueblo.

—A eso se le llama investigación. Es lo que me dijiste un día para meterte conmigo. Lo que no entiendo es por qué estaba aquí en el mismo momento que nosotros —reflexionó Carla—. O sabía que veníamos, o estaba visitando a su madre, pero ocultó la furgoneta tras esos matorrales.

—Puede que nos esté siguiendo los pasos. Eso da lo mismo — Gonzalo le quitó importancia—. El caso es que estaba aquí y lo teníamos muy cerca. Hoy se podría haber acabado todo.

—No creo que no tenga importancia. Sería un problema que nos hubiera seguido, porque significaría que…

—Nos ha visto aquí. Da igual que nos haya seguido o que nos encontráramos aquí por casualidad. Nunca estaríamos en este lugar si no supiéramos quién es. Ya es consciente de que sabemos su nombre.

—Tienes razón.

—Por cierto, ¿te fijaste en la matrícula?

Carla no había tenido la frialdad para hacerlo.

—No, lo siento.

—Yo tampoco tuve tiempo. Fue todo muy rápido.

—Gonzalo —interrumpió su jefe—. ¿Por dónde se fue?

—Es probable que tomáramos una mala decisión, pero es seguro que no fue hacia Burgos.

—Deberíamos peinar la zona que iba hacia el otro sentido. Todos los pueblos que haya en ¿cuánto? ¿Quince kilómetros?

—No lo sé. Habrá que ir peinando metro a metro. No buscaría en pueblos con muchos habitantes. De hecho, no buscaría en pueblos. Debe ser un lugar alejado —recordó la charla que tuvo con su perro, Turco, mientras corría por la dehesa de Quintanapalla—. Parece un tipo solitario y, si hay gente, le restaría margen de actuación. Tienen que ser casas apartadas, con mínimas posibilidades de que acceda nadie. Supongo que no la encontraremos en el registro de la propiedad, así que no perdamos el tiempo con eso.

—Estoy de acuerdo. Tiene que haber algo así entre este pueblo y Arconada —Bruno veía el mapa en su móvil. Cualquier lugar perdido en esos once kilómetros era una posibilidad.

—Debemos hacerlo rápido. Lo más sencillo es lanzar al aire dos o tres drones para peinar la zona y centrarnos en casas apartadas.

Miró a Bruno para que diera la orden.

—Muy bien. Haremos las dos cosas. Tendremos la carretera controlada y los drones harán lo mismo por aire.

—Una cosa más. No tiene que estar necesariamente entre Valdearnedo y Arconada. Puede estar más lejos. Que empiecen desde aquí, vayan a todas las casas que encuentren y sigan ampliando el círculo.

—Puede ser cualquiera. Va a ser difícil.

—Tiene a Sofía en esa casa. Si damos con el lugar, la encontraremos a ella. No tenemos otra opción.

—Está bien. Nos ponemos en marcha.

Seguían realizando el trabajo de movimientos de tierra. Trabajaban a mano, para no dañar los posibles cadáveres que pudieran encontrar. Por el momento, sólo tenían a uno. El que habían encontrado Gonzalo y Carla, y continuaba en la misma bolsa que había sido enterrado. Lo trasladarían en los próximos momentos para que fuera examinado por

un forense.

—Gonzalo, no hace falta que os quedéis. Ya me encargo yo de todo —le dijo Molina.

—Quiero estar aquí cuando aparezcan. No tenemos mucho más que hacer. Uno de los cuerpos es de la madre de Roberto. Ese es fácil de comprobar, y por el momento no hay necesidad de tocarlo, ya que tiene la cruz con su nombre, pero hay más en esta explanada. Tiene que haberlos.

—Como queráis.

Los trabajos iban avanzando, y uno de los policías llamó a Bruno.

—Jefe, hemos encontrado algo.

Se acercaron los tres, impacientes por ver si la teoría de Gonzalo se sostenía.

Señaló con el dedo al fondo.

—Otra bolsa con un cadáver.

Bruno miró a Gonzalo y le dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Ya tenemos dos. Gonzalo, vas a tener razón.

—Seguid —hizo como si no hubiera escuchado a su jefe—. No podemos descartar que encontremos alguno más.

Se apartaron para dejarlos trabajar.

Carla y Bruno lo miraban, sin entender por qué creía que podrían encontrar más restos, pero Gonzalo tenía un pálpito. Esperaba que uno de los cadáveres fuera el de Fito y no quería marcharse sin haber movido toda la tierra para ver lo que encontraban. Lo descubrirían pronto.

Gonzalo no cesaba de dar vueltas en círculos. Hacía unos minutos que no abría la boca, mientras Carla y Bruno charlaban.

Llegó una nueva noticia. Volvían a llamarles para que se acercaran. Había aparecido otro cadáver. La misma escena. Un cuerpo cubierto por una gran bolsa de plástico.

—Bien. No podemos esperar más—zanjó Gonzalo—. Llevaos los cuerpos al forense. Nosotros iremos cuando tengan datos que darnos. Necesitamos comprobar la identidad de los cuerpos en el menor tiempo posible. Yo mismo hablaré con el forense para decirle a quién debe buscar. Nos vamos.

—¿Paramos? —le preguntó un agente, con la pala en la mano.

—No, seguid hasta que no quede un metro por levantar, pero con lo que tenemos podemos tirar hacia delante. No podemos perder más tiempo.

Los agentes se quedaron mirando a Gonzalo, al igual que Carla y Bruno. Le veían muy seguro de lo que hacía; de lo que decía. Parecía que supiera lo que estaba pasando y que tuviera más datos que el resto. Carla dudaba si le había contado todo, pero en el fondo sabía que era capaz de ir un paso por delante del resto. Se quitó las dudas al

instante. Le había mirado a la cara y había percibido que era sincero. Esta vez sí. Decidió ir a muerte con lo que dijera para poder terminar cuanto antes.

Prepararon todo para salir rápido.

—Seguiremos trabajando para ver si encontramos más.

—De acuerdo. Hay mucho terreno. Nos vamos con los tres que hemos encontrado hasta el momento. Si hay alguno más, que lo lleven al forense según salgan de la tierra.

El agente asintió y Gonzalo se ocupó de que metieran el último cuerpo para llevárselo.

—Nos vamos.

44
La duda se apoderó de él

Esperaban impacientes en comisaría y Gonzalo no paraba de darle vueltas a todo. Había algo que, con seguridad, había pasado por alto. No se le iba de la cabeza que había recibido señales en cada asesinato. La pulsera en el primero, el pendiente en el segundo y el anillo en el tercero. Debía tener una relación directa con algo que hubiera ocurrido en el pasado. Su mente funcionaba como un ordenador y comenzó a atar los cabos. Era descabellado, pero no podía dejarlo pasar sin comprobarlo.

Recordó las palabras de la vecina de Cedantes. Él nunca olvidaba nada y tenía una mente capaz de unir piezas inconexas que acababan encajando como un puzle. Recordó una conversación que tuvieron sus padres cuando tenía unos diez años. Se le había quedado grabada, a pesar de su corta edad. Su madre le preguntó a su padre por qué le había dado por comprar tantos cuadros. No era una pregunta inocente. Fue la vez que se separaron por un tiempo y su madre y él regresaron a Galicia, hasta que Gonzalo volvió a vivir con su padre cuando se reconciliaron. Nunca le contaron nada, pero de repente, pudo unir los reproches que su madre le había lanzado durante años. Ahora sabía que había otra mujer.

Salió corriendo a su casa, con el corazón saliendo por la boca, esperando que sus pensamientos no se transformaran en realidades.

Por el camino pensaba y pensaba si podía ser cierto. Sería una explicación. No la que esperaba, pero una explicación, al fin y al cabo.

Aparcó en el camino de tierra y entró a casa con los nervios a flor de piel. Su padre le regaló uno de esos cuadros. Según había dicho la vecina, aquella mujer había vendido sus obras por un contacto y, de pronto, se había terminado su ilusión de convertirse en alguien pintando. El padre de Cedantes había desaparecido, como le habían contado esa mañana, y el padre de Gonzalo dejó de comprar cuadros desde que tuviera esa discusión con su madre. El puzle comenzaba a encajar. No quería creerlo, pero tenía sentido. ¿Por qué sino iba a ir detrás de él? ¿Por qué sino estaba haciendo esto? Comenzaba a obtener respuestas.

Antes de quitar el cuadro de la pared, se tomó unos segundos para respirar. Se decidió y miró la parte de atrás. Tapó su cara con las manos al ver la firma. En ningún momento había reparado en la firma

de los cuadros que habían aparecido en las casas de los asesinados. Sólo se había fijado en la firma de Fito, pero no le dio la menor importancia al símbolo que precedía a la firma. Una letra "R" con una caligrafía preciosa, muy distinta a la propia firma. Supuso que era una "R" de registrado, pero ahora sabía que era la firma de Remedios, la madre de Roberto Cedantes.

Lo había pasado por alto desde el comienzo del caso, pero su padre y esa mujer habían tenido algún tipo de relación. La duda se apoderó de él. ¿Podría ser el hombre que abandonó a Roberto, dejándolo sin padre? Le entró un escalofrío por el cuerpo. Esperaba que no fuera así y que no se tratara de su hermano. Esperaba que sólo fuera una relación casual, pero entonces no tendría sentido lo que estaba ocurriendo.

Se derrumbó en el sofá. No sabía lo que debía hacer, pero la respuesta había estado colgada en su pared durante años. Había estado presente todos los días, desde que empezaron las desapariciones. Ese hombre sabía que ese tipo de casos los llevaría el mejor policía de la ciudad, y le fue dejando miguitas de pan para que se comiera la cabeza sin saber por qué estaba sucediendo. El asesino lo sabía todo y llevaba mucho tiempo preparándolo. Ahora entendía que era una venganza por la vida que había llevado, y la culpa iba dirigida a su padre. Una culpa que iba a recaer sobre él.

De pronto, supo lo que debía hacer, pero antes tenía que comprobar otra cosa. Realizó una búsqueda en su ordenador, pero había demasiados resultados. Cogió el teléfono y marcó el número de Lucía, la experta en arte que les había ayudado con los cuadros. Estaba convencido de que aquella mujer podría volver a ayudarlo.

Se sucedían los tonos y no paraba de andar en círculos, con los nervios a flor de piel. Por fin, escuchó su voz.

—Perdona que te moleste. Tengo algo en lo que necesito tu ayuda.

Lucía se mostró colaborativa, aunque ya le había dicho todo lo que había encontrado en los cuadros.

—Claro, coméntame.

—Necesito una cosa más. Sé que para una experta en arte como tú será un juego de niños, pero te pido que quede entre nosotros.

—¿Por qué?

—No puedo decirte nada, pero confía en mí. Nadie puede saberlo hasta que esto termine.

—De acuerdo.

—Te cuento.

Le dio todos los datos que tenía y, en pocos segundos, ella le ofreció la respuesta que estaba buscando. Todas las piezas se habían unido en las últimas veinticuatro horas, y ahora intuía cómo iba a

acabar todo. No podía consentir que nadie más saliera mal parado, por lo que se lo iba a guardar para él. Era su responsabilidad. Ni Carla, ni nadie cercano iba a sufrir las consecuencias de las acciones de ese hombre. Sólo había una persona que podía acabarlo, y la respuesta de Lucía le había dado la clave.

Bajó al sótano y sacó una bolsa de plástico de un cajón. Miró dentro y comenzó a trazar su plan. Era muy arriesgado, pero tenía la sensación de que las cosas iban a ocurrir como barruntaba su mente. Únicamente tenía un pero, aunque estaba dispuesto a asumirlo.

Acabó de prepararlo y salió de su casa para coger la moto y partir disparado hacia el forense. Era probable que no tuviera que dar con él, porque Roberto sería quien fuera a encontrarlo.

45
¿Puedes abrir los plásticos?

Hacía una hora que los cuerpos habían entrado en una sala habilitada para comenzar a examinarlos. Unos minutos después, cada uno de ellos se encontraba en una camilla, todavía envueltos en plástico.

Gonzalo tenía sentimientos encontrados. Por un lado, por fin sabía lo que estaba ocurriendo, pero le faltaba descubrir lo más importante. Era el momento de terminar con todo de una vez. Por otro lado, su pasado y el de su familia se habían manchado para siempre y no podía quitárselo de la cabeza, por mucho que lo intentara.

Por muy desagradable que fuera para Gonzalo, para el doctor era un día más en la oficina, y su cara lo corroboraba, pero Gonzalo sentía que acababa de convertirse en el peor día de su vida. El peor no. Nada superaría lo ocurrido con su madre.

Intentó centrarse, para dejar atrás esas sensaciones negativas y volver a sacar su lado más pragmático.

—Doctor. ¿Cómo va todo? Necesitamos que trabajes muy rápido para identificar los cadáveres —dijo, muy acelerado—. Todavía pueden asesinar a una joven que permanece desparecida y no podemos perder mucho tiempo.

Le respondió elevando las cejas.

—Voy lo más rápido que puedo, pero para ello necesito poder contrastar el ADN. No me pidas lo que no puedo darte. Sabes cómo funciona esto.

—Puedo ayudarte con algo de eso. Creo saber a quién pertenece uno de los cuerpos. Con los otros dos, estamos algo más perdidos.

—Lo primero será saber el estado de los cuerpos y determinar cómo murieron y hace cuánto tiempo. Todavía no he tenido un momento para acercarme a ellos —señaló a las camillas para que viera por sí mismo que los cadáveres estaban tal y como llegaron.

—No me importa cómo murieron. Necesito saber las fechas aproximadas de su muerte para saber si lo podemos relacionar con algo.

—Podemos identificar los cadáveres entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, pero sólo si podemos contrastarlo. Me explico. Mediante la extracción de ADN, podemos cruzarlo con otras muestras de familiares o con el banco de ADN policial, si es que lo tenemos. No hago milagros.

Gonzalo estaba demasiado exaltado como para que el doctor le hablara de esa forma, pero decidió calmarse, entendiendo que estaba en su derecho. Sabía que no podía hacer milagros, pero en ese momento necesitaba que ocurriera uno.

—No sé si tenemos esas muestras. Me encantaría que fuera así, pero no sé dónde buscar.

El doctor captó al instante la desesperación de Gonzalo y dejó de estar a la defensiva.

—Dependiendo del estado de descomposición, si es avanzado, podemos extraer una muestra del hombro, la médula o un diente. La dentadura es muy resistente, pero no nos servirá de nada si no podemos compararlo con otro ADN de personas vivas que estén relacionadas. Lo siento, pero no es tan sencillo. Si sabes de quién se puede tratar, tendrás que contactar con familiares para que podamos cotejarlo.

Parecía que Gonzalo hablara para sí mismo y repasara la situación.

—Uno de los cuerpos no hace falta identificarlo. Es la madre del asesino y permanece donde estaba. —se dio cuenta que el doctor lo miraba sin el menor interés por esa mujer—. Perdona. Sé que sólo te importan los cuerpos que tienes delante. Para otro de ellos, va a ser fácil encontrar a un familiar, ya que creo es Fito Pimienta, pero con los otros dos cuerpos no puedo decirte mucho más.

—Inténtalo. Entiendo por tus palabras que será muy difícil que me traigas algún objeto como un cepillo de dientes, máquina de afeitar o cualquier cosa de la que podamos sacar el ADN. Además, esos objetos no han podido estar en contacto con ninguna otra persona. Eso nos ayudaría mucho, pero si no me das nada, la cosa se pone chunga.

Gonzalo notaba que comenzaba a sudar. No iba a ser tarea fácil conseguir lo que le pedía el forense. Mandó un wasap a Carla y continuó con el doctor.

—¿Puedes abrir los plásticos? Están vestidos. Puede que encontremos algo.

—Ponte esta bata encima, guantes y una mascarilla. Va a ser muy desagradable.

El wasap que Gonzalo acababa de mandar a Carla decía que necesitaban comparar el ADN de un familiar de Fito. El estado en el que se encontraban los cadáveres no permitía identificar a las víctimas por la huella dactilar.

—Carla, ¿puedes venir a mi despacho? —dijo Bruno.

Cerró la puerta a su espalda.

—Dime.

—¿Has hablado con Gonzalo?

—No, todavía no me ha llamado, pero me ha mandado un wasap para que contactemos con los familiares de Fito.

—Nos vamos acercando, pero, aunque identifiquen a los cadáveres, necesitamos mucho más para coger a ese tío.

—Ya lo sé —dijo, mordiéndose el labio inferior—, aunque si reconocen algún cadáver, es posible que nos dé alguna pista al respecto.

Bruno la miró, con una mano en la barbilla.

—Vamos a trabajar. Encuentra lo que sea.

Carla se fue a su mesa, buscando el contacto de alguien de la familia de Fito. Sabía que era probable que él fuera uno de los cadáveres, y podrían demostrarlo con facilidad llevando a sus padres a dependencias policiales para hacerles las pruebas de ADN. Ahora podía descartarlo como el posible asesino, pero no veía en qué podía ayudarlos para llegar al verdadero culpable.

Comenzaba a desesperarse. Gonzalo tenía razón. Esas personas eran fantasmas por el momento, e iban a llegar tarde para salvar a Sofía.

Se levantó de la silla para ponerse un café. Estaba viviendo los días más largos de su vida. Volvió al despacho de Bruno y le pidió que le llevara al forense. No podía estar quieta ni un segundo más.

—¿Has llamado a algún familiar?

—No, Bruno. Lo acabas de decir. No nos llevará a ningún sitio. No sé lo que debemos hacer, pero no voy a quedarme aquí sentada perdiendo el tiempo. Quiero estar con Gonzalo.

—¿Qué pasa? —su gesto transmitía preocupación—. He estado dudando si preguntar directamente a Gonzalo, pero creo que va a ser más efectivo hacerlo contigo —hizo una pausa—. He hablado con Marcos.

Carla se preparaba para marcharse y frenó en seco.

—¿Qué te ha dicho?

—Está preocupado. No me ha dado mucha información. Tan sólo me ha dicho que le prometió a Gonzalo que no hablaría conmigo, pero cree que está ocurriendo algo extraño con él. Dime lo que está pasando.

Carla le devolvió la pausa, pensando antes de hablar.

—No puedo traicionarlo. Tuve dudas sobre él, pero ya se han disipado. De verdad que no debes preocuparte. Marcos no ha tenido una charla con Gonzalo para que le explique todo. Por eso te lo habrá dicho.

—Soy tu jefe. Tengo que saber lo que pasa. Espero que lo entiendas y sepas separar la confianza del trabajo. No sólo le influye a él, si pasa algo nos incumbe a todos, y a mí en mayor medida. Dime lo

que está ocurriendo.

A pesar de la buena relación que tenía con Bruno, se sintió inquieta por estar mintiendo a su jefe. Se encontraba en una situación muy complicada.

—¿Por qué no le has preguntado a Gonzalo?

—Porque sé cómo es. Me lo dirá todo cuando llegue el momento, pero no antes. Hace unos días me avisó de que en algún momento podría llegarme algún comentario que me preocupara. Me estaba avisando de esto, pero no me dijo lo que era. Me dijo que confiara en él y no me dejara llevar por lo que escuchara. El problema es que no he oído nada todavía y ya estoy preocupado.

—Sabía lo que iba a pasar —surgió un gesto de admiración en Carla que preocupó a Bruno.

—Esa cara que has puesto es la que se pone cuando tienes a alguien en un pedestal ¿Quieres protegerlo? Porque va a hacer algo que no me va a gustar. ¿Estoy en lo cierto? —Bruno la miró fijamente, invitando con la mirada a que lo dijera de una vez.

Carla no entendió a qué se refería.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé, pero es capaz de actuar de formas que no puedes imaginar. Eso es lo que me desconcierta de él. Puede dejarnos al margen. Te lo digo yo, que lo conozco desde hace muchos años, y hay algo que no me gusta.

—Me pasa lo mismo que a ti. Nunca sé lo que le pasa por la cabeza, pero he llegado a ver que es una gran persona, y si hace algo, no creo que lo haga por él.

—No le estoy juzgando como persona, pero le conozco a la perfección. Es su propio enemigo. Por favor, necesito saber lo que está ocurriendo.

La mirada de Bruno no era la de su superior. Era la cara de un amigo queriendo ayudar.

Carla se rindió, no sin remordimientos, y le soltó de sopetón lo que acababa de ocurrir.

—Pensé que me quería matar. Pensé que fue quien intentó sacarme de la carretera.

Bruno tardó en asimilarlo. Su piel cambió de color al instante, subiendo la tonalidad hasta ponerse rojo.

—¿Cómo? Eso no lo esperaba. ¿Por qué pensaste eso?

—José Cuervo nos llevó a casa de Gonzalo. Dijo que habían seguido al asesino hasta allí.

—¿Qué? —cada palabra lo iba confundiendo un poco más—. Me dijo que era una casa abandonada.

—Nos pidió que no lo dijéramos. Además, el asesino dejó un objeto de la madre de Gonzalo en cada víctima. El pendiente que

apareció entre la ropa; una pulsera que Gonzalo cogió sin decirnos nada; el anillo que llevaba Fidel. Se convirtió en algo personal.

—¡Joder! —gritó—. ¿Por qué no dijo nada?

—Por si lo apartabas del caso.

—¡Mierda! Se la están jugando. Podría haberlo ayudado. No entiendo por qué no sabe que lo apoyo siempre.

—Eso parece. Se la están jugando, pero no sé cuál es el motivo.

—Corre peligro y no me dices nada. No te conviene tomar como propia su forma de actuar. Te creía más inteligente.

En lugar de tomárselo a mal, se dio cuenta que su jefe tenía toda la razón.

—Lo siento. Sólo quería ayudarlo.

—Lo preocupante es que no va a parar. Es demasiado importante dar con él. Cuando trabajamos en algo personal, nos solemos equivocar.

—¿Qué debemos hacer?

—No le digas que me lo has contado. Ya es tarde para eso y me apartaría aún más. Quiero que estés encima de él y me cuentes lo que hace.

—Con esto ya lo he traicionado bastante. No me pidas eso, por favor.

—No es traición. Lo debes hacer para protegerlo. Es capaz de hacer cualquier tontería. Ya lo iremos hablando, pero ahora lo mejor será no estar muy lejos de él. Quiero tenerlo controlado.

Gonzalo esperaba a que el forense le permitiera comenzar a examinar los cadáveres. Mientras tanto, pensaba en que el banco de ADN policial no podría resolverlo todo y que debía seguir con el plan que había trazado en su casa. Permaneció ausente hasta que le dio permiso para examinarlos, y justo en ese momento se presentaron Carla y Bruno

—¿Qué tenemos? —preguntó su jefe.

—Por ahora, nada. Vamos a mirar en su ropa. Va a ser imposible reconocer los cuerpos, al menos antes de que mate a Sofía. Quedan dos días para que sea veinte de octubre y la única baza que tenemos es examinar minuciosamente los cadáveres. Estaba a punto de comenzar.

—¿Qué hacemos? —preguntó el forense—. ¿Quieres comenzar ya?

—Claro. A eso iba.

Abrió los plásticos con sumo cuidado y no tardó en darse cuenta de que lo que estaba a punto de hacer iba a quedar grabado en su mente de por vida. Nunca había tenido tantas arcadas como en ese momento. El olor era muy intenso y sentía ganas de vomitar.

El doctor se posicionó a su lado para observar y comenzó su clase.

—Podemos saber aproximadamente el tiempo que lleva fallecido un cuerpo por su estado. Ninguno de ellos ha muerto recientemente. Hay un primer estado que se le denomina fresco, y dura entre tres y seis horas. Se inicia cuando se para el corazón, la sangre deja de circular y se enfría. El siguiente estado es hinchado. No es muy agradable, porque el cuerpo comienza a expulsar los gases y se agota el oxígeno. Las siguientes fases son putrefacción activa, que acelera la descomposición, y putrefacción avanzada. Lo siguiente son restos. Cada fase tiene una duración variable, dependiendo de muchos factores, como la temperatura. Al menos, no se los han comido animales ni insectos.

—Entonces, la cosa está difícil —dijo Bruno, torciendo el gesto.

—Están en un estado muy avanzado de descomposición. Sólo podremos saber de quién se trata por el ADN, como le he dicho antes a Gonzalo.

Fue un jarro de agua fría, aunque ya lo sabía con antelación.

Gonzalo prosiguió con la búsqueda de algo relevante que pudiera encontrar en su ropa y el doctor se alejó.

Carla nunca había visto un cadáver en descomposición, pero lo que estaba viendo superaba cualquier cosa que pudiera haber creado su imaginación. Se asombraba con la entereza con la que trabajaba su compañero, como si lo hubiera hecho mil veces. Era probable que las fuerzas las rescatara de donde nos las había, porque estaba siendo empujado por motivaciones personales.

Mientras lo miraba, sentía la culpa de haber hablado con Bruno, intentando convencerse a sí misma de que había hecho lo correcto.

Gonzalo manipulaba los cadáveres con mucho cuidado, buscando algo que parecía difícil de encontrar.

Cuando acabó con el primer cuerpo miró a sus compañeros negando con la cabeza. No había encontrado nada. Continuó con el segundo cuerpo, si en ese momento podía considerarse así. Parecía un amasijo de huesos y tela. Debía mirar en sus bolsillos con mucho cuidado para que no se deshicieran y dañarlos lo menos posible. Ocurrió lo mismo que con el primero. Nada.

Con el tercer cadáver, le picaba la cara por el sudor que le caía por la frente. Lo estaba pasando mal, entre el olor y la imagen tan desagradable, pero sabía que no podía parar. Tenía pocas opciones de encontrar algo relevante, pero no se iba a dar por vencido. Cuando saliera de allí, pondría en funcionamiento el último recurso que le quedaba. Sabía que iba a funcionar.

Por fin, dio con algo. Metió la mano por dentro del pantalón y vio que había oculto un bolsillo interior. No tenía cartera ni ningún

documento, pero el asesino había cometido el segundo error. Sacó un papel y lo guardó en su bolsillo sin que ninguno se diera cuenta. Como si no hubiera pasado nada, levantó los brazos para transmitirles que no había conseguido nada. Ninguno se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

—He terminado. Aquí no hay nada.

Bruno se apartó de los cuerpos todo lo que pudo y los invitó a hablar fuera, mientras el doctor volvía a cubrir los cadáveres. No aguantaba más en esa sala.

Una vez fuera, miró a Gonzalo.

—¡Vaya momento! ¿Estás bien?

No le estaba preguntando por lo que había tenido que hacer, pero no podía formular la frase de forma explícita para mantener su ventaja. Si se lo decía, él lo alejaría de inmediato.

Gonzalo no lo entendió. No tenía ninguna sospecha de que Carla había hablado con Bruno, y quería salir de allí cuanto antes para perder el menor tiempo posible.

—Muy desagradable, pero había que hacerlo.

—¿Cómo quieres actuar?

—No hay mucho que podamos hacer. Sólo nos queda esperar, para que puedan localizar la casa que estamos buscando.

Bruno no se quedó convencido. Sabía que iba a hacer algo, pero era consciente de que no le iba a hacer partícipe de ello.

—Por ahora, han registrado varias casas de pueblo —le informó —, pero por el momento todo es normal en todas ellas.

—Que sigan buscando. Tenemos menos de dos días.

Bruno vio que Gonzalo se dirigía a la puerta.

—¿Te vas?

—Voy a comisaría a echar el rato mientras buscan. ¿Podéis quedaros a despedir al doctor?

—Claro —dijo Bruno.

—Perfecto. Carla, ¿puedes acompañarme?

Bruno los dejó solos, sabiendo que era mejor que ella se marchara con él. Gonzalo era impredecible y quería tenerlo controlado.

Salieron a la calle y Gonzalo le dio un papel con unos números. Carla reaccionó con asombro, sin entender la finalidad, aunque no tardaría mucho en saber lo que significaban.

—¿Qué es esto?

—Los números de la lotería.

—En serio, ¿qué es?

—Ya te lo he dicho. Son los números de la lotería. Debes echarlos antes del día veinte para que tengas suerte. Sé de buena tinta que son los que van a tocar.

Se subió en la moto.

—¿Te vas? Deja que vaya contigo.

—Necesito dar una vuelta con la moto y no estás para subirte. Será mejor que te quedes con Bruno.

Antes de marcharse, bajó de la moto y le dio un abrazo demasiado emotivo como para que se quedara preocupada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Carla, sorprendida.

—Cuídate.

Carla no dijo nada. En unos segundos se arrepentiría de haberlo dejado marchar, pero no supo reaccionar.

Gonzalo arrancó y la moto hizo un terrible estruendo, antes de salir disparado por la carretera. *¿Qué había significado ese abrazo? ¿Se estaba despidiendo?* No supo que hacer y se quedó clavada en la acera, asimilando lo que acababa de ocurrir.

Tras unos segundos, volvió a entrar.

—¿Se ha ido? —preguntó Bruno.

—Sí. Me ha dado un abrazo y me ha dicho que me cuide.

Bruno se quedó preocupado y marcó el número de Gonzalo. No cogió el teléfono y volvió a marcar hasta que, en la tercera llamada, escuchó el mensaje del buzón de voz. Lo había apagado.

—Mierda. ¿Qué va a hacer? ¿Por qué lo has dejado ir? Pensaba que os ibais juntos.

—Lo siento. Me ha pillado por sorpresa. ¡Joder! La he cagado.

Bruno se calmó, sabiendo que no era culpa suya.

—Ya está hecho. Siento haberte gritado.

—¿Quieres que localice su teléfono?

—No nos va a servir de nada. Habrá quitado la tarjeta, si su intención es que no le encontremos. Puede que esté exagerando, pero en todo caso no conseguiremos nada si no quiere que demos con él. Vamos a comisaría y esperemos que se encuentre allí.

46
Segundo error

Carla y Bruno iban a salir corriendo hacia comisaría, cuando el doctor los llamó para que entraran de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno.

—Algo grave. Tengo que grabar todo lo que ocurra con los cadáveres y apuntarlo en el informe de custodia. Acabo de poner las imágenes para transcribir la actuación de Gonzalo y hay algo que os va a sorprender.

—No lo entiendo —Bruno estaba cada vez más perdido con lo que pasaba minuto a minuto—. ¿De qué me estás hablando?

—Te lo pongo para que lo veas tú mismo. Voy a tener que informar sobre esto. Lo siento.

Pulsó para iniciar el vídeo y adelantó la imagen hasta que Gonzalo inspeccionaba el tercer cuerpo. Vieron que miraba en todos los bolsillos y su mano intentó tapar algo en el bolsillo interior.

—¿Qué ha cogido? —preguntó Carla, apretando los ojos para forzarse a enfocar.

El doctor los miró fijamente.

—Parece un papel.

—¿Por qué no ha dicho nada?

Bruno no lo entendía, pero Carla supo por qué lo había hecho nada más verlo repetido.

—Va a actuar sólo. Ha encontrado algo y no tiene intención de que participemos. Por eso se ha ido tan rápido.

—Este tío es gilipollas —dijo Bruno, muy enfadado.

—No podemos dejar que lo haga. Bruno, vámonos rápido o no sabremos más de él.

—¿Qué es lo que va a hacer? De verdad que no entiendo nada. ¿Qué es lo que ha encontrado?

—No lo sé, pero me ha dado unos números que dice que son de la lotería. ¿Para qué serán?

—Estoy harto de que siempre haga lo que le sale de los cojones. ¿Dónde ha ido?

—Ha dicho que cosas muy extrañas, pero yo iría a comisaría por si tenemos suerte y se encuentra allí.

—Gracias, doctor. Nos vamos.

Habían llegado a toda prisa, pero no esperaban encontrarlo, teniendo en cuenta que había apagado su teléfono.

La primera persona con la que se cruzaron fue Molina.

—¿Has visto a Gonzalo?

Bruno estaba muy nervioso y Molina se quedó muy preocupado.

—¿Qué pasa?

—¿Lo has visto?

—Ha estado aquí. Se acaba de marchar.

Le causó sorpresa su respuesta.

—¿Qué ha estado haciendo?

—Le veía muy alterado. Hacía todo muy rápido.

—¡Joder! Dime qué ha estado haciendo.

—Ha hecho una llamada y le han mandado algo.

Señaló a la mesa de Gonzalo y Bruno fue directo hacia ella.

—¿Dónde ha llamado?

—No lo sé. Lo ha hecho desde el teléfono fijo. ¿Qué es lo que está pasando?

Molina elevó los hombros, viendo que nadie estaba dispuesto a explicarle nada y Bruno siguió hablando para él mismo.

—El suyo lo ha apagado. Lo he llamado varias veces y no he conseguido dar con él. Gonzalo, ¿qué coño estás haciendo?

Accedió al sistema para escuchar la llamada. Había hablado con un banco.

Carla sonrió y Bruno preguntó qué le hacía tanta gracia.

—Conoces a Gonzalo. No ha intentado esconder nada. Nos está dejando miguitas para que podamos seguir lo que está ocurriendo. Aquí todo el mundo parece dejar un rastro.

—Sería más sencillo decirlo.

Del gesto de Bruno emanaba una mezcla de enfado y preocupación.

—Quiere hacerlo solo, pero sabe que debemos estar ahí, por si ocurre algo. Esto ya te lo esperabas.

—Parece que lo conoces como a la palma de tu mano.

—Se ha creado un vínculo muy especial.

—Vamos a escuchar la llamada.

—Hola, soy Gonzalo Ulloa, inspector de policía. Tengo un recibo de una compra y necesito conocer el nombre de la persona que la realizó. Sólo tengo números, pero no viene ningún nombre.

—Por favor, necesito identificación.

—Dígame dónde tengo que enviar la orden y se la mando ahora mismo.

Tardó pocos minutos en hacer la comprobación.

—*Gracias. Un momento, por favor. Es una compra de hace mucho tiempo. Voy a contrastarlo con el sistema.*

Bruno escuchaba a Gonzalo hacer ruidos. Sabía que necesitaba darse mucha prisa, antes de que sus compañeros llegaran.

—*¿Sigue ahí? Es muy urgente.*

—*Sí, perdone. En breves instantes le mandaré la información. Un momento, por favor.*

—*No tengo un momento. Tiene que ser ya.*

Pasaron menos de treinta segundos y volvió a escuchar su voz.

—*Se lo acabo de enviar. ¿Alguna cosa más?*

—*Eso es todo.*

Colgó.

—¿Dónde lo ha enviado? ¡Joder!

Molina le dijo que lo había enviado a un correo genérico de la comisaría.

—¿Lo ves? —dijo Carla—. Quiere que lo veamos. De no ser así, habría llamado desde su teléfono y habría pedido que le mandaran la información a un correo electrónico al que no pudiéramos acceder.

—Molina, dame ese correo.

Hizo una búsqueda y sacó impreso el documento. Estaba escaneado el extracto que el banco tenía en la base de datos y los detalles de la compra.

Bruno se quedó helado con lo que acababa de ver. Tuvo la misma sensación que había tenido Gonzalo al descubrirlo, y se tiraba de los pelos por haber llegado unos minutos tarde y haber perdido la oportunidad de ayudarlo.

Era el segundo error grave que había cometido el asesino. Todo empezaba a tomar cuerpo. De un vídeo inesperado, habían dado con sus huellas. Ese cigarrillo había sido el primer error, y el segundo fallo sería definitivo. Nunca se le habría pasado por la cabeza.

Seguía con el gesto desencajado.

—¿Qué has visto? —dijo Carla—. Parece que te va a dar algo.

—¡Joder! Mira esto. Gonzalo está en peligro.

Carla se acercó y se le puso la misma cara que a su jefe. Debían encontrar a Gonzalo lo antes posible.

47
No va a dar tiempo

Gonzalo imaginaba que, a esas alturas, sus compañeros tendrían la misma información que él, y esperaba que pudieran utilizarla con eficacia, pero si no era así, sabía que estaba haciendo lo que debía hacer. Sólo había un problema que le rondaba la cabeza. Si las cosas no acababan bien, jamás volvería a ver a su hijo.

No tenía claro el momento que iba a elegir Cedantes, pero era capaz de discernir que se encontraba muy cerca. Estaba al tanto de que habían dado con él en el pueblo de su madre, lo que no le daba demasiado tiempo para terminar su obra.

Gonzalo fue a entrar a su casa. Le temblaba la mano, mientras daba vueltas a la cabeza con una idea que, más que un pensamiento, parecía una carta de suicidio. No era relevante, ya que si todo salía como quería, su intención no era escapar. Lo lógico era que ocurriera en otro lugar menos arriesgado que la casa de Gonzalo, pero no descartaba cualquier escenario. Fuera como fuese, perdería la opción de encontrar a Sofía si no daba un paso hacia adelante, y esa era su primera misión.

Cerró la puerta a su espalda y sonrió al ver lo que tenía delante de sus ojos. No le había fallado su intuición cuando llamó a Lucía, la experta en arte. Era justo lo que esperaba.

Avanzó unos pasos y la sonrisa desapareció al instante de su cara. Vio a Turco rodeado de sangre. Cedantes sabía lo importante que era para él y lo había matado para que lo viera. No era el momento de perder la calma, aunque su corazón se partió en mil pedazos al ver al perro sin vida en el suelo. Era su compañero más fiel y no se merecía lo que le había ocurrido. Con toda la pena del mundo, cogió aire y se centró en lo que debía hacer.

—No he venido armado.

Elevó los brazos para escenificar la frase y los mantuvo en alto durante unos segundos.

Volvió a mirar a su perro, evitando derramar lágrimas.

Por el momento, no escuchaba nada y le entró la duda de si habría alguien en su casa. Comenzaba a cobrar sentido que fuera así, ya que de lo contrario tendría el cuadro colgado en la pared, y no apoyado en el sofá.

Se acercó un poco más para cogerlo. Lucía le había informado de

que el cuadro que tenía en su pared se trataba de la copia de un lienzo pintado por Renato Guttuso. Debía ser un cuadro expresionista, como todos los demás, y se llamaba "Muerte de un héroe". El cuadro que le había reservado a Gonzalo. Ahora no tenía dudas.

Levantó los brazos y se sentó en una silla.

—Estoy aquí, ¿no es lo que querías? Suelta a Sofía y acaba todo esto conmigo. Roberto, te repito que estoy desarmado.

Escuchó el clic de un arma y cerró los ojos. Cabía la posibilidad de que lo matara, pero no se movió.

Sintió la pistola acariciando su nuca.

—¿Por qué has hecho todo esto? ¿Tiene que ver con mi padre? Tenía ese cuadro en mi pared desde hace años. ¿Desde cuándo lo tenías planeado?

No recibía respuesta. Esperaba que lo noqueara y lo llevara al lugar donde escondía a la chica, pero seguía dudando si estaba viviendo sus últimos minutos. Ya no había marcha atrás.

No quería perder mucho tiempo y darles a sus compañeros la oportunidad de llegar a tiempo para salvarlo. No era lo que le convenía en ese momento. Quería que pasara lo que tuviera que pasar para que se lo llevara. Había provisto su chaqueta de un localizador, para que sus compañeros pudieran seguirlo.

Se dio cuenta de que el sonido que había producido el dedo de Cedantes al preparar la pistola le había hecho cerrar los ojos como gesto instintivo y no los había vuelto a abrir.

Volvió a coger aire y abrió los ojos. Levantó la vista, llenándose de orgullo, e intentó seguir hablando con él, pero recibió un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente.

Cedantes pasó por todo el cuerpo de Gonzalo un detector. No dio resultado, pero sabía que eso no quería decir que no llevara nada. Gonzalo sabía lo que hacía y había elegido un localizador GPS que se activaba al detectar movimiento. En ese momento, permanecía en reposo, y era la única oportunidad de que no diera con él.

Cedantes no se rindió y buscó hasta en el último pliegue de su ropa, sonriendo ante el resultado. Le quitó la chaqueta y colocó a Gonzalo en su hombro, como había hecho con todas las víctimas.

Gonzalo se había preparado sabiendo que era una posibilidad ser descubierto, pero sin ser consciente de lo que había ocurrido, su plan había cambiado por completo. Ahora nadie podría localizarlo y Cedantes conseguiría representar su último cuadro.

Roberto subió su cuerpo a la furgoneta. Tendría tiempo para explicarle la razón por la que iba a morir, aunque era consciente de que Gonzalo ya sabía lo que estaba ocurriendo. Acababa de preguntarle por su padre.

Volvió a la casa y miró el cuadro. Su hermano era un héroe.

Había sacrificado su vida por la de Sofía, aunque no le había servido de nada. Pronto aparecería el cuerpo de ella y, por último, la muerte de un héroe como Gonzalo.

Dejó el cuadro en la casa. Cuando apareciera su cadáver, sabrían que había terminado su obra. Cerró la puerta y se subió a la furgoneta.

No sabía si Gonzalo habría avisado a sus compañeros, pero tenía la sensación de que no había sido así. Era un héroe, y los héroes cometen estupideces. Podría haber avisado de las señales que le había dejado en cada asesinato, pero era algo personal y lo tratarían como hermanos. No se había equivocado con él.

Arrancó la furgoneta y se marchó.

Treinta minutos más tarde, Carla y Bruno llegaban a la casa de Gonzalo. Los nervios eran palpables y forzaron la puerta para acceder rápidamente. El coche y la moto de Gonzalo estaban aparcados en el exterior. Sabían que le había pasado algo. Los nervios se transformaron en miedo a perderlo.

Nada más entrar, vieron el cuadro. No tenían la misma información que Gonzalo, pero les quedó claro que el último cuadro iba dirigido a él.

—Lo sabía —aseguró Carla—. Gonzalo sabía que el último cuadro era para él. Lo vi en su pared cuando vi las fotos —Bruno no entendía una palabra de lo que le quería decir con las fotos, pero no era el momento de preguntar—. No pude imaginar que habría un quinto cuadro, y menos que estuviera reservado a Gonzalo.

—Tú no lo podías saber, y Gonzalo tampoco.

—Él sí lo sabía, pero estoy segura de que lo acaba de confirmar definitivamente. Me lo habría dicho cuando me contó todo.

—¿Por qué crees eso?

—Porque las últimas horas han sido muy extrañas. Lo descubrió. Estoy segura. Es la única explicación para que nos haya dado esquinazo.

—¿Y qué pretendía hacer?

—Entregarse para llegar a él. Lo que no entiendo es por qué. Tendría que habernos dejado ayudarlo.

Revisaron todo y vieron a su perro muerto en el suelo.

—Gonzalo está muerto —Bruno se llevó las manos a la cabeza—. No tiene ninguna opción.

Carla se dejó caer al sofá con las manos cubriendo su cara y le vino a la cabeza el papel que le había dado Gonzalo y la razón por la que tenía esos números. Se levantó al instante.

Había aprendido mucho de él. Sabía que ella también tenía instinto, pero había permanecido oculto y su compañero lo fue

despertando poco a poco. Ya no era su compañero. Ahora lo consideraba un amigo, y era muy probable que no lo volviera a ver nunca.

—¿Qué piensas? —preguntó Bruno, al ver su reacción.

—Son los números del sótano. Me dijo que la trampilla se abría con un código. Tienen que ser los números que me dio al salir del forense.

Se acercó a la trampilla, tecleó los números, se produjo un ruido de desbloqueo y se abrió. Levantó la tapa y bajó las escaleras de caracol. Por fin iba a ver el lugar de trabajo oculto de Gonzalo.

Encendió la luz con un interruptor que quedaba a la derecha al bajar el primer escalón y descendió hasta ver lo que tenía montado. Parecía una nave espacial, con todo tipo de artilugios; ordenadores; un escáner para sacar huellas. Estaba repleto de tecnología.

Uno de los ordenadores estaba encendido, con varias cuadrículas.

—¿Tenía cámaras? —se sorprendió Carla—. Me dijo que no tenía instalada ninguna.

—Puede que lo haya hecho recientemente. De lo contrario, habría sabido todo esto mucho antes.

Visualizaron las imágenes guardadas y vieron a Roberto Cedantes apuntando con un arma a Gonzalo. Su compañero no paraba de hablar, pero no le respondía. De pronto, le golpeó con su arma en la cabeza y pasó un detector por todo su cuerpo. Al minuto encontró un localizador.

—No vamos a encontrarlo —aseguró Carla.

Bruno meneó la cabeza, comprendiendo que no les había apartado por completo, pero ese localizador se había desvanecido en su plan.

—¿Por qué ha hecho esto solo? Me cago en la puta.

—Quería llegar a él. Gonzalo es así. Aunque lo encontrara, corría el riesgo de que nunca apareciera Sofía y nunca llegáramos al lugar donde la tiene escondida. Todo ha sido premeditado, pero le ha salido mal, me temo.

Bruno daba vueltas en círculos. No estaba hablando de un compañero, sino de su mejor amigo. Sintió que la ansiedad le daba punzadas en el pecho.

—¿Qué hacemos? —gritó.

—No lo sé, Bruno. No sé qué podemos hacer.

—Hay que ver las cámaras de tráfico. Sabemos que tiene una furgoneta y sabemos desde dónde han salido. Voy a llamar a Molina.

—No le hemos encontrado nunca por las cámaras.

—Pues tendrán que localizar esa casa. Han entrado en muchas y ninguna es la que buscamos.

—Que trabajen más drones. Lo que sea.

—No va a dar tiempo.

Marcó el número de Molina.

—Quiero que te den acceso a todas las cámaras de tráfico desde la casa de Gonzalo. En cualquier dirección. Es muy urgente.

—Me pongo a ello.

—Es muy urgente. Ese hombre va a matar a Gonzalo.

Molina se quedó en silencio.

—¿Me escuchas?

—Sí. Te escucho. Voy corriendo.

Colgó el teléfono. Sólo podían esperar.

48
Nos va a matar

Gonzalo comenzó a recuperar la consciencia. No sabía cuánto tiempo había permanecido fuera de juego, pero intuía que estaban llegando al lugar donde se había producido todo. El traqueteo del coche le daba pistas de que se internaban en un terreno irregular.

Intentó moverse, pero sus piernas se unían por un precinto que le estaba provocando heridas, por la presión con la que se lo había colocado, y sus manos estaban situadas a su espalda con otro precinto. Comenzaba a notar el dolor. Prefirió pasar desapercibido hasta que llegaran. Sabía dónde lo llevaba. No el lugar exacto, pero sabía lo que se iba a encontrar allí.

Poco a poco, el vehículo fue perdiendo velocidad hasta parar por completo.

Aparentó que todavía permanecía dormido.

Se abrieron las puertas de la furgoneta y lo arrastró por la arena, lo introdujo en la casa y abrió una puerta que llevaba a unas escaleras. Al ver su inclinación, Gonzalo salió de su aparente letargo.

—Estoy despierto. Al menos, déjame bajar.

Cedantes puso una mano en su espalda y lo arrojó por la escalera.

Notaba los impactos de los escalones en todas las partes de su cuerpo. No podía amortiguar los golpes, al estar atado de pies y manos.

Por fin, sintió que había dejado atrás el último escalón. Giró la cabeza y vio una celda con tierra por todos partes y dos baldosas levantadas. Lo primero que pensó es que Sofía habría escapado, pero no tardó mucho en darse cuenta de que no era así. Una voz de mujer rompió el silencio y Gonzalo levantó la cabeza. La sangre resbalaba por su rostro y se sentía mareado.

Cedantes bajó las escaleras, con una capucha cubriendo su cara. Se colocó delante de Gonzalo y le pateó las costillas. A continuación, lo arrastró a una de las celdas y cerró.

Le dolía todo el cuerpo y no podía moverse. Estaba atado de brazos y piernas, y demasiado aturdido para poder pensar con claridad. Durante unos segundos, meneó la cabeza para espabilarse y sacar todas las fuerzas que pudiera. Sabía cómo debía actuar, aunque fuera el final para él.

No debía precipitarse, tenía que esperar la ocasión adecuada. Quedaban dos días para el veinte de octubre, y en ese momento no sabía si sería la última víctima y Sofía iría a continuación, o… Tenía sentido que el asesino lo hubiera dejado para el final y acabar su obra con él.

Vio que Cedantes se marchaba e intentó ganar tiempo.

—¿Dónde está mi chaqueta?

Era consciente de que no la llevaba encima y supuso que se habría dado cuenta de que llevaba un localizador. Suponía que lo habría encontrado y con ello habría perdido la baza para que lo buscaran.

Cedantes no le hablaba, pero había conseguido que no se marchara, al menos por el momento.

Al otro lado de la pared, Sofía le habló.

—Sólo quedo yo. Nos va a matar.

Gonzalo ignoró a Cedantes, que permanecía inmóvil delante de su celda.

—Sofía. No te preocupes. La Policía está de camino. ¿Estás bien?

Ella comenzó a llorar.

—No estoy bien. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Gonzalo y soy policía. He venido aquí por ti. Nos marcharemos juntos. Aguanta, esto se está terminando.

Supuso que no debió tranquilizarla mucho. Se encontraba en la misma situación que ella, pero para Sofía fue una inyección de moral que hacía mucho tiempo que no podía sentir.

—¿Los demás han muerto?

—No pienses en eso. Vas a salir de aquí.

Según lo decía, era consciente de que los dos morirían irremediablemente, pero no podía quitarle los últimos momentos con un mensaje negativo. Su primera intención era ganar tiempo por si los encontraban.

—Está loco. No hemos hecho nada.

Sofía rompió a llorar de nuevo, lo que despertó en él su ira hacia Cedantes. No sabía si iba a salir bien, pero estaba convencido de que era su única opción.

—Quítate eso de la cara, hijo de puta. Quiero ver tu rostro antes de matarte.

Gonzalo no podía ver su reacción, pero probablemente Cedantes se estaría riendo de él. No estaba en situación de exigir nada, y no tenía la posibilidad de hacerle daño.

—Nos va a matar. Nos va a matar. Nos va a matar…

Sofía no paraba de repetirlo. Estaba fuera de sí.

Por mucha rabia que sintiera, él debía mantenerse frío.

—Enséñame la cara. Eres un cobarde.

Cedantes volvió a ponerse delante de su celda, desafiante. Gonzalo sabía que era la única forma de conseguir algo. Pronto lograría que se mostrara ante él. No tenía ninguna duda, pero en el momento en el que lo hiciera, la ira de Cedantes acabaría con su vida. Tenía que dar los pasos adecuados hasta que Sofía estuviera a salvo.

—¿Quién va a ser primero? ¿Me vas a matar?

Su intuición le decía que él debía ser el último. Por eso se encontraba en ese lugar. Debía provocar que Sofía saliera de esa celda. Sin eso, no tendría ninguna oportunidad.

—Acaba con esto. Mátala y sólo quedaremos tú y yo.

Sofía se quedó helada. Pensaba que ese hombre había llegado para intentar salvarla, pero esas palabras la devolvieron a la realidad.

—¿Por qué le empujas a matarme? No entiendo nada. Yo no he hecho nada.

Gonzalo sufría por ella, pero sabía lo que debía hacer. Sabía cómo era Cedantes y sus puntos débiles. Sólo conseguiría tener una posibilidad si la sacaba de allí. Después, intentaría presionarlo.

—Eres un cobarde. Si no lo haces ya, vendrán a por ti y se habrá acabado tu puta obra.

Vio que se acercaba a Sofía y abría su celda. Era un hombre orgulloso, y querría ver cómo Gonzalo fracasaba.

La sacó a rastras, mientras ella lloraba como no había visto llorar a nadie en su vida. Pasaron delante de su celda, con Sofía mirando a Gonzalo como si la hubiera traicionado. Si no funcionaba, se arrepentiría de por vida. Al menos, la vida que le quedara por vivir, que, a juzgar por la situación, no sería mucho más extensa que la de Sofía.

Había llegado el momento y sacó la única arma que tenía. Ese recibo le había dado la clave de todo. Cedantes no se lo esperaba y sabía que iba a ser una sorpresa para él. Lo único en lo que no había estado por delante en todo el caso. Ese cuerpo que había encontrado le había condenado de por vida, aunque saliera de allí y los matara a los dos. Carla y Bruno lo sabían, y estaba dispuesto a dar su vida por ello.

—Todavía no me has enseñado tu cara. Sé quién eres, hijo de puta.

Notó que dudaba. Probablemente no sabía de lo que estaba hablando, pero lo iba a cambiar todo.

Cedantes se quedó parado. Presionó el cuello de Sofía contra el suelo para que no tuviera ninguna opción y miró a Gonzalo.

Había llegado el momento.

—Me refiero a tu verdadera máscara. Enseña tu cara para que pueda ver el rostro de Roberto Cedantes.

Era la primera vez que conseguía decir nombre y apellido sin que

su memoria le jugara una mala pasada.

El hombre negó con la cabeza y caminó hacia las escaleras con paso lento.

Gonzalo lo dejó helado con lo que le soltó antes de que abandonara el sótano.

—¿O tengo que llamarte por tu último nombre? Si lo prefieres, te puedo llamar Marcos Castillo, aunque sé de primera mano que está muerto. Tú lo mataste.

Cedantes tardó en reaccionar. Gonzalo tenía la seguridad de que, al pronunciar ese nombre, su mente se había quedado helada.

Lo miró de nuevo y se quitó la capucha.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hoy. Te dejaste un recibo en su pantalón antes de enterrarlo. Lo he cotejado con el banco y así he podido comprobar que Marcos está muerto. Tú lo mataste para robarle su identidad y estar cerca de mí, y pusiste otra foto en la renovación de tu DNI por si en algún momento llegaba a ti.

Vio en su rostro que lo había ganado por la mano, aunque no estuviera en situación de sacar pecho por ello.

—Ahora ya no importa. Estás muerto y Marcos desaparecerá de nuevo.

—Cometiste un error más. Primero fue lo del cigarrillo. Sólo un imbécil tira una colilla en la escena de un crimen, aunque sea por la alcantarilla. Eres mucho más que un idiota. El segundo error fue no haber mirado a conciencia en todos los bolsillos. Marcos tenía un recibo que te ha delatado. Te descubrí por la colilla que tiraste a la alcantarilla, pero lo peor es que te lo conté. Has estado por delante en todo momento, teniendo toda la información, y me contaste el perfil del asesino, no porque sepas más que nadie, sino porque te estabas riendo de mí y describiéndote a ti mismo —sonrió—. Pero, al final, te he ganado.

—No me has ganado en nada. Estás ahí dentro y yo aquí fuera. Tú eres el que ha cometido errores. Te dejé jugar a este juego. Tenías un cuadro en tu casa con el que poder unir las piezas, y filtré el video a la prensa para que pudieras ver que no quería que te pillaran.

—A eso no le veo el sentido.

—Corté la parte en la que te llevaste el pendiente, y también el momento en el que lo devolvías. Lo más importante era que captaras dos mensajes.

—¿Había otro mensaje?

Cedantes sonrió, como si fuera obvio.

—El título que le puse a los cortes. La muerte en un lienzo. Tu lienzo. El que te esperaba en casa.

—Hay que hilar muy fino para caer en eso.

—Lo siento. Pensé que eras más inteligente. ¿Sabes? Llevaba tiempo intentando ganarme tu confianza y buscando algo que pudiera utilizar para darte tu merecido. Un día vi que tenías el cuadro de mi madre en tu casa. Ese día se me ocurrió todo y supe que no había mayor homenaje a mi madre que matarte con una de sus pinturas. Los cuatro lienzos y el que tenías colgado en tu pared, eran de mi ella. Ella los pintó y yo los he representado. No has sido muy inteligente, y por eso estás en esa celda. Te di oportunidades para llegar a mí, pero no puedes ver más allá de tu puta sombra —le devolvió la sonrisa que Gonzalo le había dedicado unos segundos antes—. ¿Qué tal tu perro?

Gonzalo sintió un pinchazo en el corazón. Ese perro era muy importante para él y Cedantes lo había matado. Intentó volver a ser sensato, como lo había sido al ver su cuerpo tendido en el salón. No podía caer en la trampa. Mantenerse lo más frío que le fuera posible, sin darle la satisfacción de sentirse provocado.

—Lo saben Carla y Bruno. Tienen drones peinando toda la zona y darán contigo pronto. Estás perdido —sentía curiosidad por escuchar de su boca la razón para que hubiera realizado todo ese sinsentido—. Tengo una pregunta. ¿Por qué has hecho esto?

Podía suponer cuál iba a ser la respuesta, pero quería escucharla de su boca.

Sofía seguía en el suelo, sin abrir la boca y viendo que había sido víctima de algo que no acababa de entender.

—Tu padre nos abandonó. Le hizo sentir a mi madre que era alguien. Antes de morir, ella me lo contó todo. Estaba muy enferma y no le iba bien la cabeza. Me protegió toda mi vida, pero en el momento en el que supo que iba a morir, me dio las respuestas que debía conocer. Me dijo quién era mi padre. Un hombre que decidió dejarla tirada porque su hijo, Gonzalo Ulloa, había escuchado una discusión entre sus padres. Eso hizo que él cambiara de idea y mi madre desapareciera para siempre. Tú lo has tenido todo y yo he vivido una vida muy dura. Me merecía lo que has tenido tú. Todo fue culpa tuya.

—Yo no tengo la culpa de lo que hiciera mi padre. Puedes escudarte tras lo que quieras, pero la culpa de lo que hagas es sólo tuya.

—¡Calla! —gritó—. Has tenido una vida fácil y nunca te ha faltado de nada, pero yo he sufrido mucho. Esta es la forma de hacer justicia. Yo soy el malo y tú eres el héroe, pero un héroe muerto. El día que vi el cuadro en tu casa, supe que era el lienzo perfecto para ti. Esas casualidades de la vida que hacen que cuadre todo.

—Esto es entre tú y yo. Deja que se marche ella y castígame a mí. Has matado a gente que no tiene ninguna culpa.

—¿Sabes por qué ha muerto esta gente?

—No. Ilumíname.

—Mi madre murió el veinte de octubre. Es su homenaje. Quería matarte, pero quería hacerte daño y poco a poco. Tú vas a morir el mismo día que lo hizo ella. Lo llamaría justicia divina.

—¿Dónde está la justicia?

—Yo era inocente, pero nadie pensó en mí. Sufre gente inocente por las causas de otros. Así es la vida. Yo sufrí porque un hombre decidió abandonarme y pagué las consecuencias.

—¿Supo que existías? —preguntó Gonzalo, sabiendo que, aunque no tuviera buen concepto de su padre, no abandonaría a un hijo.

—Eso no importa. Abandonó a mi madre y tú fuiste el culpable. No paraba de repetirlo una y otra vez mientras se iba muriendo. "Los eligió a ellos", "Los eligió a ellos", "Los eligió a ellos". No soportaba ver lo que estaba sufriendo.

Gonzalo se dio cuenta de que no iba a salir de allí con vida. Ya lo sabía con anterioridad, pero ahora no era capaz de reconocer al hombre que había compartido momentos con él.

—¿Cómo puedes haber estado a mi lado todo este tiempo con lo que me odiabas?

—Quien consigue controlar el odio, puede sacarle partido con paciencia. Maté a Marcos hace seis años. Era una opción para acercarme a ti. Un hombre tropezó conmigo en un bar. Me tiró una cerveza por encima y quiso invitarme a otra. Nos sentamos a charlar y me empezó a contar su vida. Se había dedicado durante mucho tiempo a la enseñanza. Estudió criminología en Estados Unidos y había vuelto para comenzar una nueva vida. ¿Te lo puedes creer? Decía que desde hacía mucho tiempo se encontraba vacío y decidió arriesgarse y empezar de nuevo. Le pasó lo mismo que a mí. Murieron sus padres y vio un camino para resarcirse. Yo había leído mucho sobre el campo al que se dedicaba y, al igual que pasó con el cuadro que tenías en tu casa, parecía que el destino me hablaba y me lo ponía en bandeja. La inteligencia de un asesino en serie. Me dijo que, una semana más tarde, se entrevistaría para conseguir un empleo como profesor y me atrajo su vida, su determinación… todo. Cuando salí de allí, ya tuve claro que yo iría a esa entrevista. Lo maté y me convertí en un hombre respetable. Era la vida que me esperaba y, a la vez, podría planear con detenimiento cómo iba a ser mi venganza.

—Podías haber sido ese hombre respetable del que hablas. ¿Por qué matar?

—A mi madre no le dieron la vida que se merecía. He podido devolver todo lo que la quitaste. Ya no se trataba de ser respetable, sino de ser poderoso. Ahora tengo poder sobre ti.

Gonzalo no era capaz de imaginar cómo un niño se podía transformar en un monstruo y, peor aún, un monstruo que vivía como

cualquier otra persona.

—¿Y ahora qué? ¿Nos vas a matar a los dos?

Sofía seguía en el suelo, guardando silencio y con más miedo que nunca. Ese hombre estaba absolutamente loco.

—Ya sabes cómo va a morir ella. Has visto el cuadro. ¿Te gusta la idea de cómo vas a morir tú?

—Como un héroe. Eso no te deja muy bien a ti mismo. Voy a morir y todo el mundo me verá así. ¿Estás seguro?

—¿Has oído hablar de Renato Guttuso?

—No tenía el placer, pero ahora ya lo conozco. Querías que lo supiera. ¿Me vas a tumbar en la cama y ya está?

—Te voy a despellejar. Es lo que veo en ese cuadro. Un hombre al que le han arrancado la piel en vida y lo tapan para que sus familiares no lo vean tan desagradable.

—No creo que sea lo que el autor quiso pintar.

—¡Cállate! —gritó—. No te lo estás tomando en serio y vas a sentir más dolor que en toda tu vida.

—¿Por qué no dejas que se marche y me haces a mí lo que quieras?

—No tengo que renunciar a ninguno de los dos.

Gonzalo sabía que la conversación estaba llegando a su fin. Era el momento.

—Te voy a decir lo que hemos hecho con tu madre —aunque todavía seguía enterrada en el mismo lugar, esperaba que él no lo supiera—. Crees que has ganado, pero yo mismo he visto sus huesos. Ya no queda nada.

Le cambió la cara al instante.

—Cállate.

Gonzalo estaba en lo cierto. Era su debilidad y el punto donde atacar para ganar tiempo y posibilidades.

—La hemos desenterrado. Sólo quedaban los huesos, aunque ya lo sabes. Además, estabas allí cuando casi te mato.

—He dicho que te calles.

—Al examinar los cuerpos y ver el recibo, cogí lo que quedaba de tu madre y se quedó en nada. Ya no es nada.

Soltó el aire como si fuera a explotar, pero cogió a la chica y se dispuso a marcharse para no seguir escuchándolo.

Gonzalo se puso nervioso. Era su única oportunidad para que no matara a Sofía. Si no lo conseguía, habría fracasado y habría dado su vida por nada. Lo intentó con más ímpetu.

—Escuché cómo se deshacía cuando abrí el plástico. Olía a putrefacción y me imaginé cómo se revolvía su alma al ver lo que estaba haciendo con ella. Disfruté viendo lo que quedaba de esa mujer.

Volvió a recuperar su atención.

Su cara se contraía, como si fuera a llorar.

—Te voy a matar, hijo de puta, pero lo haré lentamente, despellejándote hasta que me grites, rogando que te mate. Luego te verá tu hijo, porque le mandaré una foto para que vea en lo que quedó su padre. Mataré a toda tu familia.

Lo había conseguido. Su rabia le estaba consumiendo.

Gonzalo lanzó el último órdago antes de entregarse al destino.

—Ya estaré muerto, pero tú soñarás cada noche viendo la imagen de tu madre pudriéndose. Te perseguirá el resto de tu vida, hasta que no puedas más y te pegues un tiro. La he hecho desaparecer —a continuación, lo escenificó—. Puffffff.

Sonrió, aunque no disfrutara con lo estaba haciendo. Era su única oportunidad para que Sofía huyera. Nunca se le había dado bien interpretar, pero le asqueaba lo que estaba saliendo de su boca. Esa mujer no tenía la culpa de nada. No la culpaba de lo que había hecho su padre con ella, ni de que Cedantes estuviera enfermo.

Roberto soltó a Sofía, la lanzó contra la pared, con los ojos inyectados en sangre, y abrió la celda de Gonzalo.

No estaba muy seguro si le iba a servir de algo. Estaba totalmente inmovilizado y lo más probable era que lo matara.

Miró a la chica y vio que se estaba levantando. Sugirió con la mirada que se marchara corriendo y ella salió disparada hacia las escaleras. Cedantes no se estaba dando cuenta. La ira se había apoderado de él.

Vio cómo se abría la puerta y cerró los ojos esperando lo peor. Pensó en el cuadro, “Muerte de un héroe”. Al menos, había dado una oportunidad a Sofía. Esperaba que consiguiera escapar. Que consiguiera las llaves de la furgoneta y se marchara de allí. Si no lo conseguía, iban a morir los dos de todas maneras. Moriría como un héroe.

El primer golpe fue una patada. Notó cómo se rompía, al menos, una de sus costillas. A partir del primero, sólo sintió dolor. Pensó en su hijo y en que ya no lo volvería a ver. Tanto tiempo para conseguir acercarse a él y se iba a desvanecer como si nunca hubiera ocurrido. Intentaba mantener su imagen en su mente, pero tras una retahíla de patadas, una de ellas impactó en su cara y perdió el conocimiento.

Cedantes siguió golpeándolo, como una bestia que no iba a parar hasta matarlo a patadas.

Gritó, mirando al techo, mientras lo golpeaba. Gonzalo había conseguido lo que estaba buscando. Sabía que su madre era lo único que respetaba en este mundo, y que no aguantaría la ira al escuchar lo que le estaba diciendo. Su madre desaparecería por completo. Ya no podría ir a visitarla nunca más.

Paró sólo cuando el cansancio le impedía dar un golpe más y escuchó un ruido. Se dio la vuelta y vio a Sofía delante de él. Se había olvidado de ella por completo.

Sofía se había marchado, pero no llegó a cruzar la puerta. Se dio cuenta de lo que Gonzalo había hecho por ella y dio media vuelta sin pensarlo dos veces. Era un suicidio, pero en ese momento no fue capaz de verlo. En la parte de arriba de las escaleras estaba apoyada una azada. La cogió con determinación y volvió a bajar. Roberto escuchó las pisadas mientras bajaba las escaleras y se dio la vuelta. Sin tiempo para reaccionar, Sofía le incrustó en la cabeza el borde frontal de la azada. Lo atravesó, partiéndole el cráneo, y cayó al suelo sin vida. Todo había acabado.

Sofía se lanzó al suelo, llorando y gritando de la ansiedad. Estaba histérica. Gonzalo no se movía y no era capaz de verle el rostro. Tenía la cara desfigurada por los golpes y cubierta de sangre.

No sabía qué hacer. Subió por las escaleras y salió al exterior. No paraba de mirar hacia todos los lados, sin saber qué buscar. Tardó unos segundos en darse cuenta de que había una furgoneta aparcada en un lateral de la casa y abrió la puerta del conductor. Miró en el interior y vio su propio teléfono móvil en una bolsa de plástico. Lo desbloqueó con dificultad para realizar la llamada. No era capaz de marcar los números. Temblaba y los dedos se equivocaban una y otra vez, obligándola a volver a marcar. Por fin lo consiguió.

—¿Policía?

No había suficiente cobertura y no escuchaba a nadie. Lo intentó de nuevo, elevando aún más el tono de voz.

—Por favor, ayúdeme.

Apartó el teléfono de su oreja y volvió a acercarlo, sin conseguir escuchar una palabra.

—Está muerto, está muerto…

No paraba de repetirlo, sin ser consciente del todo de que al otro lado de la línea no podían escuchar sus palabras de angustia.

Se dio por vencida, sabiendo que nadie iba a acudir para ayudarlos. Rompió a llorar y se dejó caer al suelo con las manos tapando su cara.

La llamada se cortó.

Epílogo

Un mes más tarde…

Los primeros rayos de luz se hicieron hueco entre las cortinas. Los últimos días habían amanecido faltos de sol y, como si se tratara de una señal, ese día se abrió el cielo.

Poco a poco, fue enfocando la vista hacia la mujer que tenía delante. Era muy probable que no se encontrara en este mundo. A su lado, podía ver a un niño con ojos grandes mirándolo fijamente. Tardó un tiempo en darse cuenta de que se trataba de su hijo. No decía una palabra, pero sus ojos brillaban y transmitían una luz que no había visto nunca.

—¿Salva?

—Hola, papá. ¡Has despertado!

Gonzalo comenzó a llorar de la emoción.

—¿Qué haces aquí? Debo estar hecho un asco.

—Nos dijeron que te iban a despertar y mamá me ha dejado con Bruno unos días.

—¿Qué tal está tu madre?

—Bien. Me ha dicho que te dé un beso y que vendría mañana a verte.

—Gracias, hijo. Me hace mucha ilusión verte aquí.

La mujer que se encontraba a su lado esperaba paciente a que terminara con su hijo. No quería interferir en ese momento.

Gonzalo la miró, sin saber quién era, y ella respondió al instante para acercarse y cogerle la mano.

—Hola, Gonzalo. Soy Sofía.

Los ojos de ella se iluminaron aún más que los de Salva. Parecían dos faros que le alumbraban.

—Hola, Sofía. Me alegro de conocerte. ¿Qué haces aquí?

Salva respondió por ella.

—Ha estado contigo desde que ocurrió todo.

Gonzalo no pudo evitar emocionarse.

—Gracias. No hacía falta que estuvieras aquí, pero no te

imaginas lo que significa para mí.

—Me salvaste la vida. Es lo mínimo que podía hacer.

No recordaba lo que había pasado. Sólo cabía en su mente la brutal paliza que había recibido y no era consciente del tiempo que había permanecido lejos de este mundo.

Salva se abrazó a su padre. Era la primera vez que ocurría desde… no recordaba haber sido abrazado por su hijo.

—Voy a llamar a mamá. Me ha dicho que le contara cómo estabas cuando despertaras.

Su padre asintió, sin poder quitarse la sonrisa de la cara.

Salva salió de la habitación y Gonzalo se dirigió a Sofía.

—Me alegra que estés bien. ¿Qué ocurrió?

—Salí corriendo, sólo fue por el pánico que sentía, pero no podía dejarte allí y volví. Nada más subir, vi una azada y bajé las escaleras con ella en la mano. No sé cómo pasó. Simplemente, me defendí.

Sólo con recordarlo, era suficiente para que rompiera a llorar.

—Siento haberte hecho pasar por una cosa así. ¿Está muerto?

El relato que acababa de escuchar le decía que era así, y Sofía lo corroboró con un gesto.

—Tú me salvaste la vida. No lo olvidaré nunca.

—¿Cuánto tiempo llevo en…?

—Un mes. No sabían si te recuperarías, pero cuando me dijeron que habías mejorado mucho y te iban a despertar, fue la mayor alegría de mi vida.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? Nadie ha hecho nada parecido por mí.

—Era lo mínimo que podía hacer —repitió—. Te hablaba todos los días para que despertaras y supieras que estoy aquí gracias a lo que hiciste. Tu compañera Carla me dijo que lo planeaste para que el asesino te cogiera y pudieran seguirte, pero sabías que te podía matar. Me dijo que, aunque todo el mundo piense cosas malas de ti, eres una gran persona y que habías arriesgado tu vida por mí. Nunca podré devolvértelo.

—Por lo que me dices, ya lo has hecho. Todo habría salido mal y estaría muerto si no fuera por ti.

—No sabía qué hacer. Llamé a la Policía y no era capaz de hablar por el estado de nervios. Ni siquiera me di cuenta, en un primer momento, de que no había suficiente cobertura. Menos mal que localizaron la llamada y se presentaron muy rápido. Cuando te metieron en la ambulancia, pensaba que habías muerto.

Juntaron sus manos. Era la primera vez que la veía cara a cara, pero habían forjado un vínculo para toda la vida.

Esa misma tarde, entraron sus compañeros a su habitación. Carla, Bruno y el comisario Ituarte. Más tarde, iría apareciendo el resto. Por primera vez, se había ganado el respeto de cada uno de ellos.

—Has despertado —Carla no se quitaba la sonrisa de la cara—. Pensé que no salías de esta.

—Puede que se me fuera de las manos.

—Has tenido mucha suerte —Bruno elevaba las cejas, como si Gonzalo hubiera vuelto de entre los muertos—. Sofía encendió su teléfono, y aunque no pudieron hablar con ella, nos saltó su activación, y es la razón por la que sigues con vida. Salimos corriendo a esa localización.

—Bicho malo nunca muere, o eso dicen —giró la cabeza para mirar a la persona que más manía le podía tener—. El señor comisario en mi habitación. No creí poder ver esto.

El comisario Ituarte sonrió.

—He de reconocer que me habría gustado verte representando ese cuadro, pero me tendré que conformar con tener a un héroe vivo en mi comisaría. —Le cogió su mano—. Me alegra verte con vida. Realmente, has sido un héroe.

—O un inconsciente.

—En ocasiones es lo mismo.

Carla se lanzó sobre él y lo abrazó, con lágrimas en los ojos.

Tenía la sensación de que había nacido de nuevo, en todos los aspectos. La irrupción de Carla en su vida le había cambiado como persona. Probablemente ya era así, pero había roto todas sus barreras y dejado salir lo que llevaba oculto tanto tiempo, aunque era consciente que ese caso le había permitido cerrar viejas heridas. Nunca había sentido el cariño de tanta gente.

Bruno se acercó y se sentó en su cama.

—Tengo que decirte algo.

Gonzalo lo miró, expectante.

—¿Soy un fantasma?

—Es una cosa importante. Hemos identificado los cuerpos.

Cambió su sonrisa por una cara muy seria.

—¿Quiénes eran?

Esperaba escuchar lo que había pensado desde que se enteró de que Cedantes era su hermano.

—Exceptuando a la madre de ese hijo de puta, hemos identificado el cuerpo de Marcos Castillo y el de Fito Pimienta. Estoy seguro de que eso no te cogerá por sorpresa. El último cuerpo nos ha costado. Carla nos dio la solución.

—Era mi madre —dijo Gonzalo, con lágrimas en los ojos.

—Así es. Por fin la has encontrado.

Rompió a llorar desconsoladamente. No podía parar y esperaron

a que se recuperara.

Carla lo miró.

—¿Por qué no me dijiste que tu madre había desaparecido?

—Tienes razón. Lo daba por hecho. Lo pensé cuando encontramos los cuerpos, pero no saqué el tema porque temía que no fuera ella.

—Pensé que había muerto, lo que no sabía es que nunca encontraron su cuerpo. Luego, Bruno me lo contó todo y lo relacioné con los objetos de tu madre que habían aparecido. En ese momento, supe que se trataba de ella.

Gonzalo la invitó a acercarse con la mano y la arropó entre sus brazos. Era el mejor regalo que le habían hecho.

—Gracias por todo, Carla. No te imaginas lo que has hecho por mí. Me has salvado como persona.

No pudo aguantar la emoción por lo que estaba escuchando y por verle con vida, y compartió su llanto con su amigo.

El comisario sabía que sobraba y se dirigió a Gonzalo antes de marcharse.

—Tómate un tiempo para recuperarte. La comisaría te esperará lo que haga falta.

—Tengo que pensar en todo esto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bruno.

—Es posible que me tome un tiempo y lo aproveche para estar con mi hijo. No quiero perderme más cosas de su vida.

—¿Te vas a marchar? —se sorprendió su compañera.

—Al menos un tiempo. Luego veré lo que quiero hacer. Puede que pida el traslado a Madrid para estar lo más cerca posible de él.

Carla no reaccionó. No llevaba demasiado tiempo a su lado, y no creía que podría llegar a sentir algo así, pero no se imaginaba trabajando con nadie más.

El comisario Ituarte no quería que se precipitara.

—Todavía te queda por delante una larga recuperación. Tienes tiempo para decidirlo. No pienses en nada y pasa tiempo con tu familia. Cuando te sientas preparado y lo hayas pensado bien, respetaré tu decisión y te ayudaré.

—Gracias, Itu —siempre había querido llamarle así.

Bruno sonrió, al ver la cara del comisario. En un primer momento reaccionó con gesto serio, pero pronto se transformó en una sonrisa.

Se marcharon para dejarlo descansar.

Miró al techo, con una sonrisa de satisfacción que le iluminaba la cara. No podía moverse y le esperaban tiempos difíciles, al menos físicamente, pero había ganado mucho más de lo que había perdido.

Un pensamiento surgió de repente. Había parado al asesino y ya

no volvería a matar. No volvería a adueñarse de la vida de otros. En cierta forma, él mismo había llevado una máscara durante demasiados años. Un muro que le protegiera del mundo. No se había dado cuenta de que esa barrera que se había impuesto a sí mismo le había apartado de él.

Recordó el cuadro que Cedantes había reservado para él. Un hombre tumbado en la cama, tapado con una sábana y con un vendaje que impedía que se viera su rostro. “Muerte de un héroe”. Elevó la cama para incorporarse y sonrió al verse en el espejo y darse cuenta de la ironía. Tenía la cara hinchada, con todo tipo de tonalidades en su piel. No estaba convencido de ser un héroe, pero se había quitado la venda para siempre.

Agradecimientos

Siempre hay un primer paso para todo.
Lo emocionante es que poco a poco se vaya convirtiendo en un camino.

En esta ocasión no quiero personalizar demasiado los agradecimientos, porque no es posible hacer el camino sin cada una de las personas que te acompañan mientras lo vas creando.

Comencé a escribir con la única intención de satisfacer esa necesidad que me había acompañado durante años, y que nunca me había atrevido a abrazar.

Tras *LAS LÍNEAS PROHIBIDAS* y *CUANDO LA NOCHE ES MÁS OSCURA*, espero poder sentir en vuestras reseñas de mi tercera novela la aceptación que he sentido con las dos primeras. Os agradecería mucho que la valorarais en Amazon, porque estoy orgulloso de las impensables ventas que han tenido las anteriores, pero cuando leo una valoración escrita por vosotros, que sois los más importante de todo, se me llena la cara con una sonrisa.

En primer lugar, quiero dar las gracias a todos los que habéis leído alguna de mis novelas. A los que os habéis sentido atrapados por las páginas, y a todos los que me habéis dado la oportunidad de hacerme un hueco en vuestras lecturas. No me puedo olvidar de los que me habéis escrito por privado o en redes sociales. No hay nada tan bonito como leer vuestros agradecimientos por haberos hecho disfrutar. Soy yo quien debe daros las gracias.

Gracias a Carol, a mi familia y amigos. Sois un verdadero apoyo. Tan importantes son las críticas al descubierto como sentir que estáis siempre.

Gracias a los blogs *Sofá, Manta y Libro* y *Anika entre libros*, por seguir dándome voz.

Y gracias a *Juan Gómez-Jurado*, por apoyar a los escritores que no tienen detrás una estructura para llegar a todos y dar visibilidad a *Las*

Línea prohibidas en sus redes sociales.

Espero poder veros pronto.

juanyubero.web@gmail.com
Twiter: @yubero_juan
Instagram: juan_yubero